

nēnēsis

**Juan Miguel Aguilera
Javier Redal**



Lectulandia

Cuando sucedió no fue como nadie había imaginado. No hubo trípodes cruzando las calles de Londres. No se intercambiaron disparos entre ejércitos humanos y alienígenas. No hubo embajadas ni intentos de comunicación. En realidad, fue algo tan impersonal como rociar gasolina sobre un hormiguero.

Después de la catástrofe que se ha abatido sobre la Humanidad, los desconcertados supervivientes intentan reorganizarse, aprender a convivir con los escasos recursos que les quedan, y construirse un futuro a partir de las cenizas de las extintas sociedades terrestres. Entre ellos están Susana Sprintze, una bióloga experta en la comunicación con delfines. Hassan Ibn al-Haytham, un submarinista sin trabajo. Y Jacobo Kramer, un arqueólogo jesuita empeñado en encontrar respuestas. Sobre los supervivientes pesa el terrible misterio de quién los ha atacado y por qué. Y lo que es peor, la estremecedora revelación de que no ha sido la primera vez que ocurre algo así.

El Refugio fue la tercera novela del dúo formado por Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, después de *Mundos en el abismo* y de *Hijos en la Eternidad*. Publicada por primera vez en 1994, *Némesis* es más que una reedición de aquella novela, es un retorno al escenario de *El Refugio* con nuevas situaciones y personajes.

Lectulandia

Juan Miguel Aguilera & Javier Redal

Némesis

ePUB r1.1
debianjoker 26.01.14

Título original: *Némesis*

Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, 2011

Diseño de la portada: Juan Miguel Aguilera

Editor digital: erAbuelo

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El Refugio 1994 — Némesis 2011

«El Refugio» fue mi tercera novela, la última que escribí junto con Javier Redal. Después de «Mundos en el Abismo» e «Hijos de la Eternidad», las dos aparecidas en la colección Ultramar dirigida por Domingo Santos, nos quisimos dar un descanso de Akasa-Puspa y situar una novela en un futuro más cercano. «El Refugio» describía un escenario situado sólo a unas pocas décadas en el futuro, no los remotos 2.5 millones de años en los situaban nuestras dos primeras novelas.

Javier y yo escribimos «El Refugio» a principios de los noventa, especulamos sobre cómo sería la tecnología y la sociedad de mediados del siglo XXI. Y cometimos grandes errores (lo bueno es que hasta dentro de 25 millones de años nadie podrá decir que nos equivocamos en algo en Akasa-Puspa), lo que en principio no importa demasiado porque ya sabemos que una novela de ciencia-ficción no pretende adivinar el futuro. Algunos errores eran divertidos y decían mucho de cómo eran los años noventa del siglo XX. Por ejemplo, el espacio estaba dominado por los japoneses, la tecnología común era un desarrollo de lo que se consideraba high-tech en aquellos años: mini walkmans y cosas de esas. Ni idea de lo que llegaría a ser el mp3 o Internet.

En cambio había detalles que ahora parecen aún más certeros que cuando se escribieron. La idea de infinidad de pequeños mundos en las fronteras del Sistema Solar no ha hecho más que ganar en popularidad, hasta el punto de que el pobre Plutón ha quedado reducido al estatus de «planeta enano», junto con otros mundos del cinturón Kuiper, como Makemake o Haumea. Y también en aquella primera versión de «El Refugio», publicada por NOVA en 1994, estaba la idea de unos alienígenas con una inteligencia tan distinta a la nuestra que era imposible cualquier forma de interacción.

Yo soy de los que piensan que los trabajos no se terminan, se abandonan. Así que cuando Raúl me planteó la posibilidad de reeditar «El Refugio», empecé a darle un pequeño toque por aquí, otro por allí, revisar este detalle, cambiar aquel otro. Y, sin darme cuenta me vi metido en la reescritura completa de la novela. Lo siento, soy así de obsesivo. Y, además, mis intereses han cambiado. En la novela original se hablaba mucho de tecnología espacial y menos de cómo los humanos reorganizan su sociedad a partir de un desastre de tal calibre como el que se plantea en la historia. Quería contar eso con más detalle, y para eso necesitaba nuevos personajes y nuevas situaciones.

De hecho ya había vuelto a este escenario con mi relato El bosque de hielo, y allí había tratado algunos de estos temas, pero quería desarrollarlos con más profundidad

en una novela. Al final, los cambios eran tan grandes que no me parecía lógico que la novela siguiera llamándose «El Refugio». Digamos que «Némesis» es un remate bastante libre de la novela original.

Javier Redal no estuvo de acuerdo conmigo. Él es de los que piensan, como muchos lectores, supongo, que las cosas tienen un valor especial por el momento en el que han sido escritas. Sin embargo, a pesar de esto, fue tan amable que accedió a revisar por completo el texto, sobre todo para evitar que yo dijera cualquier barbaridad biológica (él es biólogo y yo solo diseñador) y añadió muchas frases ingeniosas (su marca personal) con lo que el texto mejoró enormemente y yo tuve la agradable sensación de haber vuelto a los tiempos en los que trabajábamos juntos.

También quiero agradecer a Miquel Barceló el que publicase la primera versión de esta novela. Aquellos años fueron muy especiales para los que escribíamos ciencia ficción en España, y Miquel Barceló, Domingo Santos, y más tarde Paco Lorenzana, fueron los editores que lo hicieron posible.

Gracias también a Juanma Barranquero. Veréis, mi amigo Juanma leyó «El Refugio» allá en el año 1994 y me sugirió un diseño que me pareció más ingenioso que el que habíamos utilizado para impulsar a ciertos bichos que salen del hielo. Desde entonces he querido escribir otra versión de El Refugio para utilizar esa idea.

Y, por fin, aquí está: Némesis.

Juan Miguel Aguilera

2062 d. C.

Las grandes ruedas balón del todoterreno traqueteaban y oscilaban sobre el accidentado suelo marciano. Los faros halógenos no lograban taladrar el muro de polvo naranja que el viento arrojaba contra ellos; al contrario, la luz reflejada en las partículas de polvo les impedía ver más allá de unos pocos metros. El vehículo parecía encerrado en una burbuja de aire polvoriento y opaco. A través de las paredes, los ocupantes podían oír el roce de la arena sobre la carrocería y el crujido de la grava bajo las ruedas; pero la tormenta, que en la Tierra estaría acompañada de un aullido ensordecedor, era casi inaudible en la tenue atmósfera de Marte.

—Hola, Olympus. ¿Me oyes? —dijo el padre Rudy Stöur, mientras contemplaba el inquietante espectáculo de aquel huracán mudo de polvo y arena abatiéndose contra el parabrisas del vehículo.

—Te oímos, transporte —dijo una voz en ruso. Era Vladimir Kaledin, transmitiendo desde la estación meteorológica en la cima del Elysium Mons.

Stöur se imaginó al meteorólogo sorbiendo una de sus interminables tazas de té, examinando gráficos e impresos, mientras a doce kilómetros y medio por debajo de la estación se extendía la gran llanura de lava que era Elysium Planitia.

—¿Cómo marcha la tormenta, Volodia?

—Tiene un aspecto bastante feo, padrecito. Desde la órbita no se ve ni un solo claro. Vientos de fuerza diez, sin signos de cambio por todo el planeta.

—Malas noticias.

—Lo siento, padrecito, no hay otras.

—Gracias. Cambio y fuera.

—Esto es una completa locura —dijo el padre Javier Nero mientras conducía—. Reza por todos nosotros, Rudy, porque lo más seguro es que desaparezcamos por una grieta en los próximos minutos.

—¿Qué dice el radar?

—Que hay un cráter de quinientos metros de alto, a un kilómetro al oeste. Podríamos resguardarnos a sotavento...

Rudy Stöur se rascó la barba mientras meditaba. Joven, melencólico. Sobre su aspecto había división de opiniones, a unos les recordaba a Jesucristo y a otros al Che.

—¿Es eso seguro? —preguntó.

—Es un riesgo menor.

—¿Debo informar a nuestro pasajero?

El padre Javier dudó un momento.

—Supongo que debería saberlo... De acuerdo, ve.

Stöur se puso en pie con cuidado y se dirigió a la parte posterior de la caja, sorteando los pesados embalajes con comida y equipo. A la pálida luz de un generador de emergencia, un jesuita vestido con un chándal gris consultaba una serie de fotografías de satélite y mapas cartográficos, extendidos en la pantalla de su pad.

—Padre Jacobo... —dijo Stöur.

El aludido levantó la cabeza de sus papeles y lo miró con frialdad. Tenía un cráneo trapezoidal de frente estrecha y mandíbulas anchas, calvo en su mayor parte, salvo un angosto semicírculo de mechones color arena en torno a la nuca. Sus ojos, diminutos, grises, con un marcado estrabismo, se entrecerraron debajo de los prominentes arcos superciliares. Desnudo, con un taparrabos de piel y una garrota en la mano, sería la tópica imagen de un Neandertal. Y, desde luego, nadie lo catalogaría en un primer vistazo como uno de los hombres más inteligentes —y para muchos el más molesto— de su siglo. Pero todos los que juzgaban a Jacobo Kramer por su aspecto se arrepentían tarde o temprano.

—¿Sucede algo, padre Stöur? ¿Algo en lo que yo pueda ayudar? —Su voz era suave, calculadamente cortés.

—Hay visibilidad cero y avanzamos sobre terreno desconocido.

—¿No tienen GPS? ¿Radar? ¿Mapas? Me sorprende, padre. —Su «sorpresa» estaba teñida de ironía—. Me temo que en esas cuestiones no puedo serle útil.

—Tenemos todo eso, padre, aunque ninguna de las tres cosas nos advierten de una posible grieta de cuatro o cinco metros de ancho, en la que cabríamos enteritos. Ésto es «terreno caótico», lo peor que hay en Marte para este tipo de vehículos.

—Entiendo. ¿Y qué van a hacer ustedes?

—Por lo pronto, resguardarnos del viento detrás de un cráter.

El padre Jacobo agitó su mano, negando.

—No. No me gusta esa idea. Seremos sepultados poco a poco en el polvo.

—Poco a poco. Podemos salir con palas a despejar el terreno. Así podremos esperar a que amaine la tormenta.

—Sin duda usted bromea —dijo Jacobo con la mirada fija—. Ésta tormenta cubre Marte de polo a polo. No se trata de un fenómeno local, lleva ya diez semanas en marcha. Se dice que es la mayor tormenta de polvo desde que tenemos meteosats en Marte. La madre de todas las tormentas de polvo, vamos. ¿Sugiere que aguardemos sentados sobre nuestros traseros otras diez semanas, sin otra diversión que desenterrar nuestro vehículo de vez en cuando?

—Más o menos, ese es el plan.

El padre Jacobo entrecerró aún más los ojos.

—¿El plan? ¿He oído bien? ¿Ignora que yo soy el jefe de esta misión?

El padre Stöur sonrió con frialdad. ¿Qué diría Jacobo si supiera que las cosas eran muy diferentes a como imaginaba? La Santa Sede lo había enviado allí para vigilarlo y controlarlo. De acuerdo con su criterio podía asumir el mando en cualquier momento de la misión. No obstante, prefirió seguir manteniendo la fábula.

—No lo ignoro. Ni el padre Javier tampoco, que es quien está al mando del vehículo. Lo que, por cierto, le confiere la autoridad del comandante de un barco.

—Ya veo. ¿Cree que su autoridad durará mucho cuando informe de su desobediencia? Me parece que no volverán a conducir nada más complicado que una carretilla.

—Es posible que no, padre. Pero el padre Javier y yo preferimos ser conductores de carretilla vivos, a héroes muertos y deshidratados en una grieta marciana.

Jacobo se encogió de hombros.

—Como quiera. Pero admita al menos que es su incompetencia y no otra cosa la que nos hará perder un tiempo valiosísimo.

Rudy Stöur necesitó echar mano a todo su autocontrol.

—Permítame recordarle que tanto el padre Javier como yo le desaconsejamos viajar en estas condiciones.

Su interlocutor volvió a sonreír venenosamente.

—Nadie, ni los meteorólogos de Nueva Marina supieron predecir que el tiempo iba a empeorar de este modo. Y, como comprenderá, después del largo e incómodo viaje desde la Tierra, no iba a quedarme con los brazos cruzados esperando que la situación mejorase. Así que si quieren quejarse, adelante, redacten un informe por triplicado y mándenlo al Vaticano. A mí me importa un bledo. Ahora déjeme trabajar en paz.

Para sus adentros, el padre Stöur pidió perdón al Altísimo por los pensamientos violentos que Jacobo acababa de provocarle, y regresó a la cabina.

—Ése hombre no tiene remedio —refunfuñó en voz baja.

El vehículo se detuvo y cesó el susurro de la arena sobre la carrocería. Los religiosos examinaron el exterior por una portilla. Se hallaban resguardados en la zona de aire en calma tras el obstáculo. Como siempre, el padre Javier se sorprendió al ver caer las partículas de polvo del cielo, reflejándose en los haces de luz de los faros. A pesar de la baja gravedad marciana, los granos de polvo se posaban con la rapidez de un puñado de perdigones, la tenuidad de la atmósfera impedía que las partículas más gruesas se mantuvieran suspendidas. Era una lluvia incesante de arena que poco a poco se iba amontonando sobre ellos.

Al anochecer, la temperatura exterior bajó a 120 Kelvin y las rocas se cubrieron de escarcha. La atmósfera marciana era seca en términos absolutos, pero el intenso frío hacía que estuviera al borde de la saturación. Un pequeño descenso de temperatura bastaba para que el escaso vapor de agua se sublimara en hielo sin pasar

por el estado líquido. Al amanecer, el calor del sol lo evaporaría y la escarcha desaparecería como por ensalmo, pero de momento el hielo estaba apelmazando el polvo que formaba ya un compacto caparazón sobre ellos.

Javier Nero se puso un traje espacial y salió con una pala para comprobar si era tan fácil despejar el terreno como le habían dicho a Jacobo. La visibilidad era tan reducida como antes. Los granos de polvo actuaban como núcleos de condensación del hielo, que brillaban a la luz de los faros como finísimos copos de nieve de un color blanco amarillento.

Atacó con la pala el caparazón de hielo y polvo, y con paciencia y tenacidad limpió la parte superior del vehículo. Javier era jesuita hasta los tuétanos, tanto que se decía que su cabeza podría servir de modelo para un busto de Ignacio de Loyola.

Todas las colonias que las diferentes naciones de la Tierra habían instalado en Marte fracasaron tarde o temprano. Solo los jesuitas permanecían imbatibles en aquel mundo desolado. Como tantas veces en el pasado, los jesuitas estaban dispuestos a soportar lo indecible para llevar a término su propósito. Ningún sacrificio, ninguna incomodidad o peligro podía disuadir a los miembros de aquella orden en el que se combinaban a la perfección la abnegación de la fe y la tenacidad militar. Se apoyó en la pala, pensando en su pasajero. Abnegación y tenacidad, sí. Eso nadie se lo podía negar a Jacobo Kramer, el famoso arqueólogo jesuita, pero estas virtudes de la orden parecían combinarse en él de un modo decididamente negativo, insolente y casi insufrible. Antes de regresar al interior del vehículo, rogó al santo y paciente Job que les echara una mano para seguir aguantando las impertinencias del padre Jacobo.

Tras la cena pareció suavizarse su mezquino temperamento. En realidad, apenas probó bocado. Eso sí, bebió un vaso tras otro de «rusos blancos», cargadísimos de vodka, como le gustaban a él. Más tarde, y después de empezar la segunda botella de Kahlúa y prepararse un nuevo vaso del brebaje etílico, Jacobo estuvo más hablador.

A una pregunta del padre Stöur respondió:

—¿Que qué eshero encontrar? ¡Oh, sanc-ta sim-pli-plicitas! —dijo con voz estropajosa—. ¡Arqueología, muchacho! Ar. Que. O. Lo. Gí. A.

Dio puñetazos en la mesa a cada sílaba. Stöur y Nero se miraron y sonrieron. La dipsomanía de Jacobo era casi legendaria.

—¿En Marte? —preguntó Javier Nero—. Esto es absurdo, padre. Jamás hubo vida aquí. Éste planeta está tan seco como... bueno, como un hueso.

Recién pronunciado, se dio cuenta de lo poco adecuado de su metáfora. Huesos significan vida. Jacobo también se dio cuenta, a juzgar por su sonrisa burlona.

—Seamos realistas —insistió Javier Nero—. Llevamos un siglo de exploraciones tripuladas y treinta años aquí, en persona. Nadie ha encontrado jamás pruebas de que alguna vez hubiera vida en Marte. ¿Qué le hace pensar que ahora va a ser diferente?

—Porque ahora eshtoy yo aquí. —El padre Jacobo se señaló con el pulgar—. Yo

esploré las ruinas de los sabeos y las culturas preislámicas de Arabia... Y descubrí los oh-orrp-rígenes del culto de Yahveh —añadió con pendenciera arrogancia.

Sus labios manchados de leche se curvaron en un gesto que podía ser tanto una sonrisa como una mueca de desprecio.

—¿Les sorprende? Encontré pruebas de que Yahveh era adorado como dios del trueno en-tre los ca-aaaa-naneos m-meridionales, mucho antes de Abraham. Su culto comprendía ritos que luego se prohibieron en el Levítico. Mis descubri... descubri... descubri-mientos arrojan luz sobre los orígenes del j-judaísmo y las creencias religiosas anteriores a la ca-uuuüvidad de Ba-bi-lonia y aun a la existencia de la Biblia... Shí, estoy acosatumbado a trabajar en un entorno hostil. ¡En el centro mismo de Islam! Mis investigaciones sobre el origen preisláa-mi-co de ciertas Su-u-u-ras del Corán me atrajeron también el odio de los mu-sul-ma-nesh, y fue la causa de esa fatwa que han lanzado contra mí... P-pero no quiero hablar de ese asunto ahora.

Stör consideró que aquella habilidad del padre Jacobo para hacerse enemigos era la causa de su propia presencia allí, trasladado por el Vaticano con carácter de urgencia. Si hubiera trabajado en la India, pensó, probablemente habría demostrado que Buda era griego. Dijo con calma:

—Pronto descubrirá que Marte es un entorno infinitamente más hostil que todo cuanto haya podido conocer hasta el momento.

El padre Jacobo dejó su copa sobre la mesa, fulminando a sus compañeros con la mirada. Hubo un tenso silencio. Se encogió de hombros.

—Lo lamento, tovarishi —suspiró—. Todos debemos cumplir nuestros deberes para mayor gloria del Al-tí-si-mo. Cada uno debe arrastrar su crush, como hizo el Señor. Ahora les ha tocado a ustedes la crush de estar a mis órdenes.

Bostezó y se dirigió tambaleante hacia su litera en la parte posterior.

—Me voy a dormir. Hagan el favor de abagar la luz al shalir.

Durante un instante el padre Javier y el padre Rudy se miraron en silencio.

—Menudo elemento nos han asignado —dijo Javier al fin.

Una semana más tarde, cesó la tormenta y reanudaron la marcha.

Tres semanas más tarde, llegaron sin más incidentes a un lugar situado a 15 grados latitud norte, 198 grados longitud oeste, en la planicie de Elysium.

Y cuatro semanas más tarde, el padre Jacobo exclamó triunfal:

—¡¡Schliemann, te he superado!!

El helicóptero volaba a ciento veinte metros sobre la superficie del océano. Las olas saltaban hacia él como si quisieran atraparlo. Los dos hombres y la mujer que formaban el equipo de buceo esperaban, sentados en unos bancos laterales.

Ella se llamaba Susana Sprintze, estaba acurrucada en su asiento, abrazaba sus rodillas, y parecía absolutamente indiferente a todo.

—¿Algún rastro de nuestro amigo? —preguntó el piloto por el interfono.

Uno de los buceadores volvió la cabeza, apartando por un momento los ojos de la pantalla del sonar aire-agua.

—Casi lo pierdo, pero aún sigue ahí —dijo—. A unos setenta metros al sur de nuestra vertical... —precisó— ahora va hacia el sureste.

El aparato viró levemente a babor.

—Ése delfín zigzaguea como si estuviera borracho —comentó el piloto—; no lo pierdas, Karl, o nos va a dar un trabajo de mil demonios volverlo a encontrar.

—Descuida.

—Está asustado —dijo Susana.

Se sentía incómoda con aquellos nuevos trajes de fluopreno. Aún no se había acostumbrado a ellos, sudaba y le picaba todo el cuerpo. Sintió un fuerte deseo de sumergirse. Confiaba en que el piloto los acercase lo suficiente al animal.

Susana era de origen sefardí. El pelo rojizo, muy corto, delgada, pequeña de cuerpo, pero de brazos y piernas musculados. No parecía tener ni un gramo de grasa superflua. Su rostro hubiera sido bonito, de no estar siempre fruncido. Apenas se había movido desde que subió a bordo.

—No creo —dijo Karl—. Estamos demasiado alto para...

—Está asustado —repitió Susana sin mirarlo a los ojos—. Un delfín solitario no tiene sentido. Algo le ha debido separar del resto de su cardumen.

Está desorientado y tratará de meterse mar adentro. Si se sumerge más, lo perderemos.

—Susana estará en lo cierto —dijo el otro buceador, un joven mexitexano llamado Lucas—. A fin de cuentas, ella es la experta.

—¿Qué fondo tenemos? —preguntó la mujer.

—Unos setenta y cinco metros —dijo Karl, siempre mirando la pantalla del sonar—. Sí tienes razón, puede que se confíe si no nos ve. Deberíamos subir más.

—Tengo razón —dijo Susana, siempre atenta a todo cuanto la rodeaba, y al mismo tiempo siempre distante.

—Pero entonces lo perderemos —objetó.

—A esta profundidad, ya deberíamos verlo con la cámara de infrarrojos.

—¡Ahí está! —exclamó Karl señalando el monitor.

Susana se asomó a la ventanilla. El agua era azul verdosa y seguía muy picada, pero se distinguía una figura fusiforme y oscura, que se deslizaba con apenas unos movimientos de la cola. Estaba casi a ras de las olas. De vez en cuando rompía la superficie, quizá para tomar aire.

—Descendamos —propuso Karl.

—No —dijo ella.

—¿No, por qué?

—Sería peor. Lo asustaremos aún más. Yo saltaré con paracaídas y lo tranquilizaré. Dadme un cuarto de hora, luego bajad.

—¿Crees que es el mejor modo de capturarlo? —dudó Karl.

Susana se volvió hacia él con vivacidad.

—¡No hemos venido a capturarlo!

Los responsables de la Zhongchuang Ltd. habían construido lo que llamaban «residencias». Habían cerrado varias caletas artificiales con redes antisubmarinas de acero y allí instalaban a los delfines. A Susana no le agradaba la idea de encerrarlos como a bestias, pero comprendía que en un océano tan expoliado por la pesca high-tech, convertido en un laberinto de redes y trampas mortales para un delfín, tendrían más posibilidades de sobrevivir en aquellas residencias.

—Pero no tenemos paracaídas —dijo el mexitexano.

—Yo sí —dijo Susana. Se dirigió a la trasera de la cabina, donde habían amontonado el equipo. Buscó y encontró un paquete con un arnés.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí. He hecho parapente desde los acantilados. No hay peligro.

—Pero... Bueno, te ayudaremos con el equipo.

Con no pocas contorsiones, se colocó el paracaídas, el impulsor, las botellas de gas, el cinturón de plomo, las aletas y la máscara. Parecía una mezcla de extraterrestre y árbol de Navidad. La ayudaron a llegar hasta la portezuela y Karl la abrió.

—Recuerda —casi aulló contra el ventarrón—. Aguarda quince segundos, hasta que estés fuera del viento del rotor. ¡Suerte!

Susana asintió. Dio un paso fuera y saltó; descendió como un proyectil, y al poco tiempo se abrió el paracaídas.

Suspendida entre el cielo y el mar, volando sin más ayuda que sus ojos, cerebro y músculos, se sentía a sus anchas. El paracaídas tenía un elevado coeficiente de planeo, casi como un ala delta. El delfín era claramente visible, allá abajo entre sus pies. Trazó un amplio círculo en torno a él mientras bajaba.

El helicóptero era un abejorro zumbante que se alejaba y descendía. Sin duda luego se aproximarían a ras de las olas. Ni por un momento temió que no pudieran

encontrarla. El paracaídas era de un vivo color naranja; y, después de todo, ella se sentía más segura en el mar. Los delfines podrían ayudarla a llegar a tierra.

La superficie ya estaba cerca y se preparó para el impacto, la barbilla contra el pecho, las piernas flexionadas. Chocó contra el agua y soltó el pasador del paracaídas. El pequeño motor que llevaba a la espalda la impulsó mientras se sumergía. Pero el delfín no estaba a la vista. Se sacó la boquilla y se liberó del pequeño respirador de oxihelio. Buceando ahora libremente, llevó a sus labios el silbato que ella misma había diseñado y del que nunca se separaba, y emitió una melodía: Soy amigo.

Oyó un débil clic-clic-clic... como respuesta. El delfín la estaba examinando. Emitía frecuencias sónicas y ultrasónicas, procesando rápidamente los ecos para obtener imágenes acústicas, incluso del interior de su cuerpo.

No se movió. Silbó de nuevo: Amigo. Buen-alimento.

Vio moverse algo en la distancia azul, casi invisible. Abrió una bolsa que llevaba sujeta al muslo y sacó unas galletas de soja y maíz con sabor a pescado, una receta de creación propia. Silbó: Buen-alimento. Ven. No te muerdo.

Una sucesión de silbidos: ¿Tú Nadadora de Dos Colas en el Arrecife?

Susana sintió una gran alegría. El delfín la había reconocido.

—Soy yo. ¿Nombre-firma tuyo?

El delfín contestó: Buceador en la Pleamar. La Cosa Que Vuela me persigue.

Dijo todo esto con un único y largo silbido modulado, que contenía su nombre-firma y el resto de la información. La posición de su cuerpo, mientras nadaba, decía más cosas, referentes a sus lazos de parentesco y situación sexual.

Susana ignoró toda la información extra y silbó:

—Las aguas son seguras. La Cosa Que Vuela es amiga de Nadadora.

El delfín permaneció un momento como dudando. Ella oyó un chapoteo sobre su cabeza. «Mierda», se dijo, ahora que por fin estaba obteniendo resultados.

—Nadadores de Dos Colas, amigos de Nadadora. Si vienes, te daré alimento.

Los delfines siempre tienen problemas con los condicionales, pero el cetáceo se acercó velozmente y se detuvo a pocos metros de su brazo, frenando sin aparente esfuerzo. Su morro, bien provisto de dientes, mordió las galletas y se las zampó en un periquete. Susana le palmeó el lomo para tranquilizarlo: Todo está bien, ahora.

—¿Sabe a pescado y no es pescado?

—Come. Es bueno. —Susana le entregó otra galleta.

Sus compañeros los rodearon, pero se mantuvieron a distancia. Susana emprendió la tarea de persuadir al delfín para que fuera con ellos. Karl intentó ayudarla con un sintetizador de sonidos, pero ella hizo señas negativas. El acento de aquel cacharro lo desconcertaría. Lucas había preguntado si no sería mejor un dardo anestésico, pero Susana se negó en redondo. Los músculos respiratorios de los delfines son

voluntarios y el anestésico podría matarlo por asfixia. Estaban preparados para evitarlo mediante el equipo de respiración asistida, pero ella no quería correr ese riesgo.

—¿Dónde está su equipo de buceo? —le preguntó Lucas.

—Lo perdí —dijo ella.

Entre los tres bajaron un tanque de plástico plegable, en el que acomodaron al delfín. El helicóptero lo izó y emprendieron el viaje de vuelta. Susana silbaba al delfín con su extraña flauta y lo alimentaba pacientemente con galletas.

En ese momento parecía la mujer más feliz del mundo.

Jacobo Kramer se detuvo. Respiraba pesadamente. El interior de su traje estaba resbaladizo por el sudor. Se encontraba en mitad de la llanura de Elysium y unas titánicas moles se erguían imponentes frente a él, recortándose contra el cielo rosado como enormes colmillos geológicos de piedra rojiza.

Él había soñado esa imagen.

Una y otra vez.

Dos grandes pirámides, más bien tetraedros, frente a otras dos de menor tamaño, pero que parecían copias exactas de las primeras, alineadas en una rejilla.

Las mayores eran, cada una, diez veces más altas que la pirámide de Keops.

Jacobo caminó sobre el polvoriento suelo hasta la base de una de las pirámides mayores. Calculó que desde la cima podrían verse las dos pirámides menores más al sur. En todo caso, la gemela se distinguía bien incluso al nivel del suelo. Marte había sido profusamente cartografiado desde principios del siglo XXI, y sin embargo, de algún modo, aquellas pirámides habían permanecido ocultas. Sus lados estaban tan erosionados que desde el espacio parecían simples colinas. Pero la Gran Tormenta — como ya se la llamaba— había arrastrado gran parte de la corteza de polvo acumulado sobre ellas durante años, y su naturaleza artificial se había hecho evidente.

Un golpe de suerte para Jacobo, decían algunos. «Quizá», sonreía él.

El terreno había sido dividido con pivotes y cordeles en parcelas cuadradas, y estas a su vez subdivididas en cuadraditos menores. Apenas había espacio para caminar entre ellas. Los trabajadores estaban ataviados con trajes espaciales en lugar de las tradicionales chilabas, pero lo demás era curiosamente similar. Extraían paletadas de tierra que tamizaban en busca de cualquier objeto pequeño, mediante cribas superpuestas, de diferentes tamaños de malla, que oscilaban movidas por pequeños motores, lanzando nubes de finísimo polvo que el viento se llevaba. A Jacobo no le hubiera sorprendido ver aparecer a un arqueólogo rival con salacot y montando un camello.

«Incluso ahora, no parece un objeto artificial visto desde aquí», pensó Jacobo echando la cabeza hacia atrás. Eso fue lo que los engañó a todos. «A todos, menos a mí...».

Recordó la primera vez que había visto las pirámides de Gizeh, cuando apenas era un niño. De lejos no le parecieron gran cosa. No era para tanto, pensó, solo un montón de piedras. Pero mientras se acercaba empezó a decir: «vaya, no son tan pequeñas como parecen». Y cuando estuvo al fin junto a su base se quedó sin aire. Literalmente. «Esto no lo han hecho hombres como nosotros —se dijo entonces—, es

imposible».

Las enormes estructuras marcianas, vistas de cerca, eran mucho más impresionantes y desde luego no las habían construido los hombres. Si en el pasado hubiera habido faraones marcianos, pensó Jacobo, Moisés lo habría tenido crudo para escaparse y cruzar el Mar Rojo. Imagina ese poderío. Aquellos tetraedros de roca tenían más de ochocientos metros de arista, superando en mil veces el volumen de las tumbas de los faraones. Con sus dedos enguantados, Jacobo siguió las grietas de la roca. Asombroso. Intentó rascarse la barbilla, pero su mano chocó con la placa facial del casco. No podía acostumbrarse a estar embutido dentro de aquella maldita armadura.

También embutidos en sus trajes de vacío, un equipo mixto de trabajadores de la COMM, estudiantes de la recién creada Universidad de Marte y novicios, se afanaban en retirar los derruidos bloques tetraédricos de piedra que obstruían el acceso subterráneo al interior de la mayor de las pirámides de Elysium. No era una tarea fácil; en aquel espacio restringido, donde no podían entrar las excavadoras, todo debía hacerse engorrosamente a mano, con engorrosos cables y poleas y polipastos que habrían hecho reír a Arquímedes, enfundados en no menos engorrosas escafandras. La mayor parte de ellos formaron una cadena humana que retiraba los cascos uno a uno y a mano.

Jacobo intentó imaginar la mentalidad de quienes levantaron aquella colosal obra. Caminar por las ruinosas calles de Ur, Bogaz Kieu o Ctesifón le hacían sentirse instintivamente un sumerio, un hitita o un persa de la dinastía sasánida. Como buen arqueólogo se jactaba de su intuición en ese aspecto. Pero aquí le fallaba. ¿Qué tenían que ver los habitantes de las arenas de Marte, hace quinientos millones de años, con los que hollaron las tierras de Mesopotamia, Anatolia o Irán hacía tres o cuatro mil años? ¡Prácticamente ayer! Y aquellos pueblos que inventaron la civilización eran humanos. Los marcianos podrían diferir de ellos tanto como un iguanodonte de una zanahoria.

—Padre Jacobo —llamó la voz de Stöur sonando en los altavoces de su casco.

—¿Hmmm?

—¿Para qué querrían un paso subterráneo? ¿No podrían haber entrado en la pirámide por la superficie?

Estaba pensando en lo mismo que él.

—Eso debería preguntárselo a un marciano —rezongó, pero la idea lo perturbaba—. Un paso subterráneo... ¿Para qué quiere alguien un camino subterráneo?

—¿Cómo?

—Nada, pensaba en voz alta.

Introdujo un pico en una grieta y tiró, ayudándose de su peso. La roca crujió.

¿Cómo interpretar el subconsciente de un Freud escamoso? Las cuevas y los

subterráneos tienen un significado uterino... para los humanos, claro está. Generación y nacimiento, la tierra es la Madre Universal. Zeus nació en la cueva Dictea. Pero eso es porque somos vivíparos. El simbolismo de la cueva como útero, ¿lo presentaría también una hipotética cultura de reptiles inteligentes? Pero, un ovíparo, ¿acaso no tendería a pensar más bien en un huevo como símbolo de nacimiento?

En los mitos, los muertos moran bajo tierra. El héroe debe descender a las tinieblas ctónicas, vencer a la Muerte y regresar. Y la iniciación en un culto misterioso implica el renacimiento del adepto. Los mitraístas celebraban sus ritos de iniciación en templos subterráneos... ¿Y qué indicaba eso?

«Nada —se encogió de hombros—, porque también para nosotros el huevo es un símbolo de renacimiento». En primavera, los druidas buscaban el huevo mágico de color rojo, puesto por una serpiente. El huevo de Pascua es una costumbre celta adaptada al cristianismo, para celebrar la Resurrección del Señor... «Ahora, ¡basta de tonterías y a trabajar!». Espetó de un tirón, atacando la roca briosamente.

Pero la idea le seguía rondando. Cuando aquella noche cesaron en el trabajo y regresaron a sus alojamientos, el padre Jacobo tuvo un pensamiento inquietante:

«¿Por qué construir estructuras subterráneas?».

Puede ser por un motivo religioso o ritual, como había especulado.

«Pero también puede ser porque se tema a los bombardeos», se le ocurrió.

La excavación progresaba con lentitud. Por fin llegó parte del equipo que Jacobo llevaba meses solicitando. Cintas transportadoras para sacar los montones de escombros, gatos hidráulicos y perforadoras manuales que aumentaron el ritmo de trabajo.

—¡Padre Jacobo! —llamó una voz por radio.

—¿Sí, hijito?

—Hay un hueco. Hemos llegado al final del túnel.

—¡Voy corriendo! ¡¡Qué no entre nadieee!!

Con el corazón batiéndole en el pecho y la respiración jadeante, empañando el casco con su aliento, se plantó ante la estrecha abertura, de un negro de tinta.

—Es pequeña —murmuró—. Amplíenla... No, mejor denme una perforadora.

Le pasaron el instrumento y, tras conectarlo, lo sostuvo con firmeza y empezó a reparar los bordes del agujero. El cabezal de diamante mordió la roca con un chirrido, haciendo saltar chispas que apenas iluminaban el espacio oscuro... Poco a poco fue ensanchando el orificio. Detuvo la máquina y miró a la oscuridad.

—Linterna. Rápido, vamos, vamos.

Una linterna pasó de mano en mano hasta la suya. Con dedos temblorosos, la encendió. El haz de luz apenas se extendía unos pocos metros. El techo y las paredes

estaban demasiado distantes. Entró dentro de la cueva y caminó unos metros. El suelo estaba formado por los mismos bloques tetraédricos, de los que solo se veía la cara superior. Los triángulos que lo pavimentaban estaban tan bien unidos, que entre ellos no se podía deslizar la hoja de un cuchillo. No había muebles, ni estatuas, ni objetos de culto. La cámara estaba decepcionantemente vacía.

No obstante, solo era una entre muchas. Las ecografías revelaban el interior de la pirámide como un queso Emmental de agujeros tetraédricos. No como las pirámides egipcias, que tan solo albergaban la minúscula cámara funeraria del faraón. No; los marcianos no habían levantado aquello con la mera intención de dar una fastuosa tumba a sus monarcas. ¿Para qué, entonces? Jacobo sospechó que aquello era una obra colectiva, de todo un pueblo, con un propósito que iba más allá de la jactancia de un rey. Aquellas pirámides tenían otra finalidad.

Se volvió hacia la entrada. La irregular abertura estaba ocupada por varias siluetas con escafandra, iluminadas desde atrás.

—Traigan algunos focos, esto es muy grande.

A pesar de que la pirámide aparecía hueca, al menos en el escaso radio de acción de su linterna, no se sentía decepcionado. No es mal resultado el descubrir una sala vacía que había sido cerrada cuando los trilobites eran la cima de la evolución.

Llevó un tiempo traer varios potentes reflectores y tender los cables de alimentación. Los hombres, excitados como el propio Jacobo, los dispusieron en semicírculo ante la entrada.

Los focos trazaron elipses de blancura sobre el muro opuesto. En aquella atmósfera limpia de polvo, sus trayectorias eran invisibles. Las paredes tenían un aspecto raro, brillando con irisaciones de varios colores, como una mancha de aceite o una burbuja de jabón. Los medidores láser calcularon que dentro de aquella gigantesca cámara tetraédrica cabría la pirámide de Keops entera, y aún sobraría espacio. El volumen total de la pirámide marciana era 800 veces mayor.

«Los marcianos parecen obsesionados por los tetraedros», meditó Jacobo. Bueno, ¿por qué no? Un vistazo a una ciudad terrestre mostraría que los humanos están obsesionados por los cuadrados, los rectángulos y los círculos. Ventanas y puertas rectangulares o cuadradas, ladrillos rectangulares. Claraboyas circulares, chimeneas de sección cuadrada o circular. Mesas con tableros circulares, cuadrados o rectangulares.

Pero había otro motivo, sin duda. El tetraedro era uno de los famosos sólidos pitagóricos. Apilados llenaban perfectamente el espacio, y su resistencia a la carga era muy superior a la de los bloques cúbicos de los faraones. Pero eran mucho más difíciles de tallar, claro. Se necesitaba una tecnología muy superior para hacerlo.

Y el interior de las pirámides representaba una imagen fractal muy conocida, llamada Triángulo de Sierpinski. Una figura geométrica que se obtenía conectando

los puntos medios de los tres lados de un triángulo equilátero y seleccionando solo los tres subtriángulos que se formaban en las esquinas, y suprimiendo la parte central del triángulo. Repitiendo este proceso de construcción, quitando fragmentos cada vez más pequeños una y otra vez, se conseguía un dibujo muy parecido al de las cámaras interiores de las pirámides tetraédricas de Elysium, que se podrían subdividir hasta el infinito.

Se frotó las manos, satisfecho. Khorsabad, Troya, Pompeya, la tumba de Tutankamón, Chichén Itzá... todo en uno. Un verdadero tesoro.

—Padre Jacobo —llamó uno de los hombres que estaban al lado de los reflectores—, parece que hay algo brillante en el techo.

Jacobo miró hacia arriba, al punto donde se juntaban las tres caras triangulares. Estaba fuera del alcance de los focos y sin embargo percibió un atisbo de luz grisácea. Desde el suelo parecían cristales diminutos que brillaban como polvillo de azúcar.

«Extraño», se dijo. Estaba seguro de que la cámara se encontraba completamente a oscuras cuando entraron. Por supuesto, aquella luz no podía ser otra cosa que un reflejo de los focos que habían instalado. Pero ¿qué era?

—¡¡Padre Jacobo!!

El arqueólogo se volvió sorprendido.

—¿Quién habla?

—Yo, padre.

—¡No diga «yo», levante la mano, hombre!

Una figura del fondo, situada en una zona que estaba en sombras, hizo gestos con el brazo. Era uno de los estudiantes.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jacobo.

—Por un momento... —dijo el estudiante—. Bueno, no estoy seguro... creí ver un movimiento... A alguien o algo moviéndose junto a la pared. Pero se ha esfumado.

—Vamos, muchacho, ¿me viene usted con fantasmas?

—Bueno... debí confundirme, pero...

—Estúpido niño...

—¡Padre Jacobo! —gritó otro de sus ayudantes.

—¿Y ahora qué pasa?

—¡Mire aquí, padre!

Jacobo corrió a donde le indicaban y... ¡sí, había algo! Si no se estaban volviendo todos locos.

Aquello parecía el fantasma de una criatura. No, dos criaturas, una junto a la otra. Toscas, de tamaño humano, no se apreciaban detalles, borrosas y extrañamente fragmentadas, como si estuvieran pixeladas.

Jacobo movió un brazo. Luego otro, y luego se puso a saltar y a hacer palmas en el aire, lo que con el traje espacial era un espectáculo surrealista. Los hombres que lo rodeaban lo miraron expectantes pero no extrañados. Estaban acostumbrados a ese tipo de comportamiento extravagante en Jacobo Krämer.

El jesuita dejó de saltar y se volvió hacia los que estaban detrás.

—Rápido, traigan aquí dos de los focos. Tenemos que iluminar esta pared.

Mientras acercaban los focos, un gran fragmento de la pared destelló como si estuviera cubierto de escarcha. Pero la luz directa eclipsó el efecto.

—No, no, no —dijo Jacobo—. Menos potencia... Así. Mucho mejor.

Allí había algo que reflejaba como un espejo. Jacobo pasó la mano por la superficie de la pared. Había fragmentos de cristal insertados en la roca. Toda la pared estaba salpicada de ellos, diminutos prismas tetraédricos que parecían hechos de cuarzo o cristal de roca. «¡Fractales!». Y sin duda eso explicaba también el brillo del techo.

Pero la luz directa los opacaba. Era muy extraño.

Utilizó la lupa electrónica de la cámara de su casco para ampliar la imagen uno de ellos. No se trataba de simples fragmentos de cuarzo. Aquellos prismas estaban huecos y contenían un polvillo brillante.

—Por Dios Santo —murmuró asombrado—, ¿qué es esto?

2067 d. C.

Hassan Ibn al-Haytham estudiaba el tablero de Go cuando lo avisaron de que tenía una llamada desde su barco. Los espectadores, aradores como él o técnicos japoneses y chinos, se preguntaron qué pasaría.

—Lo sabía —gruñó—. Tenía que ser justo ahora.

Hassan había nacido en Córdoba cincuenta años antes, y su aspecto reflejaba una compleja mixtura racial. Sus ojos azules estaban rodeados de finas arrugas; el pelo, negro y ondulado, le empezaba a ralear por delante. Tenía la piel del rostro curtida por el sol y el aire libre, una larga cicatriz le recorría la mejilla derecha saltaba sobre su ojo y partía en dos la ceja de aquel lado. Se la había hecho un mafioso ruso con una botella rota, cerca del puerto de Arjanguelsk, cuando Hassan Ibn al-Haytham aún era joven. Habían pasado treinta años de aquello y cada mañana el andalusí dedicaba unos minutos a observar aquella marca y recordar lo cerca que había paseado del abismo... y enviar calurosos recuerdos a la santa e indudablemente sufrida madre de aquel cabrón.

—¿Algún problema en el pesquero? —se interesó su adversario, Sujumi, uno de los técnicos japoneses que trabajaban en la construcción de la isla.

—A algún idiota se le habrá caído el Casio al agua —gruñó Hassan—. ¡Y se supone que tengo día libre, kusinmak!

Se levantó y contestó a la llamada. Era el oficial de personal, Manuel García.

—Manolo, ¿qué pasa?

—Tenemos un problema, Hassan —dijo García con su típico acento norteño—. He mandado un helicóptero a por ti.

—Estoy en mi día libre, hombre. ¿Qué hay de Santos y Karl?

—En descompresión. Tuvimos un asunto con la hélice número tres y bajaron, pero ahora nos ha surgido otro problema y te necesitamos.

Hassan suspiró; mientras sus compañeros se hallaran encerrados en la cámara, la sección de Trabajos Submarinos había quedado reducida a exactamente una persona.

—Supongo que estas horas las cobraré a precio extra.

—Desde luego, desde luego. Pero urge que vengas, Hassan.

Hassan salió al exterior. La isla formaba parte del archipiélago que los chinos estaban construyendo frente a la costa chilena, una complicada estructura de alambre, sobre la que se depositaba por electrolisis el carbonato de calcio, hasta formar un verdadero arrecife artificial. En los confusos tiempos posteriores al Despertar Chino el centro económico del mundo se había trasladado al Pacífico, y había una enorme

obsesión de ganarle tierra firme al océano. Las islas se diseñaban en diferentes formas y tamaños, según las especificaciones del cliente, tras un cuidadoso estudio de las olas y corrientes marinas. La Compañía Ping'an cubría los seguros en caso de destrucción por las tormentas o huracanes, pero tal cosa no había sucedido jamás; los mejores ingenieros japoneses trabajaban para la Zhongchuang Ltd. Y tenían una dilatada experiencia después de haber convertido su archipiélago-nación en una sola gran isla.

Pudo ver cómo crecía el futuro Centro Comercial: una complicada estructura de alambre sobre la que los aspersores rociaban agua marina, que se iba cubriendo de una gruesa costra blanca. El carbonato de calcio contenido en el agua se depositaba por electrólisis hasta formar un verdadero arrecife artificial. La isla se entregaría con puertos, bahías, escolleras, rompeolas; incluso alcantarillado y emisarios submarinos. Y cuando se poblara, las casas también crecerían por el mismo procedimiento.

Se convertiría en un gran centro de acuicultura y pesca. El mar circundante era de color verdoso, rico en plancton. En él hormigueaban bandadas de peces, y en los acantilados de la isla —construidos ex profeso para ello— ya anidaban alcatraces, pelícanos y cormoranes, que revoloteaban y se lanzaban al agua, comiendo hasta hartarse.

Hassan aguardó en la playa la llegada del helicóptero. No tardó mucho; subió a bordo, y tras un corto vuelo de quince minutos, avistaron el enorme buque de la Corporación Pesquera. El sol convertía la cubierta en una plancha candente de quinientos metros de largo, interrumpida por las escotillas de las bodegas donde se almacenaban toneladas y toneladas de anchoas. Un carguero se encontraba abarloado a estribor, con la bandera azul y roja de la Corporación sombreada por las enormes velas controladas por ordenador; por medio de una ancha tubería se transfería a bordo parte de la captura del día. Una interminable cascada de pescado, con destino a millones de bocas hambrientas. Hassan subió al puente sin más retraso, y se dirigió a Martin Tsang.

—Buenos días, comandante. ¿Cuál es el problema?

—Hola, Hassan. Una rotura en la red.

—Las anchoas están forzudas hoy, ¿eh? Bien, vamos a ver.

Una gran pantalla mostraba las posiciones relativas del pesquero N-3245 y su flota de buques auxiliares: los cuatro pequeños buques de exploración, que seguían a los bancos de anchoas mediante sonar, mediciones de la abundancia del plancton y datos meteorológicos acerca de los vientos y corrientes marinas. Media docena de helicópteros AVIC-66 revoloteaban por la zona, colaborando con la búsqueda. Dos remolcadores mantenían extendida la colosal red en forma de embudo aplanado, que se extendía en un frente de un kilómetro. Cualquier cosa no menor que una anchoa era capturada y aspirada mediante un gran tubo, pero era dudoso que incluso un

tiburón o delfín fueran capaces de romper las mallas. La pantalla mostraba asimismo el relieve submarino. El fondo era arenoso, casi plano: ni arrecifes, ni escollos.

—En una ocasión —comentó Xu Caihou, el primer oficial— estuve destinado en un pesquero que se cargó una estación submarina de cría. Pero no hay ninguna por esta zona. Y si la hubiera ni siquiera la rozaríamos. No somos un arrastrero.

—Hmmm... ya veo —musitó Hassan pensativo—. O no lo veo, pero no importa. ¿Es muy grande la rotura?

—Según los delfines, podrías pasar a través en coche.

—Ya. —Se frotó la barbilla—. Muy profundo, así que usaré el sub. ¿Podrías llevarme hasta allí en helicóptero?

—¿Bromeas? Están sobrecargados de trabajo.

—Como de todos modos hemos de parar la operación...

—¿Dejar de pescar? —El comandante Martin Tsang estaba casi horrorizado.

—No hay más remedio, comandante —contestó Hassan—. No podré reparar la red estando en tensión.

Los oficiales chinos del puente pusieron cara de estar tomando una píldora amarga. Pero todos sabían que Hassan tenía razón.

—Está bien —admitió el comandante—. ¿Cuánto tardarás en preparar el sub?

—Unos veinte o treinta minutos.

—Xu —dijo el capitán al primer oficial—, llama a los helicópteros dos y tres. Y que reduzcan las máquinas a un tercio; seguiremos pescando hasta el último minuto. Tenemos una cuota que cumplir, así que manos a la obra. ¿Necesitarás ayuda?

—Sí, comandante. ¿Puedo llevarme a Manolo García como copiloto?

—Desde luego...

Una vez que Hassan y García hubieron planeado la operación, bajaron a cubierta. El calor los envolvió como una manta. Tomaron asiento en un jeep que los condujo hasta la cubierta de vuelo de popa. La calva de García relucía de sudor como cuero encerado. Se secó la frente.

—Un día de estos —dijo— voy a engancharme en un pesquero de krill en el Antártico.

Como en un portaaviones, el ascensor llevó a cubierta al pequeño submarino M-62R biplaza; mientras, las tripulaciones de los AVIC-66 tenían casi preparado el aparejo que lo elevaría. Subieron a bordo. García tomó asiento ante el sonar y se encargó de leer la lista de control que aparecía en la pantalla del ordenador, mientras el andalusí revisaba los sistemas.

—Baterías, carga máxima. Oxígeno, al cien por cien. Lastre en su sitio. Todo verde. ¿Hélice principal?

Hassan accionó una palanca. Se oyó un fuerte zumbido.

—Bien.

—¿Hélices de maniobra?

Las hélices zumbaron. Hassan hizo girar el mando general, y desde fuera les hicieron la señal de «correcto».

—Bien.

—Escotillas cerradas.

Hassan habló por el micro:

—Atención, puente, ¿se me oye?

—Cinco-cinco, Hassan —respondieron.

Hassan metió las manos en los controles de los waldos y movió los dedos. Dos pinzas de cangrejo se desplegaron con un zumbido, e hicieron varios movimientos.

—Todo perfecto. Váaaaamonos.

Las palas de los AVIC-66 empezaron a girar. Se elevaron y con una sacudida estaban en el aire. García observó por una de las portillas y tragó saliva. Tenía experiencia en mini-submarinos, pero no de volar en uno de ellos. Con rapidez los pusieron sobre el punto indicado. Los helicópteros descendieron hasta que el sub tocó las aguas.

—Aquí Hassan. Ya podéis soltarnos, chicos.

El sub se encontró libre en su elemento. Los dos acabaron la revisión (hidrófonos, sonar, etcétera) y por fin Hassan dijo: «Inmersión» y abrió las válvulas. El sub se sumergió hasta la torre, y ajustó las válvulas de los tanques de trimado para equilibrarlo. Cuando estuvo satisfecho, inclinó el timón de profundidad y puso el motor en marcha.

Entonces una conocida voz de mujer dijo:

—Hassan, van con vosotros dos delfines, por si necesitáis ayuda.

—¿Cuáles, Susana? ¿Hocico al Viento, Cola Moteada, Resaca Tardía?

Hassan siempre se había llevado bien con Susana, la etóloga encargada de entrenar a los delfines de mantenimiento, aunque era una chica extraña e introvertida.

—No, Salta Olas y Tik-Tik —dijo la voz femenina.

—Estupendo. —Le encantaba trabajar con delfines.

García vio dos flexibles torpedos grises deslizarse junto al sub. Eran los delfines que los escoltaban: Tormenta-sobre-el-Acantilado, y Cuchillo-Plateado-del-Mar-Encrespado, más conocidos por sus apodos de Salta Olas y Tik-Tik. Hassan sonrió y les hizo un gesto con la mano a través de la burbuja.

Se sumergieron, envueltos en la luz verdosa de las profundidades. La visibilidad no se extendía más allá de cuarenta metros, debido a la abundancia de plancton. De vez en cuando veían destellos plateados de peces. Hassan rezongó en voz baja.

—¿Pasa algo? —preguntó García, levantando la vista del tablero.

—Estamos sobre la corriente de agua cálida que sube del fondo. Era de esperar.

Hizo un nuevo ajuste en las válvulas. Bajo ellos, enterrada en el cieno, había una

de las colosales rejillas metálicas que calentaban el agua del fondo, alimentadas por energía solar colectada en la superficie por centrales solares flotantes. Un sistema limpio y barato, no como los reactores nucleares submarinos usados en el mar del Norte.

El agua caliente ascendía desde el fondo, llevando consigo las sales minerales depositadas; aquello equivalía a arar el mar. Los fosfatos y nitratos fertilizaban el agua, permitiendo que el plancton multiplicara su masa por cien en una semana. Como «abonado» complementario, grandes emisarios submarinos llevaban aguas de desecho desde las ciudades de la costa. Las anchoas hacían los honores al banquete pantagruélico, reproduciéndose como moscas. Los pesqueros las capturaban en enormes cantidades y los buques factorías las convertían en harina, les añadían colorantes, saborizantes, espesantes y cosas por el estilo. Hacía mucho que los ecologistas habían desistido, el ecosistema se había ido al carajo, decenas de miles de especies animales se habían extinguido, los océanos de la Tierra se habían convertido en poco más que factorías para obtener las proteínas que era lo único que tenían para comer el ochenta por ciento de la población.

—Cien metros y en la posición indicada —anunció García—. No estamos lejos de la rotura.

Apenas llegaba ya luz solar. Hassan encendió los focos. Incluso así hubiera sido difícil hallar el desperfecto.

—Atención, Salta Olas, Tik-Tik, necesitamos orientación.

—Cerca, cerca. ¿Ves red? —La voz de Salta Olas sonaba neutra, tranquila. En realidad era una interpretación realizada por el dispositivo traductor situado en la boquilla de su aparato de respiración.

Hassan avanzó despacio. Al fin apareció la malla iluminada por los focos.

—Ya la veo. Pero no distingo el agujero.

—Síguenos. Nosotros oímos...

Los dos delfines adelantaron al sub, brillando bajo los potentes focos. García fue el primero en ver la rotura.

—Sí que es grande —susurró—. ¿Cómo se puede haber hecho?

Hassan se encogió de hombros. No le pagaban para preocuparse por eso.

—No importa. Nosotros a cerrarla y en paz.

Aproximó el sub lo más que pudo para tener la red al alcance de los waldos.

—De acuerdo —dijo—. Ordenador...

Una sensual voz femenina susurró desde el tablero.

—¿Qué ordena mi amo y señor?

—Hola guapa, ejecuta *ancladin*.

Anclaje dinámico. El ordenador conocía su posición por la imagen de sonar del fondo, y los mantendría en ella controlando los motores de maniobra.

—¿Quién le programó al ordenador esa voz tan sugerente? —preguntó García.

—Idea mía. Conocí a una buzo tailandesa en el Índico que... ¿Te gusta?

García asintió y dijo entre risitas:

—¡Qué bien lo pasáis los de Trabajos Submarinos!

—Sí. Bueno, ahora me pondré a la faena. —Hassan se colocó un par de lentillas de imagen virtual, y conectó su antebrazo derecho con la interfaz del ordenador.

Efectuar un trabajo con los waldos era tan sencillo como enhebrar una aguja con guantes de boxeo. Silbaba entre dientes, absorto en el manejo de las pinzas mecánicas, mientras García miraba con curiosidad por las portillas. Aquel modelo estaba diseñado para búsqueda visual y tenía varias, a babor, estribor, arriba y abajo, entre sus pies. Los delfines revoloteaban en torno al sub, cargados con sus mochilas hidrodinámicas de mantenimiento, que les daban un extraño aspecto giboso.

De repente, algo vieron o detectaron con su sonar.

—Atención, atención... —dijo la voz del ordenador de Salta Olas.

—¿Uh?

—Viene. Extraño. Rompió red.

Hassan se quitó una de las lentillas conectadas al ordenador.

—¿Dónde?

—Abajo, abajo.

Miró hacia abajo. Y repentinamente se olvidó de los waldos.

En todos sus años de experiencia, Hassan se había encontrado con muchos animales marinos. Pero aquella criatura era algo que jamás había soñado ver. No tenía nada con qué compararlo que le diera su verdadera escala, pero calculó que debía superar los dos metros de diámetro. ¡Y se dirigía hacia ellos tan rápido como un torpedo!

García gritó y Hassan soltó un taco en árabe a la vez que tiraba de una palanca. El sub retrocedió, alejándose de la red. Y el estúpido ordenador lo acercó de nuevo.

—¡Ordenador... el programa, detenlo! —rugió.

—*Perdona, mi amo y señor* —dijo la voz irresistiblemente sensual—, *en estos momentos estoy ejecutando varios programas. ¿Podrías ser más explícito?*

—¡Jodido programa! —exclamó García— *rompe ancladin.*

Y el sub retrocedió como si le hubieran dado una coza...

El corpachón de la bestia llenó su campo de visión. Tenía forma de icosaedro, con un largo tentáculo escamoso surgiendo del centro de cada una de sus caras. Hassan pudo apreciar multitud de animales, lapas y crustáceos pegados a ellas.

El andalusí maldecía a más y mejor. La criatura rozó contra uno de los waldos, casi arrancándolo. El sub fue zarandeado y escoró unos veinte grados. Desde el puente preguntaban qué diablos pasaba, aumentando la confusión.

Tik-Tik cruzó las aguas como una flecha y golpeó al monstruo con su hocico.

Uno de los tentáculos de la criatura se disparó como un rayo hacia Salta Olas que intentaba atacarla desde atrás. El delfín giró como una peonza, tratando de evitarlo.

—¡Salta Olas, Tik-Tik... no os acerquéis, estúpidos! —gritó Hassan.

Decidió usar lo que jamás había utilizado en su carrera. Apretó el botón que soltaba el lastre. Con un suave repiqueteo, una tonelada de perdigones de hierro comenzó a caer como lluvia por dos aberturas del casco, hundiéndose en el mar. El minisubmarino ganó flotación positiva y empezó a subir.

—Tranquilo, Manolo, vamos a la superficie —dijo Hassan, esforzándose en que su voz sonara calmada.

García respiró hondo. El ascenso no debió de durar más de diez minutos, aunque a Hassan le pareció interminable. Escrutaba constantemente a través de las burbujas, pero la criatura no parecía seguirlos. La luz azul verdosa se fue haciendo más y más clara...

De repente irrumpieron en la superficie con un gran chapoteo, volviendo a caer. El sub lanzó un largo crujido metálico. Cuando se estabilizó, se hallaba sumergido hasta la mitad. No pudo distinguir al monstruo a través de la portilla.

—No nos ha seguido.

—¿Estás... estás seguro?

Los dos delfines emergieron sanos y salvos junto al sub, y García se relajó con alivio en su asiento. Hassan trataba de contestar a las frenéticas preguntas que le hacían desde el puente. Cuando logró medio explicar el caso, le dijeron que esperase a un remolcador. Sospechó que traerían una camisa de fuerza.

—¡Hijo de puta! —dijo García—. ¿Hemos visto lo que hemos visto?

—No puedo creerlo, pero... sí. ¡Salta Olas, Tik-Tik...!

—Aquí... Aquí...

—¿Tenéis idea de qué es lo que hemos encontrado ahí abajo?

—Monstruo —dijo Tik-Tik con su voz sintetizada.

El ultraligero zumbaba a baja altura, sobre la pista de suelo batido cuyas señalizaciones parecían deshilachados espantapájaros. El piloto, un barbudo monje franciscano, puso proa al viento y redujo gas gradualmente. El liviano aparato descendió, tocó tierra, se alzó medio metro y volvió a tocar tierra, bamboleándose sobre su tren de aterrizaje triciclo debido al terreno mal nivelado. Finalmente rodó con lentitud hacia un granero que hacía las veces de hangar, y se detuvo.

El franciscano cortó el encendido y bajó con torpeza del aparato. Estaba demasiado gordo para aquel avioncito tan estrecho, pero se las arreglaba lo mejor que podía. Se pasó la mano por la frente limpiándose el sudor, y despegó su suéter marrón de lana de su espalda. Hacía un calor endiablado en aquel sitio, el lecho seco del mar de Aral, en el centro de la meseta de Ustyurt. Aquel había sido el escenario de la sangrienta guerra entre Uzbekistán y Kazajistán. Las nucleotácticas habían alterado el clima de aquella región, secando el pequeño mar interior y condenando a la muerte por hambre al noventa por ciento de sus primitivos ocupantes.

El suelo parecía formado por trozos de vidrio triturado. Granos de sal que se introducían en sus sandalias volviendo penoso el caminar. Cinco hombres esperaban sentados a la sombra del edificio. Corrieron a su encuentro y se inclinaron con respeto.

—Bienvenido, Reverendo Padre —dijo el de más edad, que le recordó por su aspecto a la famosa estatuilla egipcia llamada Cheik-el-Beled (El alcalde del pueblo).

El franciscano observó al resto. Eran individuos musculosos, de piel curtida y renegrada por la vida al aire libre y el trabajo duro. Vestían saharianas y pantalones cortos de tela recia, muy gastados y remendados. Se cubrían con anchos sombreros; ropas baratas y prácticas, enviadas desde Europa por la *Velwaltungsstab*.

—Llamadme solo hermano. Soy un monje, no un sacerdote. Hermano Rafael Tresera. —Señaló su escapulario, donde aparecía su foto bajo una cruz, y más abajo: «Tresera; O.F.M.», en caracteres latinos y cirílicos.

Les sonrió para suavizar la sequedad de sus palabras, y tendió la mano al hombre mayor que le había saludado. El hombre dudó, y por un momento el franciscano temió que se la besaría. Pero se limitó a cogerla sin apretar, como si fuera quebradiza.

—¿Podéis conducirme hasta lo que habéis hallado? —Fray Rafael contuvo el deseo de levantar un pie del suelo ardiente.

—Desde luego, rev... hermano Rafael. No está muy lejos... hacia allí. —Señaló hacia el sureste con un dedo de uña enlutada.

El franciscano caminó pesadamente tras los colonos. Además de la gruesa y cortante sal, el suelo se hallaba sembrado de guijarros y grava, con aristas no menos

cortantes. Fue conducido hasta la parte trasera del hangar, donde los esperaba una vieja furgoneta de fabricación japonesa.

«Egipcios», pensó. Descendientes de los cristianos coptos expulsados por el Quinto Jihad. Ahora, emigrantes forzosos en esta región dejada de la mano de Dios. El problema era que la Velwaltungsstab no podía dejar aquel pasillo de acceso a Europa despoblado. Aquellos hombres trabajaban duramente intentando recuperar la habitabilidad del lugar, pero a la vista de los resultados, fray Rafael opinaba que aquel trabajo podía ser más duro que la terraformación de Marte. Él era biólogo, y trabajaba también en aquel proyecto, desde el instituto de Nueva Buhara; la única cosa que merecía el nombre de ciudad en aquel olvidado rincón del mundo.

—Esas sandalias no son adecuadas para caminar por el desierto, hermano —dijo el que fray Rafael había bautizado in pectore como El alcalde del pueblo—. Vais a lastimaros los pies.

Se sentó en una piedra y empezó a quitarse las botas de lona verde y suela de goma.

—¿Qué haces?

—Con mis botas caminaréis mejor.

—¿Y tú irás descalzo?

El alcalde del pueblo le mostró la planta del pie, encallecida como el cuero. El hermano Rafael dudó un momento, pero la idea de meter sus pies en aquellas botas sudadas y malolientes le hizo sentirse ascético.

—Gracias por tu caridad, hermano, pero deja tus botas donde están y démonos prisa. Aguantaré hasta volver a la Misión.

La furgoneta era probablemente el único vehículo a motor de todo el pueblo. El olfato indicaba que su uso habitual era el transporte de estiércol. Fray Rafael y El alcalde del pueblo subieron a la cabina, este último al volante, mientras los restantes colonos se acomodaban en el suelo. El motor de arranque giró un par de veces y el vehículo se puso en marcha, arrojando una invisible nube de gas. «Metanol», adivinó el franciscano.

—Por cierto, hermano —dijo El alcalde del pueblo—, me llamo Abdul Kasim, y soy el alcalde del pueblo.

El hermano Rafael pestañeó, sorprendido al oír sus pensamientos en voz alta.

—Me alegra mucho conocerte, amigo Abdul. Pero... ¿adónde vamos?

—No muy lejos, hermano, solo un par de kilómetros. Llegaremos pronto. Mirad, ese es nuestro pueblo: Alto-Amu.

Alto-Amu era un grupo de chozas destartaladas, desdibujadas por la distancia y las capas de aire caliente, de las que sobresalía el campanario y la torre distribuidora de agua. No lejos del poblado se veían los huertos, protegidos por invernaderos de plástico, mil veces remendados y parcheados. Cultivos hidropónicos, por supuesto.

La furgoneta se introdujo por un estrecho valle, que el franciscano reconoció como el cauce seco del río Amu.

—¿Qué tal os va la vida aquí? —preguntó.

—Oh, pues... vamos tirando —dijo con timidez el alcalde Kasim.

Fray Rafael se secó el sudor de la frente.

—¿Tenéis bastante agua?

—La suficiente y nada más. Hay un manto acuífero bajo tierra, pero está muy profundo. La mayor parte de nuestra agua viene de las montañas.

El monje se abanicó con la mano, deseando vestir ropas más holgadas. Su suéter de lana con capucha y sus pantalones, ambos del color marrón de los franciscanos, se le pegaban al cuerpo por el sudor y le picaban. Abrió la ventanilla, para aprovechar la corriente de aire producida por la marcha, pero aquello no mejoraba las cosas. Observó a los colonos, mal vestidos y mal calzados, pero no parecían pasar hambre. Tenían una esperanza para el futuro... partiéndose la espalda en el intento, eso sí.

La furgoneta se detuvo.

—Ya hemos llegado, hermano Rafael —anunció el alcalde.

Frente a ellos se elevaba un escarpado montículo de cascotes. Un cráter de impacto. La cicatriz había revelado accidentalmente algunas características del subsuelo; rocas de tipo ígneo, negras como el carbón o grises, salpicadas de cristales de olivino, color verde botella, o plateadas chispitas de mica.

—Lo vimos caer hace dos jornadas. Fue como la lanza de Dios clavándose en mitad del desierto —dijo Kasim, y el fraile se sorprendió ante tan literaria expresión.

Treparon por las laderas del montículo, cubiertas de escorias y costras de lava negra. Los pies del hermano Rafael se asentaban de modo inseguro.

Cuando alcanzaron la cima, jadeaba sin resuello. El cráter tendría unos cincuenta metros de diámetro. Calculó que el objeto que lo produjo no podía ser mayor que un balón de fútbol.

Todo su interior estaba tapizado por una intrincada formación que parecía vegetal. Nacía del centro geométrico del cráter y extendía sus raíces como tentáculos por toda la cara interior. El tronco —si se le podía llamar así— estaba recubierto por un caparazón de color granate, con forma de icosaedro, y de sus caras surgían los manojos de raíces que tenían un color verdinegro, y el grosor de la muñeca de un hombre. Sobre ellas crecían miles de flores, parecidas a girasoles de color rojo. Todas las corolas parecían apuntar hacia un mismo punto del cielo.

—¿Dices que el meteorito cayó hace solo un par de días?

—Así es, hermano... ¿por qué?

—Estoy seguro de que todo eso no ha podido crecer en un par de días.

—Pero, yo os doy mi palabra...

El franciscano alzó una mano para tranquilizar a Kasim.

—Te creo, te creo. Solo digo que es... asombroso.

—Nunca habíamos visto algo así por aquí.

—Estoy seguro de que yo tampoco he visto nada parecido.

—Vino del cielo —dijo Kasim con un susurro temeroso.

Fray Rafael se agachó y tomó unas muestras que guardó en un tubito de cristal.

—Bueno, eso no parece probable, pero lo sabremos cuando analice su ADN.

Hassan irrumpió en la cafetería. Buscó con la vista a Manolo García y lo localizó en la barra del autoservicio. Cogió una bandeja de aluminio del lugar donde estaban apiladas y se situó junto a él.

—¡Hola, Judas! —masculló arrastrando su bandeja por los rodillos hasta hacerla chocar ruidosamente con la de Manolo.

—Compórtate, Hassan. No quiero líos —dijo mientras se servía del calentaplatos una generosa ración de arroz, frijoles y bacalao.

—He leído tu informe. ¿Qué pretendes conseguir al dejarme como un idiota?

—Vamos, papi, sabes perfectamente que las cosas no son exactamente así. Yo solo puse en el informe lo que vi... o lo que creí ver.

—Tú estabas ahí abajo conmigo, y tus ojos son tan buenos como los míos, y ese monstruo que se nos tiró encima no pudo pasarte desapercibido.

—Tú dijiste que era un animal —dijo Manolo sirviéndose una copa de postre a base de gelatina con sabor a plátano y yogur—, pero yo solo vi una sombra turbia. Tú te pusiste muy nervioso y me contagiaste los nervios, pero el ordenador no registró nada. Aparte de los bancos de anchoas, claro.

—¿Y los delfines? ¿Crees que ellos se dejarían engañar por un banco de peces?

—Tú les tienes mucha confianza a esos bichos, pero son unos cachondos mentales; lo sabes tan bien como yo. Igual ahora se están descojonando a nuestra costa.

Hassan se puso aún más rojo.

—Sé cuándo un delfín se está quedando conmigo.

—Puede ser, pero yo no voy a comprometer mi reputación, si mis únicos testigos van a ser un par de delfines. —Levantó su bandeja y se dirigió hacia una de las mesas—. Hazme caso, papi, el agua estaba muy turbia y tus ojos no son los de antes. Nos hacemos viejos, acepta que pudiste equivocarte. Hostias, a cualquiera le pasaría.

Hassan arrojó con furia su bandeja vacía. Al chocar contra el suelo, el aluminio sonó como un pistoletazo. Todos los ojos se clavaron en él.

—¡Colega, no me jodas! —bramó—. No me jodas, porque yo sé lo que vi.

—Como tú quieras. —Manolo se dio la vuelta y buscó una mesa lo más alejada posible.

El andalusí abandonó el comedor echando chispas.

Horas después, con medio cuerpo colgando por la borda de una pequeña embarcación, Hassan intentaba localizar visualmente a sus camaradas delfines. El sol

ecuatorial caía a plomo sobre la cubierta de su barco, una vieja y mugrienta lancha de mantenimiento, dotada de un ruidoso motor de gasoil; no había conseguido nada mejor. Lo único bueno que llevaba a bordo era el sistema en circuito cerrado de videocámara submarina. ¡Y esa era la maldita cosa que se había estropeado en primer lugar!

Con movimientos frenéticos se metió en la cabina, cogió el avisador y lo sumergió en las tibias aguas. Un ruido como de bocina con sordina se expandió a partir del viejo pesquero. Volvió a inclinarse hasta casi tocar la superficie con su cara...

El hocico de Tik-Tik emergió a medio metro de él, dándole un susto que estuvo a punto de hacerlo caer al agua. Salta Olas emergió, casi al instante, un poco más lejos.

—¿Qué os ha pasado? —les gritó Hassan—. Hace más de una hora que perdí vuestra señal.

—Pfff... —Tik-Tik habló y el dispositivo traductor dijo—: Algo abajo... Algo.

Los delfines estaban equipados con un moderno equipo de buceo, con el respirador adaptado a su orificio superior. Gracias a él, podían descender a gran profundidad.

Hassan se levantó animado.

—¿Algo?

—Sí, sí, sí —dijo Tik-Tik.

—Pfff... Sí —repitió Salta Olas.

—Vamos, vamos, muchachos. Decidme qué habéis visto.

—Luces fondo.

—¿Qué más? —apremió Hassan.

—Luces —insistió Tik-Tik.

—¿Solo eso? —Hassan se sintió decepcionado.

Estaban sobre la Dorsal Atlántica. Aquella era la línea por donde el lecho oceánico se rasgaba y ampliaba, separando las Américas de África y Europa a la velocidad de las uñas creciendo. Había una intensa actividad volcánica submarina: la lava candente brotaba en una larga línea, empujando la vieja corteza a un lado y a otro. No era extraño ver luces en el fondo provenientes de pequeñas afloraciones de magma.

—Sería un humero negro —dijo el humano.

—No, no, no. Agua no huele.

—¿Ah no? —Hassan se sintió desconcertado.

Sabía, como cualquiera que conociera el océano, que en las dorsales había vida. Ecosistemas que medraban en la eterna oscuridad submarina, en las fuentes termales llamadas humeros negros. El agua manaba de aquellos géiseres submarinos, colmada de sulfuros disueltos. Algunas especies de bacterias sulfurosas podían obtener energía

oxidándolo a azufre, y numerosas criaturas del fondo (cangrejos, moluscos, poganóforos, etcétera) se alimentaban de ellas. Un extraño ecosistema alimentado por la energía interna de la Tierra. Un mundo de tinieblas perpetuas...

—Nosotros bajar más, no... —dijo Tik-Tik.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—No, no, no...

—No posible —intervino Salta Olas—. Muy raro. Agua extraña...

—¿Qué? —Hassan supo entonces lo que había pasado con su equipo de vídeo.

Éste había sido montado sobre la mochila que contenía las botellas y el equipo de inmersión de Salta Olas. La antena estaba retorcida, y la pequeña cámara de vídeo colgaba, medio arrancada, de unos cables multicolores.

—Salta Olas delante —dijo Tik-Tik—. Luego no avanza. Apretado...

—Casi no subo. Apretado. Agua rara...

—Yo tiro de él. Fuerte. Muy fuerte. Y subimos al aire.

Hassan paseó frenético por la cubierta. Como sospechaba, allí abajo había algo muy extraño, y no era un humero negro. Aún no tenía suficientes pruebas para convencer a la Corporación para que investigase.

Pero iba a conseguirlas, vaya que sí.

Fray Rafael miraba ensimismado a través de la ventanilla. El borde del Valle apareció en el campo de visión, el transbordador picó levemente y se zambulló dentro.

El Valles Marineris era un cañón de dos kilómetros de profundidad media, quinientos de ancho y tres mil de largo, siguiendo exactamente el ecuador a lo largo de un quinto de circunferencia del planeta. Rafael contempló fascinado el imponente murallón que se deslizaba a estribor, mientras la nave se alejaba de las quebradas paredes. Las perdieron de vista, mientras volaban hacia el centro del Valle.

Sobrevolaban una llanura entre dos remotas cordilleras. La zona central se bifurcaba en los hundimientos de Melas Chasma y Ophir Chasma; el ciclópeo barranco alcanzaba allí su anchura máxima y una profundidad de doce mil metros. Sus bordes estaban recubiertos por una densa red de barrancos. Presentaba una compleja serie de crestas centrales, así como imponentes desmoronamientos en su borde norte.

Justo allí, los jesuitas habían levantado Santa Marina.

El mayor asentamiento humano en Marte se hallaba constituido por varias cúpulas transparentes con forma de boca de trompeta. Cada una tenía un alto edificio en el centro, soportando el peso, rodeado de árboles que crecían en la atmósfera protegida. La mayor tenía sobre ella una gran imagen de la santa, con sus brazos abiertos. Interminables filas de invernaderos presurizados formaban una parrilla cuadrada que comunicaba las cúpulas. La poca humedad que lograba escapar, propiciaba el crecimiento de manchas verdosas de líquenes en el exterior de sus paneles.

El piloto del transbordador aterrizó con pericia, sin apenas sacudidas, rodó unos minutos por la pista principal del astropuerto y se detuvo frente a la terminal. Después del aterrizaje, se puso a escribir en una hoja sujeta a un portapapeles. La auxiliar abrió la puerta y sacó la escalerilla para que el único pasajero pudiera bajar.

El astropuerto parecía un fragmento de selva tropical trasladado a Marte. Las plantas lo invadían todo, y solo si el viajero se fijaba bien podía admirar la estructura de hierro y cristal que lo contenía todo. Las palmeras estaban situadas junto a las columnas principales, con la idea de ocultarlas y confundirse con ellas, excepto las más altas que se encontraban justo en el centro de la terminal, donde la cúpula alcanzaba su máxima altura. El propio Jacobo Kramer recibió a fray Rafael al otro lado de la esclusa. La buena impresión causada por la frondosidad que los rodeaba se desvaneció tan pronto como el franciscano se quitó el casco. La cúpula apestaba a demonios. Era una mezcla hedionda de vegetación corrompida, desechos humanos y agua estancada.

—¿Rafael Tresera? —lo saludó Jacobo—. Bienvenido a Santa Marina... Espero que no le moleste el olor, después de todo, no hay otro remedio. Nos tenemos que procurar el agua y el aire, y reciclamos hasta los gases de los eructos... ayúdale, Joe.

Se refería a un jesuita enorme y malencarado, que asintió con un gruñido inarticulado y auxilió a Rafael en la tarea de quitarse el traje.

Jacobo lo observó detenidamente mientras tanto. No soportaba a los franciscanos. Fray Rafael, por ejemplo, estaba demasiado gordo y su traje espacial era una verdadera piltrafa, con remiendos bien visibles por toda su superficie. Jacobo nunca dejaba de pensar que todo aquello no era más que una puesta en escena. ¿De qué servía jugarse la vida con un traje que debería estar en el basurero? Cada uno de ellos era allí más valioso que el costo de una simple escafandra nueva. Pero, claro, los franciscanos adoraban esa imagen cutre, la explotaban y la mantenían con exquisito cuidado.

—Así que franciscano, eh. ¿La primera vez que visita Marte?

—Así es, padre Jacobo. Y estoy ansioso por ver...

—Ya sé qué es lo que quiere ver. Venga, vamos al laboratorio —dijo Jacobo cortándole la palabra de un modo bastante desconsiderado.

Rafael no entendía por qué, pero era evidente que el jesuita estaba molesto por su presencia allí. Quizá no quería compartir ni un ápice de gloria del asombroso descubrimiento que había hecho. Pero no le quedaba más remedio. Jacobo era arqueólogo y las cosas habían derivado a un punto en el que se había hecho necesaria la presencia de un biólogo reputado, y la COMM había decidido enviarlo a él.

De los departamentos de biología que poseía la COMM, era epidemiología el que por entonces contaba con más personal y más medios, ya que la mayor parte de los casos que trataba la Congregación se referían a ellos. Se trataba, sobre todo, de impedir que las enfermedades de la Tierra colonizaran también el Planeta Rojo. Paradójicamente, el menos importante era exobiología, pues durante años se creyó que Marte jamás había poseído formas de vida propias. Sus miembros no eran más que investigadores teóricos, con poco o nada que hacer, que pasaban parte de su tiempo refunfuñando contra la escasez de presupuesto y rumiando el pedir el traslado a otro puesto más activo.

Sin embargo, aquel hosco jesuita que tenía enfrente se las había arreglado para cambiarlo todo cuando descubrió, cinco años antes, las pirámides de Elysium.

Pero era un nuevo descubrimiento lo que había llevado a Rafael hasta allí.

—Ah, si tiene alguna urgencia fisiológica ineludible —añadió Jacobo señalando una maloliente maquinaria—, nuestro sistema de reciclado agradecerá que deje su... ehh... tarjeta de visita. Atrás hay una fosa séptica.

—No, no, no, muchas gracias.

En el laboratorio de anatomía estaban trabajando una docena de monjes. A la

derecha, una vitrina iluminada encerraba grandes bales llenos de formol, donde flotaban objetos extraños y fantasmagóricos. En un tablero de corcho en la pared de la izquierda se encontraban clavados, para que todos pudieran consultarlos, multitud de dibujos, placas de rayos x y fotos de los órganos internos y externos de la criatura. Unos monjes llevaban cajas de Petri con pequeños fragmentos de tejido con destino a los laboratorios de bioquímica o microscopía electrónica. Otros, hábiles dibujantes, se ocupaban en convertir en acuarelas las fotografías y los toscos esquemas de los anatomistas.

—Como ve —dijo—, no nos hemos quedado esperando las decisiones de los burócratas de la Tierra con los brazos cruzados. Tenemos buenos biólogos en Marte.

«Luego aquí no soy en absoluto necesario —concluyó Rafael—. ¿Por qué no lo dices más claro, Jacobo?».

—Aquí no es necesario, hermano —dijo el jesuita como si le hubiera leído la mente.

—De acuerdo —dijo Rafael con humildad—, pero espero que ya que he hecho este largo viaje al menos me permitan ver el organismo.

—Claro, hombre. Sírvase usted mismo. Lo hemos llamado «rizomorfo». Jacobo se hizo a un lado. En el centro de la sala, bajo unos potentes focos, la criatura estaba siendo minuciosamente diseccionada por varios monjes vestidos con batas blancas. En la mesa de disecciones estaba el enorme caparazón rojo con forma de icosaedro. Dos metros de diámetro. De cada una de las caras partían manojos de tentáculos verdosos semejantes a raíces, que se derramaban como espaguetis cocidos hasta el suelo e invadían el terreno circundante.

—Jesucristo —musitó Rafael santiguándose.

—Bueno, esperaba una opinión más profesional por su parte —se burló Jacobo—. ¿Es la misma cosa que encontró en la meseta de Ustyurt?

—Absolutamente. ¿Cómo es posible que se halle también en Marte?

Jacobo lo miró fijamente con sus ojos estrábicos antes de decir:

—Estoy al tanto sobre usted, hermano Rafael. Afirmó que la criatura que encontró en el mar de Aral era en realidad un monstruo producido por la radiación dejada por la guerra entre Uzbekistán y Kazajistán, y archivó el caso. Usted es la clase de científico que carece de imaginación y es demasiado cobarde en sus conclusiones.

El franciscano se volvió hacia Jacobo, pero no cayó en su provocación.

—¿Han analizado ya su genética? —le preguntó fríamente.

Jacobo Kramer llamó a uno de los biólogos jesuitas que estaba trabajando y le pidió que le explicara los análisis realizados al franciscano. Su nombre era Lorenzo.

—Las primeras pruebas revelan que es similar a la nuestra —dijo—. No hemos encontrado nada demasiado extraño: ADN, proteínas, azúcares... Vamos, lo habitual.

—Exacto. Tal y como descubrí al analizar a la criatura de Ustyurt —dijo el franciscano—. ADN como el nuestro, y eso no sería posible en un alienígena. Los compuestos orgánicos tienen una variabilidad increíble, se conocen más de medio millón de compuestos de carbono, y solo veinte mil de los demás elementos. Algunas biomoléculas simples quizá serían idénticas en diferentes planetas, pero, con toda esa variabilidad, es muy improbable que en otro mundo como Marte haya surgido una forma de vida con las mismas macromoléculas que la vida en la Tierra.

El padre Lorenzo no pestañeó.

—Sí, sí, muy bien —dijo—; pero explícame, hermano, por qué clase de orificio anatómico me meto la filogenética.

Aquello despertó un coro de exclamaciones y risas entre los que trabajaban cerca. Era habitual escuchar a Lorenzo saltando de lo soez a lo culto, en una misma frase, con absoluto desparpajo, algo así como: «la isquemia hace que las fibras de Purkinje la palmen, se jode el miocardio, y sobreviene la fibrilación ventricular».

—En la Tierra, en el instituto de genética de Ginebra —replicó fray Rafael sin inmutarse—, un equipo de bioquímicos buscó un eslabón que uniese al rizomorfo de Ustyurt con alguna forma de vida terrestre, mediante hibridación de ADN, secuenciación de proteínas, serodiagnóstico, comparación del ARN de transferencia, y todo su arsenal de trucos casi mágicos con las grandes moléculas. Fue inútil.

—Pues el que tenemos en Marte tiene las mismas cuatro bases en el ADN, con los mismos azúcares de cinco carbonos, y la misma estructura en doble hélice de la vida terrestre —explicó el padre Lorenzo—. Todo exactamente igual. El código genético es el mismo, y la misma tripleta de nucleótidos traduce el mismo aminoácido...

—¡Precisamente! —exclamó Rafael—. Quod erat demonstrandum. Luego, en ningún caso, puede ser alienígena. La correspondencia de tripletas y aminoácidos es arbitraria. Es como... Por ejemplo, nosotros representamos el sonido a por el carácter escrito «A». —Dibujó la letra con el dedo en el aire—. Se trata de una correspondencia arbitraria. Convenimos que el sonido a se representa por este símbolo. Todos usamos el mismo alfabeto, usamos el mismo código. Pero se trata de un convenio.

—Entiendo lo que quiere decir —dijo el jesuita—. Si yo excavara en una ciudad sumeria, y encontrase que un disco rojo con una barra blanca significa «se prohíbe el paso de vehículos», sería una coincidencia inaceptable...

—Eso es —asintió Rafael satisfecho.

—Por tanto este animal no existe —concluyó Jacobo con una sonrisa cínica. Aquella era una salida típica suya. Sus compañeros lo llamaban el «enfoco gordiano».

—Quizá se trata de falsificaciones —apuntó el franciscano.

—¿Una falsificación? —Jacobo fingió sorpresa—. ¿Sería posible hacer algo así?

—Mediante cirugía embrionaria —dijo Lorenzo—. Hay un momento en la vida del embrión en que cada célula está «predestinada». Esto es, cada una tiene su objetivo marcado. Tal célula dará lugar a la mano, su vecina al antebrazo y así. El momento exacto varía con la especie: a veces desde el mismo huevo, a veces más tarde, aunque nunca más tarde de la fase de gástrula, cuando ya está definida la arquitectura básica del animal. Si se trasplanta una parte del embrión a otro lugar, al completarse el desarrollo, tendríamos un animal con los ojos en la espalda, el brazo en el estómago, etcétera. Nosotros las llamamos quimeras. Pero esto no es una posible explicación de los rizomorfos.

—¿Por qué?

—Tenemos el problema de su extraña estructura celular. Es mucho más fácil falsificar un monstruo que una célula. Y las células de estos seres son muy diferentes a las nuestras. Tienen cromosomas como las nuestras, pero no tienen membrana que los separe del citoplasma. Faltan algunos orgánulos: mitocondrias, aparato de Golgi, retículo endoplasmático... Son un intermedio entre célula procarionte y eucarionte. Algo que la evolución que conocemos jamás desarrolló en la Tierra. Son alienígenas y al mismo tiempo están íntimamente relacionados con nuestra biología. Una paradoja.

—¿Dónde encontraron los de Marte? —preguntó fray Rafael.

—Éste no muy lejos de aquí, en Tithonius Chasma, un enorme cañón de 75 kilómetros de ancho y varios de profundidad, que forma parte del Valle Marineris. Pero hay miles similares enterrados por todo Marte. Cuando supimos qué buscar y cómo detectar su emisión de microondas, fueron saliendo uno tras otro.

—¿Emiten microondas? —El franciscano abrió mucho los ojos.

—¿No lo detectó en el que encontró en Ustyurt? Quizá debería regresar a la Tierra y desempolvar su trabajo, hermano, porque creo que estaba bastante incompleto.

Jacobo sonrió ante el desconcierto del franciscano, y tomándolo por el brazo lo condujo hasta a uno de los diagramas que colgaban de la pared. Señaló un dibujo repleto de complicadas ramificaciones multicolores, y dijo:

—Fíjese, estas criaturas poseen un sistema nervioso... al menos tan complejo como el de un mamífero pequeño. Apenas ocho centímetros cúbicos de volumen, o sea, solo un cuatro por cien del peso corporal. Mírelo bien, porque son unos cerebros asombrosos... Poseen un doble entramado nervioso, uno con neuronas gigantes, cien micras de diámetro, más simple que el otro. Si se siguen aplicando las reglas fisicoquímicas por las que se rigen las neuronas, el impulso nervioso debe ser muy rápido en sus axones. En el otro cerebro las neuronas son más pequeñas y lentas. Y, naturalmente, hay un número mayor. Fray Sebastián, que nos está urgiendo a levantar

un mapa del... —se detuvo, buscando la expresión adecuada— «cableado» del cerebro lo más detallado posible, opina que el rizomorfo se comporta de un modo automático la mayor parte del tiempo, tan automático como la actividad de nuestras tripas. En caso de urgencia, el cerebro inteligente-pero-lento puede asumir el control... y modificar la conducta del cerebro estúpido-pero-rápido. Como si modificase un programa de ordenador.

—¿Es que creen que pueda ser inteligente? —preguntó Rafael.

La sonrisa de Jacobo se heló hasta transformarse en una mueca espeluznante.

—En realidad, hermano, la pregunta es: ¿por qué empezó a emitir poco después de que descubriéramos las pirámides de Elysium?

El botellón de champaña se estrelló contra el acantilado y se rompió en mil pedazos. La explosión espumosa susurró y siseó sobre el cemento. Sonaron aplausos. El nuevo archipiélago quedaba inaugurado.

Vistas desde el aire, las islas artificiales parecían puzles a medio armar. Sus costas eran fractales muy recortadas, con complejos entrantes y salientes. Recios acantilados se erguían desafiando las olas, y al socaire del viento y el mar se extendían incitadoras playas de blanca arena. En el centro de cada una de ellas se alzaba una montaña de laderas perfectas para construir hoteles con un panorama magnífico.

El embajador de Mexi-Texas, que había lanzado la botella desde lo alto, sonrió mientras las cámaras registraban el acontecimiento. Pronto fue rodeado por otros personajes: representantes del estado mextex, del gobierno chileno, directivos de las empresas aradoras del cabo Hueso Parado, un agente de la Compañía de Seguros Ping'an, técnicos, periodistas, personal de construcción y peces gordos de la Zhongchuang Ltd., la compañía constructora de aquella isla, y de la Xinjiang Inc., su más directa competidora. Una vez acabadas las formalidades, descendieron a la playa —provisionalmente llamada E5— donde se había preparado un vino de honor.

Los últimos rayos del sol pasaban del rojo a un púrpura melancólico y empezaban a ralear. Hassan se sentía extraviado entre la multitud; su uniforme de la Corporación se perdía entre los esmóquines blancos y los uniformes de la Zhongchuang. Permaneció concentrado en sus pensamientos, tratando de absorber la atmósfera de fiesta que lo rodeaba e integrarse en ella. Pero su mente escapaba de allí y se refugiaba en un pasado que le atraía hablándole de épocas más sencillas y admirables. No entendía el porqué de esa manía morbosa de escarbar en sus recuerdos. El pasado estaba muerto, ¿no? Y Hassan sabía que ya había vivido sus mejores cincuenta años. El que ahora las cosas parecieran cada día un poco peor entraba dentro de lo esperable.

«Desde luego, no me siento solitario ni infeliz —se dijo—. No se puede decir que haya triunfado completamente en nada de lo que me he propuesto. Pero tampoco he fracasado del todo. No estoy en la calle, tengo buena salud, y he vivido una vida plena».

Con un esfuerzo apartó todo aquello de su mente antes de que una oleada de depresión lo abrumase. Miró alrededor. Trató de reconocer a la persona que le había descrito Sujumi y con la que debía encontrarse allí, pero era inútil, había demasiada gente. Secándose el sudor, se acercó a un puesto de bebidas.

—Mescal, por favor; con hielo y sin gusano —pidió.

El camarero le sirvió un licor ámbar, procedente de una botella en la que flotaba

un gusano rojizo del tamaño de un dedo. Se lo bebió de un trago y pidió otro. Un hombre se acercó a su lado; chino, unos treinta años, pinta de ejecutivo. Alzó cortésmente las cejas y preguntó:

—¿Usted es el arador de la Corporación del que me han hablado?

—Así es; soy Hassan Ibn al-Haytham, arador submarinero. —Tendió la mano.

—Encantado. Soy Soong Chusen, trabajo en Desarrollo y Planificación de Operaciones de la Xinjiang Inc. Perdóne mi curiosidad, ¿no es usted el caballero que...?

—¿Qué ve monstruos? Sí. Me temo que alguien va a usar esta historia en contra mía. Ya sabe, rivalidades, desacuerdos, zancadillas... Pero nunca he bebido demasiado... —Advirtió el vaso vacío de mescal en su mano—. A pesar de las apariencias.

—Entiendo. Lamentablemente, todo este asunto le ha mantenido apartado de su puesto de trabajo.

—Así es —dijo Hassan haciéndole una señal al camarero para que le sirviera otra—. Pero mi amigo Sujumi, con quien he jugado muchas partidas de go, me habló de que la Xinjiang andaba buscando a alguien un poco desesperado y, bien, aquí estoy.

—Está en lo cierto, señor Hassan, tengo una propuesta que quizá pueda interesarle. Necesitamos un submarinero experto, acostumbrado a trabajar con delfines.

Hassan aguzó el oído. Ahora estaba hablando su lenguaje.

—Hmmm. Siga.

—Es posible que usted reúna las cualidades más adecuadas, y además se encuentra disponible. Le ofrecemos buenas condiciones.

Hassan se acarició la barbilla.

—Es una propuesta tentadora —dijo al fin—. La mejor que me han ofrecido últimamente, la verdad. Desearía examinar el contrato, cuanto antes mejor.

Soong Chusen sonrió.

—Se lo mostraré de inmediato, señor Hassan; se alegrará de unirse a la familia Xinjiang, como nosotros la llamamos.

—Bien —dijo Hassan, deseando que el chino no se mostrara tan paternalista—. ¿Dónde será el trabajo?

—¿Le preocupa eso?

—Por supuesto que no. Soy un arador y voy a pescar donde me manden.

—Estupendo, porque no será en este planeta.

—No me tome el pelo, hombre. —Hassan aventuró una sonrisa, aunque no sabía a qué atenerse—. No soy tan estúpido como para no saber que no hay océanos fuera de este planeta. Solo en una de las lunas de Júpiter, creo... pero según tengo entendido están bajo varios metros de hielo...

—Los Establecimientos Marcianos son los que avalan el proyecto.

—¿Ha dicho usted marcianos? ¿Es que tienen mares allí y no me he enterado?

—Verá, no queremos contratarle para descender en ningún océano.

Hassan se había hecho un lío.

—¿No? Un momento, un momento... Yo soy submarinero, ¿no?

—Sí, claro.

—Y ustedes me quieren contratar, pero no para sumergirme en el mar...

Soong Chusen sonrió cortésmente.

—Queremos que usted bucee, junto a delfines especialmente entrenados, en el interior líquido de un cometa.

Hassan sacudió la cabeza.

—¿Me toma el pelo? ¿Ha dicho un cometa? —Quizá era aquel tipo quien estaba bajo los efectos del mescal. O tal vez del peyote.

—Por supuesto, los honorarios irán acordes con lo inusual de la misión.

—Un cometa... —masculló Hassan mirando al infinito—. Así que realmente parezco tan desesperado como para firmar cualquier cosa, ¿eh?

—Parece estar pasando por un mal momento, es verdad —dijo Soong Chusen con su sonrisa pétrea—. Pero aún no ha firmado nada, así que puede rehusar si...

—A ver... Un momento, un momento... No tan deprisa... —Hizo una pausa. Aquello era difícil de asimilar—. ¿Cómo serán de «inusuales» esos honorarios de los que habla?... Deme más detalles.

El militar que estaba al mando llevaba el uniforme gris pálido de la Corporación China, pero era castellano. Se presentó cuando este subió al transbordador:

—Soy el capitán Jesús Medina, de las fuerzas de paz de la Xinjiang.

Era un hombre recio de complexión, los brazos fornidos y las manos grandes, con las espaldas tan anchas que parecía bajo, aunque superaba la altura de Hassan. Los ojos oscuros, las cejas pobladas, el pelo negro y denso, cortado a cepillo. Cada uno de sus movimientos estaba lleno de energía.

—¿Son mercenarios? —le preguntó Hassan mientras miraba a su alrededor. La nave se estaba llenando de soldados que iban ocupando sus asientos en silencio.

Tendrían entre veinte y treinta años, todos en perfecta forma física, uniformados. Los escuchó hablar entre ellos en español estándar, mezclado con palabras japonesas, chinas e inglesas. La jerga habitual entre los pueblos ribereños del Pacífico.

—Profesionales especialistas en técnicas de combate —rectificó Medina.

—¿Por qué se necesitan «especialistas en técnicas de combate» para llevar a cabo una investigación en un cometa? Tengo entendido que el lugar al que vamos es solo una gran bola de hielo.

El capitán se frotó el mentón prominente. Tenía una barba tan cerrada que, aunque estaba perfectamente afeitado, le daba un tono azul a la piel.

—¿Qué quiere que le diga?, yo voy a donde me paguen.

Medina se los presentó uno a uno durante la cuenta atrás del despegue.

El teniente Walter Fernando, que además era especialista en medicina espacial. La sargento Anita Cortés, de rasgos andinos. La cabo Gaby Mendoza, que le pareció muy atractiva a Hassan. Entre los demás no parecía haber distinciones de rango, aunque Jesús le dijo que Jane Whitebread era experta en trajes espaciales. Elisa Nogales, Marie Pacífico, George Martínez y Chapo Robles. Y dos tipos con los que intentaría no llevarse mal nunca: Jeremy Schwarzkopf y Ed Gallo, dos verdaderas moles, uno rubio y el otro negro. Todos poseían algún grado de adiestramiento técnico: electrónica, informática, mecánica, etcétera. Atlético, marciales, pulcros, con el pelo cortado a cepillo tanto hombres como mujeres, y los uniformes gris claro de la Xinjiang impecables.

«Bueno, ya los iré conociendo a todos poco a poco», pensó Hassan.

Mientras se aproximaban a ella, comprobó que la nave espacial Zheng He era impresionante. Le recordaba una gigantesca copa o cáliz, con unos abultados adornos en su pie. La copa era el espejo del impulsor de fusión; a continuación, los cinco

depósitos esféricos de combustible, y sobre ellos la sección habitable que tenía la forma de un cilindro aplanado. Estaba cubierta por las losetas cerámicas de un escudo antiabrasión, lo que le permitiría desplazarse entre las partículas de la cola del cometa.

Los soldados tomaron los sacos de lona con su equipaje y usando diestramente sus sandalias adhesivas atravesaron la escotilla de acceso a la Zheng He.

Todos se cuadraron cuando apareció el comandante Mamoru Okedo.

—Bienvenidos a bordo, damas y caballeros —hablaba con el mismo tono grave y profundo que había hecho famoso tantos actores nipones. Era un hombre de unos cuarenta años, bastante alto para ser japonés. Rostro enjuto, que irradiaba seriedad, adornado con un estrecho bigote. Llevaba el pelo atado con un lujoso topknot sobre la coronilla. Señaló a una mujer china que esperaba junto a él—. Les presento a mi primer oficial, Jin Shunji. Ella les conducirá hasta sus alojamientos.

Shunji los guió hasta el fondo del hangar. Era una mujer diminuta, con el cuerpo de una niña de doce años y el rostro ovalado, semejante a una máscara de porcelana. En la ingravidez, sus movimientos eran delicados y precisos, tan elegantes como los de una bailarina. A pesar del tamaño de la nave, les informó, el espacio habitable no era demasiado grande. La mayor parte de su volumen correspondía a tanques de combustible; era un vehículo creado para la velocidad. La carga de pago estaba formada por un gran anillo situado tras la base del hangar y ligeramente mayor en radio. Allí se almacenaban contenedores de carga, algunos vehículos auxiliares, y varias sondas espaciales, que podrían usar según sus necesidades.

—Como podéis ver —decía la oficial—, el hangar está presurizado de modo permanente. No obstante debo recordaros que, para mayor seguridad, está prohibido permanecer en él sin traje de presión. Ése vestuario de allí es hermético y contiene dos trajes; puede usarse como refugio de emergencia.

—El anillo con los alojamientos —prosiguió Shunji—, lo que llamamos «la cubierta», gira para proporcionar pseudogravedad. De este modo evitamos tener que hacer girar toda la nave.

En el centro de la base circular del hangar había una escotilla. Se podía llegar a ella por seis escaleras radiales. Hassan empezaba a entender la estructura interna de la nave. Todo se disponía simétricamente en torno a un eje, en este caso, el eje proa-popa.

—Aunque ahora no vamos a él, os mostraré cómo llegar al puente de mando —dijo—. Ésta nave está completamente automatizada, de modo que solo cuatro tripulantes pueden pilotarla desde el puente. Se halla situado a contragiro, ahora podríamos ir caminando por ahí, pero cuando estemos bajo aceleración el hangar será un pozo vertical, así que deberemos usar eso. —Señaló a un punto de la pared curvada del hangar. En el laberinto de vigas y riostras que soportaban las sondas, se

distinguían la jaula de un montacargas y una escalera de incendios. Las dos estaban adosadas y recorrían longitudinalmente la pared cilíndrica—. Lo llamamos la crujía. La escotilla que hay al lado de la base da a un túnel que lleva al tanque de los delfines. Subamos por aquí. —Señaló a una de las seis escaleras radiales.

Ascendieron sin problemas y atravesaron la escotilla, que Shunji denominó «escotilla axial», pues estaba exactamente en el eje. Se hallaron en una amplia cámara cilíndrica que giraba con lentitud. En la pared curvada había tres grandes aberturas. De cada una partía un túnel cilíndrico, recorrido por una escalera vertical.

—Es como una estación de rueda en miniatura —dijo uno de los soldados.

—Exacto, y estamos en el cubo. Lo llamamos cámara axial. Puede usarse como cámara de descompresión, en caso de que el hangar pierda el aire. Estos son los radios. Bajad por esa escalera, y poco a poco irá aumentando la fuerza centrífuga. Es sencillo.

—Ya veremos lo sencillo que es bajar el equipo a cuestras —murmuró una infante. Shunji lo oyó.

—Naturalmente, detendremos el giro de la cubierta para ello. Sigo: la diferencia con una estación espacial de rueda está en que, cuando estemos en aceleración, el anillo no girará y serán corredores horizontales. Todo en esta nave está pensado para voltearse noventa grados. —Señaló otra escotilla, situada justo enfrente de la axial—. Ésa da acceso a la bodega de carga, donde almacenamos provisiones y otros productos que necesiten estar presurizados.

Era un largo compartimiento cilíndrico, alineado con el eje de la nave. Estaba dividido por unos tabiques transversales, con una abertura en el centro de cada uno.

—Vamos a la cubierta y os mostraré los camarotes.

Tampoco fue difícil bajar. Su peso fue aumentando conforme descendían y, una vez alcanzaron el fondo, pudieron caminar normalmente. Los habitáculos, alineados como departamentos de un tren, apenas ocupaban una parte de ella. Había almacenes para equipo y víveres, un comedor, la sala de juegos, destinada a gimnasio y lugar de reunión, y la enfermería, con un quirófano de campaña asistido por robots.

—Bajo aceleración será un corredor circular que rodeará la base del hangar —siguió explicando Shunji—. En caída libre, como ahora, la cubierta gira y el arriba corresponde a la cámara axial. Seguidme.

Los camarotes eran cabinas con una forma casi cúbica. Cada uno contenía dos literas que se podían cerrar con puertas corredizas, con aire acondicionado, luz para leer, un pequeño televisor y una taquilla para objetos personales. Tenían dos puertas, una de ellas en el techo. Al ver sus caras, Shunji sonrió.

—Cuando estemos en aceleración, usaremos las puertas del techo, que entonces será la pared que da al corredor. Los muebles pueden girar noventa grados para adaptarse a ambas situaciones. Ahora, os asignaré los camarotes. Señores, señoras:

bienvenidos a la Zheng He.

Después de dejar sus cosas en el camarote, Hassan se dirigió al comedor. La mesa tenía forma de anillo, los bancos eran curvos y estaban sujetos al casco, y los comensales se sentaban con la espalda apoyada en él. Del techo colgaban el monitor de vídeo, el microondas y los dispensadores de alimento. Un túnel conducía de allí a la zona de almacenaje y el impulsor. La pantalla del dispensador presentaba una lista escrita en chino, pero afortunadamente aparecían unos iconos que indicaban cada plato.

«Algún día la humanidad se olvidará del alfabeto», se dijo con una sonrisa. No le importaba demasiado, porque nunca había sido muy aficionado a la lectura. Aunque conocía el alfabeto occidental y el arábigo, prefería las imágenes a las letras.

Se sirvió algo parecido a un pastel de carne y lo calentó en el microondas.

—¿Qué tal ese pastel? —le preguntó una joven china que leía un manga, flotando tranquilamente cerca del techo del comedor.

—Bastante bien... —dijo Hassan después de probarlo, alzando la vista para mirarla—, casi parece carne de verdad.

—Pues es proteína de soja y harina de plancton.

—Sí, ya lo imaginaba... pero está bueno.

—Me llamo Ziyi. —Era una joven algo regordeta, de pelo corto y aspecto decidido. Hassan distinguió las insignias de guardiamarina en sus hombreras. Se impulsó hacia él y le tendió la mano—. Soy la especialista en carga y soporte vital.

—Hassan Ibn al-Haytham. Submarinero.

—Sabes, se me ha abierto el apetito. Creo que me voy a servir uno de esos —dijo mientras flotaba hasta el dispensador y señalaba el mismo icono.

Mientras comían hubo un corto silencio, que Ziyi se apresuró a romper.

—¿Qué tal si te cuento algo sobre mí?

—Bien.

—Soy de Hong Kong, y desde los diez años estoy viajando de un lado a otro en las naves de la Xinjiang Inc.

—¿Entraste a trabajar tan joven en esta empresa?

—¿Estás de broma? Nací en la Xinjiang. Vivía en la Xinjiang. Igual que Shunji y el ingeniero Fong Shangou. Mi familia trabaja para esta empresa desde hace tres generaciones. De todos nosotros, tan solo la del comandante Okedo, de Shin Nihon, tiene más antigüedad y rango que la mía —dijo con sincero orgullo—. Desde muy niña me sentí atraída por el espacio, así que he visto mi sueño hecho realidad. A los dieciséis ingresé como guardiamarina en la Zheng He, y aquí me tienes.

Hassan asintió. Las grandes empresas como la Zhongchuang Ltd, la Sanyo, o la

misma Xinjiang Inc, habían recreado un feudalismo tecnológico en el que cada hombre solo era fiel hasta la muerte al estandarte de su empresa. Y no era una frase hecha, pues cada corporación disponía de sus propios ejércitos, sus propias flotas de barcos y aeronaves de guerra, y su uso entraba dentro de las estrategias comerciales habituales. Y tan solo tenían un dios: satsutaba shúkyó (religión del fajo de billetes).

—¿Y tú? —le preguntó Ziyi al andalusí—. ¿Cuál es tu historia?

—Yo soy arador free-lance. Trabajaba para la Corporación, pero...

—¡Ah, ya sé quién eres! —exclamó—. ¡Tú eres el que vio al monstruo!

—Vaya, las noticias vuelan —dijo Hassan algo fastidiado—. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó la chica de los delfines... Susana.

—¿Susana? ¿Susana Sprintze está aquí? —se asombró Hassan.

—Sí, es la cuidadora de los dos delfines que van a bordo: Semi y Tik-Tik. Ella te cree, es decir, cree a los delfines que corroboran tu historia.

«Claro», pensó Hassan, no podía ser de otro modo.

Susana Sprintze llevaba varios días en la Zheng He. Había supervisado en persona las instalaciones de los delfines. Para acomodarlos, los ingenieros habían ideado una piscina a partir de uno de los tanques esféricos de combustible.

El tanque estaba lleno de agua salada en un ochenta por ciento. Podía girar sobre su eje cuando la nave no aceleraba, de modo que Tik-Tik y Semi dispusieran siempre de suficiente espacio libre para nadar, además de un hueco lleno de aire en forma de tubo donde respirar. Cuando la nave acelerase, el volumen de aire adoptaría la forma de un casquete. El sentido de la rotación era contrario al de la cubierta, para dar un momento angular cero. Claro está, el tanque al ser mucho más masivo debía girar más despacio. Pero a los delfines esto no les afectaba, porque la flotabilidad de un cuerpo no estaba influida por la gravedad. Su masa y la del volumen de agua desplazada se multiplicaba por el mismo factor.

Mientras daba los últimos toques, Susana escuchó que alguien se acercaba.

—Hassan Ibn al-Haytham —se quitó la máscara de soldar y le tendió la mano—, me alegra verle por aquí.

—Y yo de ver una cara conocida —dijo Hassan mientras estrechaba su mano. Susana solía ser así de formal—. ¿Cómo están los delfines?

—Al principio un poco asustados, pero se están acostumbrando rápidamente.

Hassan alargó una mano hacia el tanque y Tik-Tik se alzó del agua, como esperando un obsequio de pescado.

—¡Hola, hola! —dijo pronunciando con el traductor ajustado junto al orificio respirador.

—Ey, Tik-Tik. ¿Qué tal, colega?

—Tenga, déles esto —dijo Susana pasándole un puñado de galletas de

concentrado de pescado que guardaba en una gran caja metálica.

Hassan le dio una galleta y luego le palmeó el lomo. Al cabo de un instante apareció el otro delfín, una hembra a la que Hassan no conocía. Tras saludar educadamente como había hecho su compañero, acudió a por su ración de galletas de pescado.

—Se llama Fuyu no Ara-Umi. Muy hermosa, como ve. Yo la llamo «Semi», por su voz que parece una chicharra.

—¿Por qué lleva un nombre japonés?

—La educaron en el instituto NISSUI de las islas Daito. Se llevará bien con Tik-Tik, los delfines siempre lo hacen...

Carraspeó al darse cuenta de lo que decía. Macho y hembra. Sin duda que se llevarían muy bien.

Hassan se limpió las manos sacudiendo una contra otra y se volvió hacia Susana.

—Qué extraño todo esto, ¿no? —dijo.

—¿A qué se refiere?

—A todo. Usted lleva varios días aquí, es posible que pueda aclararme algo.

—He estado casi todo el tiempo trabajando en el tanque para los delfines.

—¿No le parece extraño que quieran usar delfines en el interior de un cometa? Jamás he oído algo así. ¿Es que hay agua dentro de los cometas? Parece una locura.

—Sí. Es extraño. Al parecer unos astrónomos jesuitas de la colonia marciana detectaron que ese cometa posee un núcleo líquido y quieren investigarlo. Han alquilado los servicios de la Zheng He (a un alto precio, imagino), y van a usar por primera vez un equipo de alta tecnología diseñado por la Xinjiang para una futura expedición a la luna Europa. Tik-Tik y Semi se ofrecieron voluntarios, estaban deseando ver el espacio.

—¿Sabe que ha embarcado un pequeño ejército de mercenarios con nosotros? Bueno, de «profesionales especialistas de combate».

—No, no lo sabía. ¿Para qué? Un cometa es solo una bola de hielo.

—Eso mismo me pregunto yo. Viajaron conmigo en el transbordador, armados hasta los dientes como si pretendieran conquistar un orbital rebelde.

—Quizá es una de sus normas de seguridad. Los chinos son muy estrictos para según qué cosas, ya sabe...

—Pero nunca he oído hablar de una norma así. ¿Mercenarios armados para investigar un cometa? ¿Qué enemigo esperan encontrar, un ejército de muñecos de nieve o de yetis? Es... —Hassan observó que Susana miraba hacia abajo, hacia la soldadura que había hecho un momento antes, y que apenas prestaba ya atención a sus palabras—. Bueno, no la interrumpo más, ya veo que quiere volver al trabajo.

—¿Eh?... Sí, lo siento —dijo Susana bajándose las gafas de soldador—. Si me disculpa, seguiré con lo mío. Ya voy un poco contrarreloj.

Hassan asintió. De repente se sentía algo incómodo con su actitud de «aquí pasa algo raro». Llevaba suficiente tiempo en el negocio free-lance, como para comprender que cada empresa tenía sus manías y particularidades, y que muchas veces estas podían parecer absurdas para el recién llegado. Lo más sabio era dejar pasar un tiempo para aclimatarse. Exactamente lo que parecía estar haciendo ella.

—Bueno —dijo—, yo seguiré curioseando por ahí. Ya nos veremos.

—Claro —dijo Susana.

Volvió a encender la llama de acetileno y siguió con su trabajo.

Hassan se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. A pesar de todo, tenía un mal presentimiento. El peor de toda su vida.

El doctor Tariq al-Banna irrumpió enfurecido en la sala de trabajo de su observatorio astronómico. El único ocupante de la misma, su joven alumno Mohamed Alí, le dirigió una mirada de asombro.

—¿Quién ha sido el estúpido hijo de un perro judío que ha manipulado estas lecturas? —vociferó el astrónomo.

Se encontraba muy irritado; hacer astronomía pura, en los tiempos que corrían, era una tarea difícil. Era prácticamente una afición de tiempo libre, y de no ser por la necesidad de mantener la vigilancia sobre los satélites cristianos y sus bases y naves espaciales, los Creyentes no tendrían siquiera satélites de observación. El observatorio del Kilimanjaro era una creación personal del doctor Tariq.

Suya exclusivamente había sido la iniciativa de la construcción de un observatorio que centralizara la información de la red de satélites, resultado de patear cientos de oficinas, de lamer metafóricamente traseros encumbrados y de gastar aliento cerca de los imanes, a los que Dios no había dotado del discernimiento para distinguir un planeta de una estrella. Habían sido años de esfuerzo, y solo cuando empleó el truco del almirante norteamericano Rickover, padre del submarino atómico («le digo al Presidente que los rusos van a mandar un hombre al infierno y recibo cien millones de dólares para mandar un americano al mismo sitio»), logró obtener por fin un éxito moderado.

Con ello, naturalmente, había adquirido compromisos de todo tipo; los datos que llovían del cielo eran «secretos militares», y el análisis subsiguiente una tarea de defensa. Aquello había representado muchos inconvenientes al principio, hasta que logró convencer a los imanes. La investigación de las distantes estrellas y galaxias merecía la pena. Los imanes habían cedido y retirado las reglas de seguridad más ofensivas, y ahora el doctor Tariq trabajaba con bastante libertad, y en la plegaria vespertina nunca dejaba de orar para que los satélites no se averiaran allá arriba.

Por ello se había irritado bastante al descubrir algo raro en las imágenes archivadas en el ordenador.

—¿Qué pasa, doctor? —trató de calmarlo Alí.

—¿Qué me dices de esto? —El doctor Tariq señaló indignado una amplia zona blanca en el centro de un listado de ordenador—. Alguien ha borrado las lecturas obtenidas por Jomeini L5/3. Fíjate, nada en un espacio de tres horas.

—Hmmm... —Alí jugueteó ociosamente con su rosario—. Vamos a ver.

Examinó una serie de números y letras que el ordenador había impreso en una esquina. Se dirigió a un teclado y empezó a manipular. En pocos momentos, una serie de listados aparecieron en un monitor. El dedo de Alí señaló unas líneas luminosas.

Para cada archivo de la memoria, aparecía una lista de quiénes lo habían leído o editado: nombre del operador, hora, fecha y tipo de operación.

—Nadie manipuló los archivos —dijo al fin.

El doctor Tariq miró la pantalla, inseguro. Su cólera empezaba a enfriarse.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Los archivos gráficos son de tipo «solo lectura», a menos que alguien le cambie el tipo y luego lo abra para escritura. Y eso aparecería aquí.

—Pero, no puede ser —meditó el astrónomo—. El satélite no pudo quedarse ciego durante tres horas... Así, sin más. Maldita sea, si se ha estropeado...

—No hagas mala sangre, viejo. ¿Un matecito?

Alí dijo la frase en castellano. Había nacido en Argentina como Arturo Pérez; al convertirse a la Verdadera Fe había adoptado el nombre de un antiguo boxeador al que admiraba. El doctor Tariq era de Canarias, y los dos acostumbraban hablar el español cuando estaban solos. Lo cierto era que desde que un grupo terrorista de uno de los estados independientes de los antiguos Estados Unidos había hecho estallar una bomba sucia sobre la Kaaba, era difícil encontrar a un árabe auténtico.

—Pues... sí, gracias.

Se dejó caer en una silla, examinando pensativo el listado. Alí puso a hervir agua en una jarra y sacó el paquete de yerba mate. Llenó la calabacita hasta dos tercios de su volumen y la sacudió durante un rato. Su jefe examinaba ceñudo el papel.

—Mohamed, no lo entiendo. Si el satélite hubiera resultado dañado, lo habríamos detectado, ¿no?

—¿Dónde apuntaba durante esas horas? —preguntó Alí. Añadió azúcar, colocó en el mate el tubito de metal llamado bombilla, y echó el agua hirviendo.

—A una zona más allá de la órbita de Plutón, en la nube de Oort.

Mohamed sacudió la cabeza.

—Bueno, recemos a Alá todopoderoso, para que nuestro querido satélite no haya sufrido ningún contratiempo.

Dijo esto último con una leve sonrisa. Argentina no era una nación con mayoría islámica, y el doctor Tariq siempre había sospechado que la conversión de Alí era puramente de boquilla, y que en el fondo era tan tibio en asuntos de religión como él mismo. Por supuesto, jamás lo dijeron en voz alta, ni siquiera estando solos.

Quien ceba el mate es el primero que lo prueba. Alí sorbió un poco, y añadió más azúcar. Le alargó el mate al doctor Tariq, junto con una servilleta de papel para que limpiase la boquilla.

—Voy a ver cuándo... —succionó la infusión caliente con impaciencia, hasta que se oyó un fuerte grgrgrgrhhh— habrá tiempo libre.

Se levantó y buscó la agenda de trabajo. Leyó la programación para las próximas semanas.

—Tal como sospechaba, casi llena —murmuró.

Alí añadió más agua hirviendo y chupó a su vez.

—¿Qué sucede ahora?

—No podemos volver a confiar en Jomeini L5/3 hasta que no cotejemos sus datos con los de otro satélite. Pero están todos ocupados durante las próximas semanas.

—Sos el director. ¿No podés hablar con algún otro, y que ceda el turno?

—Podría, aunque no me gusta. Después de tanto insistir en que se respeten los turnos de trabajo... —pasó las páginas— y además, algunas de estas observaciones son de importancia estratégica... pero, espera. Ésta noche hay un par de horas libres.

Como el observatorio dependía de los satélites, era utilizable las veinticuatro horas. De noche había menos usuarios, era el momento en que solían acudir los estudiantes avanzados.

—No voy a poder estar aquí —dijo. Su propia agenda estaba igual de repleta—. Alguno de mis doctorandos podría...

—¿Querés que yo me encargue? Solo es cuestión de apuntar alguno de los satélites libres hacia ese sector de cielo y ver qué sucede.

—De acuerdo —dijo Tariq con evidente alivio—, si no tienes inconveniente.

—Ninguno.

Succionó lo que quedaba del mate con un gorgoteo.

Ésa noche, Alí encendió las luces del observatorio y se dirigió a la sala de terminales. Dio un rápido vistazo a los monitores, alineados como centinelas uno junto a otro, transcribiendo interminables listas de números enviados desde los satélites artificiales, y se sentó frente a la terminal central. Tras una ojeada al menú pidió *incidencias*. Se dirigió hacia la cocina, para prepararse una infusión, mientras el ordenador procesaba, *incidencias* era un programa capaz de seleccionar los datos de algún interés recibidos desde los satélites que había redirigido.

Alí apartó la tetera del fuego cuando el pitido le avisó que el agua estaba hirviendo. Colocó en su interior una bolsita de mate y un puñado de piñones. Se había acostumbrado a tomarlo así desde que había llegado a África. Vertió la infusión en la calabaza y se dirigió hacia la sala de terminales.

incidencias había concluido su trabajo. Una lista de acontecimientos aparecía en el monitor. Ninguno demasiado interesante. Un satélite meteorológico preveía el inicio de un tornado en Mexi-Texas; varios nuevos incendios registrados en los escasos restos de la antigua selva amazónica; un repentino ennegrecimiento infrarrojo en el Índico revelaba escasez de plancton. Aquel sería un asunto para el Consejo Marino. Las fotos sobre Ucrania mostraban un inicio de plaga de roya o algo así. Bien, eso lo compensaría. Escasez de pescado en la India, escasez de trigo en occidente. Pasó rápidamente sobre los infinitos ojos que, desde el cielo, inventariaban los recursos de la Tierra o las perturbaciones de su cambiante atmósfera. ¿Algún

indicio de actividad solar?

De repente se detuvo ante algo sorprendente. Uno de los satélites situado en el punto de Lagrange 4... sí, era uno de los que había apuntado hacia Oort, había registrado un aumento inesperado en... ¿qué? Revisó las listas que tenían un aspecto bastante normal, sin embargo CEB 254 mostraba un aumento insospechadamente alto en un período de apenas tres horas. ¿Qué era el experimento CEB 254?

Consultó una hoja impresa. Silbó: era un contador de positrones de alta energía. Aquello le hizo arquear las cejas. Por descontado, en la radiación cósmica se encuentran presentes casi cualquier tipo de partículas. Pero ¿antipartículas? Se rascó la cabeza. En algún lugar del cosmos algo estaban lanzando chorros de antipartículas al espacio, positrones generados en alguna exótica reacción estelar o galáctica.

¿Y cuál era el número de positrones que llegaban? Utilizando el lápiz óptico, señaló un apartado del experimento CEB 254, correspondiente a un mes atrás. De inmediato, el ordenador mostró una parpadeante lista de números. Se puso en pie de un salto. Con incredulidad, detuvo el listado y pidió al ordenador que presentara los resultados acumulados de todo el mes anterior. ¡En ese tiempo, el aparato no había llegado a contar cien positrones! ¡Y en dos horas había pasado de casi doscientos al millar!

Aquello era absolutamente increíble. Pegó su nariz al monitor, paseó nervioso por la sala, se enredó con un cable y, al tirar de él, hizo caer una impresora al suelo.

—No, no, tranquilízate —dijo mientras se llevaba las manos a las sienes—, no puede ser, no existe nada capaz de justificar ese aumento, el satélite debe de haberse estropeado, igual que el primero. Sí, eso debe de ser...

Recordó aquella vez que un astrónomo afirmó, muy contento, haber descubierto un nuevo quasar; pero se trataba de unas palomas, que habían anidado en la antena y dejado abundantes «huellas» de su estancia en el lugar. Pero dos satélites fallando, casi simultáneamente, mientras apuntaban al mismo sector del firmamento... era demasiada casualidad. Decidió pedir una confirmación. En estos casos, lo mejor era actuar científicamente. Dio las instrucciones al ordenador de que orientara la antena de otros satélites, e iniciase una solicitud de datos.

Veinte minutos más tarde llegaba la información.

Jomeini L 4/78 informaba de partículas altamente energéticas con carga positiva (el detector no podía discriminar).

Al Kindi L 5/34 mostraba un inesperado aumento de rayos gamma. ¿Podría tratarse de positrones aniquilándose con el propio aparato detector?

Al Farabi L 5/12 detectaba partículas con masa y carga que las señalaban como positrones.

Pero lo importante eran las fechas y lugares: los satélites habían registrado, con algunas décimas de segundo de diferencia, una serie de sucesos compatibles con una

repentina lluvia de positrones. ¿Todos, al mismo tiempo? Pero, si los satélites estaban en buenas condiciones, entonces se encontraba ante un nuevo tipo de fenómeno cósmico, no un montón de cagadas de paloma.

¡Algo que nadie había encontrado antes! Positrones, en una cantidad ampliamente detectable. Eso significaba antimateria.

Dudó un instante y le pidió al ordenador del teléfono que marcara el número del doctor Tariq. Estuviera donde estuviera, hiciera lo que hiciera, no podía ser más importante que aquello. Quizá todo era una falsa alarma, en cuyo caso se llevaría una reprimenda por parte de su profesor. Pero en aquel momento estaba demasiado asustado para que aquello le importase. Qué raro. El ordenador había marcado el número, pero la pantalla solo mostraba interferencias.

—¿Qué sucede? —gritó irritado.

—No lo sé, señor —respondió el aparato con calma inhumana—. No consigo una línea clara.

«¡Por las peludas orejas de Shaitán!». Alí dio un puñetazo en la mesa. Justo ahora se estropeaba el teléfono.

—Sigue intentándolo. Y avísame en cuanto tengas línea.

—Así lo haré, señor.

Regresó a la sala de terminales mordiéndose las uñas, ¡justo ahora se encontraba aislado en lo alto de aquel jodido volcán!

Nervioso, caminó en círculos. Volvió al teléfono.

—¿Sigues sin tener línea?

—Lo siento, señor. He probado en varias bandas. Nada hasta el momento.

«¡Malditos africanos!». Regresó a la sala de pésimo humor. Revisó los números, y... sí, allí estaban. Los observatorios habían registrado el aumento de positrones de forma progresiva.

Llevado por una intuición pidió al ordenador que buscara alguna relación entre los tiempos de diferencia de registro y las posiciones entre los satélites. ¡Coincidió! Los satélites con mayor separación angular de la línea Tierra-Luna habían registrado los positrones antes que los más cercanos. Aquello significaba que un haz de positrones a la velocidad de la luz barría el espacio acercándose a la Tierra.

Sintió un escalofrío de aprensión. Se trataba de radiación de antimateria... ¡y el frente de antipartículas que avanzaba hacia ellos como un tsunami imparable!

Pidió al ordenador los últimos datos de los satélites.

Jomeini L 4/78 no responde...

Al Kindi L 5/34 no responde...

Al Farabi L 5 /12 no responde...

—¿Qué está sucediendo? —se preguntó en voz alta. El ordenador no dijo nada—. Creía que las emisiones por satélite eran microondas, inmunes a las interferencias.

—Así es, señor.

—¿Recibes alguno de los satélites lagrangianos?

—De Khayyam L 5/7, señor.

—Bien, hazme un volcado de datos.

La pantalla empezó a llenarse de números. Los ojos de Alí se abrieron como platos por el profundo horror que lo invadió en aquel momento.

—¡Dios misericordioso!

El recuento de positrones aumentaba en progresión geométrica. Los números cambiaban ante sus ojos: 30064, 60312, 120463, 240393, 480880, 961227... el ordenador empezó a imprimirlos en forma exponencial: 1.92E+6, 3.85E+6 7.70E+6, 1.54E+7, 3.08E+7, 6.17E+7, 1.23E+8, 2.47E+8, 4.93E+8, 9.85E+8 1.98E+9, 3.95E+9, 7.88E+9...

¡Ocho mil millones de positrones por minuto y centímetro cuadrado!

¡Y seguía aumentando! De repente se interrumpió.

—¿Qué sucede? —gritó de nuevo, esta vez al borde del pánico.

—He perdido el contacto con Khayyam L 5/7, señor.

Se volvió hacia una de las ventanas. Un resplandor penetraba por ella desde el exterior, a través de la cortina. Observó el reloj en un gesto mecánico. Las cuatro, faltaban dos horas para que amaneciera. Poco a poco, con paso temeroso, se acercó a la ventana; subió la persiana, abrió la doble hoja...

Y los cielos estallaban en llamas.

Desde su punto de origen, el denso haz de positrones se dirigió al sistema solar interior. Su velocidad era el 99,9999% de la de la luz, tan cerca de ella que, para un observador que se moviera con el haz, un metro equivalía a un milímetro y medio, y un día a cinco segundos. Las oscilaciones aleatorias del campo magnético solar impidieron que se mantuviera enfocado en un solo punto. Pero, a pesar de eso...

Las estaciones espaciales fueron borradas del cielo. Shambhala L4, la mayor de la Corporación, apenas tuvo tiempo de advertirlo. A lo largo del gigantesco cilindro, las colosales ventanas de cinco kilómetros estallaron casi simultáneamente como un vaso de vidrio lleno de agua hirviendo. Sus diez mil habitantes fueron lanzados al espacio junto con el aire, la tierra, el agua de los lagos, las grandes piscinas de cero g, casas, autos, triciclos eléctricos, aviones a pedales, sin tiempo de comprender qué los mataba.

La gran rueda llamada Shin Nihon estalló arrojando sus robles centenarios al espacio, como si se tratara de un puñado de bonsáis arrastrados por un tifón. Kobayashi Kunio, el hombre más rico del Sistema Solar, contempló durante un segundo en el que logró mantenerse firme contra la succión, el increíble espectáculo de toda aquella belleza que él mismo había colaborado en construir, destrozada, arrancada por un poderoso huracán que los lanzaba girando al vacío, a la muerte. ¡Qué maravilloso haiku podría componerse ante este espectáculo!, pensó un segundo antes de morir.

Las naves espaciales en ruta ente la Luna y la Tierra sufrieron un mismo destino: el metal de sus cascos se puso incandescente y sus motores de fusión se convirtieron en una rugiente mezcla de plasma y rayos gamma.

Los colonos de la Luna tuvieron algo más de suerte, excepto aquellos a los que la lluvia mortal sorprendió en la superficie. La mayor parte de las edificaciones eran subterráneas, y quienes estaban protegidos en ellas pudieron asistir al extraño fenómeno de las rocas de la corteza lunar calentándose por la aniquilación de electrones y positrones.

Como la mano de un viajero rasga indiferente una telaraña que se interpone en su camino, así el haz de antipartículas fue barriendo la etérea red de ondas que enlazaba la Tierra con los diferentes asentamientos humanos.

En Marte, la pérdida de contacto con la Tierra fue lo primero que llamó la atención de algunos operadores de comunicaciones. Al principio refunfuñaron contra los idiotas terrestres que no sabían mantener estable un haz de microondas, pero no tardaron en empezar a inquietarse. Comprendieron que algo muy grave estaba sucediendo.

La Tierra fue alcanzada en su atmósfera. Aun a la velocidad aterradora del rayo, los gases de la misma frenaron buena parte de las partículas, de modo que solo una fracción de los positrones llegó al suelo. Las altas capas emitieron un destello de rayos gamma y ultravioleta. Los electrones de los cinturones de Van Allen, confinados por el campo magnético de la Tierra, colisionaron con los positrones a una velocidad jamás lograda en ningún acelerador de partículas, creando avalanchas de todas las partículas conocidas por la ciencia y muchas más desconocidas.

El pulso electromagnético, provocado por la deflagración de la antimateria en la alta atmósfera, creó un potencial que se descargó sobre el suelo. Todo aparato eléctrico atrajo sobre sí la cólera del cielo encendido, sin embargo no fue eso lo peor: los colosales cortocircuitos entre la tierra y el cielo sirvieron de canales conductores a los positrones, que cayeron por toda la superficie del planeta, produciendo efectos comparables a una incesante lluvia de bombas sucias. De polo a polo, de la isla de Ellensmere al mar de Weddell, de Novaya Zemlya a Nueva Zelanda, de Murmansk a Port Elisa, de la Tierra de Fuego a las Spitzberg, las descargas crearon brillantes nubes de plasma que iluminaron la noche, girando, retorciéndose, ondulando en las minúsculas oscilaciones del campo magnético de la Tierra.

Los primeros en morir fueron las gentes de los Andes o el Tíbet, que con un escudo de aire más delgado sobre sus cabezas sufrieron inmediatamente de espantosas quemaduras cuando la radiación atravesó sus ropas y abrasó sus cuerpos. Las ciudades grandes y los lugares donde había instalaciones eléctricas o de telecomunicaciones fueron los siguientes afectados: Belgrado, Cheliabinsk, Sofía, Brisbane, Dniepropetrovsk, Kabul, Addis Abeba, Belo Horizonte, Argel, Viena, Jarkov, Milán, Sapporo, Nagoya, París, Osaka, Roma, Buenos Aires, Madrid, Berlín, Los Ángeles, Dhaka, Bogotá, San Petersburgo, Bagdad, Bangkok, Lima Callao, Bombay, Tokio, Moscú, Ciudad de México.

Los campesinos africanos levantaron la vista de sus sembrados de sorgo y miraron asombrados al cielo. Los polinesios se arrodillaron para rezar a sus dioses desde las cubiertas de sus barcos. Los mineros que extraían el carbón antártico dejaron de perforar y salieron a la superficie. Los esquimales contemplaron los extraños y mortales juegos de luces que no eran la aurora boreal. En los polos del planeta, el rayo tuvo que atravesar un mayor espesor de aire, y sus escasos habitantes sobrevivieron durante unos días más. Pero el desenlace fue igual para todos.

La población entera de la Tierra quedó expuesta a la letal radiación que llegaba del cielo. Miles de millones de seres humanos murieron en las siguientes horas.

También los animales y las plantas perecieron, mientras los ecosistemas se derrumbaban, uno tras otro, en la mayor extinción masiva de la historia del planeta.

Para aquel mundo había llegado la hora final.

... el tiempo se a-r-r-a-s-t-r-a-b-a...

... una sensación de frescura, como sumergirse en una piscina...

... la luz se volvió azulada. Todos los objetos habían adquirido un color más rico, más profundo...

... se hundía en un túnel azul, recorriéndolo con rapidez...

A su alrededor las plantas parecían hechas de finas planchas de metal verde brillante... ¿o eran de esmeralda? Cada flor era una joya: rubí, topacio, zafiro, aguamarina, berilio... Paraíso: en persa, pardess, jardín...

Susana tenía una gloriosa sensación de omnisciencia. Se dio cuenta de que estaba desnuda en medio de aquel jardín. Algo cruzó por su campo de visión. Era una forma que se retorcía entre los árboles. Una serpiente de oro, por supuesto. Todo paraíso tiene una serpiente. Pero no era el animal maléfico y tentador que describe el Génesis. Más bien parecía el kerubim que lo custodiaba por orden de Dios. La espada de fuego. La serpiente le ofreció una fruta roja e hinchada. Serafim: del hebreo saraph, fuego. Una serpiente o una espada de fuego dorado es exactamente la misma cosa.

«La Fruta del Conocimiento», pensó Susana. Era lógico. La Iluminación buscada por los ascetas de todas las religiones. Buda, San Francisco, Santa Teresa...

Todo el Universo está formado por partes, que a su vez están formadas por partes, descendiendo hasta el nivel de las partículas elementales.

Y ella formaba parte del todo.

Un hombre apareció delante de Susana. Estaba envuelto por un aura de luz, que fluía como magma por su cuerpo perfecto, musculoso. Su rostro era suavemente ovalado, labios carnosos, mirada inocente, como el David de Miguel Ángel... Sobre su cabellera rizada resplandecía un halo. Se acercó a ella y la besó en la boca.

Susana sintió cómo ambos se desdoblaban en infinitad de copias, como si sus imágenes rebotaran entre dos espejos enfrentados. Pero no era así: los miles de cuerpos mostraban posiciones y actitudes distintas, parecía que se hallaran rodeados de infinitas habitaciones transparentes que contenían a millones y millones de parejas distintas. Y sin embargo, ella era todas y él era todos. Dos átomos de una gigantesca red cristalina de cuerpos, atrayéndose unos a otros. Una red de cuerpos que hacían el amor, un inmenso mural tántrico en tres dimensiones.

Él acarició sus pechos de mil formas diferentes, en mil instantes simultáneos. Sus labios fueron besados por un millar de labios al mismo tiempo, y su vagina fue penetrada por miles de penes a la vez. El orgasmo se prolongó durante millones de años.

Una gran explosión que crecía desparramándose en la distancia, mientras sus vientres se hinchaban como universos en expansión. Gritó de dolor al dar luz a billones de criaturas asombrosas, envueltas en las pulsaciones de un clímax cósmico...

A su alrededor las galaxias se alejaban, enrojeciendo como los rescoldos de una hoguera...

Susana despertó bañada en sudor. Estaba tumbada en la litera de su camarote en la Zheng He. Una luz roja, parpadeante, anunciaba que todo el personal de la nave debía acudir de inmediato al puente. ¿Qué habría pasado? No le importaba, ni creía que su presencia fuera a ser de ninguna utilidad. En ese momento, no tenía ganas de ver a nadie. Seguía sobrecogida por el sueño del que acababa de despertar.

El mismo sueño que había tenido una y otra vez desde que era niña.

Se volvió a dejar caer sobre las sábanas sucias y revueltas, y se tapó los ojos con el brazo. Intentó dejar la mente en blanco.

Era inútil. La señal de aviso empezó a emitir un zumbido insoportable.

Buscó las pastillas en la mesita y las tragó sin agua. Luego se puso en pie y se dio una ducha. Su mente seguía enclavada muy lejos de la realidad.

—¡Positrones! —exclamó el ingeniero Fong Shangou, golpeando el tablero con el puño cerrado. Su piel relucía de sudor—. Son positrones, las lecturas lo confirman.

El comandante Okedo frunció el ceño.

—¿De dónde proviene el ataque?

—No lo sé, comandante. —El ingeniero de la Zheng He era un muchacho regordete y de aspecto muy poco marcial—. Pero lo que es seguro es que la Tierra ha sido bombardeada con antimateria. La radiación ha alcanzado un nivel mortal en toda la atmósfera. Los rayos gamma que detectamos son el resultado de la aniquilación de pares positrón-electrón. Al parecer todas las ciudades espaciales han resultado destruidas a la vez. Nosotros seguimos vivos solo porque nos ha protegido la sombra del planeta.

El puente de la Zheng He era un nudo de tensión contenida. Tripulantes y pasajeros se habían reunido allí y miraban las pantallas con los ojos desorbitados.

Hassan no podía creer lo que estaba pasando, una y otra vez se repetía que debía haber un error por alguna parte. Susana, que acababa de llegar, permanecía seria y aparentemente impasible. Pero sus ojos empezaban a humedecerse y sus labios se movían como si murmurara una plegaria para sí misma. Estaba seguro de que se iba a derrumbar de un momento a otro. Pero, sorprendentemente, fue la primer oficial, Jin Shunji, quien no pudo soportarlo más y estalló en sollozos.

—¡Toda mi familia estaba en Shambhala! —exclamó mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡No puede ser, esto no puede estar sucediendo de verdad!

—¡Silencio! —ordenó Okedo tragándose la amargura y el dolor que sentía. Su mujer y sus dos hijos se habían trasladado años atrás desde Tokio a la isla orbital de Shin Nihon. Nadie había podido sobrevivir allí—. Todos tenemos familiares y conocidos en la Tierra y en las colonias orbitales. Pero no podemos ceder a las emociones. ¡Debemos luchar por sobrevivir!

La mujer enrojeció de inmediato. Avergonzada, bajó la cabeza hasta tocarse el pecho con su barbilla.

—Lo siento —murmuró.

«Están destrozados —pensó Hassan, mientras sus ojos se cruzaban con los de Ziyi—, y sin embargo se mantienen en sus puestos. Pero ¿de qué sirve? ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Adónde podemos ir? ¿Quizá somos los últimos humanos vivos!».

Paseó la vista por el puente de la nave Zheng He, lleno de gente que apenas conocía. El comandante japonés, los tres tripulantes chinos, y los once rudos mercenarios que miraban la pantalla con una expresión opaca cuidadosamente compuesta, aprendida quizá en la Academia para exhibirla en ocasiones como esta.

«Pero nunca ha habido una ocasión como esta —pensó Hassan—, ni nada que se le parezca remotamente». En ese momento se sentía tan incrédulo por lo que estaba sucediendo como la propia Shunji. Aquello tenía que ser una pesadilla de la que pronto iba a despertar. «¿Es posible que en este pequeño grupo estén los únicos supervivientes de la Tierra y de sus colonias espaciales?».

Era una imagen aterradora. Si la humanidad tenía que renacer a partir de las pocas mujeres que viajaban en aquella nave, la extinción estaba asegurada.

«Pero, no, no es posible —se aseguró Hassan—. Si nosotros hemos sobrevivido, otros muchos lo habrán hecho también en otras naves en curso...».

—La energía de los rayos gamma detectados corresponde a cerca de cuatrocientas veces la masa del electrón... —estaba diciendo Fong en respuesta a una pregunta formulada por el comandante Okedo.

—Entonces...

—Quizá debí decir «la masa en reposo» del electrón. Esos positrones se mueven a una velocidad inferior en un diezmilésimo a la de la luz.

El panel central del puente mostró una simulación tridimensional del Sistema Solar. Varios estallidos de luz salpicaron la imagen. Tres grandes fulgores señalaban las posiciones de la Tierra, Venus y Marte.

—Estos son puntos de emisión de rayos gamma. Algunos se corresponden con choques casuales de los positrones con asteroides y pequeños objetos del Sistema Solar. Incluso con naves que se han visto alcanzadas cuando se encontraban lejos de la Tierra. Gracias a ello, el ordenador ha podido calcular la forma del frente...

Un cono de color azul apareció en medio del Sistema Solar simulado. Se movía de un lado a otro como el haz de una linterna, que buscara enfocar a la Tierra.

—Un rayo de positrones emitido desde un punto a un año luz del Sol.

—¡La nube de Oort! —comprendió Okedo—. Fuimos contratados para investigar un cometa que se acercaba a la Tierra. ¿Es posible que exista alguna relación?

Aturdido, asqueado, Hassan abandonó el puente y se refugió en su camarote. Estaba harto de toda aquella jerga científica, de todos esos fríos análisis científicos. La verdad, la única verdad, era que todo lo que habían conocido había desaparecido en un instante. Y no podía haber una explicación racional a eso. No podía haberla. Todo era una locura. Se tumbó en la litera con las luces atenuadas. Le dolía la cabeza y quería estar solo. Pero un instante después, unos nudillos golpearon la puerta de plástico.

Era Susana. Sin decir una palabra, la mujer entró en el camarote de Hassan y se tumbó en la cama junto a él. Con el rostro cubierto con las manos, empezó a llorar en silencio. Se conocían superficialmente desde hacía años, pero aquella mujer tímida, que se mantenía apartada de todos, concentrada solo en el cuidado de sus queridos delfines, siempre le había caído bien. Le pasó torpemente una mano por los hombros.

—Dígame, ¿quiere beber algo?

—No.

Hubo un largo lapso de silencio. Susana estaba inmóvil como una estatua, pero su calor era reconfortante. Hassan esperó que el suyo también la consolara a ella.

—Mi padre vive en una pequeña isla del Pacífico... —murmuró ella al cabo de un rato—. En Maiao, lejos de los principales centros de población... ¿Cree que?... Alguien ha tenido que sobrevivir en algún lugar, ¿no?... ¿En alguna parte?...

Hassan la abrazó con fuerza pero no dijo nada. Él mismo tenía la mente llena de sus propias imágenes terribles, y como ella se negaba a aceptar la realidad. Todos se negarían tozudamente hasta que ya no les quedara más remedio. Pero las lecturas de los instrumentos del puente habían sido muy claras: la Tierra entera emitía tanta radiación como si estuviera cubierta de uranio. No podía quedar nada vivo allí abajo. Ésa era la terrible verdad, aunque nadie parecía dispuesto a aceptarla.

¿Y ellos? ¿Cuánto tiempo podrían sobrevivir a bordo de aquella nave, abandonados a su suerte? Si la Tierra había quedado reducida a un cementerio radioactivo, solo habían ganado unos meses más de dolor y lenta agonía.

Varias horas después, sonó el zumbido de llamada del altavoz situado sobre la litera que Hassan compartía con Susana. Los dos se habían quedado dormidos y él se levantó sobresaltado por el inesperado ruido. Buscó a tientas y pulsó el comunicador.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¡Supervivientes! —exclamó la voz de Fong—. Estamos recibiendo un SOS

desde Marte. Hay gente con vida allí y...

—Todo el mundo al puente —ordenó el comandante a través del altavoz.

Cuando Hassan y Susana llegaron, el holograma del padre Jacobo Kramer flotaba en medio de la sala de mandos, rodeado por la atónita dotación de la Zheng He.

La representación tridimensional del jesuita se llevó la mano a la frente y se secó el sudor. Parecía al borde del colapso por agotamiento. Su imagen holográfica era muy buena, apenas temblaba un poco. Miraba a un punto frente a él.

Empezó a hablar:

—Como ya deben saber, el causante directo del terrible desastre que se ha abatido sobre la humanidad ha sido un haz muy denso de positrones. Al llegar al sistema solar interior, estimamos que su anchura era de unos diez segundos luz. Fue instantáneamente letal sobre cualquier instalación espacial próxima a los planetas. Sobre la Luna o Marte, el principal efecto fue el calentamiento de la roca por la aniquilación de los positrones y su fusión parcial, pero ha sobrevivido mucha gente y la mayoría de las instalaciones siguen en activo. En la Tierra, por desgracia, una gran proporción fue absorbida por los átomos gaseosos de la atmósfera, aniquilándose y transformando el propio aire en un gas radioactivo...

Hizo una pausa para que sus oyentes asimilaran las terribles implicaciones de sus palabras. Todos estaban en silencio en el puente. Parecía que el horror de las pasadas horas había vaciado a aquella gente de su capacidad de asombro. Como los supervivientes de un bombardeo, se sentían aturdidos. La vida en la Tierra había desaparecido en un instante. Después de millones de años de evolución, bastaron unos pocos segundos para borrar de la existencia a la humanidad y todas las criaturas vivientes que poblaban la Tierra. Ahora esta era un mundo tan inhóspito como Venus.

—No puede tratarse de un fenómeno natural —siguió diciendo el holograma del jesuita—. Es imposible que un haz tan estrecho se hubiera dirigido, por azar, justo en la dirección de la Tierra y Marte. Por ello —inspiró aire—, y por increíble que parezca, debemos aceptar que se trató de un fenómeno artificial, dirigido. Un arma...

La reacción del auditorio fue menos intensa de lo que Hassan hubiera esperado. Algunos asintieron, como si esperasen la noticia. ¿Qué otra cosa podían ser más que alienígenas hostiles? Pero con poder tecnológico inmenso, sobrenatural. Los habían aplastado; como si alguien hubiera lanzado una bomba atómica contra un hormiguero.

—Tenemos que asumirlo: algo muy poderoso ha intentado borrar toda huella de vida en el Sistema Solar Interior —siguió diciendo Jacobo.

—¿Por qué? —preguntó Hassan dirigiéndose al holograma—. ¿Sabe alguien por qué quieren destruirnos?

Pero Jacobo no dio muestra de haberle escuchado y siguió hablando:

—Hace unos meses encontramos esto...

Hubo un murmullo de asombro cuando el rizomorfo apareció en la pantalla virtual situada detrás de Jacobo. Básicamente era un icosaedro cubierto de brillantes escamas rojas y tentáculos agitándose en cada una de sus caras.

Susana se volvió hacia Hassan.

—Es...

—Sí —dijo el andalusí—. Es lo que los delfines y yo vimos en el mar.

—Los hallamos por toda la superficie de Marte —seguía diciendo Jacobo—, pero tenemos noticias de que en la Tierra también aparecieron organismos similares en los últimos años, adaptados al mar o a la tierra firme.

—En la Tierra estaban ocultos en los océanos —musitó Hassan casi para sí, con una sonrisa amarga—. Yo me tropecé con uno, pero no me creyeron.

Susana apoyó una mano cálida en su hombro.

—Creemos que estos no son los alienígenas en sí, sino una máquina orgánica que actúa como blanco-guía. Quizá sirvieron para concentrar el ataque del rayo de positrones desde el punto en el que fue disparado a un año luz de distancia. De lo único que estamos seguros es de que emitieron su señal hacia al cometa Arat. Es posible, incluso, que las semillas de los rizomorfos provengan de él... No lo sabemos, y para resolver estas cuestiones alquilamos la Zheng He con la misión de acercarse al Arat para investigarlo. Pero es evidente que las cosas han tomado un curso que nadie esperaba y ahora la misión por la que les contratamos se ha convertido en nuestra única y desesperada baza para aprender algo más sobre lo que sea que ha intentado exterminarnos. Quizá el cometa es en realidad una de sus naves, si ellos tienen algo así. Reconozco que todo ha cambiado, y ahora que sabemos el alcance de su poder esta misión podría ser un suicidio, pero les pido que sigan adelante con ella, tal y como estaba prevista.

—Por supuesto —dijo el comandante Okedo mientras paseaba la mirada por su tripulación—. Todo se hará de acuerdo con los perfiles de nuestro contrato.

Aunque todos parecían agotados por el miedo y la tensión de las últimas horas, tripulantes y mercenarios asintieron en silencio. Okedo no esperaba otra cosa y añadió:

—Seguimos adelante. Averiguaremos qué se oculta bajo el hielo del Arat.

Cuando la reunión se deshizo, y cada uno regresó a su puesto, Hassan no dejó de advertir un detalle que lo sorprendió y luego le hizo sonreír. Al pasar Shunji junto a Fong Shangou, este alargó la mano y sujetó la de la mujer. El ingeniero era enorme, gordo, tan impasible como una imagen de Buda. Jin Shunji parecía una muñequita a su lado. Fue solo un instante, sus miradas se cruzaron y se lo dijeron todo con los ojos. En su mirada chispeante Hassan vio reflejarse la amistad, la ternura, sus anhelos, su fuerza, su ilusión, su fortaleza, su entrega, su pasión... y una pizca de deseo por parte de Fong.

«Dos seres humanos en el final de los tiempos —pensó el andalusí con la sonrisa dibujándose en sus labios—. Al parecer somos una especie incorregible». Quizá sí exista una esperanza después de todo.

Cuando terminó de hablar, Jacobo se apartó de los objetivos de las cámaras holográficas y abandonó el estrecho círculo de luz creado por los focos. Se dirigió hacia una de las ventanas. Estaba empapado en sudor, pero ni siquiera se le ocurrió ir a ducharse y cambiarse de ropa.

Los técnicos del estudio de grabación deambulaban a su alrededor como espectros, sin que nadie fuera aún capaz de asimilar lo que había pasado.

—Padre Jacobo... —lo llamó uno de los cámaras del holograbador.

—Ya no estoy para nadie —dijo el jesuita sin volverse.

El hermano Rafael se le plantó enfrente e intentó hablarle de algún asunto de vital importancia para él. Jacobo extendió la mano para apartarlo y que le dejara el paso libre, y siguió caminando. Bajó la mano y sin detener su paso atrapó una botella de vodka que alguien había dejado sobre una mesita.

El franciscano lo adelantó y volvió a colocarse frente a él.

—Padre, tenemos que hablar.

—Ahora no. De verdad que no es el momento.

—Es muy importante... hay varias mujeres en la Zheng He.

—Ah sí... ¿y...?

—No podemos arriesgar sus vidas. Tengo el recuento de las mujeres que hay en Marte, las supervivientes de la colonia de la Luna y las naves que estaban en curso. En total no llegan a cinco mil. Si queremos que la raza humana sobreviva tenemos que preservar ese recurso por encima de todo, se ha convertido en nuestro bien más escaso.

Jacobo se quedó mirando al franciscano con los ojos muy abiertos.

—¿De qué me está hablando, hermano Rafael?

—De la diversidad genética. No sé si está enterado, pero lo de Adán y Eva es un cuento. Sin diversidad genética estamos condenados a la extinción en unas pocas generaciones. Necesitamos a todas y cada una de las mujeres que han sobrevivido a la catástrofe. Eso tiene prioridad sobre la investigación del cometa.

Jacobo soltó una carcajada y se dio unos teatrales golpes en el pecho.

—Me escandaliza, hermano. ¿En qué ha estado pensando últimamente?

—No se lo tome a broma, Jacobo. Esto es muy serio.

—Váyase usted a la mierda, señor mío. Si esos cabrones de ahí arriba nos vuelven a atizar, ya no quedará nadie para la juerga de almohadas que está planeando. Tenemos que averiguar más sobre ellos si queremos tener una posibilidad, por remota que sea, de sobrevivir, y... Y déjeme pasar de una vez, joder. ¡Estoy al límite de mis fuerzas y me viene con eso de la diversidad genética!

Apartó al franciscano de un empujón y caminó tambaleante hasta una de las grandes ventanas selladas con bloques de cristal de roca. La cúpula de Santa Marina había sido dañada en parte por el rayo de positrones, pero casi todos habían sobrevivido gracias a los refugios subterráneos que existían como precaución contra las lluvias de meteoritos. Quitó el tapón de la botella y lo echó a un lado. Al fondo se veía el resplandor de la roca fundida iluminando el horizonte. Se diría que parte de la superficie de Marte se había transformado en un instante en la imagen clásica del infierno. Fobos era una chispa de luz rojiza que cruzaba el cielo a gran velocidad. Tomó un largo trago.

—Qué hijos de puta —murmuró mientras se limpiaba con la manga de la sotana—. Qué hijos de la gran puta.

Una vez más, Jacobo Kramer se preguntó si hubieran podido hacer algo para evitar el desastre. Era una cuestión estúpida, claro, porque el que una hormiga sepa de antemano que va a ser aplastada por la bota de un gigante, no cambia nada.

Desde que era niño formaba parte de él. Recordó a su madre mientras cantaba en voz muy baja una vieja canción en yiddish. Él jugaba con acuarelas en la habitación de al lado y solo distinguía el estribillo a través de la pared.

*to zog nit keyn mol, az du geyst dem letstn veg
khotsh himlcn blayene farshteln bloye teg
kumen vet nokh undzer oysgebenkte sho
es vet a poyk ton undzer trot: mir zaynen do!*

El ritmo de aquel recuerdo resonaba ahora en la cabeza del Jacobo Kramer de Marte, dulcificando su corazón endurecido. Sus abuelos maternos habían abrazado el cristianismo, aunque conservaron muchas de las costumbres de su pueblo. Algunos miembros de su dispersa familia, seguían manteniendo fidelidad a la Torah cuando el mundo llegó a su fin. Aquella canción era un recuerdo del Holocausto judío, y ahora resultaba insólitamente oportuna aplicada a toda la humanidad. Decía:

Nunca digas que el camino termina ahora para ti
aunque los días azules se oculten tras cielos plomizos
todavía va a llegar el momento soñado
y el suelo temblará a nuestro paso: ¡Seguimos aquí!

Mientras escuchaba cantar a su madre, el pequeño Jacobo manchaba el papel de acuarela con trazos amplios y nerviosos. Un paisaje extraño en el que el cielo era rojo y no azul, y dos lunas brillaban en el cielo, y el horizonte estaba roto por un enorme triángulo negro. Había dedicado toda su vida a buscar esa imagen, claro.

Al principio pensó que había activado algún tipo de alarma al ingresar en las pirámides de Elysium. Pero luego comprendió que eso era imposible. Para que las fechas coincidieran con la órbita del cometa Arat, el ataque que habían sufrido debió de fraguarse apenas la humanidad salió al espacio, a mediados del siglo pasado, o incluso antes, cuando las primeras emisiones de radio lograron escapar de la Tierra. Quizá la humanidad ya había estado condenada desde mucho antes de su nacimiento.

Se sentó en el suelo y siguió mirando aquel paisaje desolado. Bebió de nuevo de la botella. El cielo rojizo sobre el abrupto perfil de los acantilados del Valle Marineris. Los torbellinos de polvo elevándose a lo lejos, como humo de chimeneas. Fobos estaba a punto ya de ocultarse detrás del horizonte.

¡Seguimos aquí!

Apuró lo que quedaba de licor y se quedó dormido en el suelo.

Como cada mañana, Hassan se levantó de la litera y se plantó frente al espejo del lavabo para contemplar su rostro. Y, como cada día, sintió que la cara de un desconocido le miraba desde el otro lado del cristal.

Las horas venían marcadas por el meridiano de Greenwich, y el andalusí no pudo evitar sonreír con amargura ante la ironía de esto. Greenwich no existía, pero ellos seguían contando las horas en el espacio a partir de su imaginario meridiano. Esos conceptos de mañana, tarde y noche ahora eran tan falsos como su propia existencia en el interior de aquella nave. Apenas eran el eco de una vida que había desaparecido para siempre. Nada volvería a ser como antes.

Se pasó las manos por las mejillas que estaban cubiertas de pelos grises. No, en realidad eran pelos blancos y negros simultaneándose sobre su barba. Habían crecido bastante en los tres días que habían transcurrido desde el Exterminio, pero Hassan seguía sin ganas de afeitarse. Se giró un poco para ver la larga cicatriz que cruzaba su rostro y partía en dos la barba y una ceja. Se acordó del muchacho cordobés que se había ganado aquella «condecoración». Era ya por entonces un bala perdida, un chico de la calle que no parecía tener muchas posibilidades de cumplir los veinte. Y sin embargo, había sobrevivido a la mayor parte de la humanidad. Otra ironía.

Las ciudades de la Tierra siempre le habían parecido lugares extraños, sucios, donde nadie conoce ni quiere conocer a nadie. Ecosistemas de zombies que se ignoran y se embisten entre sí. En el mar había encontrado a personas que estaban vivas de verdad. Camaradas que se enfrentaban cada día a su destino confiando los unos en los otros. Hassan había intentado encajar allí y enderezar su vida. Había aprendido de los rudos hombres del mar que más allá de las apariencias estaba la realidad de cada uno, y con paciencia se había ido construyendo una vida de la que sentirse orgulloso.

Pero ahora que todo había desaparecido en un instante, se preguntaba si realmente había significado algo o si también había sido un espejismo. Por qué seguía él allí mientras tantos otros, a veces mucho mejores que él, habían perecido.

Los días que siguieron al Exterminio fueron de aceptación, ahora lo comprendía. Una tarea inmensa para todos a bordo de la Zheng He, que cada uno de los viajeros había afrontado lo mejor posible, meditando, rezando, amando, entrenándose sin descanso hasta llevar el cuerpo al agotamiento. En la sala de recreo, Hassan había ejercitado sus músculos junto con los guardias de la Xinjiang. Los profesores eran George Martínez, un hispanoamericano de acento culto, experto en artes marciales; y la cabo Gaby Mendoza, una magnífica luchadora con todo tipo de armas, con un cuerpo esbelto y musculoso, con una gracia felina en sus movimientos.

Gaby Mendoza se despertó y se inclinó hacia delante, apoyándose en un codo.

—Eres un presumido, Hassan. Cada día te pillo mirándote al espejo.

El andalusí se volvió hacia la mujer y le sonrió. Estaba totalmente desnuda y su piel perfecta brillaba con la luz rojiza del foco situado junto a la litera. Llevaba el pelo rapado y sus grandes ojos de gacela destacaban en el óvalo perfecto de su rostro.

—Me miro porque no entiendo cómo una dama tan joven y hermosa se ha podido fijar en mí.

—Ya ves —dijo ella desperezándose—. Será que me recuerdas a mi abuelo.

Hassan rio. Se acercó a ella y recorrió con la mano la curva de su cadera. Tenía una cicatriz de forma ovalada justo en mitad de la cintura. La señaló con el dedo.

—¿Eso es de una bala?

—Oh no —dijo ella—, es el mordisco de un baboso.

—Un... ¿mordisco?

—Así es. No sé si sabes que la mordedura humana es tan ponzoñosa como la del dragón de Komodo. Antes del ejército yo era superheroína, y un friki me mordió durante una gala benéfica.

Hassan sacudió la cabeza e hizo un gesto de desconcierto.

—¿Superheroína? ¿Qué...? Me parece que no te he entendido bien.

—Sí lo has hecho. Yo era luchadora de wrestling femenino en Mexi-Texas, lo que comúnmente se conoce como catfight. Me inventé un personaje llamado FuriaWoman. El traje era un bikini rojo muy ceñido y una máscara negra. Y mi superpoder, la furia incontrolable. Cuando me enfadaba nadie podía conmigo. Se me daba bien, e incluso un tipo de Veracruz llegó a dibujar un cómic sobre mí. Pero no tuvo éxito.

—¿Y fue en uno de esos combates cuando te hicieron eso?

—Oh no, fue durante una gala para recaudar dinero para los niños sin techo. Nosotras simplemente posábamos con los trajes de heroínas, y la gente pagaba unos pavos por hacerse una foto con nosotras. Pero un tarado me saltó encima y me mordió. No le di importancia y se me infectó, dejándome esa fea cicatriz.

—Pues vaya.

—Para que te fíes. Poco después, Jesús Medina me vio luchar y me reclutó para su ejército profesional. Y yo encantada. Ganaba más dinero y no tenía que aguantar sobeteos. Por cierto, que con toda esta charla vas a llegar tarde a tu entrenamiento.

—¿Qué tenemos hoy, profesora? ¿Aikido? ¿Kung fu? ¿Kendo?

—Hoy te toca entrenarte con los trajes. Jane me pidió que te dijera que te pasases a primera hora por el hangar.

—De acuerdo —dijo el andalusí con una mueca de fastidio.

Había dedicado demasiado tiempo a aprender a desenvolverse con uno de aquellos pesados trajes espaciales. Y, la verdad, prefería hacer cualquier otra cosa.

Después de ducharse, se presentó ante Jane Whitebread, una pelirroja más alta que él, con la piel blanquísima cubierta de pecas. La única mujer anglosajona del grupo. Estaba en el hangar, frente a dos trajes con el aspecto de pesadas armaduras medievales.

—Pero no lo son —le dijo Jane en su primera lección—. Con estos trajes articulados puedes respirar la misma mezcla de oxígeno y nitrógeno de la nave, sin necesidad de pasar por descompresión.

—Lo sé.

—¿Cómo? Ah, ya recuerdo, tienes experiencia en buceo. Bueno, también evitan que el traje deba ajustarse con exactitud al cuerpo. Las únicas zonas a baja presión son los guantes, para facilitar la manipulación, pero es un inconveniente menor.

Hassan asintió. Los trajes no eran complicados; estaban diseñados para ser manejados por personas de poca experiencia tras un entrenamiento mínimo; y él tenía muchas horas con los complejos trajes de alta profundidad que usaban en los pesqueros. Sin embargo, el capitán Jesús Medina lo había obligado a tomar esas clases si quería estar en la primera expedición que bajara al cometa.

—Hoy daremos un paseo por el exterior —le dijo Jane cuando lo vio llegar.

Al menos eso parecía interesante, se dijo Hassan. De modo que se metió confiadamente en el traje por la escotilla dorsal —piernas, brazos, torso, cabeza—. La pelirroja la cerró y le ajustó la mochila con el sistema de supervivencia.

—Tienes seis horas de aire, y la radio alcanza unos diez kilómetros. Si estoy cerca y llevo equipo adecuado, puedo rellenarte los tanques para prolongar la estancia. Pero es un recurso para situaciones límite. Normalmente, los turnos con el traje son de cuatro horas... Cuidado, te voy a poner el casco... —Se lo ajustó—. OK. Acciona el interruptor general de sistemas.

—Bien.

Tanque de oxígeno lleno —dijo una voz inexpresiva—. Baterías cargadas. Radio... Biotelemetría activada. Cierres estancos... Traje operativo...

—¿No puedes hacer que se calle?

—¿Estás loco? Debes saber en todo momento el estado de tu traje. Venga, échame una mano con el mío.

Hassan la ayudó a su vez a vestirse.

—Vamos afuera.

La cámara de descompresión se hallaba sobre la proa, cerca del puente. Ahora, bajo aceleración, la salida era arriba. Los dos ascendieron por una escalerilla y al poco tiempo se hallaron rodeados por el vacío. Parecían estar en medio de una llanura, con un horizonte claramente curvado. El sol asomaba sobre la curva del casco. Sus sombras eran largas y negras, como en una pintura de Dalí.

—Sujétate con el cable —dijo Jane—. Estamos bajo aceleración; si caes...

—Rodaré sobre el borde del mundo.

—Y abajo te espera el reactor de fusión. Asado es un término demasiado suave. En realidad quedarías descompuesto en átomos, amigo mío.

—Tranquila, Jane, no me soltaré.

Caminó en torno al sobresaliente bulto de la cámara. Oculto del sol, pudo ver la bóveda estrellada sobre su cabeza. No pudo distinguir el cometa Arat, su objetivo, y no tenía ganas de preguntar. Recordó que estaba posado sobre el único fragmento de materia en muchos millones de kilómetros a la redonda. Rodeados de vacío frío y estéril. Se sintió todavía más pequeño, una bacteria sobre un portaobjetos, con las estrellas mirándole inexpresivas como microscopios. «Allí a lo lejos, oculto entre las estrellas, algo ha intentado exterminarnos —pensó con odio—. Y casi lo ha conseguido».

A pesar de que las escafandras eran parecidas, el espacio no tenía nada que ver con los océanos de la Tierra, siempre rebosantes de vida... Bueno, así había sido hasta hacía poco. Y ahora ellos marchaban escupiendo un minúsculo fuego solar, recorriendo una distancia insignificante a escala cósmica, para enfrentarse con un enemigo desconocido pero inconcebiblemente poderoso. Eran como un ridículo ejército de bacterias.

—Bueno, empecemos de una vez —dijo para alejar aquellos pensamientos.

—Ya hemos empezado, Hassan. Tan solo daremos un paseo por el casco de la nave, para que te acostumbres al espacio.

—Consumo de oxígeno en aumento —dijo el traje—. Elevo la dosis. Sudación en aumento.

—Calla, joder.

El camarote de Mamoru Okedo estaba decorado con varias artísticas caligrafías y algunas fotos astronómicas: Saturno, la Galaxia de Andrómeda, la Nebulosa de Orión.

«El conjunto es curiosamente armónico», pensó George Martínez mientras admiraba uno de los haikus enmarcados.

yadokaseto

katana nagedasu

fubukikana

—¿Le gusta? —preguntó el comandante.

Martínez carraspeó. Era un muchacho de veintipocos años, con aspecto de universitario. Alto y un poco desgarbado, aunque con la elegante forma de moverse

de los que practican las artes marciales. Llevaba el pelo un poco más largo que sus camaradas, castaño y echado hacia atrás, una delgada perilla rodeaba su boca.

—Buson —asintió—. Se dice que es inferior a Bashó en profundidad humana, pero yo creo que lo superaba en finura y sensibilidad. Magnífica caligrafía, señor.

—Sin duda —admitió Okedo mirando al resto de los guardias de la Xinjiang.

Había reunido a algunos de ellos en su camarote, para comprobar cuál era su estado anímico después de lo sucedido, y si estaban dispuestos a seguirlo hasta el fin de la misión. Desde luego, con lo que había pasado, no podría culparlos si tenían la moral por los suelos. Lo aceptaría y seguiría adelante asumiendo su situación. Pero en ese momento terrible era importante para él sentirse cerca de sus hombres.

Diez años atrás, Okedo se había mudado junto con su familia a Shin Nihon, la ciudad orbital que había recreado con minuciosidad la atmósfera del Japón feudal del siglo XVI. El interior de la gran rueda en rotación era un terreno formado por valles encajados entre ásperas montañas, cubiertas por bosques de robles, pinos y criptomeras, entre los que se extendían los arrozales y los huertos de coles o rábanos y las plantaciones de mandarinos. También se erguían réplicas de los principales volcanes de la madre patria: el Fujiyama, el Minami y el Asosan, contruidos con basalto lunar y espaciados ciento veinte grados, para no desequilibrar la gran rueda.

Entre bosques y montañas había pueblecitos y casas tradicionales niponas. Sus habitantes, vestidos con kimono o armadura, llevaban la vida de sus antepasados; viajaban en palanquín, en kuruma, a pie o en caballo, asistían al teatro no o al más popular kabuki, practicaban artes marciales, caligrafía, arreglos florales, la ceremonia del té o meditaban en los monasterios zen.

Su casa allí había sido un lugar maravilloso, con un típico tsukiyama o jardín en colina. Un lado de la casa daba a un escarpe, desde donde se podía contemplar todo el valle, que se curvaba a derecha e izquierda de un modo imposible en la Tierra. A él y a su mujer les encantaba pasear por el lado opuesto de la colina, una cuesta de poca pendiente, cubierta por pinos, alcanforeros y moreras, por la que descendía un arroyo entre gruesas rocas selenitas. El sendero se curvaba una y otra vez, evitando la línea de máxima pendiente, de modo que los dos podían ascender sin esfuerzo, cogidos de la mano, descubriendo nuevas perspectivas a cada vuelta.

Era difícil aceptar que ya no quedaba nada de todo aquello.

Ziyi servía té. Los infantes permanecían de pie y sujetaban la taza humeante en la mano mientras miraban los haikus enmarcados con bastante menos entusiasmo que George Martínez. Le hubiera gustado invitarlos a sentarse, pero en el camarote no había bastantes sillas ni suficiente espacio. Ziyi llenó en último lugar la taza de Okedo y este se volvió hacia Jesús Medina para decirle:

—El haiku habla de aquel samurai que exigió «¡denme posada!», y tiró su sable a la tormenta. ¿Conoce la leyenda, capitán?

Medina se encogió de hombros.

—Lo siento, comandante, pero no soy aficionado a la poesía japonesa, como George. En realidad no le veo mucho sentido a eso.

—Para mis antepasados samurais la muerte era un asunto de honor —le explicó el japonés—. Una muerte noble, temprana y violenta era un signo de predilección de los dioses, su ideal era «vivir bellamente y morir de manera hermosa». De allí la adopción del capullo de cerezo como emblema del samurai... bello y efímero. Un día en pleno florecimiento, y al día siguiente abatido por la tormenta. Por eso parece extraordinario que el samurai del haiku exigiera posada para luego desafiar a la tormenta.

—Quizá deseaba morir —aventuró Medina un poco confuso.

—Oh, no, no —agitó la mano en el aire para enfatizar su negación—. Entonces como ahora, buscar la muerte deliberadamente era un signo de estupidez. Un hombre notable viviría su existencia de un modo tan noble como pudiera y solo en determinadas circunstancias prescritas podía recurrir al escape honorable de la muerte. Ésa es nuestra misión ahora: hacer que importe el que hayamos sobrevivido.

Okedo miró al resto de los guardias presentes. Formaban un grupo de lo más variado racialmente: El teniente Walter Fernando era filipino, no muy alto pero bien proporcionado, con un rostro sereno que era una mezcla de rasgos hispanos y orientales. La sargento Anita Cortés parecía la de más edad, aunque era difícil juzgarlo por sus rasgos indígenas, la piel tersa y morena, la mirada picara. Jeremy Schwarzkopf, alto, rubio, mandíbula cuadrada, como sacado de un antiguo cartel de alistamiento. Marie Pacífico, pelo castaño, ojos azules y una sonrisa deslumbrante. Ed Gallo, un puertorriqueño negro, una verdadera mole, tan fuerte como un levantador de pesas. Elisa Nogales era morena, con pómulos altos, ojos grandes y vivaces, tatuajes tribales ascendiendo por su cuello y rodeando sus orejas adornadas con piercings. Chapo Robles, un chilango de piel cobriza, cuello corto y pelos de erizo, con una mirada tan limpia y sincera que despertaba inmediatamente la simpatía.

Todos parecían haber vivido mucho, y no precisamente vidas fáciles. Okedo observó los tatuajes azules en el brazo de Gallo, indicando que había pasado por alguna de las terribles prisiones del archipiélago de Galápagos. Pero a él no le interesaba el pasado de aquellos hombres. El pasado de hecho ya no existía para nadie, había sido borrado y ahora solo importaba el futuro. Su futuro como especie, por el que aquellos hombres estaban dispuestos a luchar junto a él.

—Hay quien consideraría nuestro esfuerzo como inútil —siguió diciendo el comandante Okedo—, que hemos sido derrotados y humillados por una fuerza que no podemos ni comprender, a la que parece pueril resistirse. Pero al igual que el samurai del haiku, si desafiamos con nuestro sable a la tormenta no estaremos realizando un

acto baldío o estúpido, sino que estaremos demostrando a nuestros enemigos lo hermoso que era el mundo que han destruido, y lo bravos que fueron sus hijos hasta el final. Y si morimos, nuestra muerte será el haiku más hermoso compuesto nunca, aquel por el que quizá algún día seremos recordados y reverenciados por nuestros enemigos.

Jesús Medina dejó la taza de té a un lado y se volvió hacia el comandante.

—Señor —dijo—, hablo en nombre de mis hombres, porque la verdad es que ya hemos tratado este tema. Le puedo asegurar que cada uno de nosotros tiene sus propios motivos para querer seguir adelante con la misión. Y no le miento si le digo que ninguno de ellos es convencer a esos hijos de la gran puta que han destruido nuestro mundo para que compongan un haiku sobre nosotros. No. Pero no importa, porque cada uno tiene sus motivaciones, y la nuestra va a ser hacer morder el polvo a esas bestias malnacidas. Tal y como yo lo veo, señor, esta misión, esta nave, es la primera respuesta de la Humanidad ante los que han intentado exterminarnos.

—Así es, capitán.

—Pues no nos vamos a esconder como ratas, esperando temerosos su siguiente ataque. —Medina se golpeó la palma de la mano con el puño—. Se la vamos a empezar a devolver desde el principio, y con toda nuestra mala hostia posible, señor.

Okedo pidió a Ziyi que trajera la botella de sake y él mismo lo sirvió en las tazas de té vacías que los guardias aún sujetaban en sus manos.

—Voy a brindar por eso, capitán. Y por el valor de sus hombres. ¡Okami!

Todos alzaron sus tazas y repitieron a la vez:

—¡Okami!

Los planetas y lunas no varían de aspecto excepto en los rasgos de sus atmósferas, si las tienen. Ahora, en cambio, los viajeros de la Zheng He veían a un pequeño mundo sufrir cambios espectaculares día a día. El Arat había desarrollado dos colas: una compuesta en su mayor parte de polvo, de color dorado amarillento, que se curvaba graciosamente a lo largo de sesenta millones de kilómetros; la otra, azulada como la llama de un mechero Bunsen, y compuesta por gases, recta y mucho más corta: «solo» diez millones de kilómetros. La distancia entre la nave y el cometa era casi igual que la de la Tierra a la Luna. Siguiendo con el plan previsto, la tripulación había lanzado una de las sondas, a la que Okedo bautizó como Kumotori, «Pájaro de las Nubes».

Seguía una trayectoria que atravesó las colas recolectando materia, tanto en forma de gas como de polvo. Cuando empezaron a llegar los datos, Hassan intentó concentrarse en las palabras de Shunji por encima del maremágnum del puente.

—La cola revela un contenido escaso en volátiles —decía—; la superficie debe de estar casi toda ella formada de gránulos sólidos de silicatos y materia orgánica, mezclados con bolsas de hielos de donde emerge la coma. Los cometas son bolas de nieve sucia. Éste es una bola de suciedad nevada. Nos ocultaremos tras su sombra al acercarnos al Sol. Eso nos permitirá aguantar el tiempo suficiente para bajar y echarle una mirada.

—¿Y si se desintegra? —preguntó el andalusí alzando las cejas.

—No hay problema. Ésta nave ha sido diseñada para viajar impulsada por un pequeño sol. Claro que tendremos que alejarnos lo más rápidamente posible, pero...

—Si Susana y yo vamos a bajar allí con los delfines, quiero saber qué es lo que esperáis que encontremos en su interior.

Jin Shunji asintió. Se giró un momento mirando el cometa que seguía creciendo en la pantalla central, y dijo:

—Semillas.

—¿Has dicho... semillas?

La primer oficial señaló las esplendorosas colas cometarias en la pantalla.

—Las colas están formadas por gases, restos de materia, elementos diversos arrancados por la presión solar del núcleo del cometa. Éste va dejando tras de sí un rastro de escombros. En ocasiones la órbita de un planeta puede atravesar estas estelas, interceptando los escombros cometarios que caerán como una lluvia de meteoros.

—¿La Tierra atravesó el rastro del Arat?

—Sí, y Marte también. Qué casualidad, ¿verdad? Y poco después aparecieron

esas criaturas monstruosas en ambos planetas. Tú descubriste a una de ellas en el mar.

—Lo recuerdo.

—La esencia del viaje espacial rentable reside en reducir al máximo el uso de energía y materia. Si queremos enviar una máquina muy compleja a, digamos... un año luz de distancia, nos resultará más práctico mandar la información necesaria para construirla, no la máquina en sí.

—Semillas que descendieron con el polvo del cometa —comprendió Hassan.

—Exacto. Y a su llegada a la superficie germinan y producen todos los instrumentos necesarios para su misión: ojos, oídos, transmisor de microondas...

—¿Y creéis que en realidad eran balizas para guiar el haz de positrones?

—Exacto, Hassan, esa es la idea.

—¿Entonces lo único que vamos a encontrar en el cometa son semillas?

—Es lo más probable.

—Entonces dime qué papel juegan todos esos soldados que nos acompañan.

Unas horas después, la coma cubría la mitad del firmamento visto desde la Zheng He. Pronto se sumergirían en ella; ya estaban lo bastante próximos como para distinguir su estructura interna. El halo de gases, que con tal claridad destacaba cuando estaban lejos, se había enturbiado al acercarse, hasta convertirse en una casi invisible neblina. Había varias capas y subdivisiones en la coma, producto de la interacción de gases y polvos con la luz y el viento solar. La coma interna era rica en polvo, opaca y lechosa, con penachos irregulares de gas. Por fortuna, esto limitaba el espacio para la búsqueda, ya que el núcleo debía estar en el centro de la coma.

Por fin, la nave penetró en la coma externa. El comandante ordenó una reducción de velocidad, a fin de dar más tiempo a la búsqueda y disminuir dicho riesgo. La envoltura de gas era tenue, invisible a no ser por su fluorescencia azul. La coma interna era una ameba irregular no más grande que la Luna, con brillantes pseudópodos. Los penachos de gas se elevaban como surtidores en un fuerte día de viento, curvándose lejos del sol, cambiando su configuración de hora en hora. Era el resultado de la interacción de los gases ionizados con el viento solar y el campo magnético solar. El radar no les servía de ayuda, el polvo daba ecos muy confusos.

Entraron en la coma interna. Era como viajar dentro de un enorme tubo de neón que parpadease con lentitud. El casco registró muy pocos impactos, lo cual les tranquilizó. A Okedo solamente le inquietaban los chorros, que hacían balancearse un poco a la Zheng He al rozarlos. Por fortuna, la coma de un cometa no es muy densa; en condiciones normales, ese volumen de gas cabría perfectamente en una habitación.

Fong creía haber localizado el punto de emergencia de los chorros de gas. Allí estaría el núcleo. No estaba muy seguro, ya que los chorros variaban mucho en intensidad y dirección, debido a la rotación del núcleo. Y al fin lo consiguió. Señaló

con ademán triunfal un punto en la pantalla. De él surgían grandes penachos de luz, como una gloriosa corona... y, casi invisible, una manchita oscura en la que ninguno de ellos se habría fijado. Okedo ordenó igualar velocidades.

Susana dejó sus ropas en un ordenado montón y saltó desde la pasarela hacia las frías aguas del tanque. Una breve aceleración y su cuerpo delgado penetró en el agua como un torpedo. Sintió el estimulante cosquilleo de mil burbujas recorriendo su piel, la agradable presión que la envolvió como una manta. Contuvo la respiración mientras se hundía lentamente en el líquido. La forma gris de Semi se deslizó junto a ella.

La entrada al tanque estaba en uno de los polos de la esfera, provista de una escalera de acceso cuando la nave estaba en aceleración. En ese extremo había una pasarela con barandillas, al borde del agua. El volumen estaba calculado para que, en rotación, la pasarela quedara también al borde del agua. Bastaba con girar noventa grados las secciones del piso.

Mientras seguía hundiéndose, dejó que su mente fluyera con suavidad: una niña... bañándose en las tibias aguas del mar Egeo. Papá había sido destinado a Salónica unos meses atrás. Una cala muy pequeña, cerca de su casa, a la que en verano acudía a diario. Tenía un difícil acceso, por lo que era raro encontrar gente allí. Trepaba con cuidado a una roca, y se lanzaba en una espectacular zambullida. Una y otra vez.

Contenía la respiración mientras braceaba con fuerza hasta el fondo. Allí se sujetaba con ambas manos a una roca o a una esponja; clavaba sus uñas en ella y miraba hacia arriba. Las olas rompían sobre su cabeza y ella aguantaba todo lo posible, hasta que los pulmones le ardían, contemplando aquel mundo fascinante, sentada en el fondo del mar, imaginando que era una criatura adaptada a aquel mundo, una sirena como las de las antiguas leyendas, que podía permanecer allí cuanto tiempo quisiera.

Un día vio algo desde el fondo y esforzó sus ojos para enfocarlos. Una forma, casi una sombra, surgió del muro azul uniforme y empezó a cobrar relieve, color, mientras se acercaba a ella en línea recta, con una actitud nada temerosa. Acostumbrada a los diminutos peces del coral, aquello le pareció monstruosamente grande. La criatura estaba casi sobre ella. Las advertencias de papá sobre los tiburones de repente le parecieron muy juiciosas. Pataleó con desesperación, hacia la superficie. Las piernas le cosquilleaban, esperaba sentir la dentellada de un momento a otro.

Nerviosa, miró hacia abajo, temiendo ver surgir las fauces del monstruo que la arrastraría hacia las profundidades. Pero emergió a un par de metros frente a ella y no era un tiburón. El animal le devolvió una mirada divertida, echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó con su estrecha boca repleta de dientes. Tras el miedo, se sintió aturdida y un poco ridícula. ¿Aquel bicho se estaba riendo de ella? Eso no parecía propio de

un animal.

Una nueva inmersión le reveló algo fascinante: hectáreas de delfines, jugueteando en las aguas someras como bebés felices. Parecían sentirse atraídos por el suave fondo de la playa. Se frotaban contra él para desprenderse de los parásitos y aliviar sus picores. Estaba rodeada por aquellos animales y nunca en su vida se había sentido tan bien.

Delfines...

Susana salió de su ensoñación. A través de la ondeante masa de agua del tanque había oído gritar claramente su nombre. Luego se produjo un chapoteo y alguien la arrastró rápidamente a la superficie. Aún se sentía aturdida, intentando comprender qué estaba pasando, cuando sintió unos labios que presionaban contra los suyos.

—¿Qué?... ¡Suélteme! ¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loco? —gritó y se debatió.

Vio a Hassan. Ambos estaban sobre la pasarela. Era él quien la había llamado y ahora intentaba desesperadamente besarla. Susana lo empujó con todas sus fuerzas.

—¡Ya basta! —gritó—. ¡Déjeme en paz!

—¿Está bien? —preguntó él con la voz alterada.

—Yo sí. ¿Qué pretendía hacer usted hace un momento? ¿Violarme?

—¡Qué! —exclamó Hassan atónito—. Intentaba hacerle el boca a boca. Creí que se estaba ahogando. ¿Qué demonios hacía durante tanto tiempo ahí abajo?

Susana sacudió la cabeza para apartar las greñas de sus ojos.

—¿Es que ahora se dedica a espiarme? —preguntó con furia.

—Y un cuerno espiarla. ¿Qué pretendía hacer...? Llevaba más de cuatro minutos bajo el agua.

Ella se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Ha conocido usted a alguien que se ahogara en una piscina en compañía de un delfín? —le preguntó—. ¿Y se puede saber qué hace usted aquí?

—Vine a avisarla para que prepare a los delfines. Jane Whitebread llegará con los trajes en un momento... Usted tenía que estar avisada, ¿no?

—De acuerdo, lo siento. —Alzó las manos—. Lamento haberle asustado, pero no era mi intención; mi marca apnea estática está en veinte minutos, así que...

—¿Cómo ha dicho? ¿Veinte minutos bajo el agua?

—Sí.

—Eso es imposible.

—No con un buen entrenamiento. ¿Puede darme el albornoz?

Hassan se volvió y cogió la prenda tirada sobre un banco de madera. Había algo sobre ella. Un objeto diminuto. Lo miró al trasluz... Una cápsula.

—¿Qué es «esto»? —El andalusí la sostuvo entre el índice y el pulgar.

Susana intentó arrebatársela y Hassan apartó la mano.

—¿Qué es? —insistió él.

—Es usted un... —Se esforzó por contenerse—. ¿Por qué hurga en mis ropas?

—No he hurgado en sus ropas. Estaba sobre sus ropas y no pude dejar de verlo. Susana tendió su mano derecha.

—Devuélvame.

—De acuerdo. —Hassan obedeció—. Pero ¿de qué se trata?

—Metalidina —dijo ella mientras guardaba la cápsula en un bolsillo del albornoz—. Es una mezcla de drogas sintéticas. Ahora, si me disculpa...

Hassan la miró durante un rato con el ceño fruncido antes de decir:

—¿Usted se ha estado sumergiendo en la piscina con esa droga corriendo por sus venas?... Me decepciona, Susana.

Ella rio con amargura.

—Ésa es mi especialidad. Siempre lo consigo. Solo es cuestión de tiempo.

—Pero... no lo entiendo, ¿por qué hace algo así?

—Deje de comportarse conmigo de forma tan paternalista, ¿quiere? Usted no se parece en nada a mi padre.

Apenas lo hubo dicho, Susana comprendió que esto no era cierto. En realidad, Hassan sí se parecía a su padre; tenía el mismo aire de suficiencia, la misma actitud de héroe varonil capaz de controlar cualquier situación. Y el mismo atractivo.

—Creía que era usted ecologista —dijo él con tono de reproche—; que amaba lo natural, todo eso...

Susana tenía dos opciones: o lo expulsaba de su piscina con cajas destempladas —en cuyo caso Hassan iría al momento a hablar con Okedo— o intentaba ser razonable. Se decidió por la segunda.

—¿Cómo consigue comunicarse con los delfines? —preguntó.

—¿Qué? —La miró confuso.

—Usted trabaja con delfines; habla con ellos, ¿cómo?

—Mediante un programa de ordenador, obviamente.

—Pero el ordenador tan solo puede darle una traducción aproximada en los casos más sencillos. Porque su lenguaje es holístico.

—¿Holoqué?

—Holístico. El todo es más que la suma de las partes, ¿comprende?

Hassan asintió con la cabeza. Recordó que ella hablaba con los delfines sin ningún tipo de ayuda, excepto un sencillo silbato.

—Usted es la experta.

—No hay sustantivos, adjetivos, verbos, todo eso. Es la orientación del cuerpo del que habla lo que altera el significado del mensaje. ¿Cómo explicarlo? No es lineal. Es como... un cuadro. Debe verse como un todo, no descomponerlo en partes. Cada mensaje consta de una trama de sucesos en el espacio-tiempo y sus ligaduras causales. Para hablar con los delfines es imprescindible hacerlo en su medio, y sin

escafandras ni trajes de inmersión que puedan alterar la comunicación directa. De otro modo, no funciona.

—¿Quiere decirme que necesita una droga para hablar con los delfines?

—Un fármaco que me ayuda a hablar con los delfines —rectificó ella, sentándose al borde de la litera—. Verá, los sentidos humanos son... poco adecuados. En ocasiones no son lo bastante poderosos, en otras resultan poco sutiles. Y están adaptados a un medio distinto al del delfín. Para comunicarse de verdad con ellos es necesario hacerlo en su ambiente. Cuando comprendí mis limitaciones físicas, me esforcé en superarlas. Al principio tenía ideas muy románticas. Me interesé por lo oriental, la meditación, el desarrollo interior, todo eso. Había oído hablar de yoguis que podían permanecer enterrados durante horas... ¡Era justamente lo que necesitaba!

—¿Y...?

—En su mayor parte, mentira. Falso, supercherías. Trucos de salón para convencer a unos cuantos crédulos... Créame, Hassan, solo la Ciencia ha dado respuestas verdaderas a la Humanidad. Así que, entre el Ki y la Química, tuve que conformarme con la Química.

—Sigue pareciéndome peligroso.

—Lo es, para alguien que solo busque paraísos artificiales; pero yo lo uso según prescripción médica. Me someto a chequeos regulares... Con su ayuda logré descender al fondo del océano y hablar con los delfines en su medio y con su lenguaje. Le aseguro que no corro ningún peligro en el tanque. Uno de los efectos menos conocidos de esa droga es que reduce la necesidad de oxígeno del cerebro.

—¿Y tiene idea de lo que eso puede hacerle a su cuerpo?

—No me importa.

—¿No le importa?

—Bajo el agua los delfines me aceptan como uno más. Puedo pensar como ellos y eso me ayuda a comunicarme. Me gusta hablar con los delfines, pero, además, ese es mi trabajo, por eso estoy en la nave. Ésta es la mejor forma en la que puedo hacerlo y usted no tiene nada que decir, así que deje de preocuparse tanto por mí... A partir de ahora, Hassan, le agradecería que reservase sus desvelos para esa jovencita llena de músculos con la que duerme.

Hassan se quedó boquiabierto, desconcertado como si acabara de recibir un bofetón inesperado en pleno rostro. ¿Aquello había sido un reproche? Por supuesto que había sido un reproche ¿Cómo podía dudararlo? Recordó cómo Susana había acudido a su camarote poco después del desastre, buscando su calor y su compañía. Pero se había comportado de un modo tan frío y distante como ella tenía por costumbre.

¿Quién podía imaginar que...? Aquella mujer era de verdad muy extraña y

carecía por completo de habilidades sociales. Y él era un estúpido insensible.

Miró sus ojos, brillantes de ira y amargura. Se conocían desde hacía mucho, pero Hassan jamás la había considerado más que como otro miembro del equipo. ¡Si ni siquiera se habían tuteado nunca! ¿Cómo es posible que hubiera estado tan ciego?

—Susana, yo... No sé qué decir... Lo siento.

—¡Por favor...! —Susana se mordió el labio—. No diga nada más.

En ese momento llegó Jane Whitebread y los interrumpió. Jeremy Schwarzkopf y Ed Gallo, los dos forzudos del equipo, cargaban las piezas de los trajes.

—Ah, ya estás aquí, Susana —dijo—. Estupendo, porque así podrás ayudarnos.

Antes de volver a meterse dentro del agua, Susana le lanzó una última mirada a Hassan y murmuró:

—Yo también lo siento. Pero sé perfectamente que es solo culpa mía.

Se reunieron en la sala de entrenamiento, el local más amplio de la Zheng He. El capitán Jesús Medina designó a los que iban a bajar con él: el teniente Walter Fernando, Jane Whitebread, Chapo Robles, Marie Pacífico... y Hassan.

Mientras el andalusí se metía en su traje de vacío, los demás desembalaron y alinearon sobre una mesa una asombrosa cantidad de armas: pistolas, subfusiles, rifles automáticos, incluso un par de cilindros que reconoció como proyectores láser. Una a una las fueron repasando con meticulosa precisión, limpiándolas de grasa, haciendo chasquear sus mecanismos, comprobando sus medidores de munición. Las culatas eran plegables, especiales para su manejo con el traje de vacío. Durante el viaje le habían recordado un alegre grupo de deportistas. Pero ahora se dio cuenta de que eran combatientes listos para la acción. Las bromas y los comentarios jocosos se habían extinguido.

—¿Estáis ya todos preparados? —preguntó Jesús a través de su altavoz exterior—. Bien, muchachos, en columna de a uno.

El grupo fue hacia la cámara de descompresión. Ahora la cubierta giraba sobre su eje, pero Okedo había reducido el giro a un cuarto de gravedad, de modo que, a pesar del peso extra, pudieran ascender por los radios sin problemas. Salieron.

A quinientos metros de la nave, el núcleo del cometa parecía cubierto de sangre coagulada rojo negruzca. Hassan no pudo evitar esta macabra metáfora mientras caía hacia el diminuto mundo. El traje espacial llevaba a su espalda una enorme mochila conteniendo el sistema de soporte vital, el equipo de radio y los propulsores de helio. Dos reposabrazos como los de un sillón de barbero llevaban los mandos de los propulsores; dos estribos que sobresalían por debajo servían para apoyar los pies y desplazarse con las piernas flexionadas, como si fuera sentado. Las piernas no le serían de mucha ayuda en la gravedad de aquella bola de nieve que no sobrepasaba los 0,00001 g.

Allí apenas pesaría un gramo. Una zancada enérgica lo haría saltar del cometa. Debía confiar en los chorros más que en sus músculos, demasiado fuertes en aquel planeta pigmeo.

Manipuló el mando de control de actitud y cabeceó hasta dirigir sus pies hacia el cometa. Cuando estuvo cerca de la superficie, disparó los chorros para reducir velocidad y estiró las piernas... ¡Chof! No fue un cometizaje suave ni digno. Se había hundido hasta las axilas en aquella costra rojinegra.

—¿Todo bien? —le preguntó Jane Whitebread aproximándose a él.

—Todo perfecto.

Salió con la ayuda de la instructora. La corteza del cometa no era más sólida que

la ceniza de un cigarrillo. Oteó a su alrededor para orientarse. El grupo flotaba en círculo cerca de la superficie. En la bóveda celeste podía ver la mole de la Zheng He, una insólita luna rematada con la gran copa de la tobera de fusión. La nave estaba brillantemente iluminada por el cada vez más cercano Sol, cuya luz se reflejaba en su panza e iluminaba el paisaje. La temperatura pronto sería insoportable.

Había otra fuente de luz, un penacho que brotaba justo debajo del horizonte. El impresionante chorro ascendía hasta salir del cono de sombra del núcleo, reflejando la luz del Sol. El terreno era muy irregular, formado por hielo pardo rojizo o blanco en algunos puntos. Recordaba la lengua de un glaciar; la costra rojinegra recubría el hielo como una morrena.

En algunos lugares, trozos de la cobertura habían protegido al hielo subyacente contra la luz solar, en tanto que el circundante se había vaporizado. El resultado era una especie de mesas en forma de hongo, similares a las chimeneas de hadas creadas por la erosión de la lluvia. Había docenas de ellas.

—Vamos a tomar muestras directamente del penacho —dijo Jesús Medina.

—¿A qué distancia andamos, capitán? —preguntó alguien. Hassan reconoció la voz con el fuerte acento chingolés de Chapo Robles.

—El horizonte estará a unos sesenta metros —dijo Jesús—. No más de cien.

Propulsados por sus mochilas recorrieron la superficie a muy baja velocidad. Era todo un problema. Bastaba un leve impulso para escapar de la gravedad del cometa, así que se veían obligados a inclinarse hacia delante y efectuar disparos muy cortos de los chorros, para volar más o menos a una distancia constante del terreno.

Conforme se acercaban al penacho, el cielo se volvía más azul. Era fascinante, los gases y el polvo desprendido del Arat por el calor solar formaban una turbulenta y efímera atmósfera que, al no ser retenida por la casi inexistente gravedad, se elevaba y formaba la coma. Las partículas cargadas procedentes del Sol, el campo magnético solar y la débil presión de la luz, eran las que se encargaban de dar forma a las colas. Estas emitían luz por dos procesos distintos: la cola de gas presentaba una hermosa fluorescencia azul al ser bombardeada por la luz azul-violeta. La cola de polvo, formada por partículas más grandes, dispersaba el espectro solar, proyectando un color amarillento.

Dar la vuelta al hemisferio no les llevó más de una hora. Tomaron muestras de cada tipo de superficie: hielos blancos o rojos, costras negras, en lugares escogidos al azar, a fin de garantizar su homogeneidad. En cada traje había una cámara que lo iba registrando todo para su posterior estudio. Marie Pacífico, ayudada por Walter Fernando, hizo detonar una pequeña carga explosiva hundida en el hielo. Jane Whitebread instaló el radiofaro. Era una precaución esencial; el núcleo era un cuerpo de dos kilómetros cuadrados de superficie y podían tardar mucho en localizar la nave.

Finalmente se acercaron al borde del penacho. La base del surtidor de gases era

un circo de varios cientos de metros, una depresión ancha y poco profunda cuyo fondo estaba formado de hielos blancos. En él se alzaban «mesas» como las que ya habían observado, como hongos de sombrerillo negro y tallo blanco. Pero lo más sorprendente era la nieve. A medida que el hielo se calentaba y se convertía en vapor, arrastraba en su ascenso fragmentos sólidos que se iban evaporando en la subida. El resultado era que nevaba... pero hacia arriba. Copos grandes y pequeños subían majestuosos, desintegrándose en el proceso. Era hermoso.

—No nos pagan para mirar el paisaje, así que a trabajar todo el mundo —dijo Jesús Medina—. Colocaremos los petardos y tomaremos una muestra de esos gases. Debemos averiguar qué se cuece en esta caldera.

Jane Whitebread accionó su chorro y voló hacia la base del surtidor.

—El chorro es tan tenue que no se siente nada... excepto que el cielo se vuelve más y más azul —dijo mientras se acercaba. Era como si volara sobre los Alpes.

Con una mano, abrió los recipientes sellados al vacío que llevaba al costado. Un gran trozo de sustancia oscura se elevó entonces mayestáticamente, como una nube sólida de hollín. Jane lo vio a tiempo y se desvió con prudencia. De todos modos dudaba que un choque con aquella materia pudiera causarle daños a ella o a su traje.

Mientras tanto, la Zheng He se había acercado hasta casi rozar la superficie.

—El sondeo sísmico indica que hay agua líquida a unos cuatrocientos metros de profundidad —anunció Shunji.

—La mitad del radio del cometa —dijo el comandante Okedo.

—¿Es eso normal? —preguntó Susana, que permanecía atenta a las imágenes retransmitidas por los expedicionarios.

—En absoluto —contestó Fong mientras comprobaba los datos transmitidos—. Ése cometa es demasiado pequeño para contener un núcleo líquido de ese tamaño. Aquí parece regir un nuevo principio. Las ondas S desaparecen a los 456 metros de profundidad, creando una zona de sombra donde únicamente llegan ondas P rezagadas...

—¿Estáis seguros de esos datos? —preguntó Susana con aprensión. ¡Se iba a meter allí con sus delfines!—. ¿No es posible que algo haya alterado las mediciones?

—Las ondas S no se propagan en medio líquido. —Fong sacudió la cabeza en una vehemente negación y su gruesa papada tembló como el moco de un pavo—. Son como vibraciones de la cuerda de un instrumento musical. El líquido no ofrece resistencia a doblarse. Las ondas P son distintas, de compresión. Como el sonido. El líquido les hace perder velocidad. Provocamos un pequeño terremoto con explosivos y registramos las ondas en diferentes puntos. El resultado está muy claro. El núcleo produce una sombra de ondas S. Por el tamaño de la sombra podemos deducir el del núcleo líquido.

—¿Y hay alguna explicación para ese mar interior? —insistió Susana.

La voz de Shunji titubeó:

—Parece que hay algo de material radiactivo. Eso lo calienta un poco... Por otro lado, el hielo es un buen aislante, de modo que el núcleo pierde calor muy despacio. Pero este cometa no tiene bastante masa como para mantener una bolsa de agua de ese tamaño en su interior. Habrá que perforar para averiguarlo.

—¿Alguna idea? —Okedo arqueó las cejas—. Hay mucho hielo que retirar.

—Se me ocurre algo —dijo Fong—. Es un poco arriesgado, la verdad, pero podría funcionar. Tenemos un máser de comunicaciones muy potente; pues bien, vaporizaremos unas cuantas toneladas de hielo.

—¿Cómo? —exclamó Susana asombrada.

—Así llegaremos hasta ese mar interior —insistió el ingeniero.

—¿Y eso le parece solo «un poco arriesgado»? —preguntó Okedo.

—No tenemos otra opción, comandante. No disponemos de nada que nos permita perforar lo bastante aprisa. Nos detendremos a unas decenas de metros por encima de la bolsa de agua, y terminaremos el trabajo con métodos más tradicionales.

El comandante arrugó la frente.

—Podemos estudiar el plan. De momento, ordenaré al equipo que regrese.

—La gente de la Zheng He ya ha tomado contacto con la superficie del cometa Arat —dijo una voz de mujer desde la penumbra. Una pantalla enorme ocupaba una de las paredes de la sala de operaciones en Marte, estaba dividida en seis parches cuadrados que mostraban las imágenes de las cámaras de cada uno de los expedicionarios. Pequeños rótulos identificaban al propietario: Medina, Fernando, Whitebread, Robles, Pacífico y Hassan—. De momento no se ha producido ninguna reacción...

—¡Alabado sea Dios! —exclamó la áspera voz de Jacobo Kramer desde el fondo—. Pero que no nos abandone la suerte.

Una larga mesa se extendía a partir de la pantalla. A ambos lados de ella se sentaba el equipo de científicos que se había reunido para analizar los datos que iban llegando desde la Zheng He. La mayoría eran jesuitas, pero también había dominicos y franciscanos, entre los que se contaba fray Rafael. La que había hablado era una prestigiosa astrónoma musulmana que casualmente se encontraba investigando en Marte durante el Exterminio. Su nombre era Benazir Rajman. Enérgica, eficiente y llena de elegancia. Tenía treinta y cinco años y conservaba una belleza madura. Se cubría el pelo con un pañuelo oscuro, y sus ojos grandes y negros brillaban a la luz de la pantalla.

—Sí. —Benazir se volvió hacia la imagen intentando ocultar su confusión por las palabras del padre Jacobo. El jesuita parecía borracho, pero ella no creía que tal cosa fuera posible—. Verá, padre Kramer, se ha confirmado el mar interior, pero sigo sin encontrar una teoría natural que explique su existencia. Ahora les voy a mostrar unas imágenes obtenidas por el telescopio de Deimos. Fue una gran suerte que ese instrumento no sufriera daños durante el ataque y ahora nos está revelando muchas cosas.

La pantalla se había dividido en dos y mostraba un campo de estrellas que parecía ser exactamente el mismo en ambas imágenes.

—Estamos observando los límites remotos del Sistema Solar —continuó Benazir—, el lugar de donde surgió el haz de positrones. La foto de la izquierda es antigua, de hace varios años. La de la derecha, reciente. Se superponen, una de ellas en negativo.

La astrónoma pulsó una orden en un pad virtual que había aparecido frente a ella sobre la mesa, y las dos imágenes se fundieron para formar una nueva, en la que cada estrella tenía ahora un puntito negro central.

—Estas dos —dio unos golpecitos en la mesa con las uñas—, no tienen ese puntito negro. Significa que no estaban antes. No existían en la primera toma.

—¿Son novas? —preguntó el padre Heinrich. Su rostro quedaba oculto por las sombras, pero una aureola de pelo blanco brillaba en torno a su cabeza.

—No. Al principio pensé lo mismo, pero había algo raro... ¿Nadie se da cuenta? —Con un puntero láser, Benazir señaló dos de las estrellas que no llevaban el puntito—. Estas estrellas son idénticas a estas otras, aunque invertidas...

—Me he perdido —dijo fray Rafael—. ¿Qué significa eso?

—Las dos estrellas nuevas son iguales a las otras dos —dijo la astrónoma—. Incluso sus espectros. Y el espectro de una estrella es su huella dactilar.

—Cada una es un duplicado perfecto de la imagen de las otras dos —comprendió el padre Heinrich—. ¡Son las mismas estrellas reflejadas!

—Una lente gravitatoria que curva los rayos de luz —asintió Benazir—. Si una estrella es oscura solo se detectaría por sus efectos gravitatorios. Por ejemplo, si es muy pequeña y densa, curvaría los rayos de luz de otra estrella: una lente gravitatoria.

—¿Una lente... gravitatoria? —dijo fray Rafael—. Jamás escuché eso.

—Algo con una gravedad semejante a un agujero negro —le explicó Benazir.

—¿Y qué relación tiene con el Exterminio? —preguntó otro de los jesuitas.

—¡La estrella Némesis! —dijo Heinrich estremeciéndose—. La ha encontrado.

Un murmullo de asombro recorrió la mesa. La estrella Némesis; una hipotética estrella oscura, quizá totalmente invisible, que giraría en torno al Sol en una órbita de millones de años, a un año luz y medio de distancia. Cada treinta millones de años, Némesis entraría en la nube de Oort, perturbándola y lanzando lluvias de grandes cometas en dirección al sistema solar interior, lo que explicaría la periodicidad de los grandes impactos y las extinciones asociadas. Una lluvia tan hermosa como mortífera, que al chocar con la Tierra provocaría los mismos efectos de una guerra atómica a gran escala, generando el «invierno nuclear» que exterminaría a miles de especies...

¡La estrella Némesis! Como paleontólogo, el padre Heinrich había oído hablar de ella durante toda su vida. Era una explicación de las seis grandes extinciones masivas que había conocido la Tierra: la del Cámbrico-Ordovícico; Ordovícico-Silúrico; Devónico y Carbonífero; Pérmico-Triásico; Triásico-Jurásico; y Cretácico-Terciario. Y, al parecer, también la última y definitiva. Había dudado de su existencia real hasta ese preciso momento. Pero allí estaba, mucho más terrible de lo que nadie había imaginado.

—Pero lo que destruyó la Tierra no fue una lluvia de cometas —señaló Rafael.

Quizá las lluvias periódicas de cometas son como el fumigado de un campo para que no crezcan las malas hierbas —dijo Jacobo con siniestra delectación—. En cambio, el rayo de antimateria fue un chorro directo de insecticida.

Pero todo esto me parece absurdo —protestó el franciscano—. ¿Por qué ese empeño en destruirnos? No competimos por el mismo territorio, ¿no? Además, qué

clase de criatura orgánica podría vivir en la Nube de Oort, tan alejados del Sol y con temperaturas cercanas al cero absoluto. Allí la vida es imposible.

—Los biólogos habéis sido víctimas del «chauvinismo del agua», la idea de que la vida solo se desarrolla en ambientes que permiten la existencia de agua líquida... Bien, tal vez es el momento de considerar que quizá todas vuestras ideas sobre el origen de la vida estaban equivocadas —dijo Benazir—. Desde un punto de vista astronómico, el agua es muy abundante en el universo, pero solo existe líquida en un margen de condiciones muy estrecho. Es una rareza en los planetas cercanos a una estrella. Ahora bien, el sistema solar está rodeado por una inmensa nube de cometas constituidos de agua helada y elementos orgánicos. A temperaturas de unos pocos grados Kelvin han retenido los componentes orgánicos que formaban la nebulosa primigenia: hidrógeno, agua, oxhidrilo, monóxido de carbono, óxidos de silicio, sulfuros de carbono y nitrógeno, amoníaco, cianuro, ácido sulfhídrico, anhídridos de azufre. Cuando se formó el sistema solar, la presión solar destruyó casi todas las moléculas de agua en esta zona cálida. De hecho, se cree que casi toda el agua de los océanos de la Tierra proviene de choques cometarios. La Nube de Oort está formada en su mayor parte de agua congelada.

—Congelada, usted lo ha dicho, señora —replicó fray Rafael, algo molesto por la prepotencia de Benazir—. Congelada a esa temperatura extrema el agua no es diferente de la roca sólida. La vida no solo necesita agua, también necesita energía para desarrollarse. Y un agujero negro es un lugar muy frío, según tengo entendido.

—Eso no puede ser un «agujero negro» —dijo ella.

—Pero usted dijo...

—Dije «algo con una gravedad semejante a un agujero negro». Pero si la estrella Némesis fuese un agujero negro natural, tendría tres veces la masa del sol —explicó la astrónoma—, y sería nuestra estrella la que girase en torno a ella. Lo que creó el haz de antimateria debe ser un colisionador de hadrones del tamaño de Júpiter.

—Todo eso me parece pura especulación, señora —dijo fray Rafael.

—Sí, pero el rayo de positrones fue algo bastante empírico.

Jacobo alzó la mano para acallar los murmullos de los asistentes y dijo:

—Calma, calma... Los hombres de la Zheng He están investigando a fondo el cometa Arat. Quizá en unas horas sepamos más sobre nuestros enemigos.

Lo que llamaban el «esqueleto» era oficialmente un VOT, un extravagante artilugio que llevaba el apodo bien puesto, pues apenas era una estructura de metal, vagamente alargada, impulsada por cohetes. Como en un autobús atestado, los pasajeros iban de pie, sujetos por cables de seguridad al armazón. Era sencillo y fácil de manejar, y se utilizaba para llevar personas o carga entre dos naves en órbita.

El segundo grupo estaba formado por Medina, Chapo, Hassan, Ziyi, Gaby y Ed. Tres con experiencia y tres novatos. Se acomodaron mientras la guardiamarina se ataba al puesto del piloto. Pulsó un interruptor y se encendieron las luces del tablero.

—Listo. —Ziyi conectó la radio—: Fong abre el portalón.

El esqueleto se alzó bamboleándose y atravesó la gran compuerta para salir al espacio. Hubo una leve sacudida mientras cruzaban del vacío al casi-vacío de la coma del cometa. Pese a haberlo visto muchas veces en las pantallas, Ziyi sintió su ánimo sobrecogido ante el espectáculo. El firmamento presentaba un aspecto fantástico y cambiante, los gases y polvo de la coma reluciendo en azul, amarillo y carmesí.

La navecilla se aproximó gradualmente al núcleo rojo negruzco.

—Tuerce un poco hacia la derecha —señaló Gaby.

—Hacia estribor, querrás decir —rectificó Ziyi.

El esqueleto se inclinó un poco. Allí se divisaba un profundo tajo en la costra del pequeño mundo. Resplandecía con un color blanco muy puro. Bajo la experta mano de la muchacha, la navecilla se acercó lentamente, hasta detenerse con suavidad.

—Fin de trayecto —anunció—. Podéis bajar a estirar las piernas.

Gaby y Hassan se posaron sobre la superficie helada. La cabo estaba absorta en los mapas de densidad que le mostraba un pequeño monitor en el interior de su casco. Luego los dos avanzaron sobre el hielo, apenas rozándolo, impulsados por las mochilas. Recorrieron un buen tramo, y Gaby se detuvo a cinco metros sobre la superficie.

—Es aquí —dijo—. Éste es el punto donde la corteza es más delgada.

—OK. Voy a marcar el lugar.

Hassan disparó una bengala hacia el cometa. Estalló al impactar contra el hielo, esparciendo una nube de color que tiñó la superficie de un llamativo verde fluorescente.

En el puente de la Zheng He, el comandante asintió pensativo.

—Muy bien —dijo—. Aléjense todos de ahí, capitán.

Okedo se volvió hacia el intercomunicador y ordenó a su segundo que situara la

nave directamente en la perpendicular de aquel punto.

Susana se acercó a Okedo y le preguntó:

—¿No podríamos subirlos a bordo antes de disparar el máser?

—Necesitamos a alguien ahí abajo que controle el progreso de la perforación. Debemos andar con cuidado, si nos excedemos podemos atravesar el cometa. No tenemos experiencia con un tipo de trabajo así, por una razón muy sencilla...

—Nadie lo ha hecho antes.

—Exacto.

La Zheng He estaba a varios cientos de metros sobre la zona marcada de verde intenso. Fong desconectó la alineación automática del máser, que lo mantenía permanentemente orientado hacia Marte, e inclinó el reflector hacia el suelo con los mandos manuales. O lo intentó, ya que el montaje no podía inclinarse en ángulos tan extremos.

—Por favor, comandante, setenta grados de cabeceo sobre el meridiano treinta.

—Bien. Shunji, ocúpate...

—Correcto —anunció Fong—. Tenemos la zona en el monitor.

—Atención, capitán, ¿toda su gente está en lugar seguro?

—Sí, comandante. Hemos alejado el esqueleto de la zona señalada.

Okedo se volvió hacia Fong alzando el pulgar.

—Muy bien, dispara.

El ingeniero inspiró y giró un interruptor. Nada visible surgió del espejo, claro está. Pero una región elíptica de la superficie de hielo empezó a burbujear.

Un nuevo penacho se elevó desde el punto alcanzado por el máser. Un monstruoso géiser del diámetro de un campo de fútbol.

El máser estaba sublimando toneladas de agua por segundo.

—Atención —dijo Okedo por la radio—, hemos cortado el rayo. Cuando se extinga el penacho, que alguien se aproxime a la zona afectada para comprobar los resultados.

Esperaron unos minutos. Poco a poco, la tormenta ascendente de nieve, vapor y hielo empezó a ceder. Gaby y Hassan saltaron de nuevo del esqueleto. Ella se aproximó al borde del nuevo cráter que el máser había abierto en la corteza del cometa.

«Espectacular», pensó mientras lo sobrevolaba, con toda su atención concentrada en lo que tenía debajo, dispuesta a retroceder a la menor señal de peligro.

No pasó nada. Rebasó el cráter; algunos copos aislados ascendían alrededor de ella, no era peor que una nevada de la Tierra.

—¿Cómo va la cosa, Gaby? —preguntó Okedo por la radio.

—Todo normal, comandante. El hielo se está evaporando muy despacio. ¿Reciben la señal de vídeo?

—Sí, pero descríbelo con palabras.

—El cráter es un gran hemisferio, de paredes perfectamente lisas y blancas. Se hunde unos treinta metros en el interior del hielo... Bueno, no del todo hemisférico. Es un poco más profundo que ancho.

—Comandante —intervino Fong—, creo que debería aumentar la potencia del máser. A este paso tardaremos mucho en completar la perforación.

—Permiso denegado. No nos precipitemos.

Gaby se elevó lentamente hacia Hassan.

—Comandante, puede continuar cuando guste —dijo la cabo cuando estaba a unos pocos metros del andalusí.

—De acuerdo. Atención, lo activamos... ya.

El penacho resurgió escasos minutos después.

—Alfil negro come peón y jaque. Mate en tres jugadas. Si rey blanco a tres alfil, entonces reina negra come caballo y mate. Si rey blanco a tres caballo, entonces...

El ordenador del traje de Chapo Robles describió minuciosamente la masacre. Su propietario dijo:

—OK, OK. Entrego el rey. —La verdad era que apenas prestaba atención al tablero, que brillaba en la pantalla de su antebrazo.

—¿Desea jugar otra partida?

—No.

—Gracias por un juego tan interesante.

—De nada, pendejo.

Bostezó. Quien dijo que el ejército es un noventa y cinco por ciento de aburrimiento absoluto y un cinco por ciento de terror absoluto, fue un sabio. Ocioso, Chapo se deslizó con sus chorros sobre el cráter. El esqueleto flotaba a unos metros detrás de él, con Ziyi aún a los mandos. Miró abajo por enésima vez. ¿Qué era lo que estaba mal?

No había nada. Solo hielo... hielo blanco...

El traje avisó:

—Ritmo cardíaco en aumento. Noventa pulsaciones. Cien puls...

—¡Capitán!

—¿Qué pasa, Chapo?

—¡Salgamos de aquí, señor! —gritó—. ¡Ahora!

Jesús Medina conocía a sus hombres, y no necesitaba más.

—Atención todos, llamada general. ¡Reúnanse de inmediato en el esqueleto!

—Pero, capitán... —dijo Ziyi.

—Apúrense, apúrense... —insistió Chapo.

—Es una orden —dijo el capitán—. ¡Todos al esqueleto, ya!

—¿A dónde vamos? —preguntó Ziyi cuando todos ocuparon su sitio.

—A por Hassan y Gaby. Es más fácil recogerlos que esperar que lleguen hasta aquí —dijo Medina. Luego se volvió hacia Chapo—. ¿Qué es lo que has visto?

—La zona alrededor del cráter, capitán. Mírela. Es puro blanco. Hielo blanco, mientras que hace un momento estaba cubierto de esa costra marrón rojiza.

—¡Está creciendo a partir del punto de perforación! —comprendió Medina—. Mierda, es hielo limpio empujando desde el interior. ¡A todo lo que dé, Ziyi! —Conectó con el puente y añadió—: Comandante, apague el máser, algo grave está sucediendo.

—Fong, detén inmediatamente el rayo —oyó que ordenaba Okedo por la radio—. Equipo de rescate, preparados y en sus puestos para salir.

Liz Nogales y Jeremy Schwarzkopf formaban el equipo de rescate. Su misión era permanecer en el hangar, con el traje espacial puesto, listos para salir a una orden de peligro. Ambos tenían bastante experiencia con los trajes espaciales. Cuando la alarma sonó, se pusieron de inmediato los cascos y se prepararon junto al segundo esqueleto.

Gaby Mendoza miró a su alrededor desde su posición privilegiada. Pequeños copos de nieve se elevaban en torno a ella y a Hassan. La superficie del cometa vibraba como si un gigante caminara sobre el hielo. Empezó a asustarse.

—Ibn, tenemos órdenes de regresar. Prepárate.

Hassan intentó escuchar a través del suave zumbido de su traje, a través de los latidos de su corazón. Aguantó la respiración. Pero estaba en el vacío, era imposible oír nada. Tuvo una idea. Descendió hasta medio enterrar sus botas en la crujiente superficie. Si los micrófonos exteriores podían... Era muy débil. Como los ecos de una tormenta muy lejana. O como el retumbo que se oye al apoyarse los pulgares sobre los oídos.

Gaby descendió hacia él, sus brazos extendidos para sujetarlo por la mochila del traje. Hassan se había agachado aún más, hasta colocarse a cuatro patas sobre el hielo. O no la oía, o no hacía caso a sus llamadas.

Gaby se dispuso a elevarse con él, como un águila atrapando a un becerro.

—Vamos, Hassan...

La vibración se había transformado en pocos segundos en un bramido horroroso, que parecía avanzar hacia ellos como un tren de mercancías. Hassan decidió poner espacio por medio, y cuanto antes. Intentó elevarse, y descubrió que en su actual posición esto no le era posible. La vibración era demasiado fuerte y el suelo bajo él parecía desmenuzarse. Intentaba ponerse en pie sobre arenas movedizas. Se hundía.

Las manos de Gaby estaban a punto de cerrarse sobre la mochila de Hassan, cuando vio moverse algo en el borde de su campo de visión. Se volvió y gritó.

Era como si un gran tiburón avanzara bajo el hielo elevando con su aleta un surtidor de hielo pulverizado. Otra imagen le vino a la mente: el penacho de un tren avanzando por una planicie inmensa. No era el único. Otras columnas de hielo serpenteaban hasta donde alcanzaba la vista. Comprendió que se estaban abriendo enormes grietas por toda la superficie del diminuto mundo.

El frente de hielo pulverizado avanzaba hacia Hassan como una bestia enfurecida. Aunque era imposible, creyó oírlo rugir un segundo antes de que lo alcanzara.

Un crujido y el andalusí se sintió empujado hacia atrás por una mano gigantesca, envuelto en una nube de hielo y vapor. Su armadura chocó violentamente contra la de Gaby Mendoza, que estaba justo detrás de él, y los dos fueron lanzados hacia el espacio, como si un géiser monstruoso hubiera nacido bajo sus pies.

—¡Biao zi yang de! —gritó Ziyi.

Un lado del cometa había estallado como una gran carcasa de fuegos artificiales. En un silencio tan absoluto como horrible, varias explosiones menores sucedieron a la primera, como si cada uno de los grandes pedazos se desmenuzara a su vez. Parecía imposible que Hassan y Gaby pudieran seguir vivos en medio de aquella catástrofe.

De repente comprendió que ellos no estaban precisamente a salvo. Las voces de los tres militares que la acompañaban le aturdían los oídos. Oyó al capitán Medina ordenar silencio a gritos, mientras un enorme bloque de hielo, tan grande como una montaña, se alzaba impresionante ante ellos. Iban a chocar con él. Desesperadamente, Ziyi accionó los chorros laterales para esquivarlo. Casi lo logró, pero las patas del esqueleto rozaron contra la masa helada y eso fue suficiente.

Con un espantoso crujido, que le llegó a través del traje, se partió en dos.

Ziyi fue lanzada fuera del estrafalario vehículo. Su cuerpo giraba locamente entre afilados fragmentos helados que cruzaban ante ella a gran velocidad, como en un torbellino. Perdió de vista a los demás, envuelta en una niebla formada de polvo de hielo que no le permitía ver nada más allá de los dos metros. Gritó aterrada y se sintió morir cuando fue azotada una y otra vez por bloques helados que rebotaban contra su traje. Era como una hoja de papel arrastrada por un huracán. Una gran pieza le golpeó la espalda y le cortó la respiración. El traje espacial crujió.

—Disfunción de traje. Pérdida de aire. Incremento presión. Atención. Disfunción de traje. Pérdida de aire. Incremento presión. Atención. Disfunción de traje...

Al borde de la inconsciencia, Ziyi se dio cuenta de que el que hablaba ahora era su traje. Se estaba volviendo un lugar muy inhóspito. Hacía frío, el casco se llenaba de niebla, y los oídos le zumbaban como si le taladrasen los tímpanos con dos barrenas. Trató de tragar saliva y descubrió que tenía la boca llena de trocitos de dientes. Estaba girando sobre sí misma, como una peonza. El interior de la placa facial estaba cubierto por una película de sangre, empujada hacia allí por la fuerza

centrífuga.

Miró fascinada en torno suyo.

¿Qué había pasado?

—Ziyi, fuga —informó Fong con voz seca. El sudor se deslizaba por su rostro lampiño—. Chapo, fuga. Jesús, perdido contacto radial. Gallo, perdido contacto radial, informó fuga antes de enmudecer. De los demás no hay noticia.

—¿Ningún muerto?

—Ninguno confirmado.

—Abre el portalón y haz salir al equipo de rescate. —Okedo lanzó sus órdenes con frialdad—. Que coordine con nuestro ordenador, localice y acuda primero a los trajes que informan disfunción. Los demás tendrán que esperar. Rápido, cada segundo cuenta. Shunji, localiza los fragmentos principales, posición, velocidad, masa, radio. Proyección de trayectorias.

—De acuerdo. —Los dedos de la mujer se movían en el aire, precisos y seguros.

A su vez, Fong preparó un programa para evaluar la energía de los impactos y los posibles daños en el casco. Nunca había viajado una nave tan grande como la Zheng He. Tenía aspecto de fortaleza, pero también era un blanco más seguro.

Los primeros datos empezaron a llegar:

—Los cinco fragmentos mayores en tamaño no van a chocar con la nave.

—Gracias, oh kamis —exclamó Okedo—. Continúa, Shunji.

—Los menores... bueno, ninguno supera los veinte metros...

—Si tienes las estimaciones de masa, pásalas a mi terminal.

—Sí, ahí van.

Los números aparecieron frente a Okedo. El programa de Fong empezó a trabajar. Pero ni siquiera Shunji había logrado localizar todos, muchos eran demasiado pequeños para aparecer en el radar. ¿Serían lo bastante como para abrir una brecha?

Como respondiendo a su pregunta mental, llegó el primer topetazo. ¡TUMP!

Y ese no era ninguno de los detectados.

—¡Hassan, no te muevas!

Era la voz de Jane Whitebread. ¿Qué estaba haciendo allí? Estupefacto, observó a su alrededor con ojos maravillados. La niebla formada por polvo de hielo, que lo había envuelto todo, empezaba a despejarse rápidamente empujada por el viento solar. Estaba rodeado por dos o tres enormes icebergs y un centenar más pequeños. De no ser porque flotaban ingravidos en el espacio, se diría que estaban en el Ártico.

Logró distinguir que al cometa le faltaba un gran mordisco.

—Apúrate, Hassan. Tenemos que recoger a los otros... No te preocupes, los

localizaremos, las radiobalizas de los trajes se han activado...

Hassan apenas podía oírle. Además de activar la señal localizadora, el traje le había inyectado un potente sedante. Le costaba mantener los ojos abiertos.

—Ahora sujétate fuerte al esqueleto.

Por un instante, Hassan no se dio cuenta de que hablaba de aquella nave hecha con varillas y alambres. Creyó que hacía un chiste macabro.

Todos recibieron algún impacto directo de algún bloque de hielo, pero los trajes habían aguantado bastante bien y, milagrosamente, no había muerto nadie. Ed Gallo permanecía en la enfermería, recuperándose de una leve descompresión, pero fuera de peligro. Jeremy Schwarzkopf había encontrado a Chapo justo a tiempo; un minuto más y habría muerto. Jesús Medina no tenía nada; la avería del traje era solo de la radio. Ziyi logró parchear su propio traje y ahora estaba sentada en primera fila, fresca como una rosa a pesar de los dos dientes que había perdido. Gaby Mendoza se había roto la nariz contra la placa facial, y Hassan estaba aturdido pero en perfectas condiciones.

Cuando Fernando acabó su informe médico, Medina tomó la palabra.

—Felicidades, muchachos —dijo—, hemos sobrevivido a esto que es lo importante. Por desgracia no van a tener mucho tiempo para recuperarse. El comandante Okedo me ha pedido que organice inmediatamente otra expedición.

—¡Oh, vamos, jefe! —exclamó la cabo Gaby Mendoza, mirándole de reojo sobre su nariz vendada—. No pretenderá que volvamos a esa nevera.

—Para empezar —dijo Ziyi—, ¿ha quedado algo que investigar? —Estalló.

—El núcleo sigue intacto —dijo Susana apareciendo de repente en la puerta del comedor, que es donde estaban todos reunidos—. Es lo bastante pequeño como para sobrevivir... es más, creo que el hecho de que fuera líquido lo provocó todo. Bastó que se abriera una pequeña vía hasta el núcleo, y el agua hirvió en el vacío. Fue la presión de vapor lo que provocó el...

—Reventón —sugirió Fernando.

—Exacto. Esto arrancó aproximadamente un tercio de la masa del cometa; los dos tercios restantes siguen formando un solo cuerpo, porque el agua se heló y logró bloquear la pérdida. Ahora, hay un fragmento que contiene la mayor parte del agua líquida del núcleo... la diferencia es que esa burbuja de agua líquida está ahora más cerca de la superficie. Creo que ha llegado el momento de entrar allí, antes de que el calor del Sol acabe por destruirlo del todo.

Hassan frunció el ceño.

—Es demasiado peligroso. ¿Los delfines están preparados para usar sus trajes?

—Sí, preparados y en perfectas condiciones. Y yo también —dijo Susana.

—Hoy han podido morir seis personas que estaban a mi cargo —dijo el capitán

Medina muy serio—, pero no tenemos otra opción que seguir adelante y volver a arriesgarnos... A no ser que... Susana, ¿cree usted que un delfín podría ir solo?

—No. Ellos aún no entienden completamente todo esto. Podría asustarse, reaccionar de una forma imprevisible.

—Ya sé que usted tiene una gran experiencia como buceadora; pero ahí dentro tendrá que enfrentarse a un entorno distinto al que conoce. Usted también podría reaccionar de una forma imprevisible.

—He estado nadando en el tanque durante todo el viaje, y he adquirido habilidad con el traje espacial y la ingravidez. Soy la única que puede hacer esto.

—Es muy peligroso —dijo de nuevo Hassan, mirándola. Su voz era baja, casi un susurro ronco. Le sonrió para darle ánimo—. ¿Está asustada?

—¿Qué si estoy asustada? Estoy acobardada, no hago esto todos los días, Hassan. Pero esta puede ser nuestra última oportunidad de descubrir qué clase de criaturas intentaron exterminarnos y por qué. El comandante Okedo también me ha sugerido que enviemos a los delfines solos, pero eso no puedo aceptarlo. Sin mí estarán perdidos en un ambiente que no entienden. Pero si voy con ellos, estoy segura de que todo irá bien.

—Recemos porque así sea —musitó Hassan.

Jacobo Kramer despertó empapado de sudor, con las ropas de su litera completamente revueltas. Su corazón palpitaba desbocado como si quisiera abandonar su pecho. De nuevo aquella pesadilla... Vagaba por el desierto, tambaleante como un resucitado, bajo un implacable sol que lo enturbiaba todo. Estaba enfermo de radiación, y no podía contener su vientre. Mientras caminaba, defecaba inmundicias sanguinolentas que resbalaban por las perneras de sus pantalones y se amontonaban en sus pies.

Unas débiles vocecillas infantiles le hicieron volverse. Pero no vio a nadie. Las vocecillas seguían llamándole: padre, padre... Necesitaban su ayuda, pero ¿dónde estaban? Llevaba horas buscándolos. Se acuclilló, las voces parecían provenir del suelo...

Observó las heces, algo se movía en ellas. Acercó aún más su rostro. De cerca no parecían excrementos, en absoluto. No, en realidad era sangre, y algo más... una envoltura traslúcida. Reprimiendo su repugnancia apartó aquella membrana con dos dedos... En su interior, un feto de unos dos meses se retorció como un gusano agonizante...

Sin embargo, su rostro estaba perfectamente formado, y el jesuita reconoció sus propios rasgos en él. En aquel rostro se abrieron unos ojos que lo miraron fijamente.

—Padre —dijo la criatura con una vocecilla—, ayúdame padre...

Y él las aplastó con el pie.

Jacobo Kramer sacudió la cabeza intentando alejar aquel horror de su mente. Reprimió el deseo de abrir otra botella de vodka. La noche anterior había acabado con una que estaba tirada junto a la cama, y que rodó cuando le dio una patada al levantarse.

Se lavó la cara en el pequeño lavabo de su dormitorio. Observó su rostro empapado en el espejo, y este le devolvió la mirada como la criatura de su sueño.

—Solo somos podredumbre... —musitó—, podredumbre. Pero esto es solo el principio, ¿no es así? Ni siquiera puedo imaginar lo que vamos a tener que hacer si queremos sobrevivir... Ése es el horror que nos aguarda.

El auricular del teléfono estaba zumbando sobre la mesita. Jacobo se lo ajustó en la oreja derecha y una pared de su dormitorio se iluminó con el torso de una monja carmelita sentada en una terminal de comunicaciones. Era Irene, su asistente.

—¿Sí, hermana? ¿Qué pasa?

—Padre, tenemos noticias de la Zheng He. El comandante Okedo ha ordenado que sus hombres sigan con el plan previsto. Uno de los delfines, junto con la instructora, se están preparando para entrar en el núcleo líquido.

La imagen cambió detrás de la monja, y mostró un vídeo de la explosión del cometa que Jacobo ya había visto un centenar de veces.

—Buena gente —dijo el jesuita—. Habrá que condecorarlos o algo cuando lleguen a Marte. Por cierto Irene, ¿tenemos medallas?

Cogida de sorpresa por la pregunta, la monja tardó un instante en responder.

—Sí, pero solo con la imagen de Santa Marina, bendecidas por Su Santidad...

—Que en paz descanse. Bueno, creo que eso tendrá que valer. ¿Tienes noticias del hermano Rafael Tresera?

—Sí padre. Llegó a Elysium hace seis horas, y al parecer está trabajando ya.

—¿Puedes ponerme con él?

—Creo que sí... —La monja se inclinó sobre su escritorio y marcó un comando en el pad. A su derecha, flotando en el aire, apareció una ventana que mostraba el interior de una de las dos grandes pirámides de Elysium. Al fondo se veían focos de luz atenuada de color azul y multitud de técnicos deambulando de un lado a otro.

El rostro redondo y barbudo de fray Rafael apareció de repente y llenó por completo el parche de vídeo, eclipsando todo lo que tenía detrás.

—¿Padre Jacobo, es usted?

El parche con la imagen del franciscano se dilató hasta ocupar toda la pantalla. Fray Rafael llevaba una armadura de vacío marrón de fibra de vidrio, sin el casco.

—¿Y quién esperaba que fuera? —le respondió Jacobo—. Le dije que me avisara en el mismo instante en el que empezase a trabajar.

—Sí, ya lo sé. Pero me dijeron que estaba usted descansando y no quise... Veo que sigue en la cama...

Jacobo apuntó a la gran pantalla con el mando y anuló la imagen de retorno. Fray Rafael rezongó sorprendido al ver que su pantalla quedaba en negro. Miró a un lado y a otro pensando que se había perdido la señal.

—Sigo aquí, hermano —suspiró Jacobo—. Solo que ya no tiene usted imagen. Ahora explíqueme qué ha estado haciendo en estas horas.

—Ha sido realmente interesante, padre. Permítame mostrarle... —Fray Rafael hizo una señal a alguien que estaba fuera de la imagen y dijo—: Hermano Valerio, ¿puede...? Sí, necesito que sujete la cámara y me acompañe... Gracias.

El franciscano empezó a caminar hacia el fondo. La imagen tembló y se sacudió de un lado a otro, alguien había levantado la cámara y seguía los pasos de fray Rafael. Sentado en la cama de su dormitorio, Jacobo reprimió el impulso de agarrarse a la colcha con las dos manos. Aunque no era estéreo, la imagen en la pantalla resultaba tan nítida que la sensación de que todo el dormitorio se estaba moviendo era perfecta.

Después de caminar unos minutos, alcanzaron una de las paredes interiores de aquella gran sala de la pirámide en la que Jacobo había sido el primero en entrar

cinco años atrás. Relucía a la luz de los focos como una gigantesca joya multicolor.

Fray Rafael le indicó al monje que sujetaba la cámara que se acercara un poco más al muro y Jacobo tuvo un primerísimo plano de la piedra incrustada con prismas tetraédricos transparentes de unos cinco centímetros de lado, cuidadosamente ajustados unos contra otros. A izquierda y derecha, la pared iluminada se perdía en la distancia. El jesuita se sintió como una mosca en el escaparate de una joyería.

—Parecen diamantes —dijo fray Rafael. Su mano enguantada entró en la imagen y los acarició—. Pero si aplicamos una luz directa... —Acercó una linterna, e inmediatamente los prismas tetraédricos se volvieron tan opacos y grises como la piedra que los rodeaba—. Vemos cómo cambia sus propiedades cristalinas. Asombroso.

—Asombroso, sí —dijo Jacobo. Había cogido una manzana diminuta y roja de una cesta que tenía junto a la cama y la estaba royendo con los incisivos—. Pero eso ya lo descubrí yo hace cinco años apenas entré en la cámara. La cuestión es: ¿para qué sirven esos prismas? Si es que sirven para algo.

—Sin duda tienen alguna función, padre. No creo que una reacción a la luz como esta sea casual. Como usted ya adivinó en su momento, dentro de estos tetraedros cristalinos hay algo, y los que construyeron esta cámara se aseguraron de protegerlo concienzudamente. La mayor parte del volumen de la pirámide lo ocupa un grueso caparazón rocoso que hubiera soportado una guerra atómica. Y, además, esos prismas tienen una reacción fotocromática que evita que reciban demasiada luz. Le mostraré unas imágenes que hemos obtenido con una cámara macro de alta sensibilidad...

Fray Rafael solicitó unos archivos a su tarjeta informática y se los envió a Jacobo. Estos fueron apareciendo como parches cuadrados alineados en la parte inferior de la imagen. El jesuita señaló uno de ellos y lo amplió.

Era uno de los prismas tetraédricos muy aumentado. La luz no era tan intensa como para activar la reacción fotocromática, pero permitía ver lo que había en su interior. En el centro geométrico del prisma flotaba una burbuja ovalada de apenas dos centímetros de diámetro. Dentro de ella brillaban unos cristales. Parecía sal o azúcar.

—¿Y qué es eso? —preguntó Jacobo con impaciencia, tirando a un lado el corazón de la manzana—. ¿Lo sabe ya?

—Verá, padre, no podemos simplemente abrir los prismas a martillazos. Eso podría... hmmm, ser bastante peligroso. Por eso hemos tomado algunas precauciones.

El franciscano se apartó un poco y la cámara enfocó un robot que se encontraba detrás de él, pegado a la pared. Había otros robots esparcidos por el interior de la cámara, pero aquel era un artefacto bastante sencillo, apenas un brazo articulado que sujetaba una diminuta taladradora de punta de diamante.

—Hemos trasladado el centro de control fuera de la pirámide, y tenemos

intención de sellar con esclusas todas las entradas. De modo que aún en el caso de que uno de esos tetraedros liberase un patógeno mortal al abrirlo, este quedaría confinado dentro de estos muros capaces de resistir una explosión atómica. Y ya está todo casi listo, padre, tan solo falta que usted de la orden de que podemos empezar a taladrar. Cuando alcancemos esos cristales, los estudiaremos también desde una distancia segura. Solo así sabremos por qué los antiguos marcianos se tomaron tantas molestias para protegerlos.

Jacobo se frotó la barbilla, pensativo. A su pesar tenía que admitir que aquel franciscano había llevado el asunto de un modo muy profesional.

—Adelante —dijo por fin.

Tik-Tik había trabajado durante un año en el Ártico y contaba con más experiencia que Semi en nadar bajo los hielos. Aunque Hassan estaba seguro de que el caso no era comparable con el actual. Como en todo, nadie podía presumir de experto.

Se había ofrecido para acompañar a Susana, pero sin éxito. Okedo fue tajante: arriesgar a los dos en la primera misión al interior líquido del cometa era inaceptable. Tuvo que conformarse con un modesto papel de auxiliar. Acompañaría a Susana hasta la superficie del cometa y esperaría en el exterior para servir de enlace con la Zheng He. El ingeniero Fong temía que las comunicaciones se vieran dificultadas por los amplios muros helados que rodeaban el núcleo del Arat. Y de hecho así fue.

Hassan y varios guardias transportaron a Tik-Tik hasta el hangar. En la ingravidez el cetáceo no pesaba nada, pero su masa era considerable. El andalusí montó un complicado artilugio de poleas que facilitó la tarea. Era digno de verse, un enorme mamífero acuático flotando en el aire y protestando en delfín por la sequedad del mismo, mientras lo rodeaban varias personas semidesnudas y flotando asimismo en el aire, tirando de aquí y empujando de allá, sudando como estibadores, maniobrando con cuidado al atravesar las escotillas.

Jane Whitebread y Ziyi embutieron al delfín en el interior del traje de vacío diseñado para él. Hassan, Susana, Jeremy Schwarzkopf, George Martínez y la sargento Anita Cortés también se introdujeron en sus trajes.

Atravesaron el portalón, y los cinco humanos y delfín se encontraron inmediatamente rodeados por el vacío. Susana puso los labios sobre una delgada boquilla instalada en el interior de su casco, y sopló. Era una ingeniosa réplica electrónica de su viejo silbato, fruto del talento del manitas de Chapo Robles. Lo prefería al ordenador.

—¿Cómo te encuentras? —silbó.

En los auriculares del delfín sonaba igual que el viejo silbato de Susana.

—Bien, bien. Nado sin agua —dijo—. Me gusta.

Eso era bueno de momento. Pero ahora venía lo más difícil.

Por primera vez desde que el cometa se condensó a partir de la nebulosa solar, su blanco interior de hielo era iluminado por el sol. El fragmento grande presentaba un aspecto más tosco e irregular que el cometa entero; parecía una gigantesca piedra de sílex tallada por un cavernícola torpe. Susana tenía la sensación de aproximarse a un enorme ventisquero.

—Susana —la llamó Anita—, mira eso de ahí.

—¿Dónde?

—A la izquierda. ¿No te parece que la superficie tiene un aspecto distinto?

Susana estudió el blanco muro, que conservaba los volátiles encerrados en él cuando el sol aún no brillaba. Las superficies de fractura eran aproximadamente planas, limpias. No obstante, aquella zona parecía una... cicatriz.

—¿Piensas que aquí fue donde el agua escapó y se congeló?

—Sí.

—El volcán que llevó a Otto Liddenbrock al centro de la Tierra.

Bromeaba a medias. Bien pensado, aquello era un volcán... de agua. Se aproximaron despacio al volcán. Era una mancha difusa de unos cinco metros de diámetro, sorprendentemente similar al cráter de Tycho en la Luna: una deslumbrante mancha blanca de la que irradiaban rayos. Cuando se acercaron a ella, vieron que estaba formada por una masa de cristallitos blancos, como azúcar finamente molido. Susana estrujó un puñado en su mano blindada.

—Creo que tienes razón —dijo—. Los cristales no han crecido mucho. No han tenido tiempo, ¿ves?

—Vamos a ver si el... tapón de lava es lo bastante grueso.

Anita desplegó uno de los instrumentos que habían llevado consigo, una caja de unos cuarenta centímetros de lado de la que salía un cable acabado en un micrófono. Lo enterró en el hielo y apretó un botón. Nada pareció suceder, pero Susana sabía que un fino haz de ultrasonidos se había propagado por el hielo. Unos números aparecieron en una pantallita. Anita apretó el botón otra vez, para asegurarse.

—Agua líquida a dos metros —dijo—. Es mejor de lo que esperaba. Montemos la cámara.

Jeremy y George Martínez desplegaron las piezas del equipo ayudados por Hassan. El delfín los observaba, flotando junto a ellos como un torpedo vivo. Alzaron una estructura en forma de cúpula, formada por tubos de aleación de titanio, y la anclaron en el hielo con grapas en tirabuzón. A continuación extendieron una resistente cubierta de plástico; originalmente, había sido una gran tienda de campaña para vacío, a la que no habían encontrado uso. Ahora, como una ciudad lunar, encajaba perfectamente en el cráter.

George Martínez hizo el último preparativo: instaló en el centro de la tienda un objeto cilíndrico rematado por un cono metálico, en el centro de tres largueros radiales, separados entre sí ciento veinte grados y firmemente anclados en el hielo. Anita conectó dos cables a un extremo del cilindro y los desenrolló mientras flotaba hasta el borde de la tienda. Mientras tanto, Hassan y Schwarzkopf habían levantado un pequeño muro protector de hielo, y todos se guarecieron detrás de él.

Anita tomó una batería portátil. Fijó el cable a uno de los bornes y pulsó el disparador. Un brillante resplandor anaranjado provocó un repentino huracán de

vapor, y un silbido que parecía llegarles a través de sus huesos. La cámara se llenó de gas. Los trajes dieron un suave bip e informaron de: *Formación de escarcha sobre el traje*. Informe innecesario, porque ya lo habían notado todos. Se disolvió cuando la temperatura empezó a subir.

Susana se asomó y echó un vistazo sobre el muro protector. Hassan le advirtió que tuviera cuidado, pero la etóloga estaba fascinada de ver cómo el cohete de combustible sólido agujereaba implacablemente el corazón del cometa. El espacio interior de la tienda fue invadido por una turbulenta mezcla de vapor y gases de combustión.

Susana sujetó al delfín con fuerza, mientras silbaba palabras tranquilizadoras.

De repente hubo un siseo, como agua derramada sobre una plancha asadora caliente, y un chorro de agua surgió del agujero, como un surtidor. Enormes gotas esféricas flotaron en la cámara, temblando, girando, rompiéndose y juntándose, hasta que la cámara quedó llena de agua en estado líquido. La llama naranja se extinguió. Silencio.

—¿Hassan, me recibes bien?

Era Jin Shunji, desde el puente de la Zheng He.

—Sí... parece que los fuegos artificiales han acabado —respondió el andalusí.

—Aquí no se ve nada —dijo Shunji.

Encendieron los faros de sus trajes. Estaban rodeados de agua líquida. El interior de la tienda era un revoltijo en el que flotaban minúsculos cristales de hielo y burbujas de vapor. Examinó el agujero que habían perforado. Un túnel que se extendía recto hacia las entrañas del cometa.

—Habrà que ensancharlo —dijo Anita—. Vuestros trajes no caben por ahí.

Hassan, Martínez y Jeremy Schwarzkopf se pusieron a la faena. Con ayuda de un par de piquetas, originalmente martillos de geólogo, empezaron a ampliar la luz del túnel. Fue una tarea penosa, aunque el agua absorbía los golpes e impedía que fueran lanzados por el retroceso, como hubiera pasado en el vacío. Cuando el orificio fue lo bastante ancho, Susana y el delfín se deslizaron por él hacia el núcleo líquido del cometa. Ella se aseguró de que la cámara de vídeo sobre su hombro estaba grabando y comprobó el encuadre; el traje usaba como monitor la pantalla de mensajes.

Hassan empujó al delfín para que no se atascara y murmuró para sí:

—Cuida de Susana, muchacho.

Susana abría la marcha. Descubrió que ya no hacía falta picar más hielo. Desembocaron en un inmenso espacio oscuro, que le recordó una inmersión en la fosa de Tonga. Pero aquello era infinitamente más siniestro. El faro de su casco no bastaba para taladrar la ominosa oscuridad rojiza que se abría frente a ella. Encendió un potente foco que, en el vacío, iluminaría de un extremo a otro de aquel enorme

hueco interior, pero no en la opacidad de aquellas aguas.

El haz del foco no revelaba ninguna estructura, solamente oscuridad. El agua tenía un tono rojinegro y flotaban en ella infinidad de partículas que danzaban ante la luz de su foco. Era como nadar en sangre medio coagulada.

Sintió un fuerte deseo de dar media vuelta y salir huyendo de allí. Pero todos estaban siguiendo sus reacciones gracias a la cámara de su casco, y no quería aparecer ante ellos como una cobarde en la primera oportunidad que le daban de hacer algo en todo el viaje. Se esforzó por recordar su experiencia de años buceando en los mares de todo el planeta. También allí, a veces, uno podía sentirse desorientado por el muro azul; sentirse en el centro de una esfera azul verdosa en la que se confunden arriba y abajo. El buceador debe fijarse en las burbujas, que siempre ascienden. Pero ese recurso no era de aplicación aquí. Y el extraño color de aquellas aguas tampoco ayudaba a tranquilizarla.

Gracias a Dios había venido con un gran nadador. Silbó:

—Adelante, Tik-Tik. Es tu turno.

Susana le cedió el puesto de cabeza. A partir de ese momento tendría que confiar en el extraordinario sentido de la orientación del animal y en su radar natural, amplificado y mejorado por los sentidos electrónicos del traje.

—Precaución. No pierdas el rumbo —silbó. Y murmuró para sí—: o nos costará un infierno encontrar la salida.

—No problema. Fácil, fácil.

A pesar de sus palabras, el delfín le pareció un tanto desconcertado en este nuevo ambiente. No era extraño, eran los primeros buzos sobre otro cuerpo celeste. O, más bien, dentro de otro cuerpo celeste. El ecoláser indicaba que el hueco medía 519,13 metros de diámetro, y que había algo, vagamente esférico, ocupando el centro geométrico. Susana instaló un pequeño espejo convexo al lado del agujero, a fin de lograr encontrarlo por la nitidez de su eco. Una vez seguros de poder orientarse dentro de aquella oscuridad, empezaron a nadar; ella ayudándose de los propulsores de gas.

El delfín se adelantó unos metros, cimbreándose elegantemente dentro de su traje elástico. Se detuvo de repente y giró sobre sí mismo, como si intentara evitar algo.

Tik-Tik gritó.

El ordenador no había conseguido traducirlo y había dejado un espacio en blanco. Susana maldijo por tener que depender de una estúpida máquina para comunicarse con el delfín y se volvió a mirar...

Un leucocito plateado de cuatro metros de ancho estaba a punto de tragársela.

El faro de su casco se reflejaba en su brillante superficie, que cambiaba de forma lentamente, desde la aproximadamente esférica hasta la de una patata irregular, ondulando, retorciéndose y temblando de un modo repulsivo. Y no era el único; otros

como él, pero de diferentes tamaños, aparecieron en su campo visual, con los mismos movimientos casi obscenos. Susana giró frenéticamente sobre sí misma, y descubrió aterrorizada que estaban rodeados por centenares de aquellas cosas.

—Susana —dijo la voz de Hassan por la radio—, ¿qué sucede?

Trataba de huir, nadando desesperada y torpemente con su traje espacial, olvidándose del propulsor. Entonces aquella masa informe y brillante se precipitó sobre ella, envolviéndola. Sintió que la estaba devorando una ameba gigante, se debatió como pudo, golpeándola con puños y pies, pero fue inútil. De repente atravesó la membrana.

El delfín, por su parte, hizo un esfuerzo por acercarse. La silueta de la adiestradora aún era parcialmente visible a través de la membrana plateada.

—Resiste. Voy... —dijo Tik-Tik.

—¡Susana! —gritó Hassan—. ¿Qué está pasando? ¡Responde!...

Y se llevó una sorpresa cuando de repente la oyó reír como una loca. Una risa que era una combinación de alivio y carcajadas histéricas.

—¡No hay peligro! —exclamó Susana entre risas—. Lo siento, Hassan... No hay ningún peligro, lamento haberos asustado... Puedes entrar si quieres, Tik-Tik.

Con precaución, el delfín se detuvo ante la cosa. La mano enguantada de la mujer salió y tiró de su aleta igualmente enguantada. Tik-Tik atravesó la membrana.

—¿Puedes explicar lo que ha pasando? —pidió Hassan intentando mantener la calma.

—Una burbuja —dijo Susana, que aún se reía entre dientes—. Estamos dentro de una burbuja de tres o cuatro metros de diámetro.

—¿Una burbuja?... ¿Cómo es posible?

—Evaporación. —Susana estaba recuperando el aliento—. La presión ha bajado, quizá por nuestra causa, quizá por una fuga. Parte del agua se ha evaporado. Se han formado burbujas por todo el líquido y he topado con una...

—Pero... no, no me lo digas. Ingravidez. Las burbujas se han estado fusionando unas con otras, en lugar de ascender a la superficie.

—Exacto.

—Pues vaya susto.

—No lo sabes bien, Hassan. —Palmeó afectuosamente el traje de Tik-Tik.

Siguieron avanzando sin alejarse mucho de las paredes.

El delfín fue el primero en verlo. Se trataba de una cuerda blanca, con el grosor de un dedo meñique. Surgía de la pared de hielo, y se perdía en la oscuridad. Susana la pellizcó tentativamente: era muy recia, y tan elástica como una goma.

—¿Se ve, Hassan? —Se giró para que la cámara de vídeo pudiera captarla.

—Sí. Pero no muy claro. ¿Qué es?

—No lo sé. —Intercambió unos silbidos con Tik-Tik—. Pero, desde luego, no creo que se trate de algo normal dentro de un cometa cualquiera. Creo que acabamos de encontrar a los alienígenas. Los que nos enviaron aquí tenían razón. Toda la razón.

—Me dice Okedo que las imágenes siguen sin ser claras. ¿Puedes describirlo?

—Una cuerda. Aspecto orgánico. A juzgar por su orientación, yo diría que se dirige del centro a la periferia del hueco. Vamos a seguirla.

—¿Hasta el centro?

—Para eso hemos venido, ¿no?

—Un momento...

Hubo un instante de silencio, mientras el andalusí consultaba con Okedo.

—Adelante, tienes luz verde —dijo al fin.

La mujer y el delfín comenzaron a impulsarse a lo largo de la cuerda blanca.

Era como adentrarse en la cueva de un Minotauro cósmico, guiados por un grueso hilo de Ariadna. Susana no veía otra cosa ante sí que un muro de oscuridad, sin otro detalle que rompiera la monotonía que la cuerda blanca tendida ante sí. De vez en cuando, la luz de su faro se reflejaba en una burbuja gigante. Se hacía mil preguntas sobre la función de aquella cuerda. Era evidente que no era un simple elemento estructural pasivo, como una cuerda terrestre. Debía desempeñar un papel activo. Pero ¿cuál?

Susana calculó que habían recorrido la mitad del radio de aquella vasta cámara, cuando encontraron algo nuevo: una segunda cuerda blanca, a unos veinte metros de distancia. Se detuvieron a examinarla. Susana la describió por radio.

—¿Corre-junto-a? —preguntó Susana al delfín.

—No. No. Une-con.

—¿Qué habláis? —Era Hassan.

—Tik-Tik está seguro de que convergen. Si es así, pronto nos encontraremos con la intersección.

Siguieron avanzando, sin perder de vista la segunda cuerda, y Susana comprobó que el delfín tenía razón: ante ella, las dos cuerdas blancas se fusionaban en una.

—Voy a tomar una muestra, ¿te parece bien?

—¿Qué?

—Un trozo de cuerda.

—Puede ser peligroso...

—Todo es peligroso. —«Dios mío», pensó Susana, «estoy en las entrañas de la bestia que dirigió el ataque contra la Tierra»—. Pero para eso hemos venido, ¿no?

Entre los adminículos del traje figuraba un cuchillo. Susana lo desenvainó. Aunque el manual garantizaba que podía cortar un clavo, la tarea no era fácil: el cable era fuerte y elástico, cedía ante la hoja sin cortarse. Giró la hoja y empleó el filo de sierra, con lo que logró cortar un poco más aprisa. La cuerda estaba formada por

varios haces, a su vez formado por haces fibrosos, tan fuertes como el conjunto. Susana especuló que aquel cable podría servir como estacha para remolcar un barco.

Con esfuerzo, logró arrancar un trozo cuerda cercana a la bifurcación.

—Sigamos.

Ella y el delfín avanzaron a lo largo de la cuerda blanca que después de unirse con la otra tenía doble grosor. A lo lejos, iluminadas por el foco, descubrieron nuevas cuerdas blancas que se ramificaban. Ya no les prestaron atención. La que seguían iba engrosándose, a medida que más y más de aquellas cuerdas se le unían.

El fin del cable llegó de improviso. Ante ellos apareció un objeto de color rojo intenso, que poco a poco fue perfilándose con una forma regular. Un gran icosaedro. Las fibras blancas nacían del centro de cada una de sus caras. Aquello parecía — Susana no pudo evitar un escalofrío al pensarlo— una araña en el centro de su tela.

—Parece una versión gigante del que viste en el mar, Hassan —dijo.

—Lo veo —dijo el andalusí—. Fijaos que esas fibras blancas parten de esa cosa para hundirse en las paredes de hielo. ¿Cuál será su función?

—Es mielina —dijo Susana.

—¿Cómo?

—Son nervios. Me recuerda la disección de un calamar o un erizo de mar. Las fibras nerviosas suelen ir protegidas por una envoltura blanca de fosfolípidos. Una grasa que lleva el grupo fosfato. Forma parte de la membrana celular.

—El cerebro del cometa —dijo Fong desde el puente de la Zheng He.

Susana hizo una mueca de sorpresa al escuchar una nueva voz en su oído. Por un momento había creído estar hablando a solas con el andalusí.

—Si es inteligente, quizá logremos comunicarnos con él, ¿no? —preguntó.

—Quizá —dijo el ingeniero—, pero creo que ellos ya nos han mandado un mensaje bastante claro.

Susana se acercó, despacio y con recelo. Estremeciéndose. De repente aquel ambiente alienígena parecía estar afectándole. Casi sintió el frío glacial de aquellas aguas turbias alcanzándola a través del traje. Volvió a estremecerse. El delfín flotaba frente a ella, bañado por la luz azul de su linterna, tan irreal como un espectro. Los cables lechosos convergían hacia ellos desde mil puntos perdidos en la oscuridad.

—Creo que la calefacción del traje se ha estropeado —masculló Susana con los dientes castañeteándole. Le extrañó que el ordenador no la hubiera avisado. Pidió un informe de situación. Entre los datos figuraba la temperatura interior, veintidós grados.

No temblaba por el frío.

Estaban en el centro de aquel cometa hueco, rodeados de oscuridad, a cientos de metros del agujero por el que habían entrado. A pesar de la proximidad de su amigo cetáceo, Susana no había sentido tanto miedo en toda su vida.

Fray Rafael cruzó a pie la distancia que separaba la gigantesca pirámide tetraédrica del laboratorio que habían habilitado junto a ella. Iba acompañado de tres científicos jesuitas, todos embutidos en sus armaduras de vacío.

La llanura de Elysium ofrecía un aspecto desolador, de una aridez desnuda y melancólica que se agrietaba alrededor de las pirámides como un cristal al ser alcanzado por una bala. El halo de fisuras estaba cubierto de una fina capa de escarcha nocturna que lo hacía brillar como la red de joyas de Indra. El franciscano alzó la vista, como si las respuestas estuvieran en las alturas, y vio a Fobos moviéndose casi tan rápido como un dirigible por un cielo que era de color azul marino, casi negro.

El laboratorio de biología era un cilindro plateado. Tenía el aspecto de una lata gigante de refresco tumbada de lado. Se accedía a él por un túnel hecho con anillas de acero y plástico, con dos esclusas que debían atravesar. Mientras esperaban a que la segunda alcanzara la presión apropiada de aire, las placas faciales de sus trajes se empañaron por el vapor de agua que se sublimaba en nubecillas de cristales de hielo. Cuando la luz indicadora pasó de ámbar a verde, fray Rafael y los jesuitas se libraron de las escafandras y respiraron aquella atmósfera confinada que olía a desinfectante.

En el interior del cilindro, los religiosos iban de un lado a otro en silenciosa concentración, cruzando frente a la batería de monitores que mostraban la actividad de los robots en la gran cámara de la pirámide. En uno de aquellos monitores estaba el feo rostro del padre Jacobo con una expresión de fastidio e impaciencia.

Al entrar en el laboratorio, se dirigió inmediatamente a fray Rafael.

—Por fin. ¿Ya está todo preparado o no?

—Sí, padre —respondió el franciscano con calma—. Tenía que revisar personalmente las compuertas estancas. El interior de la pirámide es ahora hermético.

—Muy bien, muy bien —dijo Jacobo—, proceda entonces.

Fray Rafael acomodó lo mejor que pudo su voluminoso cuerpo en una silla de plástico situada frente a los monitores, y enfundó sus manos en unos guantes waldo. Se ajustó unas gafas de RV, le daban una imagen estéreo de gran calidad desde el punto de vista del robot que se encontraba en el interior de la cámara sellada.

El franciscano bajó un poco los ojos y vio el taladro en la mano del robot que estaba teledirigiendo. La punta de diamante tocaba la cara exterior de uno de aquellos prismas tetraédricos que estaban incrustados en los muros de la pirámide de Elysium. Movié un poco el foco de luz tenue, que controlaba con la mano izquierda. Diminutos cristales destellaron en su interior. Su objetivo.

—Bueno —murmuró entre dientes—, allá vamos.

No fue problema localizar la salida.

Durante el regreso a la Zheng He, Susana permaneció callada. Se trataba de sensaciones. No, algo aún más turbio e impalpable que las sensaciones: intuición, sexto sentido, corazonada. Sentía la presencia de lo algo auténticamente alienígena, quizás inteligente, pero extraño hasta la locura y maligno. Decididamente maligno.

Ésa noche no pudo conciliar el sueño. La Zheng He estaba en su periodo de descanso, al que todos acostumbraban a llamar «noche», cuando la actividad en la nave se reducía al mínimo. En el puente la tripulación seguía revisando los datos que llegaban del cometa; y en la bodega trabajaba un grupo de militares preparando el material por si era necesaria una nueva incursión. Pero el comandante Okedo había insistido en que todo el que no tuviera un servicio se retirara esa noche a descansar. Era necesario calmar los ánimos y recuperarse después de una jornada tan intensa. Muy posiblemente, y si no había más novedades, al día siguiente se dirigirían hacia Marte.

El tanque de los delfines tenía las luces apagadas; únicamente lo alumbraba una fila de focos bajo el agua, proyectando siniestros reflejos contra las paredes. Sentada a solas junto al agua, con una manta sobre los hombros, Susana intentaba quitarse el frío que aún la calaba hasta los huesos, un frío que solo existía en su cerebro. Tomó un par de cápsulas de Metaliduina, esperando que eso despejara su mente y ahuyentara la neblina que parecía haberse condensado frente a sus ojos.

Semi nadó hacia ella en silencio. El delfín hembra presentía su estado de ánimo e intentaba consolarla. Acarició su lomo tibio, distraídamente, con el dorso de la mano.

Un reflejo metálico llamó entonces su atención en la habitación contigua a la piscina, que hacía las veces de vestuario y gimnasio. Se puso en pie, y rodeó el tanque para acercarse al objeto brillante que colgaba al otro lado de la puerta. Era un sable japonés, una katana. Debía de pertenecer a Okedo. Susana había oído que el comandante practicaba las artes marciales en su tiempo libre, y que era bastante bueno. Recorrió con el dedo el calado decorativo de la guarda. La desenvainó. Imitaba escrupulosamente la artesanía de los antiguos forjadores. Quitó dos pasadores y sacó la empuñadura, la guarda y la pieza protectora de la base de la hoja. Levantó la guarda y la miró al trasluz. Uno de los agujeros permitía extraer el cuchillito que iba fijo a la vaina. Los otros representaban el Sol, la Luna creciente, la Osa Mayor. Y un cometa de ondulante cola.

Todos los pueblos de la Tierra habían considerado a los cometas como mensajeros de las catástrofes. Y sin duda que aquel había anunciado el peor desastre que se abatiera jamás sobre la Humanidad. Pero ¿qué era con exactitud aquella bola de

hielo?

La niebla empezaba a despejar. Sus sentidos eran ahora tan eficaces como los de un delfín. Su mente trabajaba casi tan rápido como el cuerpo de un delfín bajo las olas. Las ideas eran pececitos que intentaban huir de ella. Pero era rápida, muy rápida.

«El mundo que surgió del frío», pensó. Uno más entre la miríada de cometas que formaban la Nube de Oort. Allí habían estado desde la formación de nuestro sistema planetario, reliquias de la nebulosa solar primitiva, verdaderos micromundos fósiles.

¿Y si en aquel oscuro lugar se había desarrollado la vida hacía miles de millones de años? Quizá antes de que la propia Tierra acabara de formarse a partir de esa misma nebulosa. Cuando el mundo en el que habitó la Humanidad era solo una árida bola incandescente, los cometas rebosaban de vida. Habitados por una especie mucho más antigua que la Tierra, quizás hasta más antigua que el mismo Sistema Solar.

¿Una guerra eterna entre los Señores de las Tinieblas y los Habitantes de la Luz? Y cada vez que la vida surge en los mundos interiores era arrasada por las criaturas de la Nube de Oort. Como mala hierba que se arranca de un sembrado. Y la raza humana surgiendo del cieno de la última extinción planetaria. ¿Solamente fantasías?

«Imaginemos por un momento que todo esto es real, la pregunta sigue siendo: ¿por qué? ¿Por qué nos odian de ese modo?».

Volvió a montar el sable, con cuidado de no tocar el filo con los dedos, y envainó el arma.

Como una planta que germinara en el hielo, una forma empezó a dibujarse en la superficie del cometa Arat. Emergía con lentitud, como si la empujaran desde abajo. Su exoesqueleto era traslúcido, dotado de un brillo ceroso. Un manojo de órganos sensitivos se amontonaba en el centro de su cráneo bulboso y asimétrico, al extremo de un tórax tubular. Tenía patas articuladas y dos gruesos sacos a ambos lados de su abdomen, rematado en un gran par de cercos en forma de horquilla. A su alrededor, en un radio de centenares de metros, emergía una multitud de criaturas semejantes.

—¿Qué haces? —preguntó Hassan impaciente.

—No... bueno, no quiero que nos interrumpan, ¿sabes? Quiero estar tranquila.

Gaby peleaba con el cierre de la puerta corredera. Era demasiado débil y carecía de llave. La mujer intentaba improvisar un cerrojo con ayuda de un alambre.

—Los muchachos no van a entrar. Ya saben que estamos aquí, así que...

Eso era cierto. Chapo y Schwarzkopf los habían visto pasar hacia el camarote y sus risitas de complicidad no dejaban lugar a dudas. Pero igual se les pasaba por la cabeza gastarles alguna broma. Y Gaby Mendoza no estaba ese día para bromas.

—Sin embargo... ¡Uf! no puedo.

Hassan se puso de pie, desnudo, y se acercó a la puerta.

—A ver, déjame.

—Ha llegado el «macho» —dijo la mujer con sarcasmo. A pesar de la nariz rota, Gaby era perfectamente capaz de vencer a Hassan con una mano atada a la espalda.

—Perdona, pero...

—Bueno, bueno. Inténtalo tú.

El andalusí tomó el extremo del alambre y lo dobló sin dificultad entre los dos pomos. Las dos hojas de la puerta corredera quedaron trabadas entre sí.

—Ya está. A veces más vale maña que fuerza.

—Mi chico mañoso —ronroneó ella apretándose insinuante contra su cuerpo.

Hassan suspiró. Su corazón latía con furia y un par de gatos se peleaban en su estómago. Después de la tensión y el peligro que había vivido ese día, de la certeza de que la muerte podía andar cerca, necesitaba urgentemente echar un polvo.

Gaby se quitó el mono de faena y lo dejó caer. Se volvió hacia Hassan, que la atrajo hacia sí, con un lánguido movimiento. Ella se detuvo cerca de él, apoyando sus manos en los pectorales, admiró durante un instante el cuerpo del hombre. Un fuerte y nudoso roble. Hassan la besó en el cuello y sintió la excitación ascender por su vientre.

Las criaturas estaban plegadas en una posición que en un animal terrestre se definiría como fetal. Lentamente empezaron a desplegar sus cuerpos; la costra de nieve adherida se desprendía de sus flancos. Muy despacio se irguieron, estirando sus miembros y haciendo funcionar sus articulaciones al unísono, como obedeciendo a una misma señal. Por primera vez en su breve vida, sus ojos captaron la luz y transmitieron la información a sus sistemas nerviosos. Aquellos diminutos órganos con forma de anillo no contenían mucha información, y esta se resumía en una breve lista de prioridades.

Como un único ser, las criaturas giraron sobre sí mismas y orientaron sus racimos de sentidos hacia la gran nave que llenaba el cielo del cometa.

De las zonas accesibles de la nave, la bodega era la menos visitada, después de la cabina de los delfines. Allí se almacenaba todo el material de disponibilidad inmediata, lo que era preferible a hacer viajes y más viajes a los contenedores del hangar. La larga cámara cilíndrica estaba dividida en secciones por mamparos transversales, que se convertían en pisos cuando la nave aceleraba. No estaba sometida a rotación y en ella reinaba la ingravidez. La teoría era que manipular cargas sería más fácil sin peso. El genio que pensó esto, reflexionó ácidamente el

teniente Walter Fernando, no tuvo en cuenta que aunque las cosas no pesaran en ingravidez seguían manteniendo la totalidad de su masa. Y su inercia. Por ello eran necesarias una cantidad de operaciones increíblemente complicadas incluso para mover el peso más pequeño.

Se ata al bulto que pretendes mover un sinfín de polipastos, cuerdas y tornos de mano; y, si lograbas no hacerte un lío, te apoyabas y tirabas de él hasta vencer su inercia de seguir quieto... Y entonces, ¡cuidado! tenías que frenarlo para impedir que atravesara la pared opuesta. Una gran caja de varios cientos de kilos podía ser muy peligrosa con su inercia obligándola a seguir moviéndose con lentitud. Pero luego venía la parte realmente complicada; tenías que repetir toda la operación para trasladar el bulto a lo largo de la bodega, cosa nada fácil, ya que los mamparos que la dividían en secciones estaban comunicados por escotillas circulares que nunca eran lo bastante anchas. Y, para acabarlo de arreglar, era necesario evitar que el maldito bulto se desviara y chocase contra los otros paquetes embalados y entibados contra la pared curvada.

—Atención a ese que viene —anunció Jesús Medina a su equipo.

Se desarrollaba un espectáculo asombroso: un gran cajón cuadrado se dirigía flotando hacia la escotilla. Sobre él iba George Martínez montado a caballo, atado por la cintura, y con una larga pértiga entre las manos.

Jeremy Schwarzkopf no podía contener la risa.

—¡Ey vaquero, cuidado con la cabeza! —gritó haciendo bocina con las manos.

—Parece más bien un balsero —rio Marie Pacífico.

—Y con cinturón de seguridad —añadió la sargento Anita Cortés.

—Dejaos de guasas —dijo el capitán—. Ojo ahí...

El cajón se acercaba peligrosamente a la pared. George lo advirtió y, cuando estuvo a poca distancia, empujó con fuerza con la pértiga, corrigiendo la trayectoria de su montura. Por desgracia, el cajón empezó a girar sobre su eje.

Ed Gallo y Marie Pacífico, firmemente asentados a ambos lados de la escotilla, emplearon sus pértigas para enderezar la trayectoria y suprimir el giro.

—Cuidado con la cabeza, George —avisó Marie cuando el estrafalario jinete atravesaba la escotilla. Martínez se agachó.

—Y aún nos queda el faenón de bajarla hasta la cubierta —dijo Anita Cortés.

—¿Quedan muchas cajas? —preguntó Schwarzkopf.

—No, tan solo seis.

—Mierda.

—Eh, capitán, ¿nos tomamos un descanso? —propuso Gallo. Medina dudó.

—Quince minutos. El comandante lo quiere todo en cubierta antes de las ocho.

Los extraños cuerpos de las criaturas se flexionaron hasta que sus cabezas quedaron

encajadas entre la horquilla que remataba el abdomen. Sus músculos y tendones, fuertes como el acero, empezaron a acumular tensión. En un momento dado, esta se liberó de golpe. Como muñecos de resorte, saltaron a la vez y despegaron de la blanca superficie de la que habían nacido. Cruzaron el vacío que separaba al cometa de la Zheng He. Atrás quedaron, clavados como estacas en la superficie de hielo, sus apéndices en forma de horquilla, junto con los largos filamentos musculares que les habían permitido impulsarse en tan fenomenal salto. Una vez cumplida su misión solo eran peso muerto. Las criaturas se dirigieron en grupo hacia la nave, con ocasionales correcciones de rumbo, gracias a las bolsas de gas que abultaban sus cuerpos.

Susana decidió nadar un poco, estaba segura de que eso la ayudaría a despejar su mente. Desde lo alto de la pasarela se lanzó ejecutando el salto del ángel. Recta como una flecha, caía lentamente, muy lentamente, como en un sueño, por efecto de la débil pseudogravedad. Su cuerpo atravesó la superficie del agua, que se alzó en un lento chapoteo.

Ninguna piscina de la Tierra podía compararse con el tanque de los delfines. La esfera tenía ahora un cilindro de aire a lo largo de su eje, por efecto de la rotación. Durante el viaje estuvo siempre bajo aceleración, y el espacio de aire era un casquete en la parte superior. Ahora el espectáculo la fascinaba. Además, la rotación simulaba una gravedad muy inferior a la de la Tierra, cosa que antes, bajo aceleración, no sucedía.

Nadó hacia Tik-Tik con lentas brazadas de espalda. Los tubos de luz, agrupados en un extremo del eje, la bañaban con una suave luz blanca. Flotaba de espaldas, admirando la superficie de agua que se curvaba sobre su cabeza por la fuerza centrífuga. Las olas la recorrían con una elegante lentitud.

Se preguntó si Hassan habría llevado allí a la cabo en alguna ocasión. ¿Por qué no? Era un lugar perfecto. Cómodo, a resguardo de visitantes inoportunos, se podía tomar un tonificante baño antes de y después de —y durante, por qué no—. Intentó imaginar cómo sería el contacto íntimo con otro cuerpo humano... piel, pelos, saliva... Un trozo de cálida carne abriéndose paso hacia su interior... Empujando...

Sus pezones se endurecieron, pero no por el frío del agua. En ocasiones le gustaba pensar en esas cosas; la mayoría de las veces las consideraba una pérdida de tiempo.

La sonriente cabeza de Tik-Tik apareció en el cilindro de aire. Saludó a la mujer elevándose sobre el agua, nadando hacia atrás con alegría. Semi emergió justo a su lado y su suave lomo gris pasó rozándola. Se sujetó con ambas manos a su aleta dorsal y el inteligente animal comprendió de inmediato de qué iba el juego. Aceleró, remolcando a la entrenadora a gran velocidad. El agua fría refrescó su rostro y su mente.

Las criaturas habían recorrido la mayor parte de aquel salto de kilómetros. Muchas no lo lograron: agotaron sus bolsas de gas sin poder corregir lo suficiente su trayectoria, de modo que iniciarían una vasta órbita en torno al Sol.

Pero muchas otras lo consiguieron. Tan pronto como se acercaban a la pulida superficie del casco, se aferraban a ella con una almohadilla adherente situada en la base de su abdomen.

La nube de criaturas empezó a reunirse en pequeños grupos, como moléculas de agua condensándose en niebla, que a su vez se reunían en otros mayores. Comenzaron a recorrer la superficie del casco como orugas geométricas, fijándose alternativamente con la almohadilla del abdomen y las patas anteriores. Vagaban al azar sobre la superficie de la nave, en busca de alguna abertura. Muchas se perdieron en el espejo del reactor de fusión, pero desde allí era prácticamente imposible entrar. Otras se desplazaron incesantemente en torno al ecuador, sin darse cuenta de que caminaban en círculos.

Finalmente, algunas encontraron un punto de entrada, una abertura sellada por un diafragma metálico que servía para expulsar sustancias de desecho. Respondiendo a su programación genética, varias criaturas se dispersaron en busca de otros miembros del grupo, dejando a su paso un imperceptible rastro químico sobre el casco de la Zheng He. Las que iban en cabeza, cortaron el diafragma e invadieron inmediatamente la nave. Aquella parte comprendía los tanques de combustible y el reactor de fusión. Jamás era visitada por nadie, por lo que no hallaron ningún obstáculo en su avance, aunque algunas se extraviaron en el laberinto de tanques y tubos.

Pero la mayoría ya estaba dentro.

—¿ADN? —exclamó Jacobo Kramer en el monitor. Sus ojos se abrieron al máximo—. ¿También similar al nuestro?

—Prácticamente idéntico —dijo fray Rafael—. No fue difícil descubrirlo. Guanina, citosina, timina y adenina, doble hélice, pentosas. Todo.

—No puede ser casual —murmuró el jesuita—. Los antiguos marcianos construyeron las pirámides sobre terreno geológicamente estable. Las hicieron para durar. Ni siquiera los rayos cósmicos las penetran, tan solo unos pocos neutrinos.

—Sí. Se preocuparon de proteger el ADN almacenado de las mutaciones.

—¿Tiene alguna idea de por qué?

—Bueno —dudó el franciscano—, aún no tenemos datos suficientes para... Pero he ordenado reabrir la cámara para estudiarlo mejor. Lo seguro es que es inerte e inofensivo, y un estudio directo nos revelará muchas cosas.

—Tonterías —dijo Jacobo—, no es el momento de ser tímidos en nuestras conclusiones. El tiempo corre, amigo mío. Hasta este momento usted ha manejado muy bien este asunto, y veo en su expresión que tiene algunas ideas al respecto que no me está contando.

—Verá, padre... —El rostro redondo de fray Rafael se frunció como si estuviera experimentando algún dolor. Era evidente que expresar unas ideas tan atrevidas sin tener aún las pruebas le causaba algo semejante a un malestar físico—. Esto es solo una idea un poco loca, pero...

—Adelante, ha llegado la hora de las ideas locas. ¡Arriéguese, hombre!

—Sí —fray Rafael tragó saliva—, bueno, las pirámides de Elysium no son otra cosa que enormes almacenes de cristales de ácido nucleico. ADN, el mejor sistema inventado por la naturaleza para guardar información, el más compacto y fiable.

—Información viva —comprendió Jacobo.

—Sí, complejos como virus e inertes como microchips. Es posible que en esos cristales de ADN los marcianos hubieran almacenado su... su cultura y su tecnología.

—¿Cómo? —preguntó el jesuita.

Por un momento le había parecido que el antes tímido franciscano había ido demasiado lejos en sus conclusiones. «¿He creado un monstruo?», se preguntó.

—Verá... —Rafael buscó las palabras—. Suponga que necesita... qué diré yo, hemoglobina de jaguar. ¿Cómo haría para obtenerla?

—No lo sé, no soy biólogo. Dígamelo usted, hermano Rafael.

—Pues iría a un banco y cogería ADN de jaguar, seleccionaría el gen de la hemoglobina, lo clonaría, las copias clónicas las integraría en plásmidos, incubaría estos en un medio de cultivo con bacterias y, cuando los plásmidos se incorporasen al

ADN bacteriano, producirían toda la hemoglobina de jaguar que necesitase. Pero ¿y si lo que quiere es la imagen de un retablo del siglo xv?

—Adelante, no se detenga.

—Verá, padre, en realidad es lo mismo. —El franciscano suspiró y se pasó una mano por la frente para secarse el sudor—. Primero, naturalmente, hace falta que alguien haya codificado cada punto de la imagen, y la haya registrado en forma de una larga secuencia de ADN.

—Entiendo. La cuestión es disponer de un mecanismo decodificador adecuado.

—El decodificador, padre, tendría que ser una máquina biológica diseñada especialmente para cumplir esa función de leer ADN... Como nosotros.

Jacobo se quedó mirando al franciscano desde la pantalla, no estaba muy seguro de entender adónde quería ir a parar.

—Está sugiriendo que...

—Que nuestros cuerpos son máquinas especializadas en leer y copiar ADN.

—Uh... Uhhmm... —se burló Jacobo—. Eso suena demasiado materialista, hermano. Recuerde que también son el templo del alma y todo eso.

—Lo sé, padre —fray Rafael se sonrojó—, lo que quiero decir es que este ADN encaja tan perfectamente con el de la Tierra que podríamos usar organismos terrestres para decodificarlo. Estoy hablando de animales, por supuesto.

—¿Un jaguar con las manchas del lomo dibujando un grabado del siglo xv?

—Quizá. Pero aún no hemos aprendido lo suficiente como para estar seguros —se apresuró a decir el franciscano—. Hay tanto por investigar todavía... Somos como eruditos del Renacimiento, escrutando los libros del pasado en busca de luz. Tenemos una biblioteca que nos mantendrá ocupados durante el próximo millón de años.

—Pero no disponemos de un millón de años —le recordó Kramer—. Siga trabajando, hermano. Debe recuperar cuanto antes la información que guarda esa biblioteca de ADN. Quizá en ella encuentre la respuesta de por qué han intentado destruirnos... Y, quizá, alguna forma de enfrentarnos a ellos.

El fin llegó primero para la sargento Anita Cortés.

Intentaba localizar un determinado cajón que contenía, según la lista, productos de limpieza. La bodega de la Zheng He era un lugar confuso y silencioso, los tubos de luz apenas disipaban las sombras del recinto, lleno de estanterías atiborradas, puntos de anclaje, bidones, tanques, cajas y más cajas. Estaba pensando en que no estaría de más añadir una docena de tubos fluorescentes al lugar, cuando los vio.

Al principio, la escena era tan extraña que no pudo aceptar lo que veía. Quedó unos instantes paralizada de estupor. Parecían un montón de bolsas de plástico transparente, que de pronto hubieran empezado a andar solas. Luego comprendió que aquellas cosas traslúcidas eran...

El grito retumbó en la bodega, reverberando en las paredes.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Jesús Medina—. No es...

Se oyó una sorda explosión.

—¡Anita! —gritó Schwarzkopf que había reconocido su voz.

—¡Rápido, ha debido pasarle algo!

Los seis se precipitaron alarmados hacia el fondo de la bodega. El capitán maldijo aquella distancia. Recorrer una sección, atravesar la escotilla, recorrer la siguiente, escotilla, la siguiente sección, escotilla, sección... Y entonces se encontraron con aquel espectáculo espeluznante.

A Ed Gallo le recordaron un termitero destripado. Las cosas eran traslúcidas, con forma de salchicha, con patas que se retorcían. Repugnantes sin duda. Había docenas de ellas. El cuerpo de Anita flotaba entre ellos, girando lentamente como un ahorcado colgando de la cuerda. La envolvía un halo de gotas rojizas. Su cuello se doblaba de tal forma que comprendieron que estaba muerta.

Las criaturas se movieron como en una pesadilla. Durante unos segundos terribles, estaban tan asombrados por lo que tenían enfrente que no reaccionaron. Entonces se produjeron una docena de siseos, y varios objetos cruzaron el aire dejando estrechas estelas de vapor. Las explosiones resonaron contra los mamparos.

—¡Nos disparan! —dijo George Martínez.

—¡Joder! ¡Corred, salgamos de aquí! —aulló Jesús Medina.

—Pero Anita... —dijo Marie Pacífico.

—¡Está muerta! ¡No hay nada que podamos hacer por ella! ¡Vamos, vamos!

Se impulsaron hacia la salida, con la única idea de alejarse de allí.

Marie oyó el sonido de algo atravesando el aire, y sintió un impacto terrible en la espalda. No notó ningún dolor, solo se vio impulsada hacia delante.

«No es nada, debo seguir, salir a la cubierta...». Las piernas no le respondían,

intentó empujarse con los brazos. Se sentía entumecida. Un extraño cansancio se iba apoderando de su cuerpo. Se tocó la espalda y retiró la mano empapada de sangre.

«¡Me han alcanzado! ¿Cómo es posible?». Giraba sobre sí misma. Se golpeó la cabeza contra un mamparo y dio varias vueltas, mareada y aturrida... Entonces vio a Jeremy Schwarzkopf, que flotaba ante ella con un agujero en el abdomen, sangrando y gritando... «¡Jeremy! ¡No puede ser verdad!... Debo... debo hacer algo...».

Fue lo último que pensó en su vida.

Las criaturas habían encontrado el camino por un ingenioso procedimiento. Cada vez que divisaban una bifurcación, tomaban uno de los corredores. Si hallaban un callejón sin salida, retrocedían hasta la bifurcación anterior y escogían la otra rama, a menos que ya hubiera sido visitada. Si se agotaban las ramas de una bifurcación, retrocedían a la anterior. Un experto en informática lo hubiera reconocido inmediatamente, era un ejemplo de exploración en profundidad de un árbol, el método que usaban algunos programas de inteligencia artificial.

Flotaban tratando de orientarse, o se impulsaban en la ingravidez eyectando un poco de gas de las bolsas de sus costados. Algunas de ellas divisaron a los seres mamíferos que corrían desesperadamente por la pared cilíndrica y enfilaron hacia ellos.

Otras descubrieron la escotilla axial y otras salidas del hangar.

Susana escuchó un ruido extraño... parecían voces y... ¿disparos?

—¿Qué, qué, qué? —silbó Semi. Parecía mortalmente asustada y no tenía ni idea de cómo tranquilizarla. En realidad no sabía cómo tranquilizarse a sí misma.

—Tik-Tik, Semi, no hagáis ruido —dijo—. Voy a ver.

Ascendió hacia la escotilla de entrada, en el eje de rotación del tanque.

Se asomó. Ante sus horrorizados ojos apareció la criatura más espantosa que jamás podría haber imaginado. Parecía un extraño crustáceo gusano albino, como un morador de las profundidades abisales. En un destello, recordó el lóbrego agujero del cometa y comprendió de dónde había salido. Cerró la escotilla, la bloqueó y bajó a todo correr. La baja pseudogravedad tiró de ella lentamente. Tras ella sonó una explosión que lastimó sus oídos. Su reacción fue instintiva: llegó al borde de la pasarela y saltó al agua. Se sumergió con un gran chapoteo. Cuando emergió, comprobó que el ser había descendido desde la escotilla reventada hacia la plataforma anular.

Avanzaba con lentitud, arrastrándose con dos pares de ridículas patitas situadas en la parte inferior de su cuerpo. Tenía dificultades para moverse, quizás estaba herido. El engendro trepó por la pasarela, hacia el eje de rotación del tanque.

Susana comprendió que no soportaba bien la gravedad, pues se movía con más vivacidad conforme se acercaba al centro de la pasarela.

Vio con horror cómo la criatura se erguía en el centro mismo de la pasarela, y le apuntaba con un miembro que crecía de su pecho. Susana nadó frenéticamente hacia el otro extremo del tanque; sabía que no lograría llegar.

La criatura disparó.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Gaby Mendoza.

—Sssh... —Hassan puso una mano suavemente sobre sus labios—. ¿No oyes?

La mujer se levantó y escuchó en la penumbra. El cuerpo de Hassan irradiaba calor junto al de ella. Sus ojos brillaban como dos pequeñas esferas de cristal.

El andalusí se puso en pie, encendió las luces y se dirigió hacia el interfono. Pulsó varias veces el interruptor del aparato, sin obtener respuesta.

En ese momento oyó un distante ¡blam!

—Hassan, ¿qué ha sido eso?

El andalusí agitó la cabeza, desconcertado.

—Parece una explosión...

Gaby se acercó a la puerta plegable, y pegó su oído contra ella.

—Se oyen voces —dijo.

Intentó abrir la puerta, pero esta permaneció firmemente cerrada por el improvisado cerrojo que había colocado Hassan.

—Mierda —musitó la mujer mientras luchaba para desenredar el alambre.

Un nuevo sonido hizo que los ojos de Hassan se dilataran por el terror. Había sonado como una ráfaga de metrallera. Y era en esa misma cubierta.

—¡Gaby, apártate de la puerta! —gritó, mientras saltaba hacia ella.

—¿Qué...? —Gaby se volvió, aún forcejeando con el alambre...

La puerta saltó en astillas. Hassan fue alcanzado por la onda expansiva que lo lanzó contra la pared. Se levantó aturdido. Estaba cubierto de diminutos restos de la puerta y de salpicaduras rojas. Con horror comprendió que era sangre de su compañera.

El cuerpo de la mujer yacía a su lado hecho un ovillo.

—No, no. —Sintió cómo su corazón se detenía—. Dios, no, por favor, no.

Se acercó a Gaby y empezó a darle la vuelta. Se detuvo sobrecogido.

Algo horrendo había aparecido en el quicio destrozado.

Lo primero que le llegó fue su olor. Un repugnante olor a pescado y basura orgánica, mezclado con excrementos y orina, saturaron el aire del camarote. Una mixtura tan densa y asquerosa que hicieron lagrimear a Hassan.

La criatura que estaba plantada frente a él mediría dos metros de altura. Su cuerpo era traslúcido, de un desagradable color amarillento ceroso. En su interior palpitaba un confuso manojito de órganos. La cabeza era una excrescencia informe surgiendo de un gordo gusano. No tenía boca, pero en el interior de aquel cráneo semitransparente

algo se retorció frenético. Un puñado de malévolos ojos rosados ocupaba su centro y se clavaban en él. Se erguía sobre dos pares de raquílicas patas. Un tercer par, algo más robusto, se agitaba un poco más arriba. Un séptimo miembro multiarticulado surgía de su tórax y acababa en un cono truncado, abierto por su parte más ancha, la que apuntaba hacia Hassan. En su interior se movían pequeños cilindros ahusados de color rojizo, como si tuvieran vida propia. Comprendió que ese apéndice era en realidad el arma que aquella cosa había disparado contra Gaby.

La ira le nubló la vista y la mente. Apretando los dientes se dispuso a saltar hacia aquel engendro, a atacarlo con sus manos desnudas.

Silenciosamente, el monstruo le enfocó con el brazo que le nacía del pecho.

Mamoru Okedo recibió la llamada de Walter Fernando.

—¿Qué ocurre, teniente?

—No lo sé, comandante. Se oyeron unas explosiones en la bodega.

Miró en torno suyo. Los instrumentos resplandecían con luces rojas, amarillas, verdes, blancas, azules. Todo parecía tan normal...

—Manténganse en línea, e informe cuando sepa algo concreto.

Frunció el ceño. Para un astronauta, como para un marino, su nave es más que su propia piel; de su integridad depende su supervivencia. ¿Habría sucedido un accidente, quizá una rotura del casco como una consecuencia tardía de los impactos de fragmentos del cometa? Pero no era posible, los instrumentos no reflejaban nada.

Shunji y el ingeniero lo miraban, y leyó en ellos su misma inquietud.

—Fong, quiero imágenes de la bodega de carga. Páselas al monitor central.

—Sí, comandante... Qué extraño.

—¿Qué sucede?

—No funcionan las cámaras de toda esa sección. Las del hangar tampoco...

Okedo trató de mantener un aire de frialdad y autodominio. De no tener experiencia en el mando, se hubiera retorcido las manos con ansiedad. No podía consentir que sus subordinados lo vieran vacilar, pero apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Siga intentándolo. ¿Dónde está Ziyi?

—Se dirige hacia el hangar, junto con el teniente y Jane.

—Bien. Si ha ocurrido algo en la bodega, la carga es su competencia. Esperaremos entonces a que nos informe.

Fong exclamó:

—¡Funciona! —Señalaba un monitor con su gordo índice—. Algo estaba distorsionando la señal, pero he conseguido... ¡Butsu! ¡Mire eso, comandante!

La pantalla mostró una panorámica del hangar. A través de la escotilla que comunicaba con el tanque, emergía una pálida y confusa horda de pesadillas. No había otra forma de describirlos; caparazones traslúcidos, asimétricos, más miembros

de los que podían contar, moviéndose espasmódicamente de un lado a otro. Parecían perdidas o desorientadas, pero algunas se elevaron y volaron por el inmenso espacio central con una soltura increíble, como si dispusieran de su propio sistema de impulsión.

Y Walter Fernando, Jane Whitebread y Ziyi iban directos hacia ellas.

Antes de que Hassan pudiera hacer algo, la cabeza de la criatura quedó separada de su cuerpo. Aturdido, la vio caer. No había sangre, únicamente aquellas cosas semejantes a gusanos que había visto retorcerse en el interior, quedaron liberadas y se agitaron como peces fuera del agua, hasta detenerse.

Liz Nogales y Chapo aparecieron detrás del cadáver de la criatura. Elisa cargaba un fusil automático, Robles blandía la katana que había decapitado al monstruo.

—¡Chingado! ¿Hay más babosos de esos por aquí? —Envainó el sable y descolgó de su hombro un subfusil—. ¿Estás bien? No pude disparar en este espacio.

Hassan tenía los ojos enrojecidos. Apretaba el inmóvil cuerpo de la mujer.

—Ésa cosa disparó contra Gaby —dijo—. Ayudadme, está malherida.

Chapo se acercó y le pasó una cápsula tranquilizante para que se la inyectara a la cabo. Así lo hizo, y luego envolvió su cuerpo con una sábana. La oyó gemir y repetir muy débilmente unas palabras que no pudo entender.

—¿Crees que podemos moverla? —preguntó Elisa Nogales.

—No lo sé, pero está sangrando mucho —dijo Hassan—. Si no la llevamos inmediatamente a la enfermería morirá desangrada.

—Venimos de allá y el teniente no está —murmuró Chapo preocupado.

Hassan lo miró como si se encontrara en mitad de una pesadilla.

—No importa —musitó mientras alzaba el cuerpo de Gaby—, aquí no podemos hacer nada por ella. Vamos.

Chapo y Liz salieron delante, mirando a un lado y a otro, trazando amplias curvas con sus armas. La muchacha tenía un aspecto auténticamente salvaje con los piercings reluciendo en el puente de su nariz y los tatuajes tribales en su cuello.

Tomaron el corredor que se dirigía hacia la enfermería.

—¿Y Susana? —preguntó Chapo, sin dejar de vigilar—. ¿Viste a Susana?

—No —musitó Hassan—. No. ¿Qué es lo que...?

—La nave está infestada de esos bichos —dijo Liz Nogales—. La mayoría están encerrados en la bodega, pero algunos han logrado invadir otras zonas de la nave.

Llegaron a la enfermería y Hassan colocó a Gaby en una camilla. Apartó con cuidado los cabellos, pegados por la sangre que manaba abundante de varios cortes en su cráneo. Ella abrió los ojos y lo miró con el rostro contraído de dolor. Con desesperación, Hassan alzó la vista hacia Chapo, mientras este consultaba la pantalla del autodoc.

Hizo un gesto negativo. Las heridas eran demasiado graves.

—¡Por la crujió! —gritó Ziyi.

—¿Qué?

—¡La jaula del montacargas! —dijo la joven señalándola—. Es la única salida.

Los barrotes de la jaula eran lo bastante amplios como para que sus cuerpos pudieran entrar en ella. Se introdujeron justo a tiempo, pues un proyectil que silbaba en el aire se estrelló contra la estructura, y estalló. Se precipitaron hacia proa, impulsándose en los barrotes. Ziyi, astronauta veterana, marchaba en cabeza.

Walter Fernando no se lo iba a reprochar. Volvió la cabeza, para comprobar que Jane los seguía a poca distancia. Todo se redujo a impulsarse con las piernas, agarrarse al travesaño más próximo, impulsarse de nuevo.

Los proyectiles de los monstruos se estrellaban una y otra vez contra los barrotes de la jaula del montacargas. Su sistema de guía, al parecer, podía ser engañado por aquellos pequeños obstáculos.

Pero cada vez caían más cerca.

La cabeza del teniente chocó con los pies de Ziyi. Alzó la vista.

Un gran muro cuadrado se interponía ante ellos. Tardó unos segundos en reconocerlo. Era el piso del montacargas. Su camino estaba bloqueado... ¡No!

Pero Ziyi abrió una trampilla en el suelo y se escurrió por ella con agilidad. Walter la siguió. Se hallaron en la fea y funcional cabina. Ziyi, frenética, empezaba a manipular otra trampilla en el techo. Pero se negaba a abrirse. Jadeando, el capitán miró a todos lados, esperando el definitivo proyectil... Pero no llegaba.

—Espera —murmuró el teniente.

—¿Qu-qué?

—No hagas ruido. No nos disparan.

Un poco más abajo, Jane escuchó en silencio. Nada. Se acercó a la pared de la cabina. Las planchas no ajustaban bien y miró por una ranura. Las cosas flotaban alrededor del montacargas, pero ya no disparaban.

—No pueden ser tan tontos —musitó Jane.

—No tontos. Limitados más bien —dijo Walter—. Son como... misiles rastreadores. No nos ven, luego no existimos para ellos.

—Eso quiere decir que... que... ¿estamos seguros? —preguntó Ziyi.

—Mientras no nos movamos de aquí —dijo el teniente con firmeza. La principal virtud de un buen oficial es parecer muy seguro de lo que hace. Si además de parecerlo, lo está, entonces es un oficial cojonudo. Y si tiene razón, no digamos...

Apoyó la pistola en su regazo. Acarició el armazón compacto de frío metal. Rozó el gatillo, que carecía de guarda pues era un arma pensada para manejarse con los guantes del traje de vacío, el segundo gatillo, una palanquita que se apretaba con el pulgar para evitar accidentes. Dejó que su mano se cerrara sobre la culata de plástico

negro. Aquel contacto era lo único que le impedía volverse loco de ansiedad.

—Exploración en profundidad de un árbol lógico —apuntó Ziyi que sabía algo de informática—. Eso es lo que están haciendo exactamente.

Walter asintió. La búsqueda por el método de fuerza bruta, como sabía cualquier informático, era más lenta, pero tarde o temprano daba resultado. Siempre.

«La inteligencia está sobrevalorada», pensó. Por eso nadie se había tomado la molestia de fabricar ordenadores inteligentes, más allá de uno o dos prototipos que habían sido más una curiosidad que otra cosa. Si una máquina no pierde el tiempo en razonamientos inútiles es mucho más eficiente en el trabajo que le han asignado.

Ziyi cerró la trampilla y se sentó con la espalda apoyada contra la pared.

Walter la miró y siguió acariciando el arma como si fuera el gatito con el que jugaba de niño. Había decidido que si aquellas monstruosidades los encontraban, era su responsabilidad ocuparse de todo. Primero sus dos compañeras, luego él.

En los rostros de Jesús Medina, Ed Gallo, y George Martínez se reflejaba el agotamiento y la tensión acumulada durante la última hora. El teniente apartó durante un momento los ojos del firmemente cerrado portalón que daba acceso al hangar, y paseó una sombría mirada sobre el pequeño grupo que llegaba a través del corredor axial.

Tampoco estos tenían un aspecto muy alegre; eran Elisa Nogales, Hassan y Chapo Robles, que iban cargados hasta los topes con armas, munición, cascos y chalecos antibalas, que repartieron inmediatamente entre los que vigilaban la escotilla.

—Necesitamos actuar rápido y con contundencia —dijo el capitán—. Por el momento, la bodega está segura. No se han oído más de esas explosiones, tal vez los bichos hayan desistido... los del hangar también parecen haber perdido interés en nosotros. El puente está seguro. La cubierta está segura.

—Gaby ha muerto —dijo Chapo Robles con amargura—. Uno de esos hijos de la chingada logró colarse hasta el corredor de los camarotes.

Medina apretó los puños y dijo entre dientes:

—Esos monstruos han asesinado a cuatro de nosotros. Vamos a asegurarnos de que no puedan hacer más daño. ¿Seguro que no había más en los corredores?

—Seguro que no —dijo Elisa Nogales—. Ésa se coló desde el hangar por uno de los tubos del acondicionado... son como cucarachas, pero los del puente han sellado todas las conexiones. Están aisladas ahí dentro.

—¿Y Susana? —preguntó Hassan. Había permanecido en silencio, sin que ninguna emoción cruzara su rostro. Ahora era como si hubiera despertado de repente.

—¿Qué?

—¡Susana! ¿Quién la ha visto por última vez?

—Cuando la vi se dirigía hacia el tanque de los delfines —dijo Ed.

Jesús Medina sacudió la cabeza, sombrío, y dijo:

—Entraron en el hangar desde abajo. Debieron llegar al tanque hace rato...

—Entonces tenemos que ir a rescatarla —lo cortó el andalusí.

—Me temo que no podemos sin poner en peligro la nave. —Medina suspiró—. Antes hemos de recuperar el hangar y establecer contacto con el puente para...

—Y una mierda... Perdón —rectificó rápidamente Hassan, al ver ruborizarse a Medina—. Lo siento, pero yo voy a ir ahora al tanque de los delfines. No pretendo que me acompañe nadie, pero voy a buscar a Susana.

—Usted vendrá con nosotros, Hassan. Hágase a la idea.

—¿O...?

—O nada. Usted vendrá con nosotros. Tenemos órdenes, ¿entiende?

En los ojos del capitán, mientras decía esto, brilló algo que a Hassan le pareció muy peligroso. Comprendió que no tenía sentido discutir.

—De acuerdo, pero quiero uno de esos fusiles automáticos.

—Ni hablar, Hassan.

—Pero...

—No, lo siento, pero no tiene entrenamiento con esas armas. Ya sé que se muere por vengar a Gaby, pero lo último que quiero a mis espaldas es un civil nervioso con el gatillo fácil. ¿Me explico?

—Déjeme al menos una pistola, como último recurso.

El capitán se lo pensó un momento, y al fin dijo:

—Joder, de acuerdo. Qué pesado es usted. Pero solo como último recurso, recuerde.

—Lo recordaré.

—Si hay uno de nosotros a su lado, que sea él quien dispare.

—OK.

—Toma mi revólver, Hassan —dijo Chapo. Se quitó el cinturón con la pistolera y lo envió flotando, tras empujarlo con el dedo.

—Gracias. —Hassan contempló el pistolón. Una pieza de artillería de bolsillo.

—Si estás en caída libre, sujétate bien fuerte antes de tirar... ¿OK?, porque pega una buena coz el muy cabrón.

Hassan notó unas ranuras a ambos lados de la bocacha del cañón.

—¿Esto no es para evitar el retroceso?

—Pues sí. Eso es lo que dice la pinche publicidad.

Susana podría haber muerto en el mismo instante en el que el monstruo apareció. Le había lanzado un diminuto misil que culebreó en el aire, variando su trayectoria, dirigiéndose finalmente en línea recta hacia ella. Se sintió incapaz de reaccionar. Semi la empujó, apartándola de la trayectoria, y le salvó la vida.

El misil en miniatura se desvió, evitando el choque contra la superficie del agua, y enfiló hacia ellas.

—¡Peligro! —silbaron Semi y Tik-Tik mientras se sumergían.

Susana aspiró profundamente, giró sobre su cintura y elevó las piernas, sumergiéndose. Una sorda explosión sonó tras ella, sacudiendo su cuerpo como un pelele. Susana giró sobre sí misma, empujada por la onda, envuelta por un torbellino de burbujas que resbalaban por su cuerpo, como hormigas frenéticas. Su cabeza parecía haber estallado a la vez que el misil. Tragó una bocanada de agua y tosió. El aire había escapado de sus pulmones, ya no sabía dónde estaba arriba y abajo.

Nadó desesperadamente hacia la parte más luminosa del tanque. Cuando emergió no podía oír nada, aparte del doloroso zumbido que le taladraba el cráneo. Se tocó los

oídos y descubrió sangre en sus dedos. Giró en el agua buscando a los delfines, sin verlos. Se preguntó si la explosión los habría lastimado más que a ella.

Alzó la vista. El monstruo seguía en el centro de la pasarela y le apuntaba. Desesperada, nadó hacia atrás. El extraño miembro central de la criatura la seguía lentamente, sin perder su blanco. Entonces apareció Tik-Tik.

Como un misil lanzado por un submarino, el delfín despegó del agua desde el extremo diametralmente opuesto del tanque, con toda la fuerza de su aleta caudal, volando en una trayectoria ligeramente curva. Aquel fue el salto más impresionante que Susana había visto realizar jamás a un delfín. Con admiración, Susana se dio cuenta de que Tik-Tik, al saltar, había tenido en cuenta la aceleración de Coriolis, que había curvado su trayectoria. ¡Toda una hazaña de física intuitiva!

Como un lento proyectil, chocó contra el monstruo en el centro de la pasarela. Éste salió despedido por la fuerza del impacto, y Tik-Tik continuó su trayectoria balística de regreso al agua. Susana jadeó. Por un instante sintió renacer sus esperanzas. Pero fue una ilusión fugaz. El monstruo giraba sobre sí mismo, enloquecido, pero poco a poco recobró el control. Flotó lánguidamente en el eje del tanque. Apuntó de nuevo.

Entonces oyó algo. Habían pasado varios meses desde la última vez, pero ahora fue una sorpresa. No hubo aviso previo, como las veces anteriores.

Era la alarma de aceleración.

Bajo el espejo de fusión, el deuterio era comprimido y expandido hasta sobrecalentarlo, por un campo magnético oscilante de un millón de gauss.

Mientras, láseres de rayos gamma de frecuencias cuidadosamente calculadas hacían saltar a los protones y neutrones a estados de alta energía, hasta que los núcleos reaccionaban, chocando con microscópica furia y fusionándose en helio, entregando un uno por ciento de su masa en forma de radiaciones. La Zheng He empezó a acelerar cada vez con mayor rapidez. Un décimo de g... un quinto de g... un cuarto... medio...

Para Susana fue como presenciar una erupción volcánica desde el interior del cono. Durante los períodos de cambio de aceleración, el tanque de los delfines era un revoltijo parecido a un mar tempestuoso, hasta que se detenía la rotación del agua, se calmaba el oleaje y se restablecía el equilibrio. Por precaución, se mantenía a los delfines en una pequeña cámara auxiliar durante el proceso. No se permitía su presencia dentro del tanque, y muchísimo menos la de los humanos.

En ese momento, la superficie del agua, que formaba una pulsera cilíndrica a la altura del ecuador del tanque, empezaba a desplazarse hacia popa. Normalmente, el aire acabaría formando un casquete en el polo de proa. Pero ahora se combinaban rotación y aceleración lineal. Oyó un fuerte chirrido arrítmico: era como el del tambor de una sobrecargada lavadora gigante. El polo de proa quedó ocupado por una

colosal lenteja de aire. La humana y los delfines resbalaban hacia el fondo de la superficie cóncava y giratoria del agua, como el personaje de Edgar Allan Poe tragado por el Maelstrom. O una mosca arrastrada por el agua de un fregadero. Enormes olas recorrían el gran cuenco. El agua rebasó la plataforma anular, arrancándola y rompiéndola en pedazos.

Las criaturas que se arrastraban sobre el casco de la Zheng He, salieron despedidas como hormigas en un huracán. Algunas dejaron miembros y trozos de sus cuerpos al chocar con los salientes. Otras cayeron directamente en el chorro de fusión, que en un milisegundo las redujo a plasma ardiente.

El cometa Arat fue alcanzado por la llama, que hizo el efecto de un soplete sobre un helado de crema. Con todos sus misterios sin resolver y todas sus amenazas, se vaporizó en segundos hasta el núcleo. Mientras la Zheng He se alejaba de él, el cometa estalló silenciosamente en mil fragmentos, como una réplica helada del Krakatoa.

Los astrónomos de Marte lo presenciaron cincuenta y siete minutos más tarde.

Hassan volvió a sentir de nuevo la cubierta bajo sus pies. Pronto hubo un sonido inesperado, como si alguien dejase caer sacos de cebollas desde lo alto; se estrellaban con un crujido húmedo, tan repugnante como satisfactorio.

—Tal y como estaba previsto, el comandante ha acelerado la nave —dijo Medina—. Ahora nos toca a nosotros...

Pulsó un botón y la escotilla, situada sobre sus cabezas, se deslizó a un lado. George Martínez se arrodilló, con un rifle en posición horizontal y la culata apoyada contra la pared. Chapo Robles subió a este improvisado escalón, saltó hacia arriba y atravesó limpiamente la escotilla, lanzando un fuerte grito. Se oyó una ráfaga.

—¡Arriba, muchachos! —les animó George.

Ed Gallo hizo lo mismo. Luego Medina y Hassan atravesaron la escotilla como proyectiles. George fue izado por Gallo, que agarró el extremo de su fusil.

Hassan se estrelló contra el fondo del hangar, ahora convertido en un enorme pozo vertical y rodó sobre sí mismo para alejarse de los disparos de los alienígenas. El capitán aterrizó junto a él, y el resto formó un círculo en torno a la escotilla. Dispararon sus armas y el estruendo del fuego automático fue ensordecedor. En los breves momentos de silencio, zumbaba un rifle láser manejado por Chapo Robles.

Todo era muy confuso para Hassan. Por todas partes yacían monstruos aplastados al ser sorprendidos por la aceleración. Otros habían tenido suerte, o bien no cayeron desde muy alto. Pero era evidente que la gravedad era un importante handicap para ellos. Si alguno llegó a disparar aquellos endiablados misiles, no llegaron a su blanco.

Localizó el esqueleto donde lo habían dejado la última vez y se lo señaló a Chapo, que hizo gesto de «adelante». Echaron a correr hacia el aparato, seguidos de Martínez. Los pesados fardos con armas que llevaban a la espalda les daban un peso bastante aceptable. Chapo y George disparaban con extraordinaria efectividad mientras corrían. Subieron al aparato a toda prisa y descargaron los fardos. Hassan se agachó tras el tablero de mando. Tenía la pistola en la mano, pero no disparó. No había ningún monstruo vivo cerca. «Rápidorápidorápido, comandante, corte la aceleración...».

La alarma volvió a sonar. Cesó el distante bramido del reactor; Hassan se sintió como en un ascensor que bajaba demasiado rápido. La luz verde de cero-g se encendió en el tablero. Accionó un interruptor y el cacharro despegó bajo su no muy experta mano. La acción había durado menos de treinta segundos.

Se dirigieron hacia la crujía. Para Hassan, no era distinto a volar por un túnel horizontal; no tenía problemas para orientarse en la ingravidez. La única molestia era que no había parabrisas. El vehículo estaba pensado para el vacío.

Solo algunos monstruos aparecían a la vista. Lanzaron aquellos misiles que llevaban en su brazo central, y Hassan sintió retorcerse su estómago al ver sus trayectorias. Pero el espacio que los separaba era grande y los proyectiles quedaron sin combustible a mitad de camino. Eran eficientes solo a corta distancia o en el vacío. Chapo y Martínez, a ambos flancos, disparaban con calma sobre todo monstruo que veían.

Se aproximaron a la cabina del montacargas. Un monstruo flotaba inerte en sus proximidades. Cuando Walter Fernando salió de las sombras, caminando por la pared con sus sandalias adhesivas, pistola en mano, Hassan supo quién lo había liquidado.

Ziyi y Jane, saltaron al esqueleto y luego lo hizo el teniente. La guardiamarina relevó a Hassan en los mandos. Luego, mientras el esqueleto zumbaba hacia el puente, el andalusí se acercó a Chapo y le dijo por lo bajo:

—Ése corredor lleva al pasadizo de los delfines. Yo me bajo aquí.

Chapo lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? No puede... ¡Espere!

Pero Hassan ya había saltado. Jesús Medina lo vio alejarse por el corredor, impulsándose contra las paredes. Maldijo y se volvió hacia George Martínez.

—Vaya con él e intente mantener a ese capullo con vida.

—A la orden, capitán.

George cogió su arma y abandonó el esqueleto.

Susana había estado a punto de ser alcanzada por un embrollo de hierros y cables retorcidos, que se hundían en el tanque con un largo chapoteo. Saltaron violentos chispazos hacia proa y el tanque quedó a oscuras. Unas tenues luces rojas de

emergencia brillaban en el fondo, creando reflejos fantasmagóricos.

Partes de la plataforma, revueltas entre las olas, seguían cayendo con lentitud. Trataba de mantenerse a flote; sus piernas tocaban de vez en cuando objetos que se retorcían bajo el agua. Quizá cables que seguían desenrollándose. A cada momento esperaba que sus pies fueran atrapados por garras alienígenas, había visto caer al monstruo y no se hacía ilusiones. No esperaba que la caída hubiera acabado con él, ni que se hubiera ahogado. Sin duda, no necesitaba respirar. Debía de estar allí, en la oscuridad, agazapado, esperando la oportunidad para saltar sobre ella. Y ella, que apenas veía nada, rodeada por sombras amenazadoras por todas partes, era una presa fácil.

George Martínez abrió la trampilla que comunicaba la cabina con el tanque de agua y miró hacia su insondable interior. Escuchó el chapoteo del agua al fondo.

Alzó la vista hacia Hassan y dijo:

—Está muy oscuro.

—Si quieres ayudarme no le des más vueltas al asunto —apremió Hassan—. Y si quieres quedarte aquí y esperar, no me importa. Yo soy un buen nadador.

—Voy contigo. Vamos.

Hassan encendió una linterna y se introdujo por el pasadizo. Era un largo y oscuro túnel, pues a los delfines no les importaba la ausencia de luz. Una especie de funicular en forma de barca transportaba al delfín; ambos lo ignoraron. Irían más rápidos flotando. Se propulsaron en las tinieblas, precedidos por dos brillantes conos de luz.

Mientras avanzaba, la sensación de opresión en su vientre iba aumentando. Ésa noche había visto a su amante muerta en sus brazos, y no estaba mentalmente preparado para enfrentarse al posible destino fatal de Susana. Solo pensar en eso hacía que el estómago se le estrujara. No quería ver el cadáver de su amiga, pero al mismo tiempo pensaba que las posibilidades estaban en su contra. Una vez más, como tantas otras en su vida, lamentó no ser creyente y no poder tranquilizar su mente con una oración.

Al final del conducto conectó la compuerta estanca, que se cerró con un chasquido. Le dolía la espalda. Habían avanzado incómodamente doblados, impulsándose con la mano libre y las piernas.

—¿El agua puede estropear eso? —preguntó Hassan señalando el arma de George Martínez, un liviano y veloz Arisaka con culata rígida de plástico.

—Por favor. —Hizo una mueca burlona—. Tecnología japonesa. Diseñados para disparar en el vacío.

—Muy bien, ponte esto. —Le entregó unas pequeñas gafas de nadador.

—Por casualidad, ¿tienes también botellas de aire?

—Naturalmente, en el tanque.

—Bueno, no se puede tener todo. —Se las puso.

Hassan hizo girar un conmutador. El cilindro empezó a llenarse de agua.

—Esto no va a ser tan fácil —dijo—; está pensado para delfines y ellos pueden aguantar la respiración diez veces más que nosotros. ¿Qué tal te desenvuelves?

—En los entrenamientos siempre se me dio bien —dijo forzando una sonrisa.

—Fantástico —dijo Hassan, el agua les llegaba ya a la barbilla—. Toma aire y no te separes de mí.

Los dos hombres dieron una última bocanada y se sumergieron. Hassan accionó un nuevo interruptor, se abrió la segunda compuerta y cruzaron por ella. Nadaron con rápidas brazadas. Se encontraban en el espacio libre entre dos enormes esferas concéntricas; la más pequeña era la pared exterior del tanque. Giraba con la majestuosidad de un planeta. El agua entre las dos esferas era acelerada por el rozamiento, formando un gradiente de velocidad, a partir del punto de entrada. La corriente los arrastró.

Martínez se sintió a punto de ceder al pánico y la claustrofobia. Estaba atrapado entre dos paredes de metal que parecían querer cerrarse para aplastarlo. Sus pulmones estallaban... trató de resistir, un hombre puede mantenerse vivo más tiempo del que se cree... aunque sus pulmones estén clamando por aire, aún tiene reservas de oxígeno en los músculos... aguantar... Pero no era fácil... no controlaba sus movimientos, arrastrado por una corriente de agua hacia no sabía dónde... la ropa y el peso de su arma le entorpecían... aguantar... suerte que estaban en caída libre, o se hubiera ido al fondo con toda la chatarra... un poco más... la máscara, mal sujeta, se inundaba lentamente...

El oleaje se iba calmando, pero aquello no ayudó a tranquilizar a Susana. El tanque estaba lleno de sonidos ominosos.

—Semi, Tik-Tik... —susurró.

Había nadado poco a poco, sin dejar de mirar en todas las direcciones, hasta los restos de la plataforma. Estos se hundían en el tanque por un extremo, mientras que el otro seguía enganchado cerca de la compuerta de entrada. La compuerta ya no existía, volada por aquel monstruo, y la única luz provenía de los fluorescentes del corredor.

Empezó a trepar por entre los hierros retorcidos. Apenas avanzó un par de metros cuando escuchó un chapoteo.

El monstruo surgió del agua a sus espaldas y la atrapó.

Aulló de dolor. Las garras de la criatura se habían clavado en uno de sus tobillos y la arrastraban hacia las negras aguas. Se abrazó con fuerza a un tubo metálico, que empezó a doblarse bajo el peso de los dos. El monstruo le clavó con crueldad otra de sus garritas en su pierna, rasgando la piel y la grasa subcutánea con facilidad.

El rostro alienígena se aproximó al suyo. Susana contempló aquellos malignos

ojillos de araña observándola, aquellas extrañas cosas retorcerse tras ellos, en el interior del cráneo. No emitía ningún sonido. Le llegó su hedor repugnante, como algo espeso y pegajoso que se pegara al interior de nariz. Y sintió de nuevo aquella sensación insoportable que había experimentado en el interior del cometa, de que estaba ante algo esencialmente maligno.

La barra de metal cedió y cayeron juntos. La criatura no aflojó su presa ni un milímetro. Susana notaba sus piernas adormecidas. Aún tenía la barra en la mano, y con ella golpeó aquel rostro de pesadilla con todas sus fuerzas, una y otra vez. La cabeza del alienígena se hundió un poco bajo la fuerza de sus golpes, sin mostrar dolor alguno. El miembro que surgía de su tórax se desdobló y se acercó a su rostro.

El órgano que tenía en el extremo, por el que habían surgido los pequeños misiles, era como una boca perfectamente circular, rodeada por un anillo de dientes tan pequeños y afilados como agujas. Aquella boca monstruosa se acercó a su rostro y ella volvió a gritar. Cerró los ojos y deseó que la muerte llegara rápida.

Pero el alienígena se detuvo en mitad de su movimiento. De repente pareció tener un acceso de tos y su tórax reventó hacia fuera, salpicándola de miasmas.

—¿Está bien? —dijo Hassan alzando su pistola humeante por encima del agua.

Susana se palpó las piernas con una mano. Solo eran arañazos, ninguno demasiado grave, pero tendría que ir a la enfermería en busca de un buen antiséptico.

—Estoy bien, Hassan —dijo—. Me alegro de verle.

La mano de Martínez asomó a la superficie, pidiendo ayuda. Estaba a punto de desfallecer, Hassan lo agarró por el brazo y lo arrastró hacia arriba. Con un chapoteo, sacó la cabeza del agua y pudo respirar al fin. Tosió varias veces.

Hassan no podía creer lo feliz que se sentía. Olvidándose de George, que seguía luchando por recuperar el resuello, fue hacia ella. Los delfines nadaron a su alrededor trazando alegres círculos.

Susana descendió de la rampa, él la abrazó y apartó un mechón de sus ojos.

—Yo también me alegro mucho de verte —dijo.

En la escotilla del puente, Jesús Medina y sus hombres apuntaban cuidadosamente y luego disparaban contra los alienígenas de abajo. Era como tirar al blanco en una caseta de feria, porque aquellas criaturas no hacían el menor gesto para ocultarse. Una vez más, al teniente Walter lo desconcertó la extraña mezcla de estupidez e inteligencia de aquellos seres. Ni siquiera aprovechaban la ingravidez para subir al puente. Era difícil ver si hacían blanco. Los alienígenas muertos no caían.

—Qué extraño —musitó Medina—. ¿Por qué no se mueven?

—¡Se están disolviendo! —exclamó Liz Nogales.

Sus órganos internos se habían cubierto de feas manchas marrones y, poco a poco, cesaban su sinuoso movimiento. Los miembros se desprendían entre gotas flotantes

de un repugnante líquido opalino. Los monstruos que habían invadido la Zheng He se estaban fundiendo ante sus ojos como figurillas de cera sobre una plancha caliente.

El avión marciano era como un lápiz, largo, estrecho y debidamente ahusado, con capacidad para un piloto, acomodado en una diminuta cabina, y un solo pasajero que no fuera demasiado ancho de hombros. El aparato tenía cola doble bideriva, y la planta motriz constaba de dos motores cohete situados en góndolas en la parte trasera del fuselaje. Era ligero y veloz como un albatros, con la superficie de alas de un campo de fútbol que se necesitaba en la tenue atmósfera marciana.

Jacobo Kramer, ensimismado, miraba a través de la ventanilla y veía hectáreas — así lo parecía— de mylar plateado, casi transparente. Tenía la sensación de cabalgar sobre una enorme mariposa, mientras no dejaba de pensar en los últimos acontecimientos.

El ataque alienígena a la Zheng He lo había convencido de que la supervivencia dependía de que pudieran obtener respuestas rápidas. Por ello había decidido hacerle una visita a fray Rafael, y evitar que el franciscano se durmiera en los laureles.

¿Por qué habían atacado a la Tierra y Marte? ¿Quién estaba detrás del intento de exterminio de la raza humana? ¿Quién había levantado las pirámides de Marte?

Las cuatro gigantescas pirámides tetraédricas aparecieron entonces a lo lejos, iluminadas de lado por el turbio amanecer marciano que proyectaba sus largas sombras sobre la planicie de Elysium. Recordó el momento en el que las vio por primera vez, después de una tormenta de polvo que envolvió todo el planeta. Habían pasado poco más de cinco años, y ahora a Jacobo le parecía que todo eso sucedió en otra vida.

Y así era; una vida remota y casi olvidada, cuando la especie humana no se limitaba a unos cuantos religiosos y colonos en un planeta desértico y yermo para la vida.

—¡Huevos! —exclamó Jacobo Kramer.

La gran cámara tenía ahora el aspecto de un scriptorium medieval. A ello contribuía la luz tenue e indirecta, los grandes sillares de las paredes de piedra del interior de la pirámide, la serena actividad de los monjes con bata blanca, guantes y gorro de cirujano, que trabajaban en mesas individuales en diferentes experimentos.

Y ocupando el centro de aquel gigantesco salón tetraédrico: fila tras fila de vitrinas llenas de huevos de gallina. Allí había miles de huevos, comprendió Jacobo.

—¿Son todas nuestras reservas? —preguntó furioso.

El franciscano no se dejó intimidar por la actitud de Jacobo.

—Simplemente, padre, he seguido sus órdenes y he hecho todo lo necesario para descifrar el contenido de los cristales de ADN.

—¿Y para eso necesitaba todos esos huevos?

—Para descifrarlo he tenido que utilizar los propios mecanismos de las células terrestres. He copiado cada secuencia de ADN en la forma de ARN mensajero, lo que se conoce como «transcripción», y luego he usado el citoplasma de las células de los embriones de pollo para que la información del ARNm fuese traducida por sus ribosomas.

—¿Y ha conseguido algo?

Fray Rafael hizo una pausa más larga de lo normal antes de responder. Para Jacobo estaba claro que el franciscano estaba disfrutando del momento.

—Pues sí, padre. Al final he obtenido algo que podía ser interpretado por un ordenador. Se trataba de una información con cuatro canales de datos simultáneos...

—¿Cuatro canales?

—Sí. Cuatro secuencias de números que el ordenador interpretó como información de altura, anchura, profundidad, y una escala de tiempo.

—¿Me está diciendo que ha conseguido obtener imágenes estéreo de ese ADN marciano? —Jacobó no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Así es, padre. Tengo una película en tres dimensiones dejada por los antiguos marcianos para nosotros. —La sonrisa de satisfacción de fray Rafael era espectacular.

El jesuita enrojeció de ira.

—Y, dígame, ¿cuándo tenía previsto decírmelo, hermano?

—Hoy mismo... Es decir, anoche conseguí las primeras imágenes, y usted estaba de viaje hacia aquí, así que pensé que sería mejor que lo viera por sí mismo.

—De acuerdo. Muéstremelas ahora.

El franciscano lo condujo a través de un laberinto de mamparos plegables que habían sido dispuestos para dividir el espacio enorme de aquella sala tetraédrica de la pirámide marciana, tan grande que la propia pirámide de Keops cabía entera en su interior. Sin embargo, llegaron a un cubículo estrecho, delimitado por los mamparos, en el que apenas había sitio para un ordenador portátil y un equipo de proyección estéreo.

Fray Rafael se acercó al aparato y lo conectó.

—Padre —dijo con voz teatral—, ¡le presento a un auténtico marciano!

La criatura apareció a un escaso metro del jesuita, haciéndole dar un respingo. Si la escala era uno a uno, la criatura tenía el tamaño de un chimpancé. Su cabeza era parecida a la de una rana o sapo, ancha, con una gran boca. No tenía pelo, sino una piel llena de verrugas, también como la de un sapo, de un color verdoso. Seis patas con dobles articulaciones y un rabo también pelado salía de su trasero. Sus ojos eran como globos que emitían un brillo amarillento.

—Asombroso —admitió Jacobo.

—Los marcianos —observó fray Rafael—, parecían sapos gigantes con cola, pero no guardan ninguna relación con los vertebrados terrestres. Fíjese que tienen tres

pares de extremidades, algo inexistente en el árbol evolutivo terrestre. Las manos anteriores son similares a las humanas —señaló con un puntero láser—: tres dedos y un pulgar oponible, largos y divididos en cuatro falanges, con las yemas almohadilladas. Las centrales tienen también cuatro dedos, aunque ninguno es oponible. Las inferiores, cuatro dedos cortos, gruesos y de piel recia. A juzgar por estas imágenes, el par central era un comodín: podía asir objetos, pero no manipularlos con delicadeza, y también ayudar en la locomoción. Las manos centrales estaban siempre listas para «echar una mano» a las anteriores o posteriores, nunca mejor dicho.

Sonrió satisfecho de su ocurrencia. Seleccionó otro archivo en el ordenador y una serie de hologramas animados mostró a los marcianos comiendo, durmiendo en una especie de cunas triangulares, empuñando herramientas adaptadas a sus manos, fabricando telas, muebles o metales, investigando la Naturaleza con instrumentos de vidrio y metal curiosamente similares a los terrestres. Las representaciones eran tanto estáticas como dinámicas: corrían sobre cuatro o seis extremidades, trepaban a árboles con forma de candelabro, flotaban en el agua, nadaban con brazadas que les hacían parecer barcas de seis remos. Sobre su vida diaria también había abundantes referencias. Cultivaban unas plantas herbáceas de las que colgaban unos racimos carmesí, pescaban unas medusas con patas, o trabajaban en talleres o factorías. Viajaban en barco o automóvil y volaban en aviones semejantes a murciélagos; también conocieron los viajes espaciales. Nunca aparecían cazando, sin embargo, ni luchando entre ellos.

—Asombroso —repitió Jacobo con la boca abierta.

—Sí, padre, lo es —concedió fray Rafael—. He llegado a la conclusión de que estas pirámides eran un Museo de la Humanidad. O, mejor, de la Marcianidad. Aquí hay un vasto archivo gráfico. Como ve, los muestran en toda clase de actividades, algunas de ellas eran evidentemente de carácter histórico. Pero hay más...

—¿Más? —exclamó el jesuita, sobrepasado por lo que estaba viendo. ¡Toda una cultura alienígena a su disposición!—. ¿A qué se refiere con «más»?

—Se trata de un volumen de información inmenso —le explicó el franciscano—, investigar la vida de los marcianos será como recomponer un complejísimo puzzle, algo que podría llevar años, quizá siglos de estudios. De momento hemos dividido los datos que vamos obteniendo en diferentes apartados. Yo me he ocupado de la biología, que es mi especialidad. El padre Eduardo, que es ingeniero aeroespacial, está investigando otro paquete de hologramas. ¿Me acompaña, padre?

El padre Eduardo era un jesuita alto como una torre, con cara de buena persona y unos ojillos tristes. Estaba trabajando en un cubículo delimitado también con mamparos móviles, pero era varias veces mayor que el de biología. Allí tenía cuatro

proyectores holográficos conectados a un ordenador. Cuando vio entrar a fray Rafael acompañado por Jacobo Kramer los puso en funcionamiento.

—Fíjese en esto, padre. —Eduardo señaló los cuatro hologramas que habían aparecido simultáneamente. Contenían todos los detalles de perfectas fotografías orbitales—. Ésa es la Tierra. Nuestra Tierra... pero hace millones de años. Aquel otro es Marte. El tercero, Venus. Y aquel otro de allá... Bueno, ese mundo es un poco menor que Marte y ni siquiera existe en la actualidad, pero sus restos forman el cinturón de asteroides. Marte, Venus y la Tierra son tan diferentes al aspecto actual de los mismos, que solo pude identificarlos mediante un cuidadoso análisis de volúmenes y proporciones.

Marte parecía una Tierra en miniatura, con grandes mares y extensas zonas de bosque. Sus dos grandes cicatrices actuales: el valle Marineris y Mons Olympus, no aparecían por ningún lado. La Tierra estaba allí, tal y como debería de haber sido hace quinientos millones de años, con los continentes desplazados de su posición, antes de que se formara el supercontinente de Pangea. Solo era posible reconocerla gracias a la Luna; el satélite de la Tierra tenía la proporción y el tamaño adecuado, pero estaba mucho más lejos. Su superficie estaba repleta de cúpulas y hábitats.

El Venus del pasado giraba en dirección contraria al actual. Estaba ocupado por un gran océano, del que sobresalían dos continentes-isla.

—Con gran trabajo identificamos esos continentes como Istar y Afrodita —añadió Eduardo—, así como numerosos archipiélagos, correspondientes a las regiones Alfa y Beta, el monte Hator y otros inexistentes en la actualidad.

Había ciudades en todos ellos. Resultaba evidente que los tres planetas habían estado habitados, con un grado de civilización superior al alcanzado jamás por los humanos. Los cuatro, por ejemplo, tenían unas asombrosas estructuras que unían un punto de su ecuador con un objeto en órbita geosincrónica.

Junto a los hologramas de los planetas, Jacobo vio el de algunos marcianos que presentaban pequeñas diferencias con el resto de la sala. Estaban dotados de miembros más gruesos que el resto, como si tuvieran que soportar un campo de gravedad mayor.

Ésta vez fue fray Rafael quien habló:

—El peso del cuerpo depende del volumen, que a su vez varía con el cubo de la razón proporcional. La resistencia de una pata depende de su sección transversal, que varía con el cuadrado. Fue así fácil concluir que los alienígenas «robustos» podían soportar sin problemas la gravedad terrestre y venusina. Y que los «escuálidos» habitaban Marte y el cuarto planeta, al que de momento he llamado «Mors».

—Si la Tierra, Venus, Marte, y... Mors estuvieron poblados en una época tan remota —dijo Jacobo—, ¿dónde están los restos de esas civilizaciones en la Tierra?

—Todo eso debió de ser antes del Cámbrico, padre. En nuestro planeta no se han

conservado muchos fósiles de esa época. Hay pocas rocas sedimentarias tan antiguas, y los procesos metamórficos en la Tierra, además, debieron borrar toda huella de esa civilización. Pero no así en Marte. ¿Se ha fijado en esos cables que unen las superficies de los tres planetas con un objeto situado en órbita?

—Sí. ¿Sabe lo que es?

—Eduardo tiene algunas ideas interesantes —dijo fray Rafael volviéndose hacia el enorme jesuita, al que Jacobo llegaba un poco más que por la cintura.

—Sí, veamos... —dijo Eduardo, manipulando los controles de uno de los proyectores. La imagen en 3D de Marte se hinchó como un globo—. Desde hace mucho sabemos que Fobos está cayendo con lentitud hacia Marte, como un satélite artificial. No se preocupe, padre Jacobo —sonrió—, que aún tardará varios millones de años en estrellarse. Los hologramas nos muestran que en un remoto pasado Marte y Fobos se encontraban unidos por un cable elaborado con ese material enormemente resistente. La órbita de Fobos debía ser geosincrónica... o más bien, aresincrónica. Es decir, que Fobos daba una vuelta en torno a Marte cada sol, de modo que parecía estar fijo en el cielo para un observador en la superficie. El cable era un ascensor espacial, o torre orbital, utilizado para enviar masas al espacio. La Tierra y Venus también disponían de esos «ascensores», pero la huella de su caída no ha perdurado como aquí.

—¿Quiere decir que...?

—Que el cable se rompió y la mitad cayó sobre el ecuador marciano, creando la monstruosa cicatriz que es el Valle Marineris. El otro extremo golpeó Fobos con inimaginable violencia, como una goma tensada que se rompe, frenando su velocidad.

—¿A qué altura corresponde una órbita... aresincrónica?

—Veinte mil cuatrocientos cuarenta kilómetros desde el centro de Marte, diecisiete mil cincuenta kilómetros desde la superficie —fue la pronta respuesta.

—¿Y a qué ritmo se acerca Fobos a Marte?

—Unos seis centímetros al año. Eso significa que Fobos estaba en órbita aresincrónica con Marte hace seiscientos millones de años.

—¡Seiscientos millones de años! —exclamó Jacobo Kramer—. Todas esas civilizaciones que dominaban el Sistema Solar, fueron borradas hace seiscientos millones de años. Díganme, ¿han encontrado diseño de armas en los hologramas?

—¿Armas? —preguntó fray Rafael—. No le entiendo, padre.

—Si eran capaces de construir esas torres gigantescas, también serían capaces de fabricar armas mejores que las nuestras. Concéntrense en la búsqueda de armas, seguro que los marcianos diseñaron armas con las que hacerle frente a sus enemigos.

—Seguiremos trabajando... —le aseguró el padre Eduardo.

—Háganlo, pero encuentren esas armas antes que nada. O tendrá que ser la

próxima especie que surja de los mundos interiores del Sistema Solar, dentro de quinientos o mil millones de años, la que tenga que ocuparse de vengarnos...

—¿Qué quiere decir? —dijo el franciscano.

—A Dios nunca le ha temblado la mano a la hora de exterminar a sus bienamados hijos —dijo Jacobo, recordando su pesadilla: criaturas nacidas de la inmundicia—. No se extrañe tanto, hermano, y piense en el Diluvio Universal, Sodoma y Gomorra, la muerte de los primogénitos de Egipto para chantajear al Faraón...

—¿De verdad cree que esto es obra de Dios? —le preguntó Eduardo.

—Llámenlo como quiera. ¿Cuántas veces se repitió esto? Tal vez nunca lo sepamos. El caso es que por fin llegamos nosotros, otra especie que habita estos mundos. Quizá la próxima también se admire de nuestro aspecto y se pregunte de dónde vinimos. Y todo volverá a empezar. Hasta hace poco creíamos que nuestro planeta era un oasis en un inmenso desierto sin vida. Pues bien, es al revés, la Tierra es un efímero atolón lleno de algas y cangrejos, mientras en el mar nadan los tiburones.

Jacobo Kramer hizo una pausa y entonces advirtió que el franciscano y el padre Eduardo lo estaban mirando con ansiedad. Era evidente que querían decir algo.

—Bueno, ¿qué? —preguntó.

—Padre, tenemos que mostrarle los hologramas de Júpiter —dijo fray Rafael.

—Sí —añadió Eduardo—, es importante que los vea.

Después de pasar varias horas encerrado en el laboratorio de la Zheng He, analizando las muestras de sangre de cada uno de los miembros supervivientes de la expedición, Walter Fernando ya tenía las pruebas concluyentes de lo que tanto había temido. Le pidió al comandante Okedo que convocase una reunión en la sala de recreo, y cuando todos estuvieron allí, aguardando expectantes frente a él, dijo:

—Se transformaron en una enfermedad. Y estamos todos infectados.

—No me siento mal —dijo Fong Shangou.

—No, porque no está haciendo nada para llamar la atención. Simplemente se ha ocultado en nuestra sangre. Al parecer piensan que seremos lo bastante tontos como para regresar con ella a casa y contagiar al resto de los supervivientes de Marte.

—Cosa que no podemos hacer —dijo Okedo lúgubrementemente.

—No podían ser tan estúpidos —dijo Jesús Medina con una sonrisa amarga—. Y no lo eran. Primero intentaron adaptarse a nuestro entorno para luchar contra nosotros, y luego comprendieron que era mejor utilizarnos como vehículos.

—Bueno, amigos —dijo Okedo—, tal y como yo lo veo solo tenemos dos opciones: o apagamos los campos contenedores de plasma del motor de fusión y estallamos en un instante... o esperamos lentamente a que el aire y los víveres se nos agoten.

—Vivir bellamente y morir de manera hermosa —murmuró George Martínez.

—Genial —dijo Liz Nogales con amargura—, aún no hemos podido llorar por los muertos y ya tenemos que empezar a llorar por nosotros.

Hubo un largo silencio ente los presentes. Transcurridos unos segundos en los que se podía cortar el aire con un cuchillo, al fin Hassan preguntó:

—¿Y cuál va a ser su decisión, comandante?

Okedo sacudió la cabeza. Se puso en pie.

—No. No voy a tomar ninguna decisión. Ya no. —Okedo se dirigió hacia la puerta—. Estaré en mi camarote, pero, por favor, no me molesten.

Salió del puente. Fong se acercó a Jin Shunji y le tendió la mano. Sin decir nada, la mujer se cogió firmemente a él y los dos salieron abrazados de la sala.

Hassan estaba en un rincón, con la espalda apoyada contra la pared y las manos en las sienes. Parecía la imagen del abatimiento. Susana se acercó a él y le dijo:

—Sé cómo te sientes. Ojalá pudiera decir algo que te aliviase el dolor, pero sé que eso es imposible y no voy a intentarlo.

—Si Gaby hubiera sobrevivido... —murmuró Hassan—. ¿Para qué? Estaría tan condenada como nosotros lo estamos ahora.

Susana asintió y se dio media vuelta. El andalusí la sujetó por el brazo.

—Quisiera compartir estas horas contigo. ¿Es posible?

La mujer dudó un momento infinitesimal antes de decir:

—Yo voy al tanque de los delfines. Si quieres venir conmigo, serás bienvenido.

Hassan se dejó flotar hasta la superficie, con los brazos en cruz, y miró la curva de agua sobre él, buscando un sentido entre las líneas de su visión, algún punto de referencia, situando mentalmente las cosas en su lugar en medio de aquel instante en el que sentía, por primera vez en muchos meses, el silencio en su alma. Los últimos fragores de la lucha se apagaban ahora dentro de él, narcotizados por el suave bamboleo del líquido. Rápidas imágenes silenciosas cruzaban su mente, rostros de amigos y enemigos disueltos en paisajes desvaídos, lugares y ciudades que ya no existían, y que quizá no valía la pena recordar. Pero su pensamiento viajó muy lejos, a su niñez más remota. Jugaba con soldaditos de plástico en la terraza de la casa de sus padres, rodeado de macetas de geranios. De vez en cuando arrancaba algunos pétalos y los aplastaba entre sus dedos, consiguiendo una gotita de falsa sangre con la que simulaba la herida de un soldado. Las chicharras reverberaban febriles bajo el sol de agosto en Córdoba. La luz intensa se colaba por los agujeros del toldo y dibujaba líneas rectas por las que navegaban las partículas de polvo como si estuvieran dotadas de vida. Esos eran los primeros recuerdos de su vida. Y quizá lo que estaba sintiendo ahora iban a ser los últimos.

—¿Fue alguien a quien querías? —preguntó.

—¿Qué?

Susana nadaba a unos metros de él. Estaba pendiente de sus propios pensamientos, y la pregunta de Hassan la pilló desprevenida.

—¿De qué estás hablando?

—En el puente... me dijiste que habías pasado por algo semejante. ¿Recuerdas?

—Mi padre era un militar del ejército de Israel... Unos terroristas pusieron una bomba en nuestro coche, en Salónica. Mamá murió. Mi padre y yo resultamos heridos. De alguna forma le culpé de todo, y esto amargó nuestra relación hasta el final. —Ella rio con una risa desabrida y rota—. Alienígenas... ¿Sabes?, de todos nosotros yo era la única con experiencia en tratar con alienígenas. Lo hacía cada día que iba a la ciudad y me encontraba rodeada de seres humanos... ¿Puedes imaginar lo que pasa por la mente de un individuo mientras prepara una trampa mortal para una familia de su propia especie? Yo no. Si esos terroristas eran humanos, entonces yo debía pertenecer a otro grupo.

Hassan nadó hasta Susana. Acercó una mano a su pelo, sin rozarlo, como si la chica estuviera hecha de un material tan frágil que temiera tocarla. Sin decir una sola palabra, acarició sus mejillas, apartándole el agua. La besó. Sintió la lengua de ella intentando meterse tímidamente en su boca y esa torpeza exacerbó aún más su deseo.

La sujetó por los hombros y la apretó contra él con fuerza. La besó más apasionadamente.

—Hassan, despacio, por favor...

—¿Qué? Pensé que...

—Sí, sí. Lo deseo más que nada en el mundo, pero...

—¿Qué?

—Soy virgen.

—¡Qué!

—No te preocupes. Tú tan solo ve despacio, ¿vale?

Okedo salió del baño y se acercó a uno de los mamparos de su camarote. Mientras se secaba con calma el cuerpo, se detuvo a contemplar un haiku enmarcado.

Natsugusa ya

Tsuwamono domo ga

Yume not ato.

La hierba seca del verano

Eso es todo lo que queda

Del sueño de los guerreros.

Después abrió un baúl y extrajo un kimono blanco con dibujos y emblemas de su familia. Lo contempló durante un instante antes de ponérselo. Luego se arrodilló en un cojín, en el centro del camarote.

Apuró el tazón de agua del último instante y abrió el kimono. Sujetó las mangas con las rodillas para impedir que su cuerpo cayera indecorosamente hacia atrás. Con el dedo buscó el punto «Saika no Itten» situado bajo el ombligo, donde se almacena la energía vital y se situaba el cordón que unía el espíritu al cuerpo físico. Allí estaba el asiento de su alma, donde se almacenaban los sentimientos y emociones, todo lo que había sido y había sentido Mamoru Okedo en esta existencia. Recordó a su esposa, leyendo un libro bajo uno de los frondosos sakakis de Shin Nihon, y sintió que la congoja le cerraba la garganta.

«¿Adónde iré ahora? —se preguntó—. ¿Volveremos a encontrarnos en la próxima vida?».

Deseó con todas sus fuerzas creer que así iba a ser. ¿Pero dónde sería su futura reencarnación si el Mundo había dejado de existir? ¿Dónde? Durante toda su vida había sido fiel al bushido, tal y como estaba establecido en Shin Nihon. Pero la ciudad orbital que había preservado tan cuidadosamente las antiguas tradiciones

japonesas ya no existía, ni la Tierra y los antiguos santuarios tampoco.

Por primera vez, la duda le hizo temblar las manos. Pero Okedo se repuso y tomó el wakizashi de su soporte. El frío del acero en su mano le hizo olvidar sus temores. Lo envolvió con un papel suave de arroz, dejando asomar algunos centímetros de la punta, y lo apoyó en la parte izquierda de su vientre.

«Todo está ya decidido», pensó.

Entonces sonó el intercomunicador y Okedo levantó la vista. Su rostro brillaba por el sudor. La pantalla parpadeante le anunciaba que tenía una llamada de Marte.

«Demasiado tarde».

El comandante bajó la vista y se concentró en el filo de acero sobre su piel.

«Debo hacerlo, ya». Cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza, hasta sentir crujir sus mandíbulas. ¡Ya!

Dejó caer el wakizashi, que repiqueteó contra la tarima de madera que cubría el suelo del camarote, y se llevó las manos al rostro. Temblaba como una hoja y se sentía humillado y avergonzado. No había podido hacerlo. Finalmente, después de toda una existencia dedicada a vivir de acuerdo con las antiguas tradiciones, no había podido completar la «flor del bushido». No había sido capaz de morir con honor.

Okedo sintió que estaba a punto de desmayarse. Las paredes giraban a su alrededor, tiritaba y el sudor resbalaba por su rostro. Se puso en pie con dificultad y tomó la toalla para secarse. Se acercó al intercomunicador, en el que la señal de entrada seguía parpadeando y lo conectó.

El rostro de fray Rafael apareció en el monitor. El franciscano se asombró por su aspecto.

—¿Qué le pasa, comandante? ¿Es que ya ha empezado a notar los síntomas de la enfermedad?

—Estoy bien —dijo Okedo bruscamente—. ¿Qué es lo que quiere?

—¡Tenemos la cura! Pero tiene que llevar la Zheng He hasta nuestra órbita.

—No podemos arriesgarnos a infectar los asentamientos marcianos.

—No lo entiende, Okedo —dijo Rafael—. ¡Todo esto ya ha sucedido antes!

—Ya ha sucedido antes... —repitió el comandante como en un sueño.

2068 d. C.

En el viaje a Marte la Zheng He había empleado ocho meses. Con los depósitos de combustible prácticamente secos después de la persecución del cometa Arat, la nave espacial de fusión se vio obligada a utilizar una trayectoria económica alrededor del Sol, como las que empleaban los cohetes de los primeros tiempos de la astronáutica.

Y en esos ocho meses, muchas cosas habían cambiado en la colonia marciana.

El comandante Okedo había ordenado que todos se reunieran en el puente. Había algo que quería mostrarles en la aproximación final a Deimos. Algo que era demasiado increíble para que lo aceptara nadie que no lo viera con sus propios ojos.

En las pantallas, la pequeña luna marciana brillaba sobre el negro fondo espacial como un árbol de Navidad gigante. Tenía más aspecto de ser un artefacto, una ciudad en el espacio, que un objeto natural. La sensación se acentuaba con las enormes bocas de los hangares abiertos al vacío, intensamente iluminados y rodeados de luces parpadeantes de aviso. Toda su superficie estaba salpicada de lucecitas, que brillaban como polvo plateado en su lado oscuro. Algunas eran ventanas que daban al interior, otras, más potentes, señalizadores o balizas para las naves en tránsito.

—Nunca imaginé que tuviéramos todas estas instalaciones aquí —le dijo Susana a Hassan que estaba a su lado—. Y solo llevamos en Marte... ¿cuánto?

—Creo recordar que las bases de la COMM en Fobos y Deimos se establecieron durante la escalada de tensiones que siguió al Quinto Jihad... hace treinta años.

Susana asintió. Siempre las malditas guerras y tensiones Norte-Sur. Todo aquello formaba parte de la Historia que le habían hecho aprender cuando era niña.

Las instalaciones en Marte habían sido en parte una salvaguardia ante el temor a una guerra nuclear a gran escala. Y en parte un medio para desanimar al Islam con un espectacular despliegue tecnológico. Pero la temida Guerra de los Siete Sellos no llegó a estallar, después de todo, y la cabeza de puente se mantuvo en manos de la Iglesia.

Las primeras naves que llegaron a Marte estaban a cargo de religiosos por buenas razones. La convivencia en espacios cerrados había causado problemas, incluso en las pequeñas estaciones lunares o lagrangianas. Los religiosos, en cambio, estaban acostumbrados a vivir confinados en un espacio cerrado y a una rutina invariable, durante prolongados períodos de tiempo. Además, a pesar de los medios de protección, los viajeros del espacio estaban más expuestos a radiaciones que las gentes que vivían en un planeta, lo que podría conducir a malformaciones infantiles. Poco antes de la Tormenta de Positrones, incluso se había especulado con la

posibilidad de que la primera nave que viajara a otra estrella estaría pilotada por religiosos. Un viaje así duraría años, y los proyectos de tan largo alcance solo pueden ser realizados por un organismo inmortal, una comunidad de personas con una meta.

«Quizá ahora son los más indicados para dirigir lo que queda de la humanidad — pensó Hassan, aunque siempre había sido escéptico con la religión—. Quizá».

Desde Fobos y Deimos se había organizado la conquista del Planeta Rojo, justo antes de que los chinos empezaran a convertirlo en el Planeta Amarillo. Los conflictos diplomáticos añadieron leña a una situación ya de por sí caldeada. Finalmente se había llegado a un acuerdo. Por el Tratado Marciano, inspirado en el Tratado Antártico, las naciones interesadas en establecer asentamientos en Marte declararon la desmilitarización y el uso pacífico del planeta, durante un período de cien años, así como una política de cooperación científica. Los yacimientos minerales que se descubrieron no eran lo bastante tentadores como para poner a prueba los buenos propósitos del Tratado.

Pero el Exterminio los había dejado en una situación de indefensión total. De repente, los asentamientos marcianos estaban solos frente a la naturaleza hostil. Sin ayuda de la Tierra, los ambiciosos planes de terraformación quedaron en nada.

Se constituyeron nuevos órganos del Cabildo, una Asamblea General formada por representantes de los colonos, en número proporcional a la población: un setenta por ciento de ciudadanos que pertenecían a diferentes órdenes religiosas, principalmente a la Compañía de Jesús. El otro treinta por ciento se repartía entre las compañías privadas chinas y latinoamericanas. El desequilibrio estaba matizado por la separación entre los religiosos y los colonos, así como la esperanza de que la Iglesia tenía un índice de natalidad del cero por ciento, lo que a largo plazo la convertiría en una fracción minoritaria.

La Zheng He se fue aproximando poco a poco a Deimos, y una exclamación de asombro se elevó del grupo de supervivientes que observaban en el puente.

Un enjambre de gigantescas esferas traslúcidas flotaba alrededor de la pequeña luna marciana. En su interior ingrávido fluían líquidos y se movían formas oscuras.

—¿Qué es eso? —exclamó George Martínez señalando las pantallas.

—Son embriones de naves —respondió el comandante Okedo, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

Jin Shunji se quedó boquiabierto, se volvió hacia Okedo y comprendió que el comandante estaba tan asombrado como todos. Durante el viaje a Marte, fray Rafael le habían ido informando de los últimos descubrimientos en Marte. Sabía que iba a encontrar algo así. Pero una cosa era saberlo y otra muy distinta verlo en vivo.

Las pirámides de Elisyum eran en realidad inmensos archivos genéticos legados por los antiguos marcianos. Éste ADN contenía tanto información tecnológica como cultural sobre la civilización que dominó Marte, la Tierra y Venus seiscientos

millones de años antes de la llegada de la Humanidad. ADN para fabricar, por ejemplo, aquellas asombrosas naves espaciales orgánicas, y otras mil cosas más que la renacida tecnología marciana estaba regalando a los colonos marcianos para facilitarles su supervivencia.

Fray Rafael, ante la inicial incredulidad del comandante Okedo, le había mostrado grabaciones del proceso. Elysium era ahora un lugar muy distinto a una excavación arqueológica. En un ambiente aséptico, pululaban los religiosos con bata blanca, con guantes y gorro de cirujano, que extraían el ADN marciano, protegido en los prismas tetraédricos, y lo traducían en datos útiles. Desde un nuevo tipo de jabón que lavaba más blanco, hasta naves espaciales que nacían de huevos y se desarrollaban solas.

—Las cosas han cambiado mucho por aquí y en muy poco tiempo —dijo Okedo a sus hombres—. Pero quizá eso nos dé una esperanza de sobrevivir.

—Tardaremos en asimilarlo todo... —dijo Fong Shangou que sentía una extraña mezcla de desconcierto y emoción—. ¡Mirad, ese de allí está a punto de eclosionar!

El ingeniero amplió la imagen en el monitor principal del Puente. La superficie de una de aquellas enormes esferas traslúcidas tenía un aspecto arrugado, y todos pudieron ver cómo se rasgaba lentamente, dejando escapar una insignificante nubecita de vapor. Sin duda la mayor parte del contenido líquido del huevo de astronave habría sido recuperado. De entre la nubecilla emergió un objeto alargado. Parecía una lanzadera.

Ziyi soltó una risita nerviosa al asistir al nacimiento de una nave espacial.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó.

La Zheng He se puso en órbita alrededor de Deimos y una pequeña sonda lanzada desde la luna marciana se acopló a la nave.

No viajaba nadie a bordo, tan solo llevaba varias cajas con inyectables para toda la tripulación, y una grabación RV con las instrucciones de cómo usarlos.

Walter Fernando experimentó una momentánea desorientación mientras se colocaba las gafas de realidad virtual. El universo se convirtió en un inmenso vacío gris, en el que flotaban pequeños objetos dotados de movimiento. Veía el mundo tal como lo vería una de sus células, a escala 1:350 000 000.

Los virus alienígenas tenían forma poliédrica, formada por diminutas esferas amontonadas, algo traslúcidas. En el interior se distinguía confusamente unos tallarines azules. Era el ADN del virus, que se inyectaría en las células humanas como en una minúscula violación química.

Una escuadrilla de nanomáquinas se deslizó entonces hacia ellos a una velocidad de diez micras por segundo, impulsadas por motores de glucosa, que oxidaban dicho azúcar y movían flagelos helicoidales a popa. Cuando los dos ejércitos entraron en contacto, se desarrolló el drama liliputiense mientras las nanomáquinas atrapaban con

unas pinzas diminutas a los virus y los destrozaban por completo. No dejaban ni rastro de ellos, pues sus componentes eran troceados y asimilados por las nanomáquinas.

—Parece que funciona —dijo Walter Fernando mientras se quitaba las gafas RV—. Pero es posible que la reacción a esta cosa sea bastante fuerte.

Estaban en la enfermería, frente al microscopio conectado a las gafas.

—¿Fuerte? ¿En qué sentido? —preguntó Elisa Nogales.

Walter observó durante un instante el contenido de la ampolla, sujetándolo entre sus dedos índice y pulgar. Parecía mercurio diluido. Un aspecto nada tranquilizador.

—Según las instrucciones, provoca un coma durante varias horas. Pero aseguraba que no es peligroso. Finalmente el infectado sale del trance curado y sin más problemas.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Okedo.

—Primero inyectaré a Shunji, Fong, Ziyi, Jane, Hassan, y Ed. Después, cuando el primer grupo despierte, le inyectaré a usted, comandante, al capitán, a Liz, Chapo, Susana, George, y a mí mismo.

—A mí no me vas a meter esa cosa. Eso ni hablar —aseguró Ed Gallo.

—Contrólese, soldado —le ordenó Jesús Medina.

—Lo siento, señor, pero es que yo me encuentro perfectamente.

—Aunque te encuentres bien tienes la enfermedad dentro —le dijo Walter—. Es posible que el virus alienígena esté tan bien diseñado que nunca llegue a dañar tu organismo, pero te aseguro que eres contagioso. A no ser que quieras vivir solo en un asteroide, dejarás que te inyecte esto.

Susana se adelantó un paso y enrolló la manga de su brazo izquierdo.

—Yo iré primero —dijo.

Parecía muy segura de sí misma. Pero cuando vio la aguja sobre su piel, y la jeringa llena de aquel líquido denso y plateado, se estremeció.

—¿Tienes claro de que este es el procedimiento? —preguntó.

—Según las instrucciones —le explicó Walter—, perseguirán a los virus alienígenas, uno a uno, y los aniquilarán por completo. Luego permanecerán en tu sangre impidiendo una nueva infección.

—Espero que no te equivoques —musitó la mujer.

—¿Tienes dudas?

—No. Quiero esas cosas fuera de mí. Adelante...

Walter apretó una goma en torno al brazo de Susana y clavó la aguja directamente en la vena.

La luz azulada. Los objetos con un color más intenso... Se hundía en el túnel azul, recorriéndolo con una rapidez vertiginosa...

Susana abre los ojos y ve el mar de color turquesa frente a ella. Hay mucho oleaje. Ésa mañana, papá había desempolvado el equipo de construcción y ahora lo prepara para iniciar el crecimiento de un arrecife que hiciera de rompeolas.

—No me gusta la idea de quedarme sin la playa —dice mientras se pone manos a la obra.

Las mellizas se persiguen por la orilla, salpicándose agua. Susana está sola, como casi siempre, sentada sobre una roca, escuchando el reproductor de sonido. Papá se acerca a ella y le sonrío torpemente.

Dice algo que no entiende. Señala sus orejas y ella se quita los auriculares.

—¿Qué escuchas? —pregunta él sentándose a su lado—. ¿Tetsu-Rock?

Intenta ser amable, pero el efecto resulta ser el contrario y Susana tartamudea intimidada:

—No, y-yo... esto es...

Papá es un hombre alto y fuerte; había sido atractivo hasta que el atentado de Salónica desfiguró un lado de su cara con una horrible cicatriz.

—¿Me dejas oír?

Ella le alarga obedientemente los auriculares. Él se los pone y escucha.

Los sonidos son muy variados: largos gemidos que duraban casi medio minuto, golpes sordos, brevísimos clics agudos, trinos como de pájaro y silbidos que cambiaban rápidamente de frecuencia ascendiendo y descendiendo.

—¡No es música...! —Se quita los auriculares desconcertado—. ¿Qué es?

—Nada —replica Susana. Su cara arde, debe de estar roja como un tomate.

Aunque no hay razón alguna, se siente como si la hubieran pillado haciendo algo inmoral. Mira a un lado y a otro, luchando por disimular su timidez.

—Algo será —dice él suavemente, intentando sonreír, aunque sabe que una vez más está en medio de una situación incómoda. Así suele ser siempre con su hija mayor.

—Ballenas yubarta.

Hace mucho que ella escucha fascinada estas grabaciones. Parecen hablarle en un idioma desconocido: golpe, golpe... gemido, golpe, gemido. Trino... trino... clic. Gemido, golpe, golpe... trino... silbido... clic... golpe, trino. Golpe... clic... trino... golpe, silbido, clic...

—¿Qué?

—Son canciones de ballenas. Es un medley de canciones de cetáceos —intenta explicarle, hacerle participar en aquello que le apasiona—. Son los sonidos más potentes producidos por un ser vivo; algunas llegan a los ciento ochenta decibelios y se oyen a más de diez mil kilómetros, dependiendo de la temperatura del agua. Tan lejos que es posible que algunas se comuniquen a lo ancho del océano.

—Entonces será un concierto adecuado para las ballenas, no para las chicas

humanas.

—Lo siento. —Ella se encoge brevemente de hombros, un gesto heredado de mamá.

—No lo digo para que te disculpes —dice él—. Es solo que creo que estás desperdiciando tu juventud. ¿Sabes?, no vas a tener dieciséis años para siempre. ¿Por qué no vas al pueblo alguna tarde?

—Yo... Estoy bien así.

Él deja caer sus brazos, impotente.

—Era solo una idea. Tienes una edad muy bonita, pero el tiempo pasa y...

No acaba la frase. Se pone en pie y regresa a su trabajo.

Susana lo sigue con la mirada mientras él desciende por la suave cuesta que lleva a la playa, caminando con la espalda recta y los hombros atrás; el paso marcial que conoce tan bien.

Vuelve a colocarse los auriculares y oprime el *play*.

Solo que esta vez no oye las canciones de las ballenas yubarta. Lo que oye es una sola palabra, y le parece que está expresada en un lenguaje desconocido.

Pero lo que ella entiende es: Taawatu.

Abrió los ojos; estaba en una cama de la enfermería. A un metro de sus pies, Hassan hablaba tranquilamente con el voluminoso Fong Shangou.

—¿Ya estás despierta? —dijo el andalusí.

—Sí... más o menos —contestó Susana con lengua estropajosa—. No ha sido tan terrible como imaginaba... La apendicetomía fue más emocionante.

Se sentía bien, solo notaba un dolor difuminado donde le habían clavado la aguja. Palpó su brazo: esparadrapo.

—Has sido la primera de la segunda tanda en salir del coma —dijo Hassan—. Procura despejarte, algunas autoridades de Marte van a subir a bordo, y a falta del comandante, tenemos que recibirlos nosotros.

Susana se levantó. Estaba un poco debilucha, pero podía hacerlo.

—No ha sido un coma. Tuve sueños... aunque no puedo recordar los detalles.

—No te preocupes por eso ahora —dijo Hassan—. Date una ducha y acude a la esclusa lo antes que puedas.

Jin Shunji, esperó pacientemente frente a la esclusa, mientras los anillos de inercia igualaban velocidades. Con el comandante Okedo aún en la enfermería, ella como primer oficial era la máxima autoridad de la nave y se había vestido para la ocasión. Aunque Hassan pensaba que aquel aparatoso uniforme de gala sobre su pequeño cuerpo, y su rostro de muñeca asomando entre los entorchados, le daban un aire poco marcial.

Las luces de la esclusa cambiaron a verde, y Fong abrió la puerta de acero.

Un hombre alto, con una melena de un blanco immaculado, cuidadosamente recogida en una cola de caballo, apareció en el umbral. Su indumentaria era de estilo vagamente oriental, o quizá veneciano, su aspecto general impecable. Unas gafas de montura de oro daban a su mirada una especie de aureola y un cierto aire de benevolencia.

—Mi nombre es Santiago Groussen. Bienvenidos a Marte —saludó a los presentes—. Ustedes ya son unos héroes entre nosotros. ¿Y el comandante Okedo?

—Sigue indispuerto, y lo estará durante media hora más —respondió Shunji, fascinada por aquel hombre con aspecto de ejecutivo renacentista—. ¿Puedo saber cuál es su cargo, señor Groussen?

—Estoy al frente de la A.C.L.M. y seré su cicerone en Marte.

—¿Cómo ha dicho? Al frente del...

Groussen se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Oh, discúlpeme. La Agrupación de Colonos Laicos de Marte, A Ce Ele Eme —deletreó, añadiendo con leve ironía—: Las siglas y los acrónimos, ya sabe, son una vetusta tradición burocrática.

—Esperábamos a algún representante de la COMM.

Groussen puso los ojos en blanco antes de decir:

—Ha habido intensas negociaciones al respecto, se lo aseguro. Pero finalmente prevaleció nuestro criterio de que ustedes debían ser recibidos por un representante de la única autoridad civil de Marte. Pero no se preocupen, en nuestro programa está fijada una reunión con Jacobo Kramer.

—¿Jacobo Kramer? —preguntó Hassan.

—El mismo. Ahora dirige la Ce O Eme Eme, la Congregación de Monasterios Marcianos, lo que es casi como decir que es el Papa de Marte...

Se detuvo en seco cuando Susana entró en la sala y se situó junto a Hassan. Groussen volvió a empujarse sus lentes dorados con la punta del dedo y preguntó:

—Disculpe, ¿es usted la entrenadora de delfines?

—Sí —dijo extrañada por el exagerado interés—. Soy Susana Sprintze.

Groussen hizo una leve inclinación, y dijo:

—¿Puedo preguntar dónde están el resto de las mujeres de la Zheng He?

—Elisa Nogales está aún recuperándose del tratamiento —dijo Shunji.

—Sí —dijo Groussen con un gesto de dolor—. He oído decir que tres de sus compañeras murieron en el ataque alienígena. ¡Es terrible!

—También cayó el soldado Jeremy Schwarzkopf —recordó Shunji.

—Terrible —repitió Groussen—. Pero serán recordados. En este nuevo comienzo de nuestra especie ellos nos han dado una esperanza en el mañana. Estoy seguro de que algún día se escribirán himnos en su recuerdo.

—Estoy seguro de que ellos se sentirían muy halagados —dijo Hassan, en un tono tan neutro que Susana no pudo decidir si hablaba en serio o bromeaba.

—Sin duda —dijo Groussen bajando respetuosamente la vista. Pero cambió de inmediato el tono de voz y añadió—: Doctora Sprintze, ¿aceptaría una invitación personal para visitar nuestras instalaciones en Marte?

—¿Tiene algún inconveniente en que vaya yo también? —preguntó Hassan, ya con indisimulada sorna.

Groussen soltó una risita, tapándose la boca con la mano.

—Por supuesto, me he expresado mal. Todos ustedes están invitados, ¡faltaría más!... Pero debo decirles que las autoridades de Marte están especialmente interesadas en que las mujeres de su tripulación bajen al planeta cuanto antes.

—¿Cómo? —preguntó Jane como si no hubiera oído bien.

—Lo siento, yo... —Groussen se ajustó de nuevo los lentes, ahora con un gesto claramente nervioso—. Vaya, esto es difícil de decir... Siempre he sido una persona de moral puritana y ahora me veo obligado a estas tesituras... ¡No es justo!

—¿Qué es eso tan difícil de decir? —preguntó Fong.

—Necesito sus óvulos, señoras... —Groussen se dio una palmada en la frente, parecía bastante azorado—. Oh, disculpen, lo que quiero decir es que Marte necesita sus óvulos... Es decir, lo que queda de la raza humana, los científicos dicen que para mantener la diversidad genética... Por Dios, ayúdenme si saben de lo que estoy hablando.

—Sabemos de lo que habla —dijo Ziyi—, y estoy dispuesta a hacer una donación. Imagino que mis compañeras tampoco tendrán ningún problema.

—Por mi parte bien —dijo la pelirroja, y Susana asintió también.

—Me gustaría ir —dijo Jin Shunji—, pero hasta que el comandante Okedo no se reincorpore a su puesto, no puedo abandonar la Zheng He.

—Lo entiendo, claro. ¿Vendrá alguien más entonces?

—Yo tampoco puedo ir, pero... —dijo Fong—, ¿no cree que es demasiado pronto? Teniendo en cuenta que hemos sido infectados por un virus alienígena, sería más prudente guardar unos días de cuarentena en la nave antes de bajar a las colonias.

—Les garantizo que todos ustedes están ya perfectamente —dijo Groussen mientras sacudía la mano como si quisiera apartar las preocupaciones del ingeniero.

«¿Tanta confianza tienen en su vacuna?», se preguntó Hassan extrañado.

Fong asintió, pero se acercó a Hassan y le dijo por lo bajo:

—Todo esto es un poco raro. Le sugiero que mantenga los ojos bien abiertos.

—No se preocupe. No perderé de vista a ese tipo.

Una pequeña lanzadera los esperaba en el hangar de la Zheng He, que se mantenía en ingravidez. Estaba preparada para el despegue, y la torre de lanzamiento ya la había colocado en posición. Era el clásico vehículo espacial reutilizable: un fuselaje aerodinámico de cuerpo sustentador, con unas cortas y gruesas alas en delta y un timón.

Despegaba en posición vertical, con un tanque cilíndrico adosado a la panza, y aterrizaba en vuelo planeado. Hassan conocía muchas variantes de este diseño básico, pero aquella lanzadera tenía algo especial. Quizá fuera el material que la revestía, de un color rojizo con brillo casi metálico, como esmaltado; quizá fueran las curiosas portillas circulares de la proa. El caso era que no se parecía a ningún modelo conocido. Un montacargas los llevó hacia la esclusa de acceso y todos pudieron examinar el fuselaje desde cerca. Las losetas refractarias tenían forma de rombo. Rozó una con el dedo. Lo habitual era reemplazar las que se perdían en cada reentrada, pero estas estaban firmemente adheridas al casco, como si formaran parte de él. Mirándolas con atención, observó que las losetas se superponían. Y la que había tocado, se estremeció levemente.

—Escamas —musitó atónito.

Miró a Groussen a los ojos, parapetados tras las bifocales, y este le devolvió una sonrisa de ratón.

—Asombroso, ¿verdad? Nadie ha fabricado esta lanzadera. Ha crecido sola.

Susana, Jane, Ed, Ziyi y Hassan atravesaron la esclusa y se introdujeron en la cabina. Groussen cerró la compuerta y se sentó junto al piloto, un hombre de unos treinta años que llevaba las insignias de la Orden de Jesús en su traje espacial. Tras un breve chequeo del tablero, el piloto conectó los impulsores y salieron al espacio. Dada la baja velocidad de escape de Deimos, al principio ni siquiera tuvieron que sentarse.

Se separaron de la pequeña luna, elevándose sobre su horizonte. La quebrada superficie de Deimos se hundía bajo ellos. El lado nocturno brillaba con las luces de las ventanillas del dédalo de corredores que horadaban la luna como un queso Emmental, o el peñón de Gibraltar. La superficie de que se disponía debía de ser enorme, juzgó Hassan, aunque solo se ocupara una fracción del volumen de roca.

—¿Cómo son las relaciones entre la Iglesia y los colonos? —preguntó Hassan.

—Oh, son buenas. No todo lo buenas que quisiéramos —Groussen sonrió con tristeza—, pero el Exterminio ha avivado el fervor religioso en todo el planeta. El Fin del Mundo ha llegado, y los supervivientes se preguntan qué sucederá a continuación.

—Algo muy conveniente para los jesuitas... —aventuró Jane.

—Oh, no lo crea. En ese campo, la Iglesia es desafiada por grupos y sectas que surgen por doquier entre los colonos. —Groussen empezó a contar con los dedos—. Como los Antimaterialistas, que sostienen que la materia es una ilusión y la antimateria la verdadera realidad. O la Iglesia del Agujero Negro Auténtica, que sostiene que Dios está encerrado en un agujero negro... Tengo entendido que reconocen como santo a Stephen Hawking. Un punto de vista rebatido por la Iglesia del Agujero Negro Reformada, que sostiene que el universo es un agujero negro y Dios es el universo, lo que les hace propicios a ser acusados de panteísmo. ¿Me he olvidado de alguna? Oh, sí, la Iglesia de los Días de la Antimateria, una de las muchas que afirman que la Tormenta de Positrones no es ni más ni menos que el Juicio Final. No menos hostiles son los Neognósticos, que afirman que la materia es vil, y la antimateria posibilita la purificación del Cosmos caído por una creación defectuosa... y, bueno, la lista se haría interminable.

La navecilla se inclinó, y se dirigieron hacia el lado que miraba a Marte. Pronto el gran bulto naranja del planeta, treinta y dos veces mayor que la Luna vista desde la Tierra, apareció sobre el curvo horizonte. Con lentitud comenzó a escalar el cielo.

Marte se encontraba en la fase de lleno, despidiendo una brillante luz roja que iluminaba la cabina. Habían despegado de la zona diurna de Deimos y el Sol se hallaba en la dirección contraria, lanzando destellos desde el borde del planeta rojo.

El piloto oscureció el parabrisas y se dirigió a los pasajeros.

—Ocupen sus asientos, entraremos en la atmósfera marciana en unos minutos.

El astropuerto de Hecatepolis era un pálido reflejo del de Santa Marina. Era un lugar sucio y destartado, con muestras evidentes de abandono incluso en las medidas de seguridad. A fin de cuentas, la ciudad era poco más que un asentamiento minero situado a la sombra del volcán Albor Tholus en la Elysium Planitia, la segunda región volcánica de Marte, y la más rica en minerales útiles para los colonos.

—Pensé que descenderíamos en Santa Marina —dijo Hassan mirando aquel lugar ruinoso. Se sentía furioso, como siempre que alguien cambiaba los planes sin contar con él. Y, tenía que reconocerlo, las afectadas maneras de Groussen ya le cansaban.

—¿Sí? —se extrañó Groussen, levantando las cejas—. Mis disculpas entonces, lamento no haberme explicado mejor. Santa Marina está en el Valle Marineris, justo al otro lado del planeta. Demasiado lejos de las pirámides de Elysium, y Jacobo Kramer ha insistido en que ustedes vayan a verlas en primer lugar. No, no se quiten las escafandras, por favor, el todoterreno nos espera y estaremos en camino en unos

minutos.

Era noche cerrada cuando el vehículo partió. Los acompañaban algunos empleados de la COMM, que aprovecharon el viaje para dormir. Susana no pudo hacerlo. Sentía una fuerte sensación de irrealidad, encerrada con media docena de durmientes, en una cabina oscura, recorriendo un paisaje extraterrestre igualmente oscuro.

Su litera estaba al lado de la ventanilla. Se dedicó a contemplar el terreno, cubierto por la fina y brillante capa de escarcha nocturna. Pero apenas podía distinguir detalles en la rojiza noche marciana. Logró reconocer a Fobos en el cielo; se movía casi tan rápido como un dirigible de carga. Estaba demasiado inquieta para leer. La diminuta luna se puso, y volvió a salir, y a ponerse, mientras viajaban por el desierto gélido.

Llegaron a Elysium al amanecer, y antes de que tuvieran tiempo de ver nada el vehículo se introdujo por un paso subterráneo que llevaba al interior de una de las pirámides menores.

En una gran sala vacía los esperaban fray Rafael Tresera y Benazir Rajman. Hassan conocía al biólogo franciscano por sus comunicados a la Zheng He, pero la astrónoma musulmana le sorprendió agradablemente. Era una mujer de unos treinta y cinco años, alta, de rasgos marcados y atractivos. Llevaba el pelo negro cubierto por un pañuelo de seda, las cejas finamente arqueadas, nariz recta, cuello nefertítico.

—Es un placer tenerles aquí —dijo fray Rafael—. Ustedes son los primeros héroes del Nuevo Orbe.

El aspecto del franciscano contrastaba decididamente con el de Benazir. Era gordo y desaliñado, pero su rostro se iluminó con una sonrisa cuando estrechó las manos de los recién llegados, tan sincera que despejó todas las dudas de Hassan.

«Nuevo Orbe —pensó Hassan, advirtiendo la actitud distante que el religioso mantenía con Santiago Groussen—. No hay duda de que aquí hay tensiones debajo de la superficie. Esto no es una utopía».

—¿Quién de ustedes es Susana Sprintze? —preguntó entonces Benazir.

Y antes de que la aludida pudiera responder, Groussen la señaló.

—Es ella —dijo.

—Sí, soy yo —dijo Susana molesta por tanta atención—. ¿Qué pasa conmigo? Benazir Rajman le sonrió con amabilidad.

—El padre Jacobo Kramer quiere hablar con usted en privado —le explicó.

Vestía un sobrio y elegante traje occidental, con una delgada cadena de oro alrededor del cuello.

—¿Solo con ella? —preguntó Ziyi—. ¿Es que no piensa recibirnos al resto?

—No —explicó Groussen con su voz de diplomático—, el padre Kramer solo se entrevistará con la «dama delfín». Para los demás hemos preparado una interesante

visita a las pirámides de Elysium.

—¿Nos está tomando el pelo? —preguntó Jane Whitebread.

—Esto no tiene ninguna lógica —exclamó Hassan, cruzando los brazos con firmeza—, pero le aseguro que no vamos a separarnos.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Susana—. ¿Por qué yo?

Benazir giró la cabeza hacia arriba. Luego se acercó a Susana y la miró directamente a los ojos.

—Escuche —le dijo—, le aseguro que no hay nada malo en todo esto. El padre Kramer es un hombre extravagante, es verdad. Siempre lo ha sido y con todo lo que ha pasado lo es aún más. Pero no tiene nada que temer. Tan solo quiere hablar en privado con usted durante media hora. Yo me quedaré con usted, y después la acompañaré a reunirse con los demás en la visita a Elysium.

Hassan se interpuso entre las dos mujeres.

—Perdone, pero creo que no ha escuchado lo que le he dicho: no nos vamos a separar.

Benazir miró con dureza al andalusí. Sus enormes ojos negros parecían capaces de traspasarlo de parte a parte y dejarle dos agujeritos humeantes en su nuca.

—Deje que ella decida, ¿quiere?

Susana miró pensativa a Hassan y a Benazir, plantados frente a ella y enfrentados. Después levantó los ojos en la dirección en la que la mujer árabe había mirado antes. Una cámara enfocada hacia ellos.

—El padre Kramer está siguiéndonos por circuito cerrado, ¿verdad?

—Él está en una oficina en esta misma pirámide —asintió Benazir—. No tenemos que ir más lejos.

—Muy bien, en ese caso... —Susana se volvió hacia la cámara y le habló directamente—: Escuche, mis amigos y yo hemos hecho un largo viaje para llegar hasta aquí. Me parece mentira que sea tan maleducado como para negarse a recibirlos. Creo que ya no me apetece verle a usted, señor.

Benazir inclinó levemente la cabeza y se llevó la mano a la oreja. Era evidente que estaba recibiendo instrucciones a través de un pinganillo oculto en su oído.

Levantó la vista hacia Susana, y le dijo:

—Me ha pedido que le diga una sola cosa...

—Me da igual. No me va a hacer cambiar de opinión.

—Taawatu.

Jacobo Kramer vestía el mono de faena jesuita, ajustado y sin insignias; sus vértebras y costillas se adivinaban bajo la tela negra.

—Entra y siéntate —dijo a Susana, que buscó en vano una silla.

La muchacha se volvió. Benazir se quedó fuera de la habitación y cerró la puerta, dejándola a solas con aquel extraño individuo. «Jacobo Kramer, vaya nombrecito, ni hecho a mala idea. Seguro que hacen muchos chistes a sus espaldas», pensó. Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, los dominicos del siglo xv autores del *Malleus Maleficarum*. El libro de cabecera de todo cazador de brujas que se precie.

Respiró con fuerza intentando relajarse.

El lugar no era lo que había esperado para el que en la práctica era el dirigente absoluto de Marte. Se trataba de un compartimiento diminuto, casi una celda monacal. Estaba muy sucio y era una confusión de muebles viejos, papeles, libros y monitores.

Jacobo apartó un montón de papelotes y una botella vacía, descubriendo una litera. Las sábanas estaban sucias y arrugadas.

Kramer vivía como un eremita, en un habitáculo ubicado en la cima de la pirámide bautizada con su nombre. Seguía los trabajos que se realizaban bajo él mediante la Intranet local, observándolos y juzgándolos, como un Zeus cascarrabias desde lo alto del Olimpo. Mientras tanto, seguía trabajando en solitario, con sus libros y sus viejos y arrugados mapas de papel.

—Siéntate —insistió señalando la litera—. Creo que han reprogramado a los robots de limpieza. Los han destinado a otro uso. No hay que desaprovechar mano de obra; o pinza de obra. De todos modos, odio esos malditos cacharros.

La mujer obedeció. Su pie tropezó con una botella de licor vacía, que rodó por el suelo, para estrellarse con un tintineo contra otras, ocultas bajo la litera.

Jacobo se sentó en el borde de su atestado escritorio.

—Así que eres tú la que habla con los animales, como san Francisco de Asís. Pero eres de origen sefardí, ¿verdad?

—Lo veo bien informado sobre mí.

El jesuita cloqueó como una vieja gallina.

—Por supuesto que me he informado, pero no era necesario. Tu origen es más que evidente para un lingüista. Tus antepasados fueron judíos que escaparon de la inquisición española en el siglo xv. En su origen, posiblemente eran sefaradim, pero se mezclaron y adaptaron al medio asquenazí. ¿Sabes de dónde viene el apellido Sprintze? ¿Qué significa? —No esperó respuesta—. En hebreo no hay vocales, así que

tu apellido se escribe SPRNZ, en letras hebreas. En polaco se lee «Sprintze», pero si le pusiéramos vocales en español, leeríamos «Esperanza». Sí, querida, era esperanza lo que sentían muchos sefardíes al salir de España y encontrar una nueva tierra en Polonia. ¿Por qué no? Adolf Hitler estaba a cinco siglos en su futuro.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, como si lo que había dicho fuera lo más gracioso del mundo. Susana apretó los puños. Se preguntó cuál sería el grado de alcoholemia de Jacobo Kramer en aquel momento. «Es un genio —le había asegurado Benazir—, cuando consigue mantenerse sobrio más de dos horas».

El jesuita dejó de reír y miró a Susana fijamente.

—Esperanza es lo que necesitamos ahora, ¿no?

Susana no tenía humor para andarse con rodeos.

—¿Qué es Taawatu? —preguntó.

—Taawatu... —Jacobo sonrió mostrando sus dientes torcidos y amarillentos—. Así que tú también soñaste con él. ¿Recuerdas cómo oíste esa palabra en tu sueño?

—En mi sueño reviví un momento de mi infancia. Yo escuchaba grabaciones de cetáceos. Canciones de ballenas, y de repente dejaron de sonar como tales y oí con toda claridad: Taawatu.

—Ballenas. —Jacobo alzó las cejas y sonrió malévolamente—. Interesante.

—¿Por qué? ¿Cómo puede saber lo de Taawatu? Ni yo misma recordaba esa palabra hasta que Benazir la pronunció...

—Porque todos los que se han inyectado la vacuna contra los virus alienígenas han soñado con esa criatura. La mayoría no recuerda lo que soñó durante el coma inducido por la vacuna, y muchos de los que lo hacen no recuerdan «Taawatu», sino una serie de sonidos o imágenes sin sentido. Pero tú y yo somos diferentes, niña.

—¿Y qué tenemos en común usted y yo?

Jacobo la miró fijamente con sus ojos estrábicos. Cada uno enfocaba hacia un punto cardinal como los de un camaleón, y Susana no sabía a cuál de ellos mirar. Se decidió por la nariz.

—¿Puedo ofrecerte una taza de café? —preguntó el jesuita.

—¿Café?

—Así lo llaman. Una forma como cualquier otra de tomar su nombre en vano. —Rebuscó por todas partes—. Se trata de sucedáneo a base de algún cereal tostado y no sé qué más. Ah, aquí te escondes.

De debajo de la cama sacó una cafetera y un tarro lleno de polvo negro.

—Aquí vivimos de sucedáneos —dijo, abriéndola y cargándola—, y sucedáneos de sucedáneos, lo que es peor. Marte es un planeta de sucedáneos. Y también un sucedáneo de planeta.

Presionó un botón de la cafetera, que emitió un zumbido. Prosiguió.

—Al igual que Champollion, Ventris y tantos otros, durante toda mi vida,

muchacha, he intentado comprender las mentes de otras épocas. Mentes humanas al fin y al cabo. Qué parecidos somos a los antiguos sumerios, dicen los arqueólogos, o a los egipcios, o a los mayas. O a los hunos. —Soltó una risita—. Pero tú estás acostumbrada a comunicarte con no-humanos. A pensar como un delfín y sentir una empatía total por su visión del mundo. Me llevas ventaja. ¡Fantástico! Te admiro y te envidio.

Acercó dos tazas, las limpió con un paño y sirvió el seudocafé humeante.

—Gracias. —Susana bebió un sorbo con precaución; confiaba que el calor hubiera matado a los microorganismos.

—Tú y yo somos muy parecidos, querida. Más de lo que imaginas. Siempre hemos estado solos, y la soledad es una droga: la detestas y no puedes vivir sin ella... —Jacobó se acercó a la chica; entrecerró los ojos hasta transformarlos en dos ranuras—. La naturaleza tiene a veces bromas crueles, ¿verdad? Tú has nacido en una especie que no es la tuya, y yo en un tiempo que no es el mío... Yo bebo para aliviar mis visiones. Dime, ¿cuál es tu intoxicante favorito?

Una de las manos de Jacobo se posó sobre la rodilla de Susana. La mujer, asombrada, miró primero la mano y luego fijó la vista en los ojos estrábicos del jesuita.

—Yo... —no parpadeó— no he venido aquí para hablar de eso.

Jacobó retiró rápidamente la mano y dijo:

—Ejem... Cierto, debes disculpar a este viejo tonto... ¿dónde estaba?

—Taawatu —dijo Susana.

—Ah, sí. Sí. Sí. Forma parte de una larga historia —suspiró Jacobó—. La historia de cómo un genio solitario (modestamente, yo) encontró en Marte los yacimientos de una arcaica civilización. Arcaica. —Se regodeó en la palabra—. «Antigua», «antediluviana» o «prehistórica» son términos que se quedan cortos. Verás, al principio de mi carrera me interesaban, sobre todo, los orígenes de las religiones en Oriente Medio.

—Hay un largo camino hasta Marte —dijo ella, sin ocultar el recelo de su voz.

—Sin duda, pero... —Jacobó vaciló un momento—. Está la cuestión de la cosmogonía de esos pueblos. De todas las cosmogonías, realmente. Empecé estudiando los relatos de la Creación, según las diferentes culturas del Medio Oriente, con el fin de hallar influencias en la Biblia. Y entonces encontré...

Jacobó se pasó una mano por sus ralos cabellos y miró alrededor, como buscando algo. «Un momento», dijo con los labios. Se dio la vuelta y empezó a rebuscar en un baúl repleto de papeles. Tras un frenético escarbar, encontró lo que buscaba y se acercó de nuevo a Susana. Llevaba un papel arrugado, garabateado con una letra minúscula y desordenada, con un diagrama calcado en negativo.

—Esto es una copia. Yo tuve el texto original en mis propias manos enguantadas

de látex —dijo emocionado—. Una tablilla de barro cocido con bajorrelieves que encontré en unas excavaciones en el zigurat de Ur-Nammu. Pertenecía a la tercera dinastía y era fascinante. Obtuve este dibujo mediante el viejo truco del papel y el carboncillo. No tenía un estereógrafo a mano. Míralo bien, querida. ¿Lo ves ahora?

Susana no tenía ni idea de arqueología o paleografía, pero sabía lo que eran los caracteres cuneiformes. Los acompañaban unos dibujos muy esquemáticos de dos criaturas monstruosas. Una de ellas parecía un pez.

—La verdad es que no. Tengo el sumerio un tanto olvidado.

Kramer ignoró el sarcasmo.

—Se trata de una descripción babilónica del Mundo en su estado primitivo. Al parecer, consistía en un monstruo marino llamado Tohu y uno terrestre llamado Bohu. Curioso, porque en los primeros versículos del Génesis se dice que la Tierra estaba «confusa y vacía». En hebreo, confusa y vacía se dice tohu wa bohu. Puesto que en hebreo no hay vocales, se escriben THW y BHW. Ahora bien, si se añade una «mem» al final, se obtendría THWM y BHWM, que se leen respectivamente Tehom y Behom. Si esto es correcto, la identidad de Tohu y Bohu fueron suprimidas por razones doctrinales, y fueron reinterpretados como estados no personificados de vacío o caos, y a Dios se le hace autor de la subsiguiente creación de Tehomot, el nombre bíblico de un monstruo marino primitivo, que quizás conozcas mejor como «Leviatán». También la creación del buey gigante llamado «Behemot». Pero es curioso que el plural de Tehom sería precisamente «Tehomot», que recuerda mucho a Tiamat, el monstruo marino de la mitología babilónica que puede escribirse de varias formas: Tantu, Tamdu, y Taawatu... Todos con la misma raíz.

—¿Y usted cree que el Tohu, Tehom o Tehomot de la Biblia es... Taawatu?

Jacobo miró su taza casi olvidada. Engulló el café de un trago.

—Eso creo, sí. Es una constante en muchas mitologías: el dios supremo vence a algún monstruo enorme y con sus restos crea la Humanidad. A veces, es el desmembramiento de un gigante, humano o animal, de cuyas partes nacen todas las cosas. Por ejemplo, el sacrificio de Prajapati descrito en el Rig Vega: de su cabeza salió el sol, de su respiración el viento, etcétera. ¿Conoces los relatos persas sobre la Creación?

No esperó su respuesta negativa. Kramer era una de esas irritantes personas que dan por sentada la ignorancia de su interlocutor.

—En un tiempo infinitamente remoto existían Ormuz, que habitaba en la luz, y Ahrimán, que habitaba en las heladas tinieblas exteriores. Ahrimán cruzó el vacío que los separaba y mató al Hombre Primordial, de cuyo cuerpo dividido un millón de veces nació la Humanidad. En la mitología babilónica, Apsu y Tiamat, las aguas del Cielo y de la Tierra, engendraron a Anu, dios del Cielo, padre de Ea, dios del conocimiento y padre de Marduk. Marduk mató a Tiamat y dividió su cuerpo. Y con

barro y con la sangre del monstruo marino creó al Hombre. Todo lo cual podría considerarse que simboliza la victoria del cosmos sobre el caos, del orden sobre la entropía. La cuestión es que en algún momento posterior al destierro en Babilonia se suprimieron varios de los mitos más antiguos de la Biblia, al considerarlos no inspirados por Dios. Los sacerdotes hebreos tenían sus propias ideas sobre lo que Dios decía o dejaba de decir —soltó una risita—, y consideraban peligrosas estas especulaciones; las llamaba ma'as-se merkabhah, «Cuestiones del Carro», por la visión de Ezequiel. Pero nadie consiguió acallarlas del todo, y cualquier judío puede haberlas escuchado en alguna ocasión. Cuentos de viejas, esas cosas. Pero son voces del pasado que nos hablan, una y otra vez, de los mismos acontecimientos: una guerra entre el Bien y el Mal, entre la Luz y las Tinieblas.

Susana se impacientó con estas elucubraciones eruditas.

—Aún no veo dónde va usted a parar.

—Paciencia, dilecta muchacha, pronto lo entenderás. —Jacobó alzó la mano con fingida benevolencia—. Te mostraré ahora algo fascinante.

Se acercó al escritorio y abrió unos archivos de su ordenador. Una serie de imágenes se sucedieron en las holopantallas que colgaban de las paredes. Eran vistas del interior del Sistema Solar del pasado, recreado gracias a la información que los marcianos habían guardado en el ADN de las pirámides de Elysium. La Tierra, Venus, Marte, el planeta que había originado el cinturón de asteroides... Pero fue directamente a la representación del Júpiter de seiscientos millones de años atrás.

El Júpiter del pasado se parecía mucho al actual, aunque sin la mancha roja. Jacobo tocó su superficie holográfica y de repente apareció una criatura con forma de huso, aerodinámica y estilizada, rodeada de ideogramas que brillaban con intensidad.

—¿Qué diría que es eso? —preguntó Kramer.

—No es un pez. Por su cola horizontal parece un cetáceo.

—El padre Heinrich cree que es una deidad de los marcianos.

—Deduzco que usted no opina así.

—Desde el momento en que lo vi por primera vez. ¿Seres tan avanzados con dioses zoomorfos? Credat iudeus Apella, non ego. Me pareció más lógico que hiciera referencia a algo real, físico y de gran importancia para ellos... Y para nosotros.

—¿Ha descifrado los ideogramas que la rodean?

—No ha sido difícil —mintió. En realidad, lo había sido, y mucho—. No se trata de un lenguaje, sino de un conjunto de pictogramas, ni siquiera llegan a ideogramas, dejados por los marcianos para ser interpretados por otras especies. Como los técnicos de la NASA cuando grabaron un mensaje en la sonda Pioneer 10. Gran parte de mi trabajo ya había sido previsto por ellos.

—¿Y qué decían?

—«Creador».

Susana volvió a mirar el holograma, y de nuevo el feo rostro del jesuita.

—¿Cómo es posible?

—Te diré lo que pienso, querida: Tehomot, Leviatán, Tiamat, Taawatu, el nombre carece de importancia, fueron imaginados por hombres que vivieron hace apenas unos milenios, pero que interpretaron una realidad mucho más antigua. Una realidad que escapaba a su comprensión. Pero esas palabras tienen un eco en nuestra memoria racial, y fueron las nanomáquinas marcianas quienes lo activaron.

Susana sacudió la cabeza escéptica.

—Eso son chorradas. La memoria racial es un mito. Cuando morimos, las células de nuestros cerebros se destruyen. Todo se corrompe y cualquier información que pudieran contener se pierde para siempre.

—No si se encuentra almacenada en el ADN.

—Absurdo, ¿cómo iba a...? —Susana empezó a comprender lo que Jacobo estaba insinuándole desde hacía bastante rato—. A no ser que...

—Alguien la colocara ahí, sí. —Sonrió él—. Verás, querida, yo nunca me inyecté el antídoto marciano. Pero desde niño he soñado con las pirámides de Elysium. Como arqueólogo busqué por toda la Tierra ese paisaje maravilloso, y lo encontré al fin... fuera de la Tierra.

Kramer le dio la espalda y cruzó sus brazos sobre su pecho. Su mirada estaba perdida en algún punto infinitamente lejano.

Hace cientos de millones de años —siguió diciendo—, los marcianos fueron creados por una raza que estaba en guerra con los habitantes de la Nube de Oort. Desde la remota oscuridad llegó la venganza y los marcianos, y el resto de los habitantes de los mundos cercanos al sol, fueron exterminados. La Humanidad nació después, pero, de alguna forma, todo quedó grabado en nuestro subconsciente.

El jesuita se volvió hacia Susana y añadió:

—Se está preparando una expedición para viajar a Júpiter y quiero que tú vayas en ella, querida. ¿Irás?

—S-sí, creo que sí —dijo ella, aturdida por la inesperada pregunta—. Si se necesitan delfines en la misión, soy la persona adecuada.

—¡Excelente! En Júpiter está la respuesta, querida. Es el mundo de Taawatu.

Descendieron hacia la calle Herschel y de allí al bulevar de Beer y Madler. En esta zona había tanto bullicio como en una ciudad de la Tierra, o como habían sido las ciudades terrestres antes del Exterminio. Innumerables tenderetes iluminados por vacilantes tubos fluorescentes, ofrecían comida sefardí, marroquí o china. Jane Whitebread, Elisa Nogales y Chapo Robles aspiraron los aromas del cuscús, de las tortas de sémola, de los nabos con limón y pimientos, del arroz salteado con cebolla, de la sopa de pescado agridulce. Después de los meses pasados con la insípida comida rehidratada de la Zheng He, aquel festival de olores era toda una experiencia sensorial.

—Hemos hecho bien en venir —concluyó Liz—. A pesar de lo duro del viaje.

Habían volado desde Hecatepolis a Santa Marina en dos aviones-vela marcianos. Dieciséis incómodas horas apretujados en un espacio mínimo, Chapo en uno de los aparatos y las dos mujeres compartiendo la diminuta cabina del otro. Pero ninguno de los tres estaba dispuesto a pasar su permiso en una ciudad minera, donde la mayor diversión eran las competiciones de levantadores de piedras de los sábados. Un deporte que, con la gravedad marciana, perdía mucho encanto.

—Ni modo —dijo Chapo girando la cabeza a un lado y a otro con preocupación. Desde que habían aterrizado en Santa Marina se había fijado en el descaro con el que todos los hombres miraban a sus dos compañeras. Y no le gustaba nada.

Ni Liz ni Jane parecían ser conscientes de ello. Después de tanto tiempo encerradas en la nave, disfrutaban de pasear por una ciudad rebosante de vida, como si el Exterminio nunca hubiera sucedido. Negros y amarillos en bicicleta, esquivando a los peatones. Lavanderías, tiendas de tatuaje, hoteluchos, bares iluminados y atiborrados de gente, locales de negocios de aspecto sórdido y destartalado. No había tráfico motorizado, excepto algún motocarro que avanzaba despacio, tocando la bocina. Había muy pocas mujeres paseando por la calle y ni un solo religioso. Sobre sus cabezas volaban varios dirigibles de la COMM, algunos casi rozando la cúpula a un centenar de metros de altura. Los monasterios estaban situados en barrios cerrados como fortalezas, a los que solo se podía acceder por aire o por las subvías.

Santiago Groussen les había dado una dirección. Preguntaban a los transeúntes que se explayaban con las indicaciones mientras los ojos se les iban a la zona del pecho de Jane y Liz. Las dos llevaban camisetas militares muy ajustadas, marcando pezones, contra las que Chapo había protestado antes de salir.

—Ésa ropa va a traer problemas —les dijo—. Groussen nos advirtió que la población femenina de Santa Marina no supera una mujer para veinte hombres.

Ahora lamentaba no haber sido más firme en su protesta.

Siguiendo las indicaciones de un tipo malencarado, que prácticamente babeaba sobre las dos militares, se metieron por unas callejuelas tan angostas como túneles, y se fueron alejando cada vez más de las zonas iluminadas.

Chapo iba con los nervios a flor de piel, y con cada ruidito su mano saltaba al cinturón donde tendría que haber estado su pistola. Pero les habían quitado las armas en la aduana de la ciudad. «Normas de seguridad», les dijeron. «Ni modo», dijo Chapo. Ésa norma de seguridad le hacía sentir inseguro.

La calle-túnel desembocó en una plaza redonda, oscura y vacía de todo excepto de basura. Sobre ellos zumbó un globo policial de vigilancia, con luces rojas y azules parpadeantes. Demasiado alto para dar confianza. Les habían advertido que aquel territorio estaba controlado por las bandas y que ni siquiera los policías de carne y hueso entraban en él.

De repente surgieron cinco individuos de las sombras. Mientras tres rodeaban a las mujeres, un chino gordo y grasiento agarró a Chapo por el brazo, se lo retorció a la espalda y lo empujó contra la pared. Otro lo cacheó rápida y expertamente.

—¿Adónde va una escoria como tú con esas dos palomitas? —dijo el que sujetaba el brazo a Chapo; tenía el cráneo bulboso y calvo, la cara tan mofletuda como la del muñeco de Michelin—. ¿No ves que son demasiado para ti? Acaparador.

—Tranquilo, no queremos problemas —dijo Chapo. Intentó soltarse, pero el tipo era tan grande como un luchador de sumo, y lo tenía bien sujeto el muy cabrón.

—Tócame y te haré comer tus pelotas —le advirtió Liz Nogales a uno de los tipos que se habían colocado entre ellas y Chapo.

La pelirroja, por su parte, adoptó la postura Niunja Sogi de Taekwondo.

—Os podéis poner como queráis —dijo el gordo—, pero tú de aquí no sales vivo, mamón, ni vosotras dos sin un buen repaso. ¡Os vamos a follar vivas!

—¡Vaya —exclamó Jane—, y por salvar a esta gente hemos estado luchando!

—Escuu... —Chapo intentó volverse; no pudo—. Óyeme, ¿conocéis a Santiago Groussen? Lo conocéis, ¿verdad? Porque él sí que conoce a Churl el Tuerto, que debe ser vuestro jefe... Y es precisamente él, Santiago Groussen, quien nos ha mandado venir aquí, cabrón abusivo. Así que suéltame ahorita.

Le dieron la vuelta con brusquedad. El chino que lo sujetaba tenía la complexión de una excavadora. El que estaba a su lado era un tipo moreno, el rostro surcado de cicatrices, que blandía una barra de hierro con una empuñadura forrada de cuero.

—¿Es que conocéis al presidente Groussen? —preguntó este último.

—Es nuestro amigo, gilipollas —dijo Liz desde detrás de la barrera de tipos que las retenían—. Os habéis metido en un lío de cojones al molestarnos.

El chino gordo miró al de las cicatrices y dijo:

—¿Qué opinas, Habib? Si estos mendas dicen la verdad, es que son importantes, ¿crees que nos darán un buen rescate por ellos?

—Dicen la verdad, Hu. ¿Qué clase de tarados se meterían por aquí si no se creyeran a salvo? Bueno, se los llevamos al jefazo y que él decida.

Hu el gordo empujó a Chapo hacia la boca de un túnel redondo que se abría en una de las paredes de la plaza, el lugar por donde ellos habían salido, y le dijo:

—Camina, vamos a ver qué hacemos con vosotros.

—OK —dijo Chapo levantando las manos—. Pero tranquilos, ¿OK?

Uno de los que vigilaban a las mujeres intentó empujar a Liz hacia el túnel. Una afilada hoja de acero relampagueó junto a su cuello.

—¡Qué no me toques te he dicho! —La militar saltó como una pantera y descargó un puñetazo en el rostro del hampón. Escuchó un grito en respuesta.

—¡Maldita put...! —Se dobló sobre sí mismo. El acero repiqueteó en el suelo.

Otro de los guardias saltaba sobre el dolorido cuerpo de su compañero y se lanzaba contra ellas con el rostro congestionado por la ira. Tal como llegaba, lo detuvo en el aire plantándole su pie en el centro del pecho. El hampón emitió un sonido semejante a un globo deshinchándose. La pelirroja lo sujetó por las solapas y giró sobre sí misma, lanzando su cuerpo sobre su cabeza y estrellándolo contra la pared.

El primero empezaba a levantarse cuando Liz saltó sobre él y le clavó los dedos en el cuello. Así que los dos se quedaron en el suelo, medio inconscientes, y ellas se enfrentaron al único que quedaba en pie, un tipo flacucho que las miraba atónito.

—¡Basta ya! —gritó Habib, haciéndolas volverse. Hu había sacado un pistolón y lo apoyaba en la sien de Chapo—. Estaros quietecitas, nenas, o lo próximo que vais a ver son los sesos de vuestro amigo estucando la pared. Y vosotros dos... ¡Levantaos del suelo, mamones! Vergüenza debería daros que dos putitas os tumben de ese modo.

Bajaron por el túnel y empezaron a caminar por la subvía. Chapo pensaba que la disposición original de Nueva Marina debía de haber sido muy parecida a la de Guanajuato, en México, con las calles para los peatones y el subsuelo para el tráfico rodado. Quizá fue la intención de los que diseñaron la ciudad, pero Marte nunca había tenido demasiados vehículos y la idea no llegó a funcionar. El ambiente estaba mal iluminado por malolientes velas de sebo, lámparas de aceite o de biogás. Por todas partes se arracimaban hombres y mujeres andrajosos, que los observaron con recelo cuando pasaban y luego volvían a sus asuntos.

Chapo recordó las palabras de Santiago Groussen en Hecatepolis:

—Podéis manteneros dentro del programa que los religiosos han preparado para vosotros: visitar las pirámides de Elysium, un recorrido turístico que incluye los volcanes de Marte y el monumento levantado alrededor de la Viking I, sobrevolar el Valle Marineris, visita a las zonas más pintorescas de Santa Marina y un recorrido por los monasterios... Pero si queréis conocer la verdadera cara de Marte, tenéis que ir

a...

«Hijo de la gran chingada. Si esta es la verdadera cara de Marte, que le hagan la cirugía estética —pensó Chapo—. ¿En qué lío nos habrá metido?».

Abandonaron el túnel y se encontraron de repente en una zona de vegetación exuberante, que estaba separada del resto de la ciudad por un muro de plástico de invernadero. Hu y Habib los llevaron a través de un laberinto de huertas y plantas creciendo en macetas. La presencia de vida vegetal era casi opresiva, y Chapo calculó que era para la producción de oxígeno. En los campos trabajaban varias personas harapientas, que ni se molestaron en mirarlos cuando pasaban.

La «casa» a la que se dirigían estaba perdida en mitad del follaje. Era una plataforma redonda de cemento alisado a mano, con columnas en las esquinas, y los techos y las paredes hechos con cajas vacías de cartón, uralita, rafia y lona alquitranada; parecía una mezcla entre casa japonesa cutre y choza de bosquimano.

Pero en su interior la cosa cambiaba por completo. Lanudas alfombras persas, suaves como el green de un campo de golf; paredes adornadas con cortinas de elaborados diseños geométricos. Cómodos divanes bajos, cojines de seda en los rincones; cuero y cobre repujado por doquier. Una mesita con incrustaciones de nácar y ébano, soportando una gran tetera de plata y sus tazas correspondientes.

El cenador justo en su centro imitaba un patio de la Alhambra de Granada, rodeado de naranjos, que gracias a los jardineros tenían flores todo el año. El perfume de azahar se mezclaba con el de jazmín, creando una atmósfera de jardín estival. Resultaba difícil de creer que al otro lado de la pared de plástico se extendía la sórdida urbe.

Una convincente imitación de la Fuente de los Leones gorgoteaba y murmuraba, recreando un ambiente somnoliento. Una mesa larga de madera estaba dispuesta cerca de ella, con un hombre grueso y carilleno sentado en la cabecera, con perilla gris y nariz prominente cubierta de venitas, vestido con un albornoz negro y un turbante blanco. Un parche de seda azul, bordado con hilo de oro y perlas, cubría su ojo izquierdo.

Sujetaba la carcasa de un pato entre los dedos llenos de anillos, y se quedó paralizado con la boca abierta cuando vio entrar a Habib y a los demás en el cenador.

—Disculpa la interrupción, Churl —dijo Habib adelantándose y haciendo una reverencia—, pero hemos encontrado a estas dos mujeres y a ese tipo en el corredor, y dicen que conocen a Santiago Groussen. No creo que sea verdad, pero...

El anciano dejó muy lentamente la carcasa de pato sobre la mesa, y luego se limpió las manos con una servilleta. Entrecerró su único ojo para mirar a los tres extranjeros y les hizo una señal para que se aproximaran un poco más.

—Pero, Habib, hombre, ¿es que no sabes quién es esta gente?

El interpelado sacudió la cabeza, mirándolos confuso.

—Pues no. No los había visto en la vida.

—Pedazo de idiota, ¿es que no ves nunca el canal de noticias? Estos son héroes... ¡Los héroes de la Zheng He! —Se volvió hacia los extranjeros y les dijo—: Así que mi hermano os convenció para que vinierais aquí.

—Churl el Tuerto, supongo —dijo Liz Nogales—. Sí, Groussen nos propuso que viniésemos a conocerte, pero si llegamos a saber el recibimiento que nos ibais a dar... Ha sido una suerte que tus hombres conserven sus testículos en el envoltorio original.

Churl soltó una carcajada y se dirigió a Hu y Habib:

—Ya lo habéis visto: ¡Héroes!

Churl se puso en pie y condujo a las dos mujeres del brazo hasta sus asientos. En torno a la mesa y sobre la alfombra persa, un criado había dispuesto tres grandes almohadones de terciopelo. Chapo ocupó el suyo en silencio. Estaba muy lejos de sentirse cómodo con aquella situación, pero decidió mantener la boca cerrada y esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas.

El Tuerto dio unas palmadas y ordenó más comida a otro criado. Hu, Habib y los otros tres matones se retiraron detrás de los naranjos, fuera de su vista.

—Tenéis que disculpar la humildad de mi casa —dijo Churl sentándose de nuevo en la cabecera de la mesa—, viviendo bajo cúpula no hay necesidad de resistir el viento o la lluvia, así que no somos muy exigentes con la arquitectura, cosa de tener algunas paredes alrededor. Pero la comida aquí es excelente.

Los camareros trajeron, uno tras otro, un desfile casi interminable de platos. De acuerdo con la tradición norteafricana, el orden de la comida no era rígido; los pasteles, dulces como para volver diabético a cualquiera, se combinaban con la carne y los vegetales siempre cubiertos de salsas picantes. Empezaron con bandejas de pasteles en forma de media luna rellenos con pasta de almendras, llamados tcharak, mejillones cocidos con especias, servidos sin cáscara y con abundante zumo de limón; una gran fuente de samsa, capas de masa casi transparente, alternadas con almendras tostadas molidas y semillas de sésamo al horno, cubierta con almíbar y limón; kotban, bolas de carne muy picada mezclada con cebollas, especias, hierbas aromáticas, ensartadas y cocinadas allí mismo en un fuego de carbón vegetal; y una ensalada de pimientos dulces, tomates y zanahorias, con tiras de jamón de pato asado.

—Probad las verduras, son de nuestro huerto y están deliciosas. Los moluscos y la carne vienen de granjas cercanas, de absoluta confianza.

—Todo está muy rico, pero sospecho que Santiago Groussen no nos envió hasta aquí solo para disfrutar de un banquete —dijo Liz con voz tan dulce como el almíbar que cubría el pastelillo que sostenía frente a la boca.

—¿Hay algo de mayor importancia que una buena cena con dos mujeres hermosas? —dijo Churl con asombro fingido—. Pero tienes razón, estáis aquí por algo importante, y puedo imaginar lo que es, aunque mi querido hermano no haya

tenido la delicadeza de avisarme de vuestra llegada. Os habría ahorrado ese mal trago. Pero hay que comprenderlo, es mi hermanito pequeño y siempre he estado preocupado por él porque es un chico tímido y apocado. Ni siquiera cuando lo puse al frente de la ACLM conseguí que se espabilase un poco. Qué le vamos a hacer, cada uno es como es.

—¿Usted puso a Santiago Groussen al frente de la ACLM? —preguntó Chapol—. Por lo que tenemos entendido, eso representa el gobierno civil de Marte.

Churl el Tuerto sonrió y le dio un mordisco a la punta de un tcharak.

—Marte es un lugar muy especial. Aquí los que tienen la sartén por el mango son los curas. La COMM, la Congregación de Monasterios Marcianos. Ellos hacen y deshacen, y nos consultan solo cuando les sale de sus santísimas pelotas. Esto es así porque los colonos laicos son pocos y desorganizados. Mineros en Hecatepolis y Alba Patera, granjeros y agricultores en Santa Marina y los silos de Melas Chasma, prospectores de agua en los polos... Todos ellos sin ningún tipo de conexión y dependiendo de empresas terrícolas, que eran las que hacían lo que les salía de sus pelotas, y que se fueron al carajo con el Exterminio. Al final, resultó que la única organización global, lo más parecido a un gobierno al margen de los religiosos, era la mía.

—Que es una especie de... mafia —aventuró Jane.

—«Una especie», no. Es una mafia. Y llamadlo como queráis. Más o menos, como esas otras mafias que fueron los Estados de la Tierra. Quiero decir, yo me ocupo de los míos, de que las cosas funcionen, de evitar que los «de fuera» se metan en mi territorio, de que la gente se sienta segura para hacer sus negocios y prosperar, y cobro por ello un impuesto bastante razonable. Y al que se desmanda, me lo cargo. ¿Qué tiene eso de extraño? ¿No es eso lo mismo que hacían los estados cuando aún existían? Así que cuando se necesitó un gobierno marciano al margen de las órdenes religiosas, yo era el único que podía responder a esa demanda. Lo malo es que no tengo buena imagen entre los jesuitas, y ellos me vetaron, así que tuvo que ser mi hermano.

El plato estrella fue el brik bil lahm, cordero picado y huevos envueltos en una masa delgada y fritos en aceite. Su llegada interrumpió la conversación. El plato lo merecía, era una obra maestra de la gastronomía y una exhibición de la habilidad de los cocineros de Churl Groussen, necesaria para envolver el huevo crudo con el relleno.

Cuando llegaron a los postres, Jane se vio obligada a desabrocharse un poco el cinturón. Sin embargo, no pudo evitar probar los pasteles de sémola con miel y las manzanas cocidas con canela y limón bañadas en agua de azahar y los dátiles rellenos con una mezcla de almendras y agua de rosas envueltos con azúcar y los buñuelos hechos con zumo de naranja y fritos en abundante aceite y bañados con almíbar de

miel.

Los camareros sirvieron etzay, té con un puñado de hojas de menta, y se retiraron. Churl Groussen se palmeó el estómago, como queriendo animarlo en su dura tarea.

—En realidad, comprendo la preocupación de mi hermano —dijo—, ya que los jesuitas han intentado envenenarme en varias ocasiones. Conociendo mi afición a la buena mesa, soy un blanco fácil.

Chapo casi se atragantó con el té. Liz y Jane que estaban a punto de tomar un sorbo, se lo pensaron mejor y dejaron la taza sobre la mesa.

—Han intentado... ¿envenenarle? —preguntó Chapo—. ¿Está...?

—Seguro no. Digamos que convencido. Ése tal Jacobo Kramer está detrás de mí desde que descubrió que controlo los sistemas de producción del planeta. Los sindicatos siempre han estado a mis órdenes, así que si quiero tengo los medios para estrangular la economía de Marte y someter por el hambre a los monasterios. Y como Dios no les haga llegar el maná del cielo, están listos.

Churl mojó en el té un pastelillo relleno de dátiles, canela y piel de naranja rallada, y lo olisqueó antes de comerlo.

—¿Y por qué haría usted algo así?

—¿Por qué? Porque un gobierno de curas no es lo que más le conviene a mi organización. Y menos con un desequilibrado como Jacobo Kramer al frente. Además, necesitamos mujeres, y de la Tierra ya no van a llegar. Necesitamos mujeres o nos extinguiremos, así de fácil. Y los curas tienen a todas esas monjas encerradas bajo llave para ellos solos. Cabrones. Es muy injusto, casi una burla dada nuestra situación.

—Pero su hermano nos habló del programa para extraer óvulos —dijo Liz.

—Ah, claro, esa es otra. ¡Óvulos! No sé lo que pensaréis, pero yo no querría un mundo así para mis hijos, con los fanáticos religiosos controlando todos los aspectos de nuestra sociedad, y controlando también los nacimientos de niños en sus laboratorios. Me da escalofríos solo de pensarlo.

—¿Está seguro de que Kramer ha intentado matarle? —preguntó Jane.

—Oh, claro. En varias ocasiones han envenenado nuestro aire y nuestra agua. Por eso nos desconectamos y nos aislamos en este sector. Aquí somos autosuficientes.

—¿Sabe lo que estoy pensando, Churl? —dijo Jane—. Que ustedes son como niños peleándose en un patio de Varsovia mientras los tanques nazis entran en la ciudad. Creo que no se dan cuenta de a lo que nos estamos enfrentando como especie.

—Me doy cuenta de a qué quieren los religiosos que le tengamos miedo. La Iglesia siempre ha usado el miedo como arma para someter al pueblo.

«Es lo malo de los inquisidores —pensó Chapo con desánimo—. Nunca encuentras uno cuando lo necesitas». Pero dijo:

—¡Qué le tengan miedo! O sea, qué onda con tu planeta, ¿se salió de órbita? ¿Es

que no has visto lo que ha pasado? ¡Abre los ojos, man, que la Tierra ya está finish. Out. Finito. Kaputt!

—Podría explicarse con un fenómeno natural... la explosión de una supernova o qué sé yo, no soy científico. —Churl hizo un gesto breve y cortante en el aire con el canto de la mano—. Pero no me creo que una tecnología, por avanzada que esta sea, pueda generar algo como el rayo de positrones que destruyó la Tierra.

—Tengo noticias para ti, y todas malas. Todo es real. Los alienígenas que subieron a nuestra nave eran una mierda muy real. ¡Asesinaron a cuatro de los nuestros!

Churl mantuvo la mirada con su único ojo, pero no dijo nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Liz—. ¿Cree que mentimos, que toda nuestra historia sobre el ataque alienígena a la Zheng He es pura propaganda?

—No lo sé. Decídmelo vosotros. Lo único que sé es que no quedó ningún rastro de los supuestos alienígenas que os atacaron. Y eso es bastante extraño.

—Churl, ¿ha considerado en algún momento al Sistema Solar como el escenario de un crimen? —le preguntó Jane mirándolo—. Observe este planeta, por ejemplo, alguien lo convirtió en un cadáver seco y helado hace millones de años, alguien le abrió una profunda herida en su corteza, deformando su circunferencia hasta el punto de cambiar su radio, alterando para siempre su clima. Transformándolo en el desierto estéril que ahora conocemos. ¿Y Venus? Gira de Éste a Oeste, en sentido contrario al resto de los planetas. Aparentemente, lo golpeó tan fuerte un gigantesco objeto desconocido que le hizo dar la vuelta y abrasó su atmósfera para siempre. Mire a su alrededor, existen muchas más evidencias como estas, huellas dejadas por un... asesino de planetas. Mundos arrasados, civilizaciones destruidas, el cinturón de asteroides... Estamos en medio de una guerra que empezó hace eones. Una guerra que quizá jamás lleguemos a comprender completamente, pero que no podemos seguir ignorando. Que no nos van a permitir seguir ignorando.

El vehemente discurso dejó a la pelirroja sin aliento y respiró hondo. Churl Groussen levantó una mano.

—Conozco mejor que nadie todas estas historias —dijo—, los jesuitas nos machacan a diario con ellas y aseguran que ellos son nuestra única y mejor esperanza para sobrevivir. Pero yo no estoy tan seguro. Tampoco lo estoy de si ustedes son unos héroes o unos farsantes, pero soy un hombre justo y juro que averiguaré la verdad. Solo quiero que le lleven un mensaje a Jacobo Kramer. Es este: somos la semilla de la futura sociedad humana. No basta con sobrevivir a los alienígenas de Oort, si es que esos tipos existen realmente, también tenemos que sobrevivir a las amenazas del pasado que hemos traído con nosotros a Marte. No podemos volver a cometer los mismos errores. No podemos volver a los tiempos del oscurantismo... ¡Es la hora de la revolución!

La nave era gigantesca y muy, muy, extraña. Una esfera de color bronce mate, de unos novecientos metros de diámetro. Su superficie estaba dividida en diez sectores de polo a polo, formados por placas hexagonales de tamaños decrecientes. Al igual que el pequeño transbordador en el que viajaban, no era un objeto construido sino engendrado. Al parecer, se podía estimular a los embriones de naves espaciales para que desarrollasen unas partes más que otras. Y eso era en lo que los técnicos dirigidos por fray Rafael habían estado trabajando mientras la Zheng He se dirigía hacia Marte.

Aquella nave había sido creada con una única e importante misión: el viaje a Júpiter. Al verla, Mamoru Okedo la bautizó de inmediato: Hoshikaze. «Viento estelar».

En el polo de la gran esfera se abría un enorme portalón circular como un ojo gigantesco, rodeado de un reborde cóncavo. Alrededor de este se levantaban dos filas concéntricas de enormes espinas doradas. Susana calculó que cada una de ellas alcanzaría los cincuenta metros de longitud.

—¿Qué son? —preguntó señalándolas.

—Los sentidos de la nave —le respondió Benazir Rajman.

«¡Los sentidos! Curiosa expresión», pensó la entrenadora de delfines.

La nave aumentaba de tamaño ante sus ojos, como un pequeño planeta aproximándose. Para completar la semejanza, incluso giraba con lentitud.

—Una revolución y media por minuto —murmuró Benazir. Calculó de modo casi instintivo—. Unos ocho grados y medio por segundo. Con cuatrocientos cincuenta metros de radio, eso representa una aceleración de un g en el ecuador. Puesto que la mayoría somos nacidos en la Tierra, estaremos como en casa.

El aspecto de la astrónoma musulmana había cambiado. Ya no se cubría el pelo con un pañuelo y lo llevaba suelto en una impresionante melena negra que le llegaba a media espalda. Estaba bellísima, y se preguntó los motivos de aquella transformación. Su vestuario también había cambiado; ahora era más colorido y se ajustaba más a su anatomía, que tendía decididamente a la voluptuosidad.

La compuerta mediría muy bien dos veces la eslora del transbordador. Se abrió, deslizándose en dos mitades. Ahora el ojo tenía una pupila que emitía una luz azulada. El transbordador se deslizó hacia ella. Lentamente.

Una enorme cámara giraba muy despacio, como un descomunal tubo de la risa. En las paredes había una serie de abrazaderas o grúas, sin duda para amarrar cualquier nave auxiliar que llegara. El transbordador atravesó el túnel con una leve sacudida, como si chocara con algo elástico. Se deslizó hacia el centro del hangar, mientras la compuerta se cerraba detrás de él con un chasquido audible. Dos

abrazaderas lo rodearon con suavidad, tirando hasta hacerlo descender poco a poco sobre la pared del cilindro. Hassan sintió cómo la fuerza centrífuga los apresaba al acercarse al suelo curvo.

—Pueden salir —anunció el piloto—. Presión de media atmósfera. Oxígeno en proporción adecuada.

—Es imposible que el hangar se haya presurizado tan rápido —dijo Susana.

Benazir se volvió hacia ella.

—¿No ha oído cerrarse el portalón? Eso quiere decir aire.

—Es verdad —tuvo que admitir Susana. No sabía por qué, pero aquella mujer empezaba a caerle mal, realmente mal.

—Es un... bueno, como una barrera de fuerza o algo así, que impide que escapen las moléculas de aire, pero no los objetos mayores. ¿Se ha dado cuenta de que la nave pareció tropezar con algo al entrar? Era la presión del aire al otro lado. Como al meter la mano en el agua; hay una leve resistencia en la superficie, como una membrana invisible, debido a...

—Gracias. Sé lo que es la tensión superficial —la cortó Susana algo irritada.

Benazir Rajman era una listilla. Bueno, como ella. No era eso lo que le desagradaba de aquella mujer, sino el hecho de que fuera una listilla y a la vez tuviera éxito social. Algo que Susana nunca había logrado y que la llenaba de envidia. No había más que ver con qué soltura se relacionaba con los tíos, coqueteando lo justo para idiotizarlos y conseguir lo que quería. No había más que ver cómo la miraban, da igual que fueran religiosos o científicos, todos babeando fascinados por su presencia y por sus enormes ojos negros. Incluso había notado que a Hassan le cambiaba levemente la voz cuando hablaba con Benazir. Y eso, desde luego, no le gustaba nada.

Salieron de la cabina, cerraron la puerta a su espalda y abrieron la esclusa. Un remolino de viento los zarandeó, mientras se igualaban las presiones de ambos lados. Indudablemente había aire.

La cámara era una antesala cilíndrica, la mitad de larga que ancha. Susana distinguió compuertas de varios tamaños, planchas deslizantes, grúas y otras cosas. Le recordaba la cubierta de una superplataforma pesquera. La pseudogravedad era débil, como un quinto de g aproximadamente. Benazir los condujo a una puertecita, en la base del cilindro opuesta a la entrada.

—Detrás del mamparo hay un hangar —explicó—. Ésta antecámara es solo para lanzar o recibir naves auxiliares. Las compuertas son, obviamente, una medida de seguridad, por si falla el quiénsabequé que retiene el aire.

Aquello no la tranquilizó precisamente. A Susana no le gustaba que su vida dependiera de un artefacto que ni ella ni nadie pudiera controlar. Y ahora, Benazir admitía no tener ni idea de cómo funcionaba el sello invisible. Pero así estaban las

cosas.

Tras la cámara cilíndrica se abría un hangar de quinientos metros de largo, repleto de transbordadores como el que los había traído. Por el suelo discurrían unos raíles, sin duda para remolcarlos hasta la antecámara. La iluminación procedía de racimos fluorescentes, agrupados en el eje del cilindro. Allí debía haber una veintena de naves, si no más. Parecía el aparcamiento de un centro comercial un sábado por la tarde, pues con ellas habían llegado unas horas antes Hassan, Okedo y el resto de la gente de la Zheng He, además de los religiosos, autoridades e invitados al acto de botadura.

—Nada de esto estaba aquí, por supuesto —aclaró la astrónoma señalando a su alrededor—. El casco crece prácticamente vacío, excepto los motores.

—¿Y seremos capaces de pilotar esta cosa? —le preguntó Jin Shunji.

—No se preocupe —le aseguró Benazir—, los mandos y las interfaces son las mismas a las que estaban acostumbrados en la Zheng He. Los hemos diseñado así. El cerebro de la nave se encargará de interpretar sus órdenes y adaptarlas.

Siguieron a lo largo de la generatriz del cilindro, con pasos ágiles por la baja gravedad. Susana calculó que caminaron unos trescientos metros; más o menos, estaban casi en el centro de la esfera. Llegaron a una abertura en el suelo curvo, de la que arrancaba una rampa descendente. Benazir los condujo a una galería colgante o balcón sobre el bosque. Se asomaron a la barandilla y contemplaron el paisaje desde una altura de unos trescientos metros.

Bajo ellos se desplegaban, como si lo observaran desde un globo, grandes parches verdes, un pequeño lago, fuentes e hileras de arbolitos. El suelo se curvaba como un valle. Susana se fue haciendo una imagen. El interior de la esfera escondía un hábitat toroidal, como un donut dentro de un pomelo. El torus estaba situado justo bajo el ecuador, el lugar adecuado para disfrutar de la máxima gravedad. La antesala y el hangar formaban un cilindro a lo largo del eje de rotación, del polo al centro de la esfera. El cilindro encajaba en el agujero del torus.

—Ésta nave parece diseñada para acomodar a mucha gente durante mucho tiempo —dijo Jin Shunji—. ¿No sabéis para qué las usaron los antiguos marcianos?

—Aún no se han encontrado registros sobre ello —admitió Benazir.

—¿Qué hay en el resto del volumen? ¿Almacenes, combustible, motores?

—No lo sabemos con certeza. Bueno, en realidad hay grandes tanques esféricos para combustible. Los llenamos de agua y... voila, la nave funciona.

—Pero los motores...

—No tenemos ni idea. Son de fusión, evidentemente, pero no sabemos cuál es su aspecto, o su tecnología. Están encerrados en una cápsula de unos cien metros de diámetro, cerca de la popa de la nave.

—¿Nunca han intentado abrir esa cápsula? —se extrañó Shunji.

—Sí. La explosión creó un falso amanecer en todo un hemisferio de Marte. Por supuesto, no hemos vuelto a intentarlo desde entonces.

Ahora se encontraban debajo del hangar cilíndrico, sobre una galería anular de tres metros de alto, que colgaba de la parte interna del torus. Un breve paseo les permitiría contemplar todo aquel mundillo a vista de pájaro. La luz que iluminaba el paisaje emanaba de debajo de la galería. Eran como moscas sobre la pantalla de una lámpara.

—En la órbita de Marte se están produciendo ahora docenas de naves como esta. Toda una flota para vengar a la Tierra —dijo Benazir.

—Pero necesitaréis tripulaciones —replicó la piloto china—, y la población total de Marte no supera las cincuenta mil personas.

—Eso es lo mejor de todo. Cada una de estas naves es como un caballo o un animal de carga con una inteligencia similar. Lo único que necesita es un jinete que lleve las riendas. Del resto se encargará ella sola.

—No puede ser tan sencillo —dijo Susana—. Y si lo es, me parece bastante inquietante. ¿Y si estas naves que estáis produciendo a miles empiezan a... soltar coces?

Benazir la miró, quizá extrañada por sus reticencias.

—No tenemos otra opción, Susana. Sin esta ayuda milagrosa que nos legaron los antiguos marcianos no tendríamos ninguna oportunidad de sobrevivir. Pero no te preocupes, como te he dicho hemos adaptado estas naves para que la experiencia de tripularlas sea similar a la de una nave común. Y vosotros, los héroes de la Zheng He, sois nuestra mejor opción para tripularla en el viaje hasta Júpiter. —Se volvió para mirar a los demás, y añadió—: Vamos, la ceremonia va a empezar de un momento a otro.

—Que no tiemble vuestro corazón, ni se acobarde —dice Jesús—. Fijaos en estas palabras, hermanos, porque son fuente inagotable de consuelo y de esperanza...

La Hoshikaze había acogido a varios representantes de la COMM y de las agrupaciones de colonos de Marte, entre los que abundaban los chinos y los europeos del este. Todos estaban un poco apretados en el comedor. La botadura, que incluyó varios discursos políticos y una misa cristiana, estaba resultando demasiado larga para Hassan. Se volvió hacia Susana, que había llegado con el último transbordador, y la muchacha le hizo una mueca de fastidio. Ella, como judía no practicante, tampoco le veía el sentido a aquella ceremonia. La mayoría de la tripulación de la Zheng He era sintoísta o budista, pero todos guardaban silencio por respeto a las nuevas autoridades de Marte.

—Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde —repitió el sacerdote dominico—. Hermanos, todos hemos vivido una intensa experiencia: la experiencia de la propia debilidad, la experiencia del límite de nuestras fuerzas, la experiencia del que

no tiene dominio sobre su propia vida y teme perderla. Pero no olvidéis que el triunfo de Cristo resucitado es el triunfo de la Humanidad redimida del pecado y de la muerte. El Hombre ha sido rescatado para siempre de toda angustia mortal, de toda ansiedad hacia su futuro. Cuando Jesús murió, murió también el temor ante la muerte. Uno murió por Todos. Uno resucitó para Todos. Jesucristo, sensible a todo dolor humano, a toda fragilidad, a toda lágrima nacida de la impotencia. El Espíritu mismo de Jesús se hace presente allí donde el hombre sufre y le asegura, como dice San Pablo: A todo el que sufre, la Victoria final.

Miró a los presentes con la tensión pintada en su rostro. Tendría casi setenta años, era grueso y carilleno, con una frondosa barba blanca y una nariz pequeña, ojos pequeños y bastante juntos. Groussen les había informado que sería el representante de la COMM en aquel viaje. Su nombre era Heinrich, logró recordar Hassan. El sacerdote tenía cierto aspecto de Papá Noel despistado.

El dominico continuó en voz más alta:

Dios Todopoderoso y Eterno, que en la Resurrección de Jesucristo nos has hecho renacer a la vida Eterna, haz que los Sacramentos den en nosotros fruto abundante, y que el alimento de Salvación fortalezca nuestras almas para vencer al Maligno. Por Jesucristo Nuestro Señor...

—Amén —respondieron como un solo hombre los religiosos allí congregados.

Bendito sea el Nombre del Señor. Nuestro auxilio es el nombre del Señor. La Bendición de Dios Todopoderoso —su mano se movió tres veces vertical y horizontalmente—, Padre, Hijo, y Espíritu Santo descienda sobre esta nave y su tripulación.

Hassan miró alrededor. Santiago Groussen permanecía impasible en medio del grupo de autoridades civiles. Era evidente que la decisión de incluir a un religioso en la tripulación de la Hoshikaze no les había gustado nada.

Poco después, mientras las autoridades empezaban a embarcar en los transbordadores, Jane Whitebread, Elisa Nogales y Chapo Robles se acercaron al comandante Mamoru Okedo.

—Señor, ¿nos permite un momento? —le pidió Jane.

El comandante Okedo se volvió hacia los tres.

—Por supuesto —dijo—. Su capitán ya me ha informado de que esta vez no vendrán con nosotros. Les echaremos de menos, son ustedes unos buenos soldados.

—Nos gustaría acompañarles, comandante —dijo Jane—, pero la gente que gobierna ahora Marte quiere que nos quedemos. Con nuestra experiencia en combate, seremos más útiles aquí como instructores para el ejército que Kramer quiere organizar.

—Lo comprendo —dijo Okedo—, y me parece una buena idea. Estoy seguro de

que las autoridades de Marte encontrarán el modo de utilizar su talento.

—Gracias por su comprensión, señor —respondió Liz.

—Ha sido un honor tenerles en mi nave —dijo Okedo saludándolos con un seco cabezazo—. Y ahora, si me disculpan, tengo que aprender a controlar la nave más rara que jamás nadie haya imaginado. Sayonara, amigos míos.

—Kouun wo inoru yo, comandante —respondió Jane.

Okedo hizo una breve reverencia, a la que los tres respondieron, y luego se dio la vuelta para dirigirse al puente de la Hoshikaze.

—Tengo la sensación de que la buena suerte la vamos a necesitar nosotros —dijo Liz—. Ir a Júpiter y enfrentarse a lo que sea que se oculta allá, no va a ser tan complicado como bregar con la mierda que nos espera acá.

—Pienso igual —dijo Chapo.

—Lo suscribo —suspiró la pelirroja.

Los tres se dirigieron al transbordador.

El ingeniero Fong Shangou estaba calibrando los instrumentos de la nave con ayuda de la primer oficial y de Ziyi. Varias terminales estaban desarmadas y los monitores colgaban a un lado sujetos por una maraña de cables multicolores. Cuando vieron entrar al comandante, ambos se pusieron en pie y lo saludaron.

—¿Todo en orden por aquí? —les preguntó Okedo.

—Todo es bastante extraño por fuera —dijo el ingeniero—. Pero por dentro se parece mucho a nuestra vieja Zheng He, solo que bastante mejor. La potencia del motor de fusión es... Asombrosa.

—Comandante —dijo Shunji—. Como ya sabe, la COMM ha insistido en meter a un nuevo miembro en la tripulación.

—Imagino que se refiere a ese dominico —dijo Okedo de mal humor.

—Así es, comandante. Además de sacerdote, el padre Heinrich es paleontólogo. Está al tanto de las investigaciones del Departamento de Exobiología de Santa Marina y Jacobo Kramer cree que puede sernos útil.

—Pero es un hombre muy viejo —dijo Ziyi—. Eso puede darnos problemas.

Okedo frunció los labios en un sutil gesto de indiferencia.

—Ésta es una nave gigantesca y somos menos que en la Zheng He, así que hay sitio de sobra —dijo—. En principio no tengo inconveniente. Pero hubiera preferido que ese Kramer me hubiera consultado de antemano.

—Está claro que esto es un asunto puramente político, comandante.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —gruñó Okedo.

Unas horas después, cuando la Hoshikaze estuvo lista y con todos sus sistemas calibrados, se desacopló del muelle orbital. Manióbró con sus motores auxiliares, hasta situarse lo bastante lejos como para encender sin peligro su reactor.

Empezó a acelerar lentamente, alejándose de la órbita de Marte.

El gran espejo cóncavo de cuarenta y cinco metros de diámetro se convirtió en una gran boca de fusión. La Hoshikaze misma quedó minimizada por el gigantesco penacho de llamas azules que se formaron a partir de ese punto. Una débil vibración fue sintiéndose por todos los rincones de la nave, y las cosas empezaron a caer hacia un lado bajo la acción combinada de la rotación y la aceleración lineal.

El comandante Okedo anunció por los altavoces que la aceleración iría aumentando progresivamente, hasta estabilizarse en un g en una hora.

—Esperemos que así sea... —añadió dubitativo a micrófono cerrado.

Mientras la Hoshikaze creaba un falso amanecer en el hemisferio nocturno de Marte, Jane Whitebread, Chapo y Liz Nogales, llegaban a su nuevo destino.

La nueva base de la COMM en Elysium Planitia llevaba en servicio menos de un mes. Una semana atrás, el transbordador había descargado media docena de grandes cajas metálicas, llevando el famoso emblema del tetraedro de los laboratorios de Elysium bien visible. Herméticamente cerradas y rodeadas de un aura de secreto, las cajas se almacenaron en un hangar especial bajo estrictas medidas de seguridad.

Unas horas después de abandonar la Hoshikaze, Jacobo Kramer les había informado que tenían para probar el nuevo equipo. ¿Qué era? Ah. ¿Para qué arruinar la sorpresa? Jane se preguntaba a qué tanto aspaviento. Los antiguos marcianos estaban resultando una mina de ideas, y una semana sí y otra también, les llegaban noticias sobre la última maravilla de la civilización marciana. Los supervivientes del Exterminio se estaban acostumbrando a una tecnología en continuo cambio.

Sin embargo, el sigilo que rodeaba a aquellas era extraordinario. El hangar estaba cerrado por una compuerta de acero con una malla de alambre mono-molecular en la parte interior y detectores de movimiento. Nada físico podría atravesar jamás aquello.

Jane, siempre seguida por los dos, atravesó la esclusa y se libró de su traje de vacío. Vestidos solo con monos de faena, se detuvieron ante la puerta. Por el rabllo del ojo vieron al salir a un guardia de la garita y avanzar hacia ellos con un dedo en el gatillo de su fusil. Le entregaron los pases que Kramer les había dado y el impertérrito cancerbero los miró y remiró. Los pasó por un lector de tarjetas que llevaba al costado. Se encendió una luz amarilla. Volvió a mirarlos. Hizo que apretaran sus pulgares contra un círculo de plástico en el lector. Se encendió una luz verde.

Les devolvió los pases y alzó un reluctantante par de dedos hacia su sien.

—Es evidente que los pocos humanos de Marte ya han llegado a la fase de la paranoia —dijo Liz con mal humor.

—No me extraña —apuntó Chapo—, después de conocer al Tuerto yo tampoco me fiaría de cualquier despistado que se acercara por aquí.

Entraron en una nave bastante grande, capaz de albergar un par de transbordadores. Un grupo de científicos jesuitas los aguardaban.

—Llegáis con retraso —dijo uno de ellos saliendo a su encuentro.

Era un hombre de unos dos metros de altura, robusto y con cara de bonachón.

—¿Es usted el padre Eduardo? —le preguntó Jane—. Jacobo Kramer nos dijo que nos reportáramos a él al llegar.

—Lo habéis encontrado. Yo soy Eduardo. ¿Todo bien en la ceremonia?

—El padre Heinrich hizo un sermón muy inspirado y la Hoshikaze partió sin problemas. Así que imagino que sí, todo bien —dijo la pelirroja.

Se volvió hacia sus compañeros, por si tenían algo que añadir, pero ellos solo tenían ojos para las seis moles que se alzaban detrás del padre Eduardo, como cíclopes petrificados. Entonces Jane comprendió que ese era el motivo por el que estaban allí.

—Por todos los... ¿Qué se supone que es eso?

—Las nuevas armas desarrolladas a partir del ADN marciano —dijo Eduardo—. Robots de combate. O eso parece. Recién salidos de los bancos de las pirámides.

Aquellas cosas eran tremendas. Cuatro metros de altura, con una enorme cabeza ovoide, cubierta por las familiares escamas de todo diseño marciano, una cresta de púas doradas, los órganos sensoriales. El cuerpo era un cilindro metálico del diámetro de un tronco de árbol, bajo el breve cuello articulado que sujetaba la cabeza. Del cilindro colgaban los brazos y las piernas. Estas se doblaban hacia atrás, como las de un ave. Los brazos eran tan largos que se apoyaban en el suelo. Terminaban en tres garras escamosas de aspecto muy siniestro.

El conjunto era una mezcla de orangután cabezudo y papagayo.

Chapo tuvo que desnudarse por completo, y luego caminar descalzo por la plataforma de metal helado que estaba situada junto a uno de los autómatas. Encogido sobre sí mismo, temblaba sin poder contenerse y se tapaba el sexo con las manos.

—Ay chingado —gimió con los dientes castañeteando—. ¿Esto era necesario?

El religioso que manejaba la plataforma no respondió, simplemente empujó la palanca que hacía que esta ascendiera hasta situarse junto al cabezón del artefacto marciano. Con un sonido pegajoso, se abrió como las valvas de una almeja descomunal.

Chapo miró dentro... y sintió como si su almuerzo se negara a ser digerido. Parecía una ostra cruda de dos metros de largo. En su interior vio tensarse fibras de aspecto orgánico y cubiertas de mucosa. Un lecho de carne grisácea, mojada y palpitante.

—Métase dentro —dijo el jesuita que estaba junto a él.

—¿Está de guasa?

—Es seguro. No tiene nada que temer.

Chapo se estremeció al imaginarse tumbado sobre aquel lecho pringoso.

—Bueno —se encogió de hombros—, entre más me lo piense peor me va a ir.

Saltó por encima del borde como si se estuviera metiendo en un descapotable, y con un sonido viscoso desapareció en el interior. Las dos valvas se cerraron.

Al otro lado del hangar, el padre Eduardo se dirigió a Jane y a Liz.

—Su turno, señoras —les dijo apuntando con el pulgar a dos plataformas

similares que estaban situadas junto a sendos robots, como Robespierre señalando la guillotina a unos nobles franceses—. Las monjas les ayudarán a prepararse.

Las dos mujeres se desnudaron y subieron a sus respectivas plataformas. Estas se elevaron manejadas ahora por dos monjas Clarisas. Las cabezas se abrieron igual que la del robot de Chapo. «Bueno —pensó Liz Nogales—, nosotras no nos vamos a quedar atrás».

—¿Los piercings serán un problema? —preguntó Liz señalándose las orejas y el puente de la nariz.

—Ninguno. Por favor, métase —dijo sor Impavidez.

Metió un pie. Aquella ¿carne? era tan fría, húmeda y viscosa como había imaginado. Se dio la vuelta y se sentó. Sus nalgas desnudas tocaron aquella repugnante sustancia y sintió el deseo de ponerse en pie y salir de allí.

—Tumbese —le instó la monja—. Y extienda los brazos.

Se tumbó, muy lentamente, estiró sus brazos tatuados a ambos lados del cuerpo. Cuando toda ella estuvo en íntimo contacto con aquel material, este empezó a ponerse tibio. Intentó incorporarse; no pudo. ¡Su espalda estaba pegada a aquella asquerosidad! Mientras se preguntaba cómo era posible, vio algo horripilante. La sustancia empezó a deformarse, generando un sinfín de pseudópodos que se extendieron por su torso, brazos y piernas. Mientras avanzaban por su carne, su color viraba del gris al granate. Liz necesitó de todo su autocontrol para no vomitar cuando comprendió que aquella cosa... entidad... organismo... se estaba alimentando de su sangre.

Nuevamente intentó levantarse, y comprobó que estaba firmemente adherida a aquella porquería. Y de forma más sólida, a cada minuto que pasaba.

—Dios mío —gimió—, que alguien me saque de aquííí...

—No se preocupe —dijo la monja—, no hay nada peligroso en esto.

—¿Lo ha probado usted? —Aquella puta de hábito blanco no se dignó responder. La tapa empezó a cerrarse como la de un féretro.

—No estoy segura de poder soportar esto —dijo intentando sonar razonable.

La cabeza se ajustó con un chasquido, y hubo un inacabable período de oscuridad. Había decidido empezar a gritar cuando se hizo la luz a su alrededor.

Una iluminación extraña, que mostraba colores algo equívocos. No era como si la cabeza del robot se hubiese vuelto transparente. Era mucho más raro. No podía ver su propio cuerpo; ni siquiera tenía una visión periférica de su nariz. Trató de mirar atrás... y casi se desmayó del susto.

No sentía la conocida tirantez de los músculos del cuello. ¡Sin embargo, veía el hangar a sus espaldas, como si su cabeza hubiera girado sin esfuerzo ciento ochenta grados! La sensación era enloquecedora. ¿Qué le estaba pasando?

Por lo que sabía sobre los instrumentos marcianos, Liz sospechó que aquello era

una ilusión, proyectada directamente en su cerebro por el mejillón pegajoso que la envolvía. No estaba viendo por medio de sus ojos, sino del sistema sensorial de la cosa. Para comprobarlo, los cerró. Seguía viendo sin dificultad.

En apariencia, solamente la visión estaba afectada. Al tacto, su cuerpo seguía envuelto en... Uaagh.

«Es tan solo un autómeta —se dijo—. Otra jodida máquina marciana como la Hoshikaze». Se preguntó si también podría ver el ultravioleta, o el infrarrojo.

—¿Cómo te sientes, Liz? —La voz de Jane retumbó en su cabeza. La ilusión también se extendía al sonido.

—Como si me hubiera meado en las bragas.

—Tened cuidado con lo que decís —dijo la voz del padre Eduardo—. Todos en el hangar podemos oíros.

—Lo siento. No sabía.

—Me da igual que me oigan —bramó Chapo—. ¿Quién ha sido el hijo de la gran chingada que ha parido esta cosa? ¡Esto es bien cabrón!

—Se acostumbrarán antes de lo que creen —dijo el padre Eduardo—. Bien, amigos, vamos a comenzar con la primera lección: aprender a andar.

El robot de Jane cobró vida y avanzó hacia él, con movimientos suaves y vigorosos. Se detuvo a pocos pasos frente a Eduardo.

—¡Magnífico! —exclamó el jesuita—. Parece que lo haya hecho toda la vida.

—Lo mío son los trajes espaciales. Si me olvido de las babas no es tan distinto.

—¡Muy bien, Jane, me has dejado asombrado! —exclamó Eduardo—. Chapo y Liz, ahora os toca a vosotros. Intentad dar unos pasos hacia delante. Ánimo, pero con cuidado. No hemos encontrado andadores de ese tamaño.

Chapo observó que los otros religiosos se habían esfumado prudentemente. Estaba claro, se suponía que él iba a manejar aquel cacharro, ¿pero cómo?

—Estoy pegado aquí dentro, como un jodido sello en la lengua de una puta vaca. ¿Cómo espera que me mueva, pater?

—Intentad andar con normalidad. Vamos.

—¿Con normalidad?

—¿Liz?

—Lo estoy intentando, padre. Un poco de paciencia, joder.

De repente, el robot de Liz Nogales cobró vida. Pero una vida muy diferente a la de Jane. Empezó a sacudir brazos y piernas, como si tuviera la enfermedad de Parkinson. De repente empezó a avanzar de lado, sin control.

—Ayayayayay... —se oyó gritar a la muchacha.

—Párate —vociferó Jane—, te vas a romper la cabeza, idiota.

El robot describió un confuso paso de baile, y acabó estrellándose contra la fila de tres robots vacíos. Chocó contra el primero, desplazándolo contra el segundo, que

chocó contra el tercero con un gran estruendo. Jane esperó verlos caer como fichas de dominó, y se sorprendió al comprobar que eso no sucedía. Los robots sin tripulante se movieron, zapateando contra el suelo, hasta conseguir volver a quedar equilibrados e inmóviles.

—No hay ningún peligro —dijo el padre Eduardo con tranquilidad—. Los robots marcianos no pueden caer.

—Se han movido como si tuvieran vida propia —dijo Chapo, estupefacto.

—Y la tienen —explicó el jesuita—. Su sistema nervioso no es más complicado que el de una lombriz. Todo reflejos, pero sin mente. Necesitan de nosotros para moverse; solo tenéis que desear andar, y ellos se ocuparán del resto.

—Parece muy fácil dicho así, pero...

—Y es fácil —insistió Eduardo—. Inténtalo tú, Chapo.

Fácil. Como dice el Zen: «El águila no vuela; abre sus alas, y siente que está volando». Es una bella frase, pero Chapo no conocía declaraciones de águilas al respecto. Intentó concentrarse, aunque era difícil hacerlo cuando se está sepultado en jalea viscosa. Se esforzó por empujar su pierna derecha hacia delante; no consiguió moverla ni un milímetro. Pero la pata derecha del robot se elevó lentamente y se detuvo en el aire, como si hubiera quedado congelado al ir a dar un paso. El cuerpo se inclinó levemente a la izquierda, guardando un equilibrio perfecto. Él no había intervenido en esto último.

—Estupendo, Chapo, lo estás haciendo muy bien.

Animado por las palabras del instructor, bajó la pata y elevó la otra. Dio un par de inseguros pasos hacia delante. El robot no perdió el equilibrio en ningún momento.

El Zen estaba en lo cierto, después de todo.

—Muy bien, Chapo —dijo Jane—, tienes verdadero talento.

—¿Lo dices en serio?

—No. Pero no ha estado mal.

—Elisa Nogales, tu turno —la animó Eduardo.

El robot de Liz anduvo torpemente hacia ellos y paró en seco.

—Muy bien. Un diez a todos —dijo el jesuita mientras se dirigía a otra plataforma—. Ahora esperad un momento para que ocupe mi propio robot y saldremos del hangar para dar unas vueltas por el patio.

Unos minutos después, los cuatro robots abandonaban el hangar. El del padre Eduardo iba delante, y los otros lo seguían con la elegancia de un trío de borrachos sobre patines. Chapo estaba seguro de que si alguien lo estaba grabando, se reiría de sí mismo cuando lo viera. Pero en ese momento no tenía tiempo ni humor. Estaba demasiado absorto en el proceso de mover un pie metálico tras otro.

Una sucesión de extraños caracteres, verde fosforescente, aparecieron en el aire frente a él. Algunos cambiaban rápidamente, desapareciendo por la parte inferior del

campo de visión, otros permanecían inmóviles.

—¿Qué chingada es eso? —preguntó.

—¿El qué? —preguntó Eduardo.

—Esos símbolos.

—Escritura marciana. No te esfuerces, nadie la entiende totalmente.

—Pero... —aquello no le gustó nada— puede ser importante. Quizá me está advirtiendo: «Va a darse usted un buen madrazo: ¿cancelar, aceptar o ayuda?».

—Sin duda es importante —admitió Eduardo—, los que diseñaron estos robots se preocuparon de que resultaran bien visibles para el conductor.

—No te preocupes, Chapo, en la COMM están trabajando duro para descifrar la escritura marciana.

Con esta exigua esperanza, salieron a una gran explanada tras el hangar. Se había acondicionado como campo de entrenamiento, con varias dianas fijas y guías que corrían por el suelo para las móviles. El robot del jesuita se plantó en mitad de la pista.

—Quedaos ahí atrás —dijo, elevando una de las manos mecánicas con naturalidad. Un par de cilindros metálicos habían surgido bajo la barbilla del robot. ¿Cañones?

Efectivamente, el robot del padre Eduardo se volvió raudo hacia una de las dianas; los dos tubos empezaron a vomitar fuego. La diana saltó por los aires, destrozada en un abrir y cerrar de ojos. Un segundo después, otra de las dianas fijas corrió igual suerte.

Cada una de aquellas dianas tenía un diámetro de diez metros, y las ametralladoras del robot las habían reducido a astillas en décimas de segundos. Su potencia de fuego era realmente inconcebible. Un blanco móvil surgió de una trampa en el suelo, a la derecha, y corrió sobre los rieles cruzando frente al robot. La cabezota giró con vivacidad, y el móvil quedó envuelto en fuego.

Un nuevo móvil surgió a unos pasos frente al robot, y se elevó en el aire como un misil. El corpachón mecánico se flexionó hacia atrás, doblando las largas patas, y abrió fuego contra el objeto que se elevaba en aquel difícil ángulo, haciéndolo estallar antes de que recorriera unas decenas de metros.

El robot del jesuita se volvió hacia ellos. Los dos cañones humeaban bajo su cabeza ovoide; la cresta de púas doradas le daba un aspecto decididamente maléfico. A su alrededor seguían lloviendo minúsculos fragmentos del último blanco.

—Odio cualquier tipo de violencia y odio hacer esto —dijo el padre Eduardo con sinceridad—. Seguro que a vosotros se os da mejor. ¿Quién quiere ser el siguiente?

Tres garras metálicas se alzaron al unísono.

Chapo había esperado ansioso el momento de abandonar el traje. Se preguntaba cómo

lo sacarían, temiendo que la cosa podría durar horas; no fue así. Los jesuitas abrieron la cabeza del robot, aplicaron un electrodo a la tibia masa que lo llenaba, y de inmediato esta se retiró de la piel de Chapo, liberándolo.

Pero cuando se levantó tenía todo el cuerpo, excepto el círculo de la cara, cubierto por una costra espumosa de color hueso. Intentó quitársela con la mano, pero era tan dura como la goma, y parecía fundida con la piel.

—¿Y qué chingados es esto? —bramó. Empezaba a arrepentirse de haber entrado en el robot—. ¿Cómo se supone que debo quitarme esta porquería?

—No se preocupe —le dijo el técnico jesuita que lo atendía—, es perfectamente normal. Pensamos que es un sistema de seguridad por si el robot quedase dañado y sufriera una pérdida de presión. Ésa espuma es un polímero visco elástico que actúa como un traje de presión natural. Para quitársela simplemente tendrá que darse un baño químico a base de tolueno diluido... y listos.

—Oh, magnífico. Justo lo que me apetecía ahora: un buen baño de tolueno. Con sales aromáticas, quizás.

Después de media hora bajo la ducha, restregándose la piel con un estropajo áspero, se reunió con Jane y Liz en la cantina.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó la pelirroja.

—Como un chicle usado. Me pica todo el cuerpo.

—Es psicológico. No tardará en pasar.

Chapo observó las ronchas rojizas en el cuello de las dos chicas e imaginó que bajo el mono de reglamento tendrían el cuerpo cubierto de marcas iguales. Como él.

—¿Psicológico, eh? —dijo señalándolas.

—Nos acostumbraremos —dijo Liz con resignación.

—Eso me temo. —Chapo alzó una mano llamando al camarero—. ¿Qué estáis tomando?

—Kumiss. Leche fermentada. —Liz alzó un vaso con un fluido blanquecino.

—No me digas.

—Jane lo ha puesto de moda. Es la bebida típica de los mongoles. Aunque el auténtico kumiss se hace con leche de yegua, y este lo hacen con leche de vaca enana marciana. ¿Las habéis visto?

—¿Qué va a ser? —le preguntó el camarero inclinándose hacia él.

—Pruébalo, hombre, no seas aprensivo —le aconsejó Liz.

Jane sonreía, dibujada en su rostro aquella perenne expresión de chacota.

—OK, tomaré también uno de esos. Después del robot ya nada me asquea.

El camarero llegó con el brebaje y lo sirvió.

—Puedes dejar ahí la botella —dijo Liz sonriéndole.

Chapo miró el vaso al trasluz, tomó un largo trago y dijo:

—¡Chingado! No está mal del todo. Veremos qué viene después.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó la pelirroja.

—Me refería a los armatostes marcianos... No puedo imaginar qué otra cosa encontrarán todos esos grandes meollos que están trabajando en las pirámides.

—¿Echáis de menos la Tierra? —les preguntó Liz sirviéndose otro vaso.

—Joder que si la echo de menos —dijo Jane apurando el suyo de un trago—. Marte apesta. Se parece tanto a una patria como una madre a un trozo de alambre.

Chapo volvió a llenar todos los vasos y levantó el suyo.

—Lo que una vez fue, volverá a ser, o dejaré de ser quien soy... ¡Hasta ver a Dios, comadres!

No quedaba muy coherente, pero los tres brindaron por lo que fuese aquello.

—Con ayuda de artilugios como esos robots —dijo la pelirroja dejando su vaso sobre la mesa—. Por eso debemos continuar, aunque todo parezca una locura.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Chapo.

—¿Lo dudas? —Jane parecía confusa.

—¿Qué provecho puede tener algo así? Ha sido diseñado para la lucha cuerpo a cuerpo, ¿contra qué enemigos? Hasta ahora todo se ha resuelto lanzándonos un chingado rayo de antimateria. ¿Cómo podemos luchar contra algo así?

Jane lo miró a los ojos, muy seria.

—Estoy segura que esos robots tienen una misión que cumplir. Si los antiguos marcianos se tomaron la molestia de dejarlos ahí para nosotros...

—¿Para nosotros? ¿Cómo puedes decir eso?

—Por lo que sé, se le han hecho algunas modificaciones; básicamente están tal y como los dejaron los viejos marcianos, ocultos en largas espirales de ADN artificial, esperando a que nosotros los humanos los desarrolláramos.

—Igual que las naves. Ya lo sabemos —asintió Liz.

—Sí. Pero nosotros hemos conducido esas cosas con un enlace neurálgico. Algo muy fino, sin duda, y que fue diseñado centenares de millones de años antes de que el primer australopiteco vagara por la Tierra. ¿Cómo pueden encajar tan bien en nuestros sistemas nerviosos?

Chapo y Liz reflexionaron un instante.

—Quizás, los marcianos eran muy parecidos a nosotros —aventuró la segunda.

—Eso es improbable, dicen los científicos. Y yo les creo.

—¿Entonces? —preguntó Chapo, sirviéndose tranquilamente otro vaso de aquella pócima—. Quizá tengas una respuesta mejor.

—Puede que no. —La pelirroja le tendió el suyo—. O puede que sí...

Chapo llenó de nuevo todos los vasos.

—No sé si debería —dijo Liz—. Creo que ya bebí demasiado.

—No te arrugues cuero viejo que te quiero pa' tambor —rio Chapo.

Brindaron otra vez y apuraron de un trago el kumiss. No tenía demasiado alcohol,

pero sospechó que sus dos amigas empezaban a estar algo cocidas. Se lanzaban miradas insinuantes como si él no estuviera delante. Chapo suspiró, hacía mucho que sabía que Jane y Liz compartían algo más que su afición por las artes marciales.

«Mejor para ellas», pensó. Desanimado, miró hacia las otras mesas: varios curas, algunos monjes y unas pocas monjas que debían superar los cincuenta.

No, aquel no era el planeta apropiado para ser soltero y hetero.

El padre Lorenzo y el hermano Rafael permanecían de pie en medio de la atestada oficina de Jacobo Kramer. No había sitio para que los dos se sentaran y el jesuita no se tomó la molestia de fingir que esto le preocupaba.

Repantigado en su escritorio, simplemente preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué se les ofrece? Pensaba que ustedes dos estarían en la ceremonia a bordo de la Hos... ¿Cómo dicen que bautizó ese japonés a nuestra nave?

—Hoshikaze —le recordó el franciscano.

—¡Eso! ¡Se han perdido la fiesta en la Hoshikaze!

—Padre, tenemos un problema grave.

—¿Ah, sí? Los problemas nunca se acaban, ¿verdad, hermano Rafael? —Jacobo se sirvió un vaso de vodka y lo apuró de un trago—. ¿Y de qué se trata ahora?

—Verá, padre —dijo fray Rafael—, el padre Lorenzo se niega a continuar con el proyecto de reproducción asistida. Y con él, el resto de los médicos de su departamento.

—¿He oído bien, Lorenzo? —dijo Jacobo levantando una ceja—. ¿Te niegas?

—Rotundamente, padre Jacobo. Y le agradecería que se metiera el tuteo por salva sea la parte. «Padre Lorenzo» para usted, si no le importa.

Jacobo levantó las dos manos como si le estuvieran apuntando con una pistola.

—¡Tranquilidad, tranquilidad! —exclamó—. ¡Qué no cunda el pánico!

—Está borracho otra vez —dijo Lorenzo con desprecio.

—Pero esto se me pasa mañana, y en ti... es decir, en usted, la imbecilidad es un estado congénito y no adquirido, padre Lorenzo de los cojones.

Lorenzo se puso rojo como un tomate. Durante un momento, Rafael pensó que iba a agredir a su superior en la orden, pero no fue así. Lorenzo se dio media vuelta dispuesto a marcharse.

—Padre, se lo ruego —le dijo el franciscano tocándole la manga de la sotana.

—Éste hombre es imposible —bramó Lorenzo apartando el brazo—. No se puede razonar con semejante mastuerzo.

—¿De qué hay que razonar, padre Lorenzo? —le preguntó Jacobo desde el otro lado de su escritorio—. La raza humana está al borde de la extinción, y nuestra única esperanza está puesta en el trabajo de los médicos para reconstruir una base genética viable y con la diversidad suficiente. ¿De qué coño hay que hablar?

Lorenzo se acercó a él y puso los puños sobre la mesa. Era un hombre alto y ancho de espaldas, sesenta años bien llevados, con pelo color acero cortado a cepillo, tan duro y espeso que parecían el colchón de clavos de un faquir. Parecía más un viejo albañil que un médico, y si le daba un puñetazo con todas sus fuerzas al

enclenque de Jacobo Kramer, le iba a hundir aún más su cara de neandertal.

—La intervención artificial en el acto de la procreación —dijo muy lentamente, como si luchara por controlarse—, mediante técnicas reproductivas o genéticas, ofusca el acto del Creador e incurre en una violación a la Ley Natural, que tiene consecuencias en el Orden de la Providencia Divina. Antes de médico soy sacerdote, así que no me pida que condene mi alma inmortal por esto.

—¿Entonces? —exclamó Jacobo fuera de sí—. ¿Qué propone, padre, que la especie humana se extinga y deje de cantar alabanzas al Señor? Venga, ¿eso es todo lo que tiene que ofrecerme?

—Usted, padre, es un demente y un borracho —dijo Lorenzo con repentina calma, como si toda su furia hubiera pasado y se limitase a describir algo evidente para todo el mundo—. Sin pedir consejo ni opinión a nadie ha consentido y ha participado en la extracción de óvulos de nuestras pobres hermanas Clarisas, y también de las Misioneras de la Caridad. ¡Monstruo! Estos procedimientos son contrarios a la dignidad del ser humano, propio del embrión, y lesionan el derecho de la persona a ser concebida y nacer en el matrimonio y del matrimonio. Y obtener seres humanos sin conexión alguna con la sexualidad, mediante clonación, partenogénesis, etcétera, es una aberración.

—¿Es que no ve que estamos de mierda hasta más arriba de los cojones, hombre de Dios? —chilló Kramer—. En Marte no hay suficientes mujeres para asegurar nuestra supervivencia. ¡Y la mayoría son monjas! Estamos al borde de la extinción. ¿Es que eso no le conmueve?

—Si así tiene que ser porque Dios lo ha decretado, sea. La Voluntad de Dios por encima de todo. Usted, insignificante hombrecillo, no puede oponerse al Creador.

—Usted... —dijo Jacobo señalando al otro jesuita con un dedo acusador—, usted no tuvo problema para manipular el ADN que encontramos en las pirámides.

—Porque era ADN alienígena, estúpido. Pero no voy a mancharme las manos con material genético humano, ni voy a participar en actividades que impliquen actos masturbatorios o reproducción asistida. Y eso es todo lo que tenía que decir.

El padre Lorenzo salió del despacho con un portazo, y apenas la puerta se cerró tras él, un objeto pesado de cristal se estrelló contra el marco. Era un pisapapeles lanzado por Jacobo Kramer, ciego de ira.

—¡Hijo de puta! —chilló fuera de sí—. ¡Cabrón pedante hijo de la Gran Puta de Babilonia!

Fray Rafael corrió a su lado y evitó que el jesuita arrojara otro objeto contra la puerta cerrada, esta vez un pisapapeles hecho con un meteorito férrico.

—Tranquílese padre, por el amor de Dios, cálmese —le rogó.

—Ése cabrón se cree que es la voz, la mano y la oreja de Dios en Marte —escupió el jesuita—. Lo conozco desde el seminario, era un arrogante y un putero, y

no ha cambiado.

—Calma padre, calma...

—¡Lo quiero fuera de circulación ya! Que se vaya bien lejos con toda su mierda de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Un «arabesco lateral» sería lo oportuno. Que le den un puesto con un nombre rimbombante y ninguna autoridad, y una oficina en algún remoto hospital del polo sur.

—Podría hacerse, padre, pero no funcionaría —dijo fray Rafael.

—¿Por qué no? —Jacobó volvió su furia contra el franciscano.

—Cuando el padre Heinrich empezó a plantear sus reticencias sobre el proyecto de recolección de óvulos en los conventos de monjas, usted se deshizo de él dándole un asiento en una nave espacial con destino a Júpiter...

—Sí —Jacobó no pudo evitar una risita de satisfacción—, reconozco que no estuvo nada mal la jugada.

—Pero no sirvió de nada, padre. Eso tendrá que reconocerlo. Cuando el padre Heinrich se marchó, fue el padre Lorenzo quien ocupó su puesto. Como solían decir mis paisanos, fue «salir de Guatemala y entrar en Guatepeor». El problema es que lo que usted pretende hacer, aunque necesario, va en contra de la ética de la Iglesia. Y los que se le opongan siempre tendrán de su parte encíclicas papales tan claras como la Humanae Vitae del papa Pablo VI, para enfrentarse a sus proyectos y derribarlos.

Jacobó se quedó mirando al franciscano. Entrecerró los ojos.

—¿Y usted de qué parte está, hermano Rafael? Hable con sinceridad.

Fray Rafael mantuvo la mirada durante un rato, y dijo:

—Estoy del lado de la supervivencia de la raza humana, por el medio que sea. Si nuestra especie se extingue, no quedará ni el recuerdo de lo que una vez fuimos. Ni de nuestra cultura, ni de nuestra Iglesia, ni del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo.

—¿Entonces? —Jacobó abrió mucho los ojos—. ¿Tiene alguna idea?

—Mi idea es algo que parece que todo el mundo ha olvidado. Hemos estado tan ocupados con el trabajo de salir adelante después del Exterminio, y las órdenes religiosas de Marte están tan acostumbradas a trabajar independientemente, que nadie se ha parado a considerar un detalle bastante importante.

—¿Y cuál es?

—El Vaticano no existe. No tenemos Papa. La Iglesia está sin cabeza.

Jacobó Kramer asintió muy despacio, comprendiendo, y dijo:

—No me oírás decir esto muy a menudo, hermano, pero lo cierto es que me he equivocado por completo con usted. Cuando le conocí le creí un pusilánime...

—Ya lo sé.

—Bien, pues le pido humildemente perdón, porque... ¡menudos cojones tiene usted, hermano! —Jacobó le dio una palmada en el hombro y le sirvió un vaso de vodka que el franciscano rehusó con un gesto—. Dígame, ¿tiene ya idea de cómo

remediar esta carencia?

—Me he estado informando, padre... y sí, es posible.

Utopía era indigna de su nombre: una ciudad extremadamente fea y sórdida, incluso para los estándares de Marte. Situada en medio de la planicie de Utopia, un desierto sembrado de pequeñas piedras, y uno de los lugares más planos e insulsos del planeta, razón por la que había sido escogido como lugar de aterrizaje para la segunda nave Viking, allá por los años 70 del siglo xx.

El todoterreno atracó en el único muelle de la ciudad, y Rafael y Jacobo atravesaron las viejas y recauchutadas esclusas. Los acompañaba el padre Fidelio, un dominico encorvado y de piel biliosa, flaco como un mondadientes. Vestía el hábito blanco y negro de la Orden de Predicadores, y bajo el brazo llevaba un cartapacio de cuero que abultaba más que él.

Los tres caminaron por una calle polvorienta y estrecha que desembocaba en la plaza central de Utopía. En el centro, en lo alto de un pedestal de piedra, estaba la Viking 2, o lo que quedaba de ella. Trozos destrozados del aparato, tornillos, alambres, piezas de metal, se veían tirados por el suelo, entre restos de basura sin limpiar, cristales, trapos sucios, verduras podridas, excrementos.

—Cuando construyeron la ciudad pensaban que se iba a convertir en un centro turístico de primer orden —dijo Fidelio—, y que la gente vendría a ver la segunda nave terrestre que pisó Marte. Pero lo del turismo interplanetario nunca se hizo realidad, y si alguien de paso por el planeta quería visitar un sitio, era su gemela en Chryse Planitia.

Jacobó miró alrededor con desagrado. Desde luego, Utopía era la última ciudad del mundo donde uno querría quedarse atrapado más de unas pocas horas. Unos tipos siniestros y malencarados se iban concentrando en la plaza. Otros observaban a los religiosos desde lejos, asomándose a los portales hechos con materiales reciclados.

—No he venido aquí a hacer turismo, padre Fidelio —dijo el jesuita—, haga el favor de conducirnos hasta la casa de monseñor o tendremos que preguntar a esta gente tan amable que nos está rodeando poco a poco.

—Oh, por supuesto —dijo el dominico—, es por aquí... Solo he estado una vez en Utopía, pero este sitio es tan pequeño que no hay pérdida... Es ahí mismo.

Llegaron frente a un portal al otro extremo de la plaza, y Fidelio colocó su tarjeta electrónica en la mirilla. La puerta se abrió con un chasquido. La oscuridad interior pesaba sobre una escalera de caracol, iluminada solo en su tramo inferior por la luz polvorienta y rojiza que se colaba por la puerta. Empezaron a subir en fila india, casi a tientas, mientras el dominico les hablaba de monseñor Cho.

—Nació en Corea del Sur, el 16 de julio de 1968, justo un año antes de que el

Hombre pusiera por primera vez el pie en la Luna.

—Es decir, que ahora tiene cien años —dijo fray Rafael.

—Los tendrá en julio, sí.

—Nunca oí que hubiera un obispo en Marte.

—Arzobispo. Y su historia es bastante curiosa. Nació en una familia rica de Corea del Sur. Durante la Segunda Guerra Mundial, muchos cristianos coreanos fueron ejecutados por negarse a adorar al Emperador del Japón. Eso les dio prestigio entre sus compatriotas y extendió la fe entre ellos. Cho era uno, y a los doce años ingresó en el seminario de Gwangju y luego prosiguió sus estudios en el de Seúl, para culminarlos en Roma. Desde su juventud fue un hombre tan discreto como brillante. En 1994 fue ordenado sacerdote y volvió a Corea del Sur en 1996 como profesor de seminario. En 2015 fue consagrado obispo en Seúl, y durante su administración Corea del Sur llegó a tener un cincuenta por ciento de cristianos, más de veinticuatro millones. Un éxito sin precedentes que hizo que en 2033, la labor de monseñor Cho fuera reconocida con el título de Arzobispo de Seúl y Asistente al Trono Pontificio.

—Así que en 2033... —dijo Jacobo con sorna.

—Pues sí —asintió Fidelio deteniéndose en el rellano para acabar la historia antes de entrar en la casa—, justo a principios del 2033. Con la apertura el Concilio Vaticano III partió a Roma, y ese viaje resultó providencial para que monseñor Cho sobreviviera al ataque nuclear que Corea del Norte lanzó por sorpresa contra Corea del Sur, ese mismo año. Las dos Coreas dejaron de existir. Por razones obvias, Cho jamás pudo reintegrarse a su diócesis y Su Santidad el papa Pío XIII lo obligó a dimitir. Desprovisto de pensión vivió en la más absoluta miseria en Roma, ayudando a los sacerdotes en sus ministerios respectivos, hasta que algunos jesuitas que conoció en Montefiascone lo invitaron a visitar Marte. Vino en la Navidad de 2048, y aquí sigue.

—Un momento —dijo Jacobo sujetando al dominico por el brazo cuando este se disponía a continuar—. ¿Ha dicho que fue obligado a dimitir? ¿Cho ya no es obispo?

—Verá, padre —dijo Fidelio con el tono pausado de un burócrata—. La consagración episcopal otorga el poder de Orden y el de Jurisdicción. En tanto que deriva directamente de Cristo, el poder de Orden es «inmediato e inalienable». Los obispos no son vicarios del Papa, sino sucesores de los Apóstoles. Desde esta perspectiva, ¿es posible un obispo sin Iglesia? La respuesta es ampliamente positiva y no falta la casuística. Desde la Edad Media, el poder de Orden es indeleble en los obispos que lo han recibido, dado que la consagración episcopal confiere igualmente una alta potestas ordinis que la Iglesia no da en su nombre personal, sino en nombre de Cristo. En otras palabras, el Papa no puede destituir a un obispo. Monseñor Cho lo será hasta el día de su muerte.

—Pues apresurémonos, porque ese luctuoso día no está lejos —dijo Jacobo.

Entraron en la casa y los recibió un hombre de rasgos orientales, tan viejo que pensaron que sería el propio monseñor Cho. Pero era un criado filipino que los condujo hasta la habitación del obispo. Allí estaba tendido en una cama con dosel, en un cuarto atiborrado de cacharros de todo tipo, desde montañas de papeles hasta muebles desvencijados y recipientes de comida con su contenido casi fosilizado. El lugar apestaba a orines y a sudor, y apenas había espacio para moverse junto a la cama.

—Ah, han venido, les esperaba —dijo Cho levantando una mano.

Tenía el aspecto de un gorrión a punto de morir de hipotermia. Vestía una polvorienta dalmática diaconal, que sin duda se había puesto para la ocasión. Del ancho cuello de la prenda sobresalía su pequeña cabeza rapada, como un pajarito asomando de su nido. Tenía los hombros recogidos, como si viviera acurrucado sobre sí mismo o permanentemente muerto de frío, pero sus ojos rodeados de arrugas eran inquietos y estaban en guardia, como quién espera recibir un golpe fatal de un momento a otro.

Solo al cabo de un instante, Jacobo comprendió que monseñor Cho le estaba tendiendo la mano para que besara su anillo pastoral. Cosa que el jesuita hizo inmediatamente, clavando una rodilla en el suelo. Luego se lo ofreció a fray Rafael y a Fidelio.

—Bien señores, ¿qué se les ofrece? —musitó Cho con voz temblorosa.

—Hemos venido aquí para salvar a la Iglesia de su desaparición, monseñor —dijo Jacobo—. La situación es tan grave que solo vuestra ilustrísima puede evitar el fin.

—Solo soy un hombre —dijo Cho encogiéndose aún más en su dalmática—, pero haré cualquier cosa que esté en mi mano. ¿Qué tengo que...?

—Monseñor —empezó el dominico, abriendo ceremoniosamente su cartapacio y sacando una pluma de oro de un bolsillo—, soy el padre Fidelio, doctor en derecho canónico. Doy fe de que la Iglesia vive ahora una situación excepcional. Con la muerte del Papa, los obispos y la totalidad de la Curia Vaticana, nos corresponde adoptar medidas igualmente excepcionales. Por lo tanto, y en ausencia del soberano pontífice legítimo, reivindicamos para nosotros mismos la potestad de continuar con la misión apostólica de San Pedro. Sin embargo, para que esto se produzca legítimamente, y de acuerdo con la tradición de la Iglesia, su ilustrísima tiene que consagrar nuevos obispos.

—¿A quién? —preguntó Cho llevándose una mano a la oreja y poniendo cara de haberse perdido.

—A mí en primer lugar —dijo Jacobo dando un paso adelante.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Porque como obispo podré consagrar a más obispos, y luego entre todos elegiremos a un nuevo Papa que pilote la Nave de San Pedro en estos

procelosos tiempos.

—De acuerdo, ¿por qué no? ¿A quién dice que tengo que consagrar primero?

Con su eficiente pero misterioso motor, la Hoshikaze atravesó en solo tres meses el gran desierto entre las órbitas de Marte y Júpiter. Cabalgando sobre un gran cono de llamas de fusión, se situó en una órbita muy excéntrica en torno al orbe gigante, una elipse que intersecaba las órbitas de las cuatro lunas galileanas; el periastrio la llevaría más cerca del planeta que Amaltea, la luna más interior. Mientras se acercaban, el cerebro de la nave disparó una andanada de sondas y empezó a despertar a los humanos.

El rostro de Júpiter los miraba desde la gran pantalla semiesférica del puente, con el soberano despegó del Padre de los Dioses y de los Hombres.

El comandante Okedo y su tripulación estaban demasiado ocupados recuperando el control manual de la nave para disfrutar del momento, pero no así Hassan y Susana que contemplaban desde sus puestos la aproximación al planeta.

—Maravilloso, ¿no crees? —murmuró el andalusí pasando el brazo por encima de los hombros de Susana. La atrajo hacia sí—. Jamás soñé que vería esto en directo.

La muchacha se dejó abrazar sin aportar nada de su parte, fascinada por el espectáculo que tenían delante, y siguió admirando en silencio el planeta de nubes.

Júpiter se les presentaba como un gran plato bandeado en zonas claras, cuyo color oscilaba del blanco al amarillo, pasando por todas las gamas intermedias. Eran nubes más frías y más altas, y constituían centros de ascenso de gas. Alternaban con ellas los cinturones: bandas de colores más oscuros, pardo, castaño rojizo, escarlata o rosa salmón. Eran, respectivamente, bandas de altas y bajas presiones. Lo que en la Tierra serían anticiclones y ciclones. El gran radio del planeta y la gran velocidad de rotación originaban una intensa fuerza de coriolis, que los distorsionaba en bandas. En latitudes medias y altas, la disposición perdía su simetría, disolviéndose en un complejo muaré de plumas, estrías, rayas, torbellinos, lazos, puntos, remolinos, manchas...

Hassan notaba a través del brazo la frialdad que emanaba de aquella mujer. «Eres un bloque de hielo», le había dicho en una ocasión en la habitación del hotel que compartían en Hecatepolis. Ella había seguido con lo que estaba haciendo sin darle ninguna importancia a su comentario. Pero Hassan se arrepintió inmediatamente de sus palabras, porque sabía que no eran ciertas. Habían hecho el amor por primera vez en la piscina de la Zheng He, el día en el que Walter les había anunciado que no tenían ningún futuro. Para ella fue la primera vez. En aquel momento desesperado, se abrazaron con fuerza, se besaron intentando retener las últimas sensaciones de su humanidad.

Entonces no fue precisamente fría o tímida. Mientras sus bocas se devoraban, se

apretó contra él como si en aquel instante no deseara otra cosa que fundirse en una sola criatura. Sus manos recorrían su espalda y clavaba sus uñas en sus nalgas con un frenesí casi animal. Cuando la penetró, gritó de dolor.

Hassan aún no podía creer que ella fuese virgen. Pero lo era, y prefería no pensar en lo insólita que habría sido su vida para llegar en esas condiciones a su edad.

Pero después de su estancia en Marte, sus encuentros sexuales se habían ido volviendo cada vez más espaciados. Y no había sido porque él no lo intentase. Todo lo contrario, aquella mujer desconcertante, su cuerpo de bailarina, seguía volviéndole loco de deseo. Pero al parecer ella tenía otras cosas en la cabeza después de su entrevista con Jacobo Kramer. ¿Qué era? Hassan se lo había preguntado en numerosas ocasiones y ella no le había dicho nada en concreto. Solo generalidades: «Kramer cree que vamos a encontrar algo asombroso en Júpiter». Pero qué podía ser más sorprendente que descubrir la existencia de unos alienígenas que estaban empeñados en exterminarlos. Desde el punto de vista de Hassan, estaban curados de espanto sobre esos temas.

Pero de una forma u otra, fuera cual fuese el motivo, real o imaginario, sentía su relación como arena escurriéndosele entre los dedos, y cada cosa que intentaba para recuperarla solo lo empeoraba todo. Y a ella no parecía importarle en absoluto.

Ahora, al estar junto a ella, frente a aquel mundo titánico que parecía bramar en silencio con infinidad de tormentas que rizaban su superficie, Hassan sintió de nuevo crecer el deseo dentro de él y la atrajo un poco más fuerte. Ella se soltó de su abrazo.

—Muy bonito, pero me muero de hambre —dijo—. Te espero en el comedor.

—Yo seguiré en el puente —repuso él con mal humor.

—Siéntese aquí, Susana.

El padre Heinrich se había levantado, y señalaba amablemente una silla situada junto a él. En la misma mesa se sentaba George Martínez y Ziyi. No había nadie más en el comedor. Susana dudó un momento, pero consideró que sería demasiado descortés no aceptar la invitación. Tomó su bandeja y se acomodó junto a ellos.

—¿Tiene hambre? —le preguntó el religioso.

—Sí. Un hambre increíble.

—Es normal después de la hibernación —dijo Ziyi—. Nosotros también hemos despertado hace poco. Descubrirás que la cocina de la Hoshikaze es mucho más variada que la de la Zheng He.

Era verdad. Aunque el dispensador se parecía mucho al de su antigua nave, el contenido de la pantalla de menús parecía no tener fin. Susana se preguntó de dónde vendría. En algún lugar detrás de aquellas paredes y suelos metálicos había carne y órganos vivientes. El cuerpo del ser vivo que era en realidad la Hoshikaze. ¿Cómo fabricaría la comida para los humanos que vivían en su interior? ¿Tendría algo

parecido a unas glándulas mamarias capaces de generar todo tipo de nutrientes?

Mejor no saberlo. Pidió una sopa picante de algas y lentejas, champiñones rellenos de verdura, y zumo de naranja. El dispensador le entregó poco después los platos humeantes, y el zumo en un gran vaso de cristal empañado por el frío. Tenían un aspecto perfecto, y sabían igual de bien.

Susana comió en silencio mientras George Martínez relataba al padre Heinrich el ataque de las criaturas del cometa. Ya había transcurrido más de un año desde aquellos acontecimientos, pero para la tripulación de la Zheng He era como si todo hubiera sucedido la noche anterior.

—No comprendo cómo pudimos actuar de una forma tan chapucera... —estaba doliéndose el militar. Su mano hacía girar un vasito vacío de sake en el que parecía concentrar toda su atención.

—Después del estallido del cometa pensasteis que nada peor podría suceder ya —dijo el sacerdote—. Es humano. Os felicistais por haber salido todos con vida de ese desastre y bajasteis un poco la guardia.

—Nosotros no debemos bajar la guardia... En ninguna circunstancia.

—Nadie es culpable —dijo Ziyi—; la situación era demasiado excepcional. Teniendo en cuenta eso, creo que ustedes actuaron magníficamente. Esos seres son el Mal personificado. La única razón de su existencia es acabar con todos nosotros y con el mensaje que Jesús nos legó.

Susana acabó su comida y empujó la bandeja hasta el centro de la mesa.

—Tal y como lo expresa —dijo—, se diría que nos enfrentamos al Demonio.

Heinrich volvió sus apacibles ojos de anciano hacia ella.

—¿Es que aún lo duda? La nuestra es una batalla entre la Luz y la Oscuridad.

—Con qué facilidad se reparten las etiquetas del Bien y del Mal, padre —dijo Susana—. Pero usted además de sacerdote es científico. ¿No cree que deberíamos aprender más de esas criaturas antes de definir las como «El Mal»?

—¿Qué dice? —le preguntó George, asombrado—. Esas cosas han intentado exterminarnos. Quisieron borrar a nuestra especie del universo. Ahora no hay otro camino que la guerra total contra ellos.

—No le digo que no —dijo Susana—. Pero considerar a esos seres como representantes arquetípicos de la maldad, o como entes sobrenaturales, no nos va ayudar a combatirlos. La raza humana tiene una preocupante tendencia a hacer eso. En el pasado hemos convertido en demonios a gentes de otras culturas, incluso hemos demonizado a animales como la serpiente o el tiburón que solo luchan por sobrevivir, como todos.

—Pero tendrá que reconocer que esta vez es distinto y no hay lugar a las dudas —dijo el dominico con convicción—. Esos alienígenas provienen de la nube de Oort. Ésa es su naturaleza. Son, literalmente, hijos de la oscuridad. Durante toda mi vida he

buscado el astro responsable de los exterminios masivos en la Tierra. Y ahora hemos descubierto que el rayo de antimateria provenía justamente de la estrella Némesis.

—¿La estrella Némesis? —preguntó Susana.

—Era solo una hipótesis hasta hace poco, algo en lo que muy pocos creíamos: una estrella oscura situada más allá de la Nube de Oort, y que es responsable de las lluvias de cometas sobre el Sistema Solar. Un agujero negro, quizá. Sabíamos que la vida en la Tierra había sido destruida una y otra vez por cometas llegados de Oort. Ahora sabemos que todo el Sistema Solar interior ha sufrido el mismo destino.

—Sin embargo, según tengo entendido —dijo Susana—, esos cometas acabaron con los dinosaurios en la Tierra, permitiendo de ese modo que nuestros antepasados se desarrollaran. ¿Fue eso obra de Dios o de Satán? Para mí no tienen sentido ese tipo de preguntas y creo que no es buena idea lo de mezclar la religión con todo esto.

—La religión, señorita Sprintze, eso tendrá que reconocerlo, nos da la certeza de que existen actos buenos y otros que son intrínsecamente malvados. Y no hay duda de que los de los seres que nos han traído hasta aquí pertenecen al primer grupo.

—Quizá Susana tiene razón, padre —dijo George con una sonrisa que descubrió su deslumbrante dentadura—. La venganza es un plato que hay que servir frío. Tenemos que ser racionales si queremos triunfar sobre esos alienígenas.

—No creo que se trate de venganza —dijo el dominico—, sino de hacer lo correcto a los ojos de Dios. Eso es lo único racional en estos momentos.

—Los budistas piensan —dijo George— que al igual que cae la fruta madura del árbol, caen necesariamente las consecuencias de los actos humanos, buenos o malos. Y si no se recogen en esta vida, será preciso un renacimiento para ello. El acto bueno encadena tanto como el malo. No soy budista, pero no me negará que es un planteamiento interesante. En realidad no me importa si esos cabronazos hijos de puta (y perdone la expresión, padre) son el Mal o la Oscuridad. O si el Mal y la Oscuridad somos nosotros, según ellos. Todos esos asuntos me traen al paio. Solo quiero devolver fuego con fuego a los que nos atacaron e intentaron exterminarnos.

El padre Heinrich negó con un suave gesto de su mano.

—No puedo entender esa tibieza ante el Mal, ante lo inmoral. La Biblia nos da respuestas concretas. Solo tenemos que acudir a ella si queremos certeza.

—¿Respuestas concretas? ¿Qué lección moral podemos extraer del exterminio de los primogénitos de Egipto y otras tantas historias de la Biblia? —le preguntó Susana, que ya empezaba a estar harta del discurso de aquel religioso con cara de bonachón.

—Esos razonamientos hace tiempo que quedaron desfasados. La Iglesia reconoció que el Antiguo Testamento contiene numerosas historias ejemplares, que no tienen por qué ser rigurosamente ciertas.

—¿Y qué ejemplo moral obtenemos de la muerte de inocentes por un Dios todopoderoso? Y en la Biblia hay algo aún peor —tragó saliva con un gesto amargo

—, la idea que trasmite de que la Tierra le fue entregada al Hombre para que hiciera con ella lo que le viniera en gana... Recuerde el mundo nos legó la Religión.

—De cualquier modo —dijo Heinrich—, ese mundo ya no existe. Y lo único que nos queda para reconstruir el nuevo es la fe en Dios y la fuerza de nuestra alma humana. Sin esos recursos, querida mía, estamos muertos desde ya. Usted, y usted, y usted. Si ahora, justo ahora, les damos la espalda a los valores éticos y morales de la Santa Madre Iglesia, les anuncio que ya hemos perdido la batalla.

George asintió a las palabras del dominico, aparentemente de acuerdo con ellas. Ziyi apartó la vista. Pero Susana lo miró con preocupación y recordó que el setenta por cien de los habitantes de Marte eran miembros de órdenes religiosas. Se preguntó qué clase de sociedad podría surgir de algo así. Nada bueno, sin duda.

Susana abandonó el comedor y regresó al puente de la Hoshikaze. Los pasillos y habitáculos de la nave estaban dispuestos de un modo muy parecido a la Zheng He, por lo cual era fácil orientarse. Hasta los delfines tenían unos tanques que recordaban a aquellos en los que habían viajado desde la Tierra. Por supuesto, la explicación era lo que Benazir le había contado antes de partir, que aquellas naves orgánicas crecían con grandes espacios libres en su interior, unas vacuolas donde los ingenieros humanos podían insertar las estructuras y mecanismos a los que estaban habituados.

Nada más entrar en el puente, comprendió que algo importante estaba sucediendo allí. El ambiente era tenso y todos hablaban en voz baja, como si temieran ser oídos, con frases cortas y precisas. Instintivamente alzó la vista hacia la gran pantalla que cubría aquel recinto como una cúpula semiesférica. No distinguió nada en concreto, pero sintió que el vello de su nuca se erizaba. Había perdido el gusto por las sorpresas.

—Presenta una concentración bastante anómala de elementos pesados —estaba diciendo Fong Shangou—. Además es débilmente magnético. Pensábamos que era un meteorito de hierro níquel. Pero...

—Continúe —ordenó el comandante Okedo.

—Aquí está la dificultad, la masa es demasiado pequeña, apenas unos cientos de toneladas. Y es grande en volumen. Shunji está delimitándolo con un magnetómetro; como primera aproximación, diría que tiene varios cientos de metros de largo.

—¿Una concentración de polvo ferromagnesiano? —propuso Jin Shunji.

—Eso pensamos, pero también es ligeramente radiactivo; eso no concuerda.

—Esperemos a las imágenes antes de seguir especulando —dijo Okedo.

Minutos después, un parche rectangular en la gran pantalla mostró lo que la sonda estaba viendo. Se acercaba rápidamente a un objeto de forma vagamente familiar.

—Una nave —dijo Okedo rompiendo el silencio.

A través de los ojos de la sonda, la astronave alienígena parecía más bien un vehículo atmosférico. Era fusiforme, de unos trescientos metros de largo y treinta de

diámetro transversal; con dos pequeñas alas en el tercio anterior. Sobre el dorso (o bajo la panza), si es que las alas definían babor y estribor, había un objeto un poco más corto que la propia nave e igual de grueso. En el extremo de popa del objeto, si esta era el extremo menos ahusado, sobresalía lo que parecían ser toberas de cohete.

—No me gustaría pilotar esa cosa —comentó Shunji inspeccionando la pantalla con ojo crítico—. Esas alitas son ridículas, apenas veinticinco metros. No pueden dar mucha sustentación; además, están situadas demasiado a proa. ¿Quién volaría con ellas?

—Sí, es un disparate —confirmó Fong—. Además, no hay cubierta ablativa ni escudo antifricción. Diría que eso no ha volado jamás en una atmósfera.

—A partir de ahora, no nos precipitaremos —dijo Okedo. Shunji hizo un grave gesto de aprobación—. No podemos permitirnos correr el menor riesgo.

Susana aprovechó el breve silencio para preguntar:

—¿Habéis encontrado una nave alienígena?

—Eso parece —le dijo Hassan—. Una de las sondas detectó en los anillos un objeto, con un espectro raro. Variamos su rumbo para analizarlo, y resultó ser... eso.

—No creo que esa nave tenga cientos de millones de años como las pirámides —añadió Fong Shangou—. Parece un objeto relativamente reciente.

—Por lo tanto, si no pertenece a los antiguos marcianos... —empezó Shunji.

—Es una nave de nuestros enemigos —completó Fong.

—No adelantemos acontecimientos —les reprendió Okedo—. En el cometa no vimos que los alienígenas tuvieran nada como eso.

—¿Hay alguna posibilidad de que sea humana? —preguntó Hassan.

—No muchas. No sabemos de ninguna misión a Júpiter, ni de nadie que intentara semejante viaje antes del descubrimiento de Jacobo Kramer. A ver...

El ingeniero Fong hizo un ajuste y la imagen de la nave creció en la pantalla.

—Fijaos ahí —dijo.

El casco estaba atravesado por media docena de perforaciones. Amplió una de ellas. El boquete mediría sus buenos tres o cuatro metros de diámetro. Los bordes eran muy nítidos. Estaba claro que no eran impactos meteóricos. Shunji los señaló:

—A primera vista, eso parece hecho con un cañón láser o de partículas.

—Quizás esa nave perteneció a quienes mandaron a los monstruos, o a los mismos monstruos —dijo el ingeniero—. Bueno, sabremos más cuando la abordemos.

—Eso sí es extraño: la proa está acristalada —señaló Hassan.

En efecto, todo el morro de la nave era una cúpula ojival transparente; o más bien traslúcida porque algo enturbiaba el interior. Estaba formada por grandes paneles curvos de un material de brillo vítreo, enmarcados en un costillaje de metal, como el puesto de observador de un viejo bombardero.

—¿Un sistema de guía visual en una nave de ese tamaño? —se extrañó el comandante Okedo—. ¿Y tan expuesto?

—Eso daría un puente enorme —dijo Shunji—. ¡Más de treinta metros!

—A no ser que los pilotos de la nave fueran gigantes de diez metros de altura —dijo Hassan. Pero nadie encontró gracioso su comentario.

—Creo que lo mejor es examinarla de cerca —dijo Okedo—. Las imágenes, por buenas que sean, no pueden reemplazar a una inspección ocular. Shunji, vamos a acercarnos a la Hoshikaze un poco más. Fong, prepara la sonda robot y los trajes.

Hassan se asombró de la tranquilidad con que hablaban de abordar un objeto alienígena. Comprendió que la mente humana poseía esa capacidad de ajustarse rápidamente a lo asombroso e inesperado. «Quizá es la razón de nuestra supervivencia...».

—¿Quién va a entrar? —preguntó.

Souster-Loui apartó con una mano los montones de periódicos viejos que lo cubrían y, tras grandes esfuerzos, consiguió levantarse. La digestión de la sopa que le habían dado las monjas había despertado su sed. Sí, eso debía de ser. Buscó casi con desesperación la botella oculta entre el montón de papeles, y apuró con tristeza las últimas gotas de vodka. La levantó acercándola a sus ojos, asegurándose de que estaba totalmente vacía y la arrojó lejos con un gruñido. La botella rodó por las escalinatas del convento, y escuchó durante varios minutos el tintineo del vidrio. Levantó los puños al cielo con impotencia. Fobos destellaba a través de la cúpula de Santa Marina.

La vida se presentaba estremecedoramente simple ante Souster-Loui: si disponía de licor, era gris pero soportable. Si carecía de él, era un infierno. Un verdadero infierno. Loui sabía hasta qué punto podía llegar a serlo si no encontraba pronto combustible. Cualquier brebaje alcohólico, de cualquier graduación. Incluso vino.

Descendió lentamente las escalinatas, mientras mantenía los sentidos todo lo alerta que era capaz... lo que no era mucho, por desgracia. A ambos lados de las escalinatas del convento de las Hermanas de la Caridad se hacinaban vagabundos sin hogar como él. Hombres que habían acudido a Marte en busca de un nuevo mundo lleno de oportunidades, y que habían descubierto que en el planeta Rojo el fracaso se pagaba aún más caro que en la Tierra. «Aquí hasta el aire te lo cobran», le había dicho un tipo apenas llegó. Y era verdad, así que podía decirse que si aún estaba respirando era por compasión. Comía también por la caridad de las monjitas, pero a las muy putas esa bondad no les alcanzaba para darle algo de alcohol a un pobre hombre. Malditas.

Un aullido le llegó desde las sombras, frente a él. ¿Algún colega presa del delirium trémens? Dio un amplio rodeo. Vagabundos, borrachos y parias, ahora roncaban bajo montones de periódicos o bolsas de plástico, completamente dormidos en el estupor del alcohol. Su lengua chasqueó en una boca seca mientras su renqueante cerebro pensaba en whisky, vodka, ginebra, coñac... líquidos celestiales donde los hubiera.

Al doblar un muro se quedó tieso de espanto. En un instante las nubes de su cerebro parecieron despejarse por completo. Una muchedumbre enloquecida cruzaba la calle en dirección al convento. Centenares de personas armadas con palos y piedras arremetían contra el mobiliario público y lo destrozaban, volcaban las unidades de transporte, arrollaban los establecimientos rompiendo o robando la mercancía que encontraban. Al pie de las escalinatas, habían prendido fuego a un mendigo que pedía limosna. Los aullidos de aquel desdichado eran los que había oído Loui.

La riada de gente invadió la entrada principal del convento y empezó a ascender por las escaleras como una turba enloquecida. Con puños en alto, repitiendo los gritos: ¡Abajo los conventos! ¡Fuera monjas! ¡Muerte a los jesuitas!

Loui los vio abalanzarse hacia él, se dio media vuelta y corrió hacia el edificio gritando y pidiendo ayuda. La ola humana lo alcanzó por detrás y lo arrastró. Alguien le sujetó el brazo a la espalda, se lo retorció, y estrellaron su cuerpo contra las puertas del convento. Pensó que iba a morir allí, aplastado entre la multitud vociferante y las hojas de madera, pero las puertas cedieron y la turba penetró en el edificio religioso como una inundación.

Rompieron los cristales y las telas metálicas de algunas ventanas de la planta baja del edificio. Por los huecos abiertos arrojaron gasolina, a la que prendieron fuego convirtiendo el lugar en un infierno de llamas. Las monjas intentaban escapar por los tejados y azoteas, ante las amenazas de muerte, los insultos y los golpes.

Loui contemplaba todo aquel caos con los ojos muy abiertos, atónito, mientras el tipo que lo tenía agarrado por la espalda lo arrastraba de un lado a otro.

Vio como varios hombres violaban a sor María, la anciana que removía el cucharón de la sopa mientras sus hermanas la iban sirviendo a los mendigos. Contempló esa escena estremecedora durante un momento, y el que lo arrastraba lo llevó de inmediato a otro lugar donde varios tipos derribaban con picos un muro de escayola. Oculto detrás de él encontraron un túnel que descendía hacia los sótanos del convento.

—¡Hay que encontrar el tesoro —gritaban—, las monjas tienen un tesoro!

Pero lo que encontraron fue la cripta del convento. Uno de aquellos energúmenos apareció de repente con el cadáver momificado de una religiosa, con el cual simuló estar bailando amorosamente mientras sus compañeros le reían la gracia. Sacaron cuatro momias más y un cadáver que apenas llevaría quince días enterrado, y queapestaba de tal manera que acabó con la diversión y levantó murmullos de protesta. Obligaron a los «graciosos» a arrojar los cuerpos al fuego, y siguieron explorando el túnel.

—¡Aquí debe haber un tesoro, estoy seguro! —gritaba uno.

Se metieron por túneles y más túneles, siempre llevando a Loui con ellos sin que este abriera la boca para protestar. Encontraron otro muro tapiado con escayola y los gritos de triunfo se mezclaron con los golpes de pico.

—¡Aquí, aquí está! ¡El tesoro, el tesoro!

Atravesaron el muro y se vieron rodeados por un imponente montón de escombros, candelabros cubiertos de telarañas, campanas rotas, cajas de velas defectuosas, santos descabezados, y cestos con todo tipo de trastos se amontonaban por todos lados.

—Esto es solo el basurero del convento —dijo una voz desilusionada.

—¡Puta mierda!

—¡Cuidado, que ahí delante hay un pozo! —advirtió otro.

Más que un pozo era un agujero en mitad del suelo. En aquella oscuridad, era muy fácil caerse por él. Uno de los tipos se asomó por el borde y escupió.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues a seguir buscando. Aquí hay un tesoro, estoy seguro.

—¿Y con esta morralla, qué hacemos?

Loui tardó un instante en comprender que el último que había hablado era el tipo que lo sujetaba, y que con «morralla» se referiría precisamente a él.

—Escuchen... murmuró. Yo no tengo nada que ver con las monjas...

—Es un parásito del convento —dijo otro—. Tíralo al pozo.

—¿Qué? No, no, esperen, yo solo pasaba por aquí, no soy...

—Fin de trayecto —dijo el que lo sujetaba junto a su oído—. Cuidado al bajar, amigo, hay un escalón de varios metros...

—Nnnnn... —intentó decir Loui.

Lo empujaron y cayó al vacío. Gritó pensando que iba a morir, pero aterrizó sobre un suelo blando y maloliente. Aquello era el vertedero de basura del convento.

—No se puede... —gritó Loui agitando su puño hacia lo alto—, no se puede arrojar así a un hombre a la ignominia.

«Ignominia». Se detuvo mientras hacía dar vueltas a la palabreja en su cabeza.

—¡Ig No Mi Nia! —se recreó en el sonido—. Oh, Señor, has arrojado a tu siervo a la más profunda igno... ignominia...

Ahora que sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad, empezó a apreciar más detalles del sitio en el que se hallaba. Era una gran caverna situada justo bajo el convento, y varios pozos como aquel por el que lo habían empujado confluían en ella para recoger los desperdicios y las aguas sucias de todo el convento. Pero había luz, y eso significaba que aquel lugar poseía una salida al exterior. Y había aire, así que esa salida no conectaba con el exterior de la cúpula de Santa Marina. Tenía una esperanza de escapar de allí, pero antes decidió explorar un poco más el sitio.

Se levantó con dificultad. El cuerpo le hormigueaba, temblaba de frío y le dolía la espalda. Necesitaba un trago más que nunca. Observó los montones de basura.

—¡Vive Dios, que me rehúsa justicia! —recitó—. Y el Omnipotente que me ha colmado de amargura...

En tiempos había sido actor de teatro, en la Tierra, y pensó que en Marte tendría un futuro. Se equivocó, claro, aquel no era un planeta para artistas.

—Que en el día del infortunio es preservado el malvado y es sustraído en el día de la ira. ¿Quién le echa en cara su conducta? ¿Quién le da su merecido por sus obras?... Y cuando es llevado al cementerio, vela sobre su túmulo; dulces le son los terrones del torrente, y todo el mundo marcha tras él, yendo delante gente sin número.

¿A qué pues me dais tan vanos consuelos, si de vuestras respuestas no queda más que falacia?... Y yo... necesito un trago. Necesito un trago urgentemente.

Empezó a rebuscar a la escasa luz, y su pie tocó algo que tintineó. Vidrio. Un reflejo condicionado le hizo pensar: vidrio = botella = líquido = licor. El último eslabón de la cadena era más bien probabilístico. Sin embargo, no le impidió buscar en frenéticos círculos. No tardó en encontrar un montón de botellas de diferentes marcas de licores y vinos, pero (ay) todas vacías. Enfurecido, dio una patada al montón.

Entonces oyó con toda claridad el sonido más dulce del mundo: líquido gorgoteando dentro de una botella. Aspiró profundamente, y hasta su congestionada nariz llegó el inconfundible aroma del whisky. Una botella de vidrio marrón rodaba, esparciendo un poco de líquido por el tapón vertedor. Aún a la escasa luz la identificó como Glen Deveron. Whisky escocés de pura malta. Aquello sí que era un tesoro.

Se acercó a la botella, ya inmóvil. Sin duda algún pater distraído la había arrojado a la basura; quizá el vidrio opaco le impidió darse cuenta de que aún quedaba licor. Se acercó muy, muy despacio a la botella, temiendo que un leve movimiento la haría vaciarse. Allí estaba, llena hasta un tercio. La cogió nerviosamente y empezó a beber. El primer trago le supo a gloria y le golpeó el estómago como una coz.

Volvió a levantar la botella...

Y entonces los vio.

Dos figuras emergían lentamente de la basura, justo frente a él. Eran dos hombres bastante altos y corpulentos, que lo miraban fijamente. Pero ¿qué hacían allí, en medio de aquel vertedero? No era posible. Debía tratarse de una alucinación.

—Oh, no. Delírium trémens no, por favor... No ahora.

Las dos figuras empezaron a avanzar hacia él. No parecían alucinaciones, parecían muy sólidos mientras caminaban aplastando la inmundicia que los rodeaba. Los brazos colgaban a los lados, rígidos, no se balanceaban al ritmo de las piernas.

Cuando aquellos dos individuos estuvieron a un metro de él, Loui empezó a gritar enloquecido por el horror. Sus rostros eran como traslúcidas máscaras de carnaval, y detrás de ellos se agitaban y retorcían manojos de serpientes.

Una de aquellas criaturas lo golpeó en el cuello con el dorso de la mano, que estaba tan afilada como una cuchilla, y los gritos de Souster-Loui cesaron.

Su cabeza rodó entre los montones de basura.

Comparados con los de Saturno, los anillos de Júpiter son demasiado modestos y están demasiado cerca del mucho más sobrecogedor planeta. Imponente y mayestático, el gigantesco disco de Júpiter llenaba el Universo. Nada parecía existir más allá de él. Los anillos se extendían a ambos lados hacia el infinito, una plateada autopista al Olimpo. Cerca de ellos, la autopista se volvía granulosa, se descomponía en partículas, y poco a poco estas se transformaban en enormes icebergs flotantes.

Contempladas desde aquella distancia las bandas ecuatoriales de aquel mundo enorme aparecían festoneadas por infinidad de remolinos, de una regularidad casi artificial. Todos los rasgos visibles eran estructuras nubosas. Júpiter no poseía superficie sólida, sino líquida, y estaba a gran profundidad bajo aquel océano de nubes.

Con un breve disparo de los chorros de maniobra, la Hoshikaze se acercó a unos quinientos metros del artefacto extraterrestre, y el grupo EVA salió por una diminuta compuerta para dirigirse hacia la astronave alienígena. Llevaban en vanguardia la sonda biomecánica, una araña esférica del tamaño de un oso, con una piel correosa cubierta de escamas rojizas y brillantes. Unas perforaciones abultadas, como cráteres, salpicaban su superficie, y por ellas surgían media docena de tentáculos cortos y gruesos, con un recubrimiento quitinoso multiarticulado. El conjunto era bastante terrorífico.

Aparte de las lentes, cámaras y antenas que la sonda sujetaba en aquellos brazos, Fong y Shunji le habían adaptado varios rifles controlados a distancia. Cualquiera que intentase atacarla iba a acabar en un instante como un cedazo.

—Ahora escuchad —dijo Okedo por la radio—. No os arriesguéis lo más mínimo. De momento, únicamente quiero una inspección exterior. Y no os acerquéis a menos de diez metros del casco.

Hassan había sido seleccionado por el capitán Medina para formar parte de aquella primera expedición. Poco a poco, la colosal astronave fue llenando el cielo ante él, eclipsando las estrellas. Contempló su entorno por medio de los espejos retrovisores de su casco, que le permitían ver en todas direcciones. A sus espaldas, relucía la extraña forma de la Hoshikaze. Los bloques de hielo los rodeaban, y la nave semejaba un desmesurado erizo de mar, abandonado en el Ártico.

Se separaron en dos grupos cuando se hallaban a unos cincuenta metros: Hassan y Ed Gallo por un lado, Fong y Medina por otro. Cada uno se dirigió a su sector. La sonda permanecería en un espacio intermedio para servir de repetidor, por si perdían de vista la Hoshikaze y con ello el contacto radial.

Cuando George Martínez sirvió varias ampollas de té caliente en el puente, el equipo ya estaba informando. Una parte de la pantalla mostraba la proa, que tal y como habían visto en las imágenes de la sonda, era acristalada.

—Me recuerda un B-17 de la Segunda Guerra Mundial. Lo único que le falta es una ametralladora en el morro —dijo Shunji tomando su té humeante—. Claro que, para guardar la escala, debería tener un cañón como el Gran Berta, cuanto menos.

—¿Podemos acercarnos más, comandante? —preguntó Medina—. Éste lugar parece estar muerto.

—De acuerdo —dijo Okedo.

Martínez le acercó su ampolla sin hablar. Okedo hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza.

La imagen de la proa creció. En un momento dado, la enguantada mano de Jesús Medina apareció en la pantalla y tocó uno de los paneles.

—Parece algo que está por dentro —opinó—. Yo diría que está cubierta de escarcha por la parte interior. Ahora Ed y Hassan se dirigen hacia la panza del artefacto.

—Shunji, despliega sus monitores en la pantalla —ordenó Okedo.

Ed Gallo se desplazó hasta enfocar la base del artefacto con su cámara. Justo bajo la proa aparecieron unas estructuras que parecían dos patas de mantis plegadas.

—Parecen brazos waldo. Pero... —murmuró Okedo—, ¿tendría eso sentido en una nave de este tamaño?

—Es ilógico, comandante —opinó Shunji—. Los vehículos con brazos son pequeños, para disponer de más maniobrabilidad. Esos bracitos debían ser tan poco útiles como las patas delanteras de un tiranosaurio.

Okedo tomó un sorbo de té, desconcertado. Volvió a dirigirse al equipo EVA:

—Capitán, ¿han encontrado algo parecido a una escotilla?

Hubo un silencio.

—Ninguna —informó Jesús Medina—. Aunque... —vaciló—. En la panza hay unas estrías que podrían ser las juntas de una gran compuerta...

—¿Pueden enviarnos imágenes? —pidió Okedo.

En la pantalla de Ed el casco se deslizó rápidamente. Estaba lo bastante cerca como para distinguir detalles. Escoriaciones, rayas, manchas que podrían ser letras de un alfabeto desconocido o simples sombras. De repente apareció una línea recta.

—¿Lo ven bien? Es como la junta de una enorme puerta.

—Me colocaré junto a ella como referencia para que puedan apreciar la escala —dijo Hassan.

El andalusí entró en la imagen transmitida por la cámara de Ed. Su traje espacial de color rojo vivo se veía diminuto en comparación.

—Increíble —murmuró Shunji—. Parece una gigantesca compuerta de carga.

Ésta nave puede abrirse como una enorme vaina de guisantes.

—¿Y por dónde entraba el personal? —preguntó Okedo—. No parece una buena idea lo de descomprimir toda la nave cada vez.

—Soy Fong. Aún hay algo más. Al acercarnos me ha parecido que esa joroba del dorso llevaba los motores. Es posible que allí esté también situado el sistema de soporte vital. Y hay unos conductos que entran en el casco. Me gustaría echarle una ojeada desde más cerca.

—Buena idea —aprobó Okedo—. Haced una nueva inspección, buscad cualquier cosa que se parezca a una compuerta de personal.

Medina y Fong se dirigieron al dorso para examinar aquella joroba metálica. Cuando llegaron, el ingeniero advirtió algo nuevo.

—La vaina es un módulo reemplazable —comunicó—. Las uniones al casco se pueden liberar. Por lo que parece, comandante, la bodega se abre para introducir la carga. Pero los motores son desmontables y están fuera del casco.

—¿Cuál es tu opinión como ingeniero?

—Que es una nave muy rara —afirmó Fong con un suspiro.

—Es alienígena —le recordó Okedo.

—Comandante —dijo Medina—, espero órdenes. ¿Qué hacemos, entramos?

—De acuerdo, capitán. ¿Tenéis idea de cómo hacerlo?

—Podríamos utilizar la mayor de las perforaciones, a estribor, creo que es lo bastante grande para que crucemos sin problemas.

—Afirmativo. Pero enviad la sonda por delante.

Los cuatro se reunieron con el robot. En el casco destacaba un boquete casi perfectamente circular, como hecho con sacabocados. Los bordes dejaban al descubierto unas fibras de aspecto orgánico. Parecían formar una rejilla alrededor de la cual se había solidificado el material del casco, que no era totalmente de metal sino de algún conglomerado fenoplástico con partículas metálicas. Fong tomó una muestra.

—Ésta nave no ha sido fabricada —dijo—. Ha crecido como la Hoshikaze.

La abertura tenía un aspecto siniestro. Negra como la tinta china, en medio de la extensa superficie metálica que brillaba al lejano sol.

—Envío la sonda —anunció Shunji desde el puente de la Hoshikaze.

El robot dio señales de vida. Unos breves chorros de gas lo pusieron en movimiento, avanzó recto y despacio hacia la abertura. Poco antes de entrar hizo una breve corrección y se encendieron sus focos. Desapareció en la abertura. Silencio total. Los cuatro sentían sus nervios tirantes como cuerdas de piano. Jesús Medina palmeaba amorosamente el grueso tubo de su rifle automático.

—No hay nada —dijo Shunji.

—Perdón, Hoshikaze —dijo Medina—, ¿qué quiere decir con nada?

—Exactamente eso, capitán —contestó la oficial tras una pausa—. La nave está vacía. De proa a popa, todo el interior es una sola cámara vacía. La buena noticia es que no parece haber ningún peligro.

—Tampoco nada que lo justifique, pero podéis entrar —anunció Okedo.

Hassan se sentía como un explorador que llega a una costa desconocida, tras pertrecharse concienzudamente, se adentra en la jungla... y, a los tres pasos, descubre que está en un atolón. Porque, efectivamente, lo que había dentro de la nave era... nada.

Un inmenso espacio cilíndrico, iluminado por una vaga luz grisácea. A través de los cristales semitransparentes de la proa, entraba la luz reflejada por Júpiter, que era como la de un día nublado en la Tierra. Las paredes parecían cubiertas de escarcha plateada que brillaba bajo los focos.

Una figura con escafandra penetró por la abertura, impulsada por su mochila, como un emperador flotando en un mágico trono volante. Dos rayos de luz salían de sus hombros; era Ed Gallo. Se detuvo, y con los eyectores de la mochila, giró lentamente sobre su eje para verlo todo.

—No esperaba una manada de hombrecitos verdes a los que decirle «llevadme con vuestro jefe», pero... bueno, esto es decepcionante —murmuró.

—Vamos hacia la proa —dijo Medina, que ingresó tras ella.

Se pusieron en marcha. Era una sensación fantasmal. El bio-robot abría la marcha, mientras los astronautas se deslizaban por aquel largo túnel al vacío.

Fong se había aproximado al interior del casco.

—Hay algo en la pared —dijo—. Es como una red de arterias encajadas en unas depresiones de la superficie interior... —Frotó la escarcha con la mano.

—¿Alguna idea de lo que puede ser? —preguntó el comandante.

—Esas acanaladuras de las arterias tienen que ser para difundir el calor. Pero no tiene sentido. ¿Por qué no calentar el aire, en lugar de la pared?

—A no ser —murmuró Shunji— que lo que la nave transportaba debiera mantenerse en íntimo contacto con la misma pared.

—Lo extraño es que no hay nada más aquí dentro —dijo Hassan—. Si esto es una nave espacial, ¿dónde están los mandos, las pantallas, todo lo demás?

—No me gusta cómo van las cosas —dijo Okedo con voz grave—. Lo extraño y lo desconocido ya nos ha demostrado en el pasado su capacidad para ser letal. Así que será mejor que regresen de inmediato. Cotejaremos aquí los datos y sus impresiones.

—Creo que la nave ha sido desmantelada en parte —dijo Fong, ya en el puente de la Hoshikaze—. Desmantelada para transportar algo muy voluminoso. Suponed...

digamos, que hay que transportar un rebaño de vacas en un autobús. ¿Qué haríamos? Quitar todo lo que haya dentro: asientos, barras, estantes para bultos de mano. Abrir una gran puerta de entrada y bloquear o reemplazar las normales. Quien examinara ese vehículo, se sentiría desconcertado por, digamos, los agujeros del suelo, donde antes se atornillaban los asientos. Esto es lo que nos pasa a nosotros. Lo que transportó tenía que ser algo muy grande y valioso, porque, para dejarle sitio, piezas tales como el soporte vital y los motores fueron desplazados fuera del casco, donde son más vulnerables.

—Bonita teoría; pero tiene un defecto —dijo Okedo.

—¿Cuál?

—Al modificar el autobús, hay algo que no se puede eliminar en absoluto; el asiento del conductor. ¿Dónde está el tablero de mando? ¿Vieron algo parecido?

—No —admitió Fong. No la hacía feliz que le destrozaran su gran idea.

—Comandante, creo que sé dónde pueden estar situados los mandos —dijo entonces Susana, asombrándolos a todos que se volvieron para mirarla.

Nunca le había gustado ser el centro de atención, pero ahora no tenía más remedio. Soportó la mirada inquisitiva de sus compañeros e intentó calmarse y ordenar sus ideas. ¿En qué demonios estaba pensando? Susana aún no lo sabía con certeza. En su cabeza todo giraba a gran velocidad, como la ruleta de un calidoscopio. Casi sentía los chasquidos de las ideas al ir chocando y engarzándose, como un puzle que se estuviera completando en su mente. Recordó las palabras de Jacobo Kramer. ¿Y qué era aquel jesuita sino un loco? No tenía sentido nada de lo que le había dicho. Nada. La idea de que todos tuviéramos una memoria de especie grabada en los genes le resultaba espeluznante. Recuerdos de un pasado inconcebible que solo asomaba en nuestras más oscuras pesadillas. Historias de remotas guerras que enfrentaron a monstruos alienígenas antes de la existencia del Hombre, pero de las que no quedaba ningún vestigio sobre la cambiante superficie del planeta Tierra. La percepción nebulosa de una maldad esencial, abrumadora. Un vacío entre las estrellas poblado por criaturas tan diferentes a lo humano que un hombre podría enloquecer ante su visión...

—Susana —Hassan la tocó en el hombro y la sacudió—, ¿qué te pasa?

Ella salió de sus pensamientos que eran como un abismo que quisiera tragársela y miró al andalusí a los ojos.

—Sé lo que es esa nave —le dijo—, y también sé dónde están los mandos.

—¿De verdad? —le preguntó Fong—. Pero usted no es experta en naves espaciales, y ni siquiera ha estado en la expedición. ¿Cómo puede...?

—Se lo demostraré —dijo la mujer frunciendo el ceño. Hassan conocía perfectamente el gesto; aquella arruga entre los ojos de la entrenadora era un indicador preciso de sus emociones—, pero para ello tendremos que regresar al

interior del artefacto.

—Déjese de tonterías y diga ahora mismo lo que está pensando —le ordenó Okedo con mal humor.

Susana sacudió la cabeza con firmeza. La escala de mando era algo que nunca le había impresionado demasiado, y en esos momentos aún menos.

—Decida usted cuándo podemos volver, comandante —dijo con obstinación—. Si me permiten ir esta vez, le prometo que les mostraré dónde están los mandos.

Okedo la miró con incredulidad. Pero comprendió que no tenía modo de obligarla a obedecer sus órdenes. Después de meditarlo un instante, dijo:

—Como quiera. Esperaremos a ver qué pasa.

Tras unas horas, y después de comprobar que la primera visita de los astronautas no provocaba ninguna reacción en el pecio, y que este parecía seguir tan muerto como antes, Okedo se sintió lo bastante seguro como para enviar de nuevo un equipo al interior de la nave alienígena. El capitán Medina, Fong Shangou y Ed Gallo regresaron al pecio acompañados esta vez por la entrenadora de delfines.

Susana se dirigió de inmediato a una de las dos bocas de túnel que se abrían a babor y estribor dentro del casco. Se trataba del acceso al interior de las alas de aquella especie de avión gigante. Su sección tenía la forma de elipse aplanada, apenas medio metro de alto y unos seis de ancho. Aquel estrechísimo espacio no estaba iluminado y formaba una curva muy suave, ya que el ala estaba un poco doblada.

Dirigió el haz de la linterna hacia el interior del túnel.

—Comandante —dijo—, voy a entrar en este espacio.

—Una idea interesante —contestó Okedo desde la Hoshikaze—, aunque me temo que impracticable. No cabe con la mochila.

—Ya he pensado en eso. Si me la quito y desconecto los tubos de aire...

—No hablará en serio...

—¡Comandante —exclamó Shunji desde su terminal—, Susana ha desconectado el sistema de soporte vital de su traje!

Todo el panel se encendió frente a ella como un árbol de navidad, y el ordenador anunció con una cantinela monótona:

—Disfunción de traje Cuatro. Pérdida de presión. Atención. Disfunción de traje Cuatro. Desconexión de soporte vital. Baja presión. Atención. Disfunción de traje...

—¡Ésa mujer está loca! —exclamó Okedo atónito.

—No se preocupe, comandante —dijo Hassan, aunque él también estaba bastante preocupado—, Susana puede aguantar la respiración unos veinte minutos.

—¡Qué! —Okedo no daba crédito—, eso es fisiológicamente imposible.

—La he visto hacerlo —insistió Hassan con el ceño fruncido y las manos en la espalda, mientras se retorció los dedos fuera de la vista de los demás del puente.

«Sí, puede hacerlo, pero es una locura. ¡Maldita sea!».

En la nave alienígena, Fong había atado un cable al cinturón de Susana, mientras ella accionaba el mando de desconexión de emergencia para tranquilizar al ordenador. Soltó las correas que sujetaban la enorme mochila, las conexiones eléctricas de los sensores, y por último el tubo de aire. La válvula automática selló el traje.

Sin esperar más, se metió en el túnel y empezó a arrastrarse con la linterna luciendo en su mano, iluminando el estrecho y aplastado tubo delante de ella.

—No es difícil avanzar... —dijo—. Es como una cueva submarina. Me muevo con una mano en el techo y otra en el suelo. Esto no está pensado para el personal, ni siquiera hay luces en el techo...

—Susana —dijo Okedo, con voz preocupada—, no hable si no es necesario.

—Queda bastante aire respirable en el interior del traje —dijo—. Aún no he empezado a aguantar la respiración. —Tras unos minutos de arrastrarse en silencio añadió—: Ahora llego al recodo. El interior del ala está recubierto de escamas... o losetas superpuestas, lo que le da cierta flexibilidad.

Siguió arrastrándose. Su aliento, ahora que el traje ya no disponía de calefacción, se condensaba en la placa facial. Se concentró en evitar la sensación de claustrofobia. Olvidar que estaba confinada, con la vida dependiendo de un frágil traje. Las paredes que la rodeaban parecían cerrarse cada vez más como si quisieran aplastarla... Se esforzó en concentrarse en lo que tenía justo delante, olvidando todo lo demás.

—Cada vez es más estrecho... —murmuró—. Estoy cerca del final del túnel.

—Si esto es un túnel para mantenimiento —dijo Shunji en el puente de la Hoshikaze—, me pregunto qué clase de tripulantes pueden meterse aquí. ¿Enanos?

—Miren esto —dijo Susana enfocándolo con la cámara.

Del suelo del túnel salían unas baldosas cuadradas o circulares, de un palmo de ancho, hechas de un material semejante a la cerámica... O al esmalte dental.

—¿Sabéis lo que me recuerdan? —dijo Fong—: Hileras de interruptores.

—Aquí... tenéis... los mandos de la nave... —jadeó Susana. El aire dentro de su traje debía de estar ya muy enrarecido.

—No los toques y sal de ahí —le ordenó Okedo.

Susana puso la palma sobre una de aquellas placas y presionó con suavidad. No cedía. Presionó con más fuerza, con la otra mano en el techo. Nada.

—Estos botones necesitan mucha fuerza para empujarlos —dijo—. Por lo menos cincuenta kilos... ¡Uf! Estoy al final del túnel... no hay nada más. Por favor, sacadme ya... el aire empieza a viciarse por aquí.

—Tranquila. Ed empieza a cobrar sedal —dijo Jesús Medina.

—Me recuerda un pez vela que pesqué una vez. —Ed Gallo tiró con energía.

La mujer salió del túnel con un pie por delante, una postura poco digna. Rápidamente Fong le reconectó los tubos al traje, mientras Medina le aseguraba la

mochila.

—Oxígeno al sesenta y tres por ciento —dijo el ordenador—. Baterías al setenta y ocho por ciento...

—¡Aaah! —suspiró Susana—. Aire fresco. O en conserva, pero delicioso.

—Trato de imaginarme cómo pudieron ser los tripulantes de esa cosa —dijo Shunji en el puente de la Hoshikaze—. Debían tener una altura de quince metros, y ser lo bastante enanos para meterse en un túnel de medio metro. Capaces de apretar botones con una fuerza de cincuenta kilos, y trabajar a oscuras en dos salas de mando distintas.

No era una imagen tranquilizadora. Los engendros del cometa que habían atacado a la Zheng He casi parecían vulgares, en comparación.

—¿No os dais cuenta? —dijo Susana por la radio—. Esto no es una nave.

—¿Qué quiere decir con que no es una nave? —le preguntó Okedo.

—La mochila con los motores y el soporte vital reemplazable... —enumeró ella—. El sistema de calefacción ajustado a la piel... Los controles... ¿Cómo pueden trabajar dos pilotos en la oscuridad y sin comunicarse? —Susana extendió ambas manos y movió los dedos, como tocando un piano invisible—. Ése artefacto es en realidad un traje de vacío... ¡El traje espacial de una criatura de trescientos metros de largo!

«Taawatu», añadió para sí.

La Sala de Guerra de Nuevo Vaticano estaba situada en uno de los espacios tetraédricos diáfanos del interior de una de las pirámides mayores de Elysium, la que había sido bautizada como San Pedro en la nueva ciudad marciana. La otra gran pirámide se llamaba San Pablo. Las dos menores eran Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo.

La forma tetraédrica de aquellas pirámides y las cámaras fractales de su interior, que ya habían sido predichas por el matemático Waclaw Sierpinski, no era un capricho de los diseñadores marcianos. Los triángulos equiláteros acoplados le daban al conjunto de la pirámide una solidez capaz de resistir el impacto directo de un arma nuclear.

Las paredes estaban tachonadas de luces intermitentes y grandes pantallas que reproducían imágenes captadas por todo el planeta. Los dirigentes de Nuevo Vaticano se sentaban en una gran mesa anular, bajo una lámpara igualmente anular, dejando el resto de la sala en penumbra para permitir una buena visión de las pantallas.

Santiago Groussen, el atildado presidente de los colonos laicos marcianos, hablaba ahora a la nación desde una de aquellas pantallas. Todos los presentes en la Sala estaban vueltos hacia él, pendientes de sus palabras.

—Desde el gobierno de la A.C.L.M. lamentamos los graves incidentes que se han estado sucediendo en las últimas semanas —dijo mirando a la cámara—, especialmente el incendio de monasterios y conventos en nuestras ciudades principales.

—Pero, señor presidente —replicó el entrevistador—, hay quien cree que muchos de esos sucesos se podrían haber evitado si Su Excelencia hubiera sacado a las fuerzas de seguridad a la calle.

Groussen chasqueó la lengua y se ajustó las gafas de montura de oro.

—Eso no. Todos los conventos de Marte no valen la vida de un ciudadano.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó un jesuita dando un puñetazo a la mesa.

Inmediatamente, las palabras del presidente Groussen fueron respondidas por un coro de protestas e insultos de todos los religiosos que estaban allí congregados.

—¡Silencio! —ordenó alguien desde atrás. Todos enmudecieron como obedeciendo a un control remoto.

La figura vestida de blanco surgió de las sombras de una de las esquinas de la sala, y entró en el círculo de luz que creaba el anillo de lámparas suspendidas.

—Apagad a ese bocazas y concentrémonos en lo que nos importa.

—Pero, Santidad —dijo el jesuita que había dado el golpe en la mesa, un hombre orondo de mejillas enrojecidas—, lo que está sucediendo es muy grave. Muchos de

nuestros monasterios están indefensos ante esas turbas enloquecidas. Han muerto sacerdotes y monjes, muchas hermanas han sido violadas y asesinadas, se ha profanado las criptas sagradas y los cadáveres de los monjes se han abandonado en mitad de la calle para ser alimento de los perros. Y sabemos que todas esas barbaridades están instigadas por un solo hombre: Churl Groussen, el hermano del presidente Santiago.

Su Santidad el Papa Iacobus I respiró profundamente para calmarse. Se estiró la sisa de la ajustada sotana blanca y se enderezaba el estúpido solideo que se negaba a permanecer estable sobre su asimétrico cráneo. Jacobo Kramer añoraba su ropa de antaño, un cómodo chándal de color marrón o negro, colores muy sufridos y no aquel blanco inmaculado de las vestiduras papales, que se manchaba solo con mirarlo. Pero era consciente de que, a pesar del refrán, el hábito sí hacía al monje, y al menos de momento, y hasta que la cosa se apaciguara, tenía que seguir apareciendo en público con las galas de su nuevo cargo al frente de lo que quedaba de la Iglesia.

—Ya nos ocuparemos de Santiago Groussen a su tiempo —dijo—. Pero ahora lo urgente es ese asunto de las criaturas que aparecieron en las calles de Santa Marina.

—Sí, Santidad —dijo el sacerdote a cargo del ordenador—. Volcando archivos de la Plaza Wells a las pantallas principales.

Las tres pantallas triangulares que rodeaban la mesa se iluminaron con diferentes vistas de la capital marciana. Eran escenas de violencia, como no podía ser menos. La gente corría por las calles, rompía escaparates, gritaba, lanzaba cócteles molotov contra las fachadas de los monasterios. La ciudad entera era un caos.

Nada de aquello había sorprendido a Kramer. Esperaba algo así desde el momento en que decidió ocupar la nueva silla de San Pedro. Monseñor Cho había tenido la gentileza de reunirse con el Creador poco después de ordenarlo obispo. Y a él, con el poder que le había otorgado, le había faltado tiempo para ordenar un par de docenas de nuevos obispos, cuidadosamente escogidos entre los sacerdotes más lerdos de su entorno. Y como el Colegio de Cardenales había dejado de existir, todos ellos fueron elevados a la púrpura. Ellos le habían devuelto el favor eligiéndolo como el nuevo Papa de la Cristiandad.

Todo perfectamente legal, pero muchos no lo habían aceptado. Entre ellos, el padre Lorenzo, que había abandonado la Iglesia para unirse a las filas del mafioso Churl Groussen, no sin antes hacer una declaración pública en la que lo denunciaba como antipapa. «¡Antipapa! ¡Qué sabrá él! —se dijo Jacobo—. Bueno, a su debido tiempo todos pagarán. Éste no es un planeta tan grande como para que se escondan eternamente».

—Le señalaré las criaturas —dijo el padre Stöur, que estaba al mando de la Sala. Jacobo se había rodeado de los pocos hombres en los que aún podía confiar, y no había duda de que Stöur era uno de ellos, aunque se resistiera a llamarlo Su Santidad.

Una flechita de luz roja reptó por una pantalla, apuntando a un grupo de alborotadores que actuaban como si de repente les hubiera caído un meteorito en medio. Corrían presas del pánico en todas las direcciones, a partir del punto señalado por la flecha. ¿Pero qué había allí?

Entonces las criaturas aparecieron en campo.

Todos los ojos se centraron en las dos figuras señaladas por el puntero. Pronto pudieron distinguirse algunos detalles de su aspecto. Para entonces la Plaza Wells había quedado completamente vacía.

—¡Jesucristo misericordioso! —murmuró uno de los sacerdotes de la Sala, y a continuación varios se santiguaron con él.

Jacobo no se inmutó, y se volvió hacia los únicos seculares sentados a la mesa, que habían permanecido en silencio.

—¿Es eso lo que les atacó en la Zheng He?

—Es muy parecido —dijo Jane Whitebread volviéndose hacia Elisa Nogales y Chapo Robles, que estaban sentados a su derecha—, pero no exactamente igual.

—No —dijo Chapo señalando la pantalla—, esa cosa tiene dos brazos y dos piernas, y una forma más parecida a la nuestra. Los del cometa eran más... raros.

—¿Pueden ampliar el rostro? —pidió Liz Nogales.

—Afirmativo —dijo el padre Stöur.

Abrió una ventana en la pantalla mostrando el fotograma congelado de la cabeza de un alienígena. Era como la máscara de cera medio fundida de un rostro humano. Tenía ojos, nariz y boca. Más o menos, porque todo era falso. Simples bultos y depresiones. Debajo de aquella corteza traslúcida se movían formas sinuosas.

—Como si quisiera parecer humano —dijo Liz.

—Pues lo hace fatal —dijo Chapo.

—Quizá a ellos les parece una buena aproximación al aspecto de un humano —dijo Jacobo pensativo—. De lejos daría el pego. En una noche oscura, quizá.

—La cuestión, padre... quiero decir, Santidad —dijo Jane—, es cómo ha entrado esa cosa en la cúpula de Santa Marina. ¿Es posible que una nave alienígena haya desembarcado en el planeta sin que nadie lo advirtiera?

Jacobo la miró con la frente surcada por decenas de arrugas.

—No, no es posible. A pesar del aparente caos, las bases en Fobos y Deimos siguen controlando todo lo que entra y sale de nuestra órbita. Pero pudieron llegar junto con los rizomorfos. —Se volvió hacia el técnico—. Stöur, que siga el vídeo.

Los dos alienígenas empezaron a moverse de nuevo. Entonces aparecieron varios policías de Santa Marina, que dispararon contra uno de ellos. Los proyectiles casi partieron en dos a la criatura en vanguardia. Cayó, y por los desgarrones escaparon unos gusanos viscosos que se arrastraron por el asfalto. Uno de ellos reptó hacia un policía, que lo aplastó con su bota.

—Estúpido —dijo Jacobo—. Espero que toda la zona haya sido aislada.

—Toda la zona está en cuarentena, y la policía y transeúntes vacunados.

—Bueno. ¿Y qué pasó con el otro? —preguntó Jacobo—. Ha salido corriendo fuera de campo.

—Lo capturaron poco después y lo llevaron al departamento de exobiología. Fray Rafael Tresera se ocupa personalmente de la investigación.

—¿Puede conectarme ahora con él?

—Por supuesto, Kramer —dijo Rudy Stöur.

El laboratorio de la COMM apareció en otra de las pantallas. Varios jesuitas trabajaban en vitrinas de contención biológica, y un religioso bastante corpulento impartía órdenes a diestro y siniestro. Alguien lo avisó de que estaban oniaín con Nuevo Vaticano, y se dio la vuelta.

—¿Cómo está, hermano Rafael? —le preguntó Jacobo con una media sonrisa sarcástica—. ¿Adaptándose a su nuevo puesto de trabajo?

Fray Rafael había ocupado el cargo del tráfuga padre Lorenzo al frente del departamento.

—Bien, Santidad. —El franciscano se secó el sudor de la frente con la manga de la bata de laboratorio—. Aunque no esperaba tanto ajetreo pocos días después de empezar. Esto es una verdadera locura.

—Si espera a que el Universo sea cuerdo, le sugiero que lo haga en una silla cómoda. Dígame qué ha averiguado.

—Bueno, algo bastante asombroso, Santidad. Aquí tengo... —fray Rafael se desplazó hasta una de las vitrinas de contención, y la cámara lo siguió— unos fragmentos de la «piel» de esa cosa. Como pueden ver parece un material plástico semirrígido, pero es quitina. Bastante parecido a la quitina en composición, en realidad. Es un exoesqueleto que imita distintas partes de un cuerpo humano... con no mucho éxito. Es menos realista que un maniquí de tienda de ropas. Todo es falso, esto no es un organismo sino un caballo de Troya.

—¿Un caballo de Troya? —preguntó Jacobo—. Presumo que ya ha localizado a Ulises y sus muchachos.

—Eso mismo, Santidad. Ahora le mostraré... —El franciscano caminó hasta otra vitrina. En su interior se retorcían unos gusanos de color pálido y con forma de huso, de unos treinta centímetros de longitud—. El cristal es de seguridad, esas cosas son bastante fuertes y pueden unirse varias para intentar romperlo.

—¿Esos gusanos son los alienígenas? —preguntó el Papa. Pero el fraile negó con la cabeza.

—No, no creemos que sean inteligentes. Ni siquiera parecen animales, en realidad. Apenas son manojos entrelazados de fibras mioneurales. No tienen nada parecido a un cerebro o un estómago. Y sus células son quimiotróficas.

—En cristiano, mi estimado hermano en Cristo.

—Para sobrevivir emplean la energía liberada por la oxidación de ciertas sustancias inorgánicas que llevan con ellos. Son como... bueno, podríamos decir que como baterías eléctricas, solo que celulares.

—Entonces no son más que masas de músculo que pueden funcionar independientes, ¿es así? —dijo el nuevo Papa—. Como mis compañeros del equipo de rugby en el Seminario —añadió malignamente in pectore.

—Sí y no, Santidad. Les mostraré algo. Acompañenme...

Fray Rafael caminó, abrió la puerta del laboratorio y salió a un pasillo estrecho y blanco. La cámara lo siguió como un perrito fiel. Mostró su credencial a un soldado que montaba guardia frente a una puerta acorazada, e ingresó en una gran sala cilíndrica en cuyo centro se alzaba una jaula de cristal.

En su interior, plantado e inmóvil, estaba el segundo troyano. Ahora que lo veía con más claridad, a Jacobo le seguía pareciendo una caricatura de ser humano en plastilina. El franciscano se acercó a la jaula de cristal y la cámara con él.

El troyano no se movió. Estaba de frente a ellos, con brazos y piernas un poco separados. Mediría un metro ochenta y su piel era amarillenta y brillante, como aceitosa. No se podía decir si estaba desnudo o llevaba también ropa simulada. No tenía tanto detalle. En las articulaciones, la piel parecía más blanda y fruncida como un fuelle. A través del caparazón se intuía las formas nematódicas que se agitaban en su interior.

—Fíjese en esos gusanos, Santidad —dijo fray Rafael—. No hay nada más dentro. Lo hemos comprobado con resonancia magnética nuclear, y confirmado mediante tomografía por emisión de positrones. Ni corazón, ni intestinos, ni cerebro. Solo esos gusanos formados por bandas de fibras contráctiles que recuerdan a las células mioepiteliales. Las fibras nerviosas forman dos anillos; del superior parten filamentos que inervan la musculatura, el inferior contiene una especie de marcapasos responsable de las contracciones rítmicas y el equilibrio. El movimiento se produce gracias a pulsaciones regulares. Es como un muñeco de cuerda... Como si estuviéramos frente a uno de esos monos que tocan los platillos e intentásemos imaginar cómo aprendió música. Para que se mueva como lo hace, algo con cerebro tiene que haberlo programarlo.

—¿Algo como un rizomorfo? —preguntó Jacobo.

—Podría ser.

—¿Cree que algún rizomorfo pueda seguir en contacto con ese troyano para enviarle órdenes? Recuerde que descubrimos que emiten microondas.

—En esta cámara está perfectamente aislado. —Fray Rafael señaló atrás con el pulgar—. Es una jaula de Faraday. Bloquea la radiación electromagnética del exterior, de cualquier longitud de onda. No, los troyanos tienen que disponer de

autonomía. Pero, ¿cómo?. ¿Dónde están sus órganos para guardar información y ejecutar su programación? No tiene nada parecido a un cerebro o un sistema nervioso central. ¿Cómo lo hace? Bueno, pues tenemos la respuesta, Santidad, y le aseguro que es mucho más asombrosa de lo que imaginé. Pero, por otro lado, explica muchas cosas...

—¡Hable claro de una puñetera vez, hermano!

—Disculpe, Santidad, pero es que aún me cuesta aceptarlo: es el ARN.

Mamoru Okedo atravesó la puerta de la sala de ordenadores. El padre Heinrich estaba allí solo, moviendo las manos como si dirigiera una orquesta invisible. Okedo aguardó un instante y carraspeó.

—Ah, es usted —dijo el dominico sin volverse manipulando lo que parecía ser solo aire—. ¿Qué tal sigue todo en el puente, comandante?

—Sin novedad. ¿Ha resuelto algo sobre ese traje, padre?

—Creo que sí, comandante. Para reconstruir a la criatura del interior he procedido como si se tratara de un fósil. En realidad el traje es como una concha, el molde de un cuerpo. Y lo que he obtenido es esto...

Se apartó un poco para que Okedo pudiera admirar el resultado de su trabajo. Ante ellos flotaba una cuidada simulación de lo que había llenado el traje espacial gigante. Lo último que había añadido era los ojos y las articulaciones de las aletas. Le dio un golpecito y la imagen giró lentamente como si fuera un globo lleno de gas.

—Desde luego es un traje espacial —manifestó Okedo—. No comprendo cómo pudimos ser tan obtusos.

—Todos nos engañamos. Yo no hacía más que pensar en cómo serían los tripulantes, y fue Susana la que dio con la explicación. Ésa muchacha es muy lista.

—Sí, ahora todo parece obvio... ¿Ha conseguido averiguar algo más?

—He analizado su estructura corporal, en especial la presión de su piel, deducida a partir del sistema de refrigeración y de la tensión para la que ha sido diseñado el interior del traje...

—¿Conclusión?

—Conclusión, esa criatura era un gran zepelín.

—¿Un... zepelín?

—Sí, comandante, un zepelín. Probablemente sus músculos y órganos internos no debían de ser demasiado grandes, quizá no mucho más que los de una auténtica ballena. Su cuerpo estaba hinchado, tal vez repleto de minúsculas celdillas llenas de gas.

Okedo se volvió hacia el dominico.

—¿Tiene idea de cuál sería el medio ambiente de esta criatura? —preguntó.

—Júpiter. Estamos ante un ejemplo de lo que los paleontólogos llamamos evolución convergente. ¿Conoce el término, comandante?

—No en detalle.

—Es la explicación de que un ictiosario, un tiburón y un delfín, tengan un aspecto similar. Un medio parecido y una forma de alimentarse semejante los han hecho evolucionar por separado, aunque convergiendo hacia formas similares. ¿Recuerda

cómo se alimentaban las ballenas?

—Por supuesto. Eran filtradoras. Capturan krill.

—Sí. En los gigantes gaseosos se forman, espontáneamente, compuestos orgánicos en las capas altas de la atmósfera, debido a la radiación ultravioleta solar. Estos compuestos se hunden con lentitud, hasta ser descompuestos por el calor y las altas presiones de las capas más profundas de la atmósfera. Se ha especulado, desde hace mucho, con la posibilidad de que existiera vida en las capas intermedias.

—Aprovechando ese... «plancton» antes de que se pierda.

—Eso es. La criatura capaz de alimentarse de algo así debía de ser capaz de flotar en la atmósfera, y utilizaría una técnica de recolección parecida.

—Entiendo —asintió Okedo pensativo—. Quiere decir que la criatura que ocupó ese traje evolucionó en Júpiter.

—No, no lo creo.

—En ese caso, no entiendo.

El dominico se mesó su barba de Papá Noel. Okedo le había visto hacer eso cada vez que buscaba las palabras adecuadas.

—Delfines y ballenas jamás habrían desarrollado una tecnología en un entorno marino. Y Júpiter es mil veces peor, rodeados por nubes de hidrógeno, sin superficie sólida, sin metales, diablos, no podrían haber descubierto el fuego sin oxígeno, ni un hacha de sílex... No creo que esos seres evolucionaran allí.

—Los marcianos los conocían —murmuró Okedo—. Jacobo Kramer sabía que había algo en Júpiter. No vi los hologramas originales, solo unas grabaciones, pero no me pareció nada extraordinario. Algunos científicos pensaban que esas criaturas no eran reales, sino un símbolo o divinidad... de cualquier forma, eso importa poco, el caso es que los antiguos habitantes de Marte conocían su existencia.

Heinrich se volvió hacia la terminal del ordenador y cerró la imagen.

—¿Y qué va a hacer ahora, comandante?

—Ordené a Shunji que lanzara el resto de las sondas para explorar los anillos a conciencia. Creo que los ha situado en una órbita interior. Las sondas podrán diferenciar los restos de radiación de las mochilas contra el fondo de hielo de los anillos. Ahora que sabemos lo que buscamos, será sencillo hallar otros. Si los hay.

El enjambre de sondas de la Hoshikaze giraba locamente, en cambiantes órbitas, en torno a los etéreos anillos del gigantesco Júpiter. Buscando, fotografiando, analizando cada rastro de radiación que pudiera delatar a otro de aquellos artefactos, abandonado hacía eones en aquel mar de hielo flotante.

Y los había. Muchos. Por cientos. Por miles.

Aproximadamente, 630 000, con un error de más-menos 14 000.

La gran pantalla del puente mostraba una vista polar de Júpiter, obtenida por una

de las sondas. Los anillos habían sido intensificados para que aparecieran lo más claramente posible. Estaban repletos de parpadeantes puntos luminosos.

—Esos puntos representan rastros de radiación semejantes a la pila atómica del traje que encontramos. Quizá cada uno de ellos sea un traje —decía Fong Shangou.

—Están prácticamente infestados —se asombró Hassan.

En la pantalla, uno de los puntos luminosos creció hasta transformarse en un parche cuadrado. El ingeniero lo situó en un extremo de la imagen.

—Ésta foto fue obtenida por la sonda #34 —dijo Fong—. Fijaos en su aspecto.

No era como lo que habían encontrado unos días antes. Era casi una esfera, algo bulbosa. La imagen se animó, la esfera crecía.

—Reprogramamos la sonda para que se acercara lentamente al objeto y...

—Está abierta —observó el dominico.

—Sí, padre, y gracias a eso la sonda pudo introducirse en su interior. —Los focos de la sonda #34 se encendieron, iluminando el interior del caparazón vacío—. Ésta es mucho menor, solo treinta metros de diámetro.

La sonda se movía por el interior del traje. Salvo la forma, se parecía mucho al primero que habían visto. El ingeniero señaló las diferencias.

—Fijaos en esas aletas de refrigeración. Los tubos contienen amoníaco. Están pensados para extraer calor de dentro. Muchos de los controles son gemelos a los del primero. Y hay más, mucho más. Por favor, no apartéis la vista de la pantalla.

Uno a uno, los puntos de luz se dilataron, formando nuevos parches cuadrados, que se fueron alineando junto al primero. Cada uno mostraba imágenes de artefactos.

Sus formas eran muy variadas: esferoidales, lenticulares, elípticas, aovadas, cuadrangulares, poliédricas...

—¡Los anillos fueron colonizados por un montón de especies diferentes! —exclamó Hassan sin dar crédito a lo que veía.

—¿Son todos tan antiguos como el primero? —preguntó Okedo.

—La pila atómica de la mochila nos ha dado una idea de las fechas —dijo el ingeniero—. Hemos analizado lo que quedaba del material radiactivo y...

—¿Y...?

—Imposible saberlo con seguridad, nuestros instrumentos no son tan precisos; y tenemos como margen de error una cantidad apreciable de tiempo. Pero, a juzgar por lo que hemos averiguado hasta el momento, el primer traje es el más reciente de todos. Algunas fechas pueden remontarse a diez millones de años antes del primer traje.

—Efectivamente —prosiguió Fong—, esas cosas llegaron a la órbita de Júpiter y se establecieron en sus anillos. Me pregunté qué edad tendrían los anillos, así que mandamos a Marte toda la información que hemos descubierto sobre ellos, análisis del hielo, contenido en isótopos y un montón de datos más, y...

—Los anillos son tan antiguos como la primera de las sondas —dedujo Okedo.

—No pueden precisarlo con tanta exactitud. Los astrónomos están de acuerdo en que los anillos llevan ahí millones de años. Sin embargo, lo más sorprendente es que la composición de su hielo es igual al caldo orgánico que llenaba el interior del Arat.

—Podemos suponer entonces que hace quinientos millones de años —dijo Susana—, unos alienígenas llegados desde la nube de Oort se establecieron aquí. Quizás usaron los restos de varios cometas en los que viajaron, para construir un hábitat parecido al que habían abandonado en Oort. Los desmenuzaron y crearon los anillos de Júpiter. Me pregunto si los anillos de Saturno, Urano y Neptuno tienen el mismo origen.

—Tan solo suposiciones —titubeó Okedo—. ¿Cómo podemos estar seguros?

—Mire, comandante —dijo Fong—, esto lo obtuve con el programa de reconstrucción de fósiles del padre Heinrich.

Ordenó los diferentes tipos de trajes, de más antiguos a más modernos, y pidió al ordenador que mostrara el vaciado de todos ellos. Vieron aparecer, alineadas una junto a otra, una serie de formas sorprendentes, que empezaban en un icosaedro con tentáculos, y concluían en la ballena gigantesca.

Susana dio un respingo. Lentamente, el ordenador había transformado a un rizomorfo, como el que había visto en el cometa Arat, en Taawatu.

Aquello no eran buenas noticias.

—La historia podría haber sucedido así... —propuso el dominico—: Alienígenas llegados de la Nube de Oort se adaptaron a la atmósfera de Júpiter. Para ello debieron modificar su constitución, y por supuesto, todo su metabolismo... Hace un momento recibí un informe del hermano Rafael, el exobiólogo de Marte. En Santa Marina han aparecido unas nuevas criaturas, parecidas a las que atacaron a la Zheng He. Las han llamado «troyanos». Pensaban que no eran más que máquinas; orgánicas, pero máquinas al fin y al cabo. Pero descubrieron algo asombroso al volver a estudiar la genética de los rizomorfos. En palabras del hermano Rafael, el fantasma de Jean Baptiste Lamarck acaba de tomarse la revancha definitiva sobre el pobre Charles Darwin...

—¿Quién? —preguntó Hassan.

El padre Heinrich sonrió con cierta amargura pero no intentó explicarle la broma al andalusí. En cambio dibujó algo en la pantalla del ordenador.

—Éste es el dogma básico de la biología molecular: ADN => ARN => Proteína. Las flechas indican que la información viaja siempre del ADN a la proteína, de los genes a los caracteres observables, nunca a la inversa. No hay herencia de caracteres adquiridos como decía Lamarck: si juegas al tenis, tus hijos no nacerán con el brazo derecho más fuerte. Bien, pues estamos tratando con algo completamente distinto. Un organismo que, literalmente, puede modificar de modo voluntario su propia herencia.

—Ingeniería genética —concretó Hassan.

—No, algo mucho más simple, y más complejo a la vez. Los genes de esas criaturas son capaces de aprender, de registrar información.

Heinrich borró la anterior fórmula de la pantalla del ordenador, y escribió: ADN <=> ARN => Proteína

—No es tan extraordinario como parece. Los virus con ARN, los retrovirus, realizan la transcripción inversa, copiar ARN como ADN. El mecanismo molecular por el que los genes pueden aprender, grabar información. Una rareza en la Tierra... y algo perfectamente posible para esas criaturas. El ADN de estas criaturas puede ser, literalmente, programado igual que un ordenador. Es su memoria.

El padre Heinrich recorrió la sala con sus ojos. De todos los presentes, solo Susana parecía comprender el verdadero y terrible alcance de ese descubrimiento. Pero el dominico no sabría decir si aquella extraña mujer estaba feliz o aterrorizada.

Empezó con el informe de un solitario satélite en órbita sobre Marte.

En la cima del Olympus Mons, a veintisiete kilómetros de altura sobre la meseta de Tharsis, el satélite detectó una humareda seguida de explosiones que arrojaban nubes de ceniza y vapor de agua a la tenue atmósfera marciana. Lo que hizo suponer a algunos que el mayor volcán del Sistema Solar había entrado de repente en erupción.

Se desvió otro satélite con cámaras de mayor precisión que enviaron mejores imágenes, y el siguiente informe llevó al atribulado mundo a un nuevo estado de ansiedad. En lo alto de la meseta de lava, una columna de roca negra se elevaba hacia el cielo. Los instrumentos le calcularon ochocientos metros de altura. Y seguía creciendo. Cuando un pequeño dirigible de investigación, fletado desde Santa Marina, logró acercarse, descubrieron que la torre había superado ya el kilómetro y medio de altura.

Los geólogos se presentaron en la Sala de Guerra y le explicaron sus descubrimientos al Papa Iacobus. «Aquello» no podía estar hecho de roca.

—¿Por qué? —preguntó Jacobo Kramer. Miraba fascinado la pantalla triangular en que se desplegaba la información.

—La roca es plástica. Semejante mole se hundiría bajo su propio peso.

—Y sin embargo, ahí está. —Jacobo levantó los ojos.

—Sí, pero no encontramos explicación. Algunos hablan de campos de fuerza conduciendo el magma hasta grandes alturas... Pero, por supuesto, eso es ridículo.

Jacobo Kramer echó otra ojeada a las imágenes transmitidas por el dirigible.

—¿De dónde puede salir toda esa cantidad de material? —preguntó al fin.

—Creemos... bueno, algunos de nosotros pensamos, que dado que ese fenómeno se está produciendo justo en el Olympus Mons, bueno... los troyanos podría haber perforado a gran profundidad. La cámara magmática debe de ser enorme.

—¿Alguna idea de lo que pretenden hacer con eso?

El geólogo suspiró abatido.

—Solo tenemos las imágenes captadas por el dirigible antes de que fuera derribado. Es evidente que lo que sea está más allá de nuestros conocimientos.

—De acuerdo, veámoslas —dijo Jacobo.

Las imágenes del dirigible mostraban unas extrañas criaturas que proliferaban alrededor de la columna de material negro, como hormigas sobre el cadáver de un pollo. Se veían muchas cosas diferentes en movimiento, pero todos en la sala reconocieron las siluetas de los troyanos de Santa Marina.

Un fogonazo y la imagen quedó en blanco.

—Ahí es cuando lo destruyeron —dijo el geólogo—. No sabemos qué fue lo que lo alcanzó. Afortunadamente el dirigible no llevaba tripulantes.

—Bueno, ya es oficial —exclamó el Papa mirando a todos los que estaban alrededor de la mesa—. Señores, los alienígenas nos invaden.

Nada más pronunciarlas, se dio cuenta de lo estúpidas que sonaban aquellas palabras. Era como una de aquellas antiguas películas en dos dimensiones del siglo XX.

Y sin embargo, era una descripción exacta.

El jumpjet se acercaba a toda velocidad al Olympus Mons.

En la bodega, Jean, Liz y Chapo se preparaban para entrar en sus robots de combate, tan pronto como los técnicos realizaran los ajustes finales. Liz pasaba su brazo sobre el hombro de Jane. Ninguna de las dos parecía demasiado preocupada. Chapo, por su parte, se sentía como un caballo a punto de iniciar una carrera.

Desde la pantalla de proa, el monte Olympus, sin nada que revelara su verdadera escala, parecía un volcán más, tranquilo e inerte. Era una gran masa de lava de color rojizo en su base y gris sucio alrededor de los cráteres, con manchas de hielo.

O lo habría parecido, excepto por el extraordinario detalle de la enorme torre de color negro mate que se elevaban en su cima, y las extrañas criaturas que correteaban alrededor de ella. Aquello, precisamente, era lo que los había llevado hasta allí.

Chapo miró pensativo el cinturón de esferas de medio metro de diámetro, colocadas en torno a la «cintura» de su robot: bombas de fusión, de las más potentes fabricadas jamás, y cada uno de ellos llevaba doce, treinta y seis en total. Desde luego aquella no iba a ser una misión diplomática. ¡Brrr! Se sentía a la vez aliviado y aterrorizado.

—¡Todo listo! —voceó un técnico alzando el pulgar.

—A los puestos —anunció el padre Eduardo mientras con un hisopo salpicaba con agua bendita las armaduras—: In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti... Amigos, sobre todo tened mucho cuidado ahí abajo.

Los tres soldados se desnudaron y se introdujeron en las cabezas de sus respectivos robots. Chapo se alegró de que aquella cosa medio viviente dispusiera de un sistema para eliminar los desechos biológicos. Su vejiga estaba tan nerviosa como él.

—¡Preparados! —ladró una voz a través de los altavoces. Sonaron las alarmas de vacío, y el padre Eduardo y los técnicos se retiraron inmediatamente.

Los robots se pusieron en pie y avanzaron hasta el centro de la bodega. Liz cogió el cañón de partículas. «¡Partículas!». Aquello era un chiste malo. Tenía el tamaño de uno costero, tosco y embarazoso; no era posible construirlo de un tamaño inferior.

Solamente uno de aquellos robosaurios podía manejarlo como arma personal.

Una luz verde se convirtió en roja. Se prepararon para el salto.

Los primeros intentos de atacar el nido troyano fueron infructuosos. Los misiles atómicos apenas hacían mella en aquella vasta meseta de lava de seiscientos kilómetros de diámetro que era Olympus Mons. Cuando empezaban a caer las bombas, los alienígenas simplemente se escondían en el interior de la montaña. Tras el bombardeo volvían a salir, la radiación no parecía afectarles en lo más mínimo.

Tan solo había una manera de hacerlo; que un equipo entrara en la enorme caldera del volcán e introdujera bombas atómicas en cada una de las seis chimeneas que conducían al interior del nido troyano. Una complicada forma de suicidio según muchos. Y en todo el planeta solo había una clase de guerreros con mínimas probabilidades de triunfo en tan lunático plan. Les había tocado a ellos.

El transbordador lanzó varios misiles —unos escasos diez o veinte megatonnes, una pequeña distracción y para despejar el campo—, cebos antirradar... y los tres robots de combate. Con una fuerte sacudida, Chapo se halló girando en el tenue aire marciano. Estaba rodeado por confetti metálico. Por supuesto, no lo era, aunque pareciera igual de inofensivo. Aquello crearía un caos en los sistemas detectores de los troyanos... o eso esperaban. Estaban bastante in albis acerca de lo que ellos podían o no hacer.

El robot corrigió su trayectoria con un chorro de gas. Eso también era automático. La escabrosa superficie del volcán fue creciendo, como una extraña isla en medio de la nada. Llenó su campo de visión... y, en el último segundo, el robot giró prodigiosamente y liberó los paracaídas, que eran cualquier cosa menos sutiles. Tan grandes como para hacer aterrizar una locomotora y de brillante color verde. Bueno, esperaba que los troyanos estuvieran entretenidos con las explosiones atómicas.

Se posó sobre sus zancudas patas, como un gato al caer. Soltó el paracaídas para que no lo arrastrase montaña abajo, y buscó refugio. Tuvo que medio correr, medio reptar sobre sus garras, para ocultarse de las explosiones nucleares en el lado opuesto de la caldera... La pequeña maniobra de distracción de los cojones... corre... corre... abandonó todo intento de caminar y se limitó a impulsarse con las garras, como si estuviera gateando bajo el agua... Apenas tuvo tiempo de llegar a un abrupto terraplén, cuando se produjo un insufrible resplandor blanco-azulado en el horizonte. Las irregularidades del terreno destacaron como manchas de tinta china. La bola de fuego atómico iluminó el paisaje durante un prolongado número de segundos. Poco a poco, fueron palideciendo y su color virando lentamente al amarillo. El poderoso destello fue bajando en intensidad, hasta lo simplemente deslumbrador.

—¿Chapo? ¿Liz? —resonó la voz de Jane. Chapo confió en que los troyanos no los oyeran; al menos, sus científicos no pudieron descubrir cómo se comunicaban los robots entre sí. No era radio ni ninguna radiación electromagnética, eso era seguro.

—Aquí estoy.

—¿Dónde es aquí? —Era Liz Nogales.

—Pues... no lo sé. En el lado contrario del cráter #5.

—Yo también.

—Pues no te veo.

—Es que esto es grande.

—OK... Escuchad, genios de la orientación —profirió Jane—, ¿podéis ver mi paracaídas, verdad? Ha quedado enredado en la torre. Nos reunimos junto a él.

Chapo se dirigió hacia la gran vela color pistacho que flameaba bajo un débil viento. Era el paracaídas de Jane, que cuando ella liberó se quedó enganchado en la altísima columna negra en el centro de la caldera. Cincuenta metros de diámetro y dos kilómetros de altura. Aquella cosa no debería mantenerse en pie, decían los geólogos. Pero allí estaba, desafiando también el fuego nuclear.

A su alrededor las rocas eran negras y costrosas, como una tostada muy quemada. No había huellas del hormigueo de troyanos que mencionaban los informes, pero Chapo estaba listo para desmenuzar con sus mandíbulas de plomo al primer bicho que se moviera. No encontró nada. Dedujo que, cualquiera que fuese la operación que realizaban, habría sido aplazada por las explosiones. Mejor.

Se detuvo a unos cien metros de la base de la columna. Aunque columna era un término inadecuado. Aquella torre se elevaba majestuosamente hacia las alturas y parecía doblarse sobre su cabeza como un gancho. Jane y Liz se reunieron a su lado. Se alegró de ver aparecer a las dos familiares combinaciones de gorila y cacatúa.

—Pedazo torre —exclamó Liz—. ¿Para qué sirve?

—No lo sabremos si no nos acercamos más —dijo la pelirroja—. Vamos.

El robot dio un paso adelante y el suelo se hundió debajo de él.

La reacción de las máquinas de Jane y Chapo fue tan instantánea como inesperada. Se estiraron todo lo que pudieron y sujetaron al robot de Jane por las hombreras. El suelo seguía desmenuzándose debajo de ellos, y los robots retrocedieron arrastrándose por aquel terreno movedizo.

Cuando por fin consiguieron llegar a tierra firme, todo se había transformado a su alrededor. La torre seguía irguiéndose, espectacular, pero ahora estaba en el centro geométrico de un gran agujero de doscientos metros de diámetro. A su alrededor la tierra se había fragmentado como una delgada costra, y los escombros se habían precipitado hacia las profundidades de aquella sima. La torre era una lanza clavada en el centro del abismo, hasta perderse en la niebla que ocultaba el fondo. De las paredes surgían radios de un material similar a la torre, y se fundían con esta como puentes colocados al azar. Chapo se asomó por el borde. Creyó ver fuegos ardiendo en la profundidad.

—¡Chingado! —murmuró—. Menuda caída teníamos ahí, amigos.

—¿Cómo es posible? —protestó Liz—. El terreno estaba soportando las explosiones atómicas, y solo con pisarlo...

—Al parecer estaba a puntito de derrumbarse —especuló Chapo mirando hacia abajo—. Pero esa estructura de radios que rodea la columna parece que sujeta las paredes del pozo, porque no se han visto afectadas por el derrumbe. ¡Es un andamio gigantesco!

—OK —dijo Jane—, ya sabemos cómo entran y salen de las profundidades del volcán. Pero me temo que no nos va a quedar más remedio que bajar por ahí.

—¡Bajar! —exclamó Liz—. ¿Es que te has vuelto loca?

—Si soltamos las atómicas aquí arriba, no les haremos más daño que los misiles de antes. Está claro que el corazón de la ciudad de los troyanos... o lo que sea, está enterrado a una buena profundidad.

—¿Por qué no más dejamos caer las bombas? —preguntó Chapo—. Y que la gravedad de Marte se ocupe del resto.

—Porque podrían quedarse enganchadas en alguno de esos radios en espiral. Ey, estamos aquí para esto, ¿no? Tenemos que llegar hasta el corazón de este sitio.

Se decía pronto, pero quizá aquel pozo atravesaba longitudinalmente la montaña Olympus. Eso significaba veintisiete kilómetros de bajada. Quizá más, si el pozo continuaba hundiéndose en la corteza del planeta. Claro que ellos contaban con ciertas ventajas. Los robots saltaron sobre uno de los puentes radiales y lo recorrieron con asombroso equilibrio hasta llegar a la columna central. Se aferraron a ella con las cuatro garras y empezaron a descender poco a poco. Tenían ante sí un camino muy largo.

En el hangar principal de la Hoshikaze reinaba una actividad desacostumbrada.

Fong y Jin Shunji le daban la última revisión a los sistemas de soporte vital del Piccard. La sonda atmosférica tripulada era un dirigible rígido. Su esqueleto estaba formado por un entramado de fibras de carbono, en donde se almacenaban una docena de celdillas de gas. La cola poseía grandes timones plegables, verticales y de profundidad. Una góndola en forma de cuña encajaba en el armazón, sin presentar el menor saliente. La impulsión principal consistía en una gran hélice de dieciséis palas, situadas sobre un anillo giratorio en la cola; seis motores eléctricos direccionales, que accionaban sendas hélices, servirían para la orientación. Un gran escudo ablativo la cubría y la frenaría en su entrada en la atmósfera. Pero, en aquel momento, la cosa parecía más bien una medusa teniendo relaciones sexuales con un acordeón.

Las celdillas estaban vacías y el armazón plegado como un metro de carpintero. Pero una vez en Júpiter tendría un aspecto impresionante, como un gran escualo plateado que surcaría las nubes. Las celdillas se llenarían de hidrógeno extraído de la propia atmósfera del planeta, y calentado para hacerlo más ligero.

En el otro extremo del hangar, Ziyi ayudaba a Hassan a ajustar el traductor de delfines. El andalusí se había embutido en un traje de goma fabricado a partir de un molde de su cuerpo. Se ajustaba como una segunda piel y estaba cubierto de circuitos y sensores. El traductor se fijaba en torno al cuello del traje. Lo necesitaría para hablar con el delfín que tripularía la sonda.

Susana entró en el hangar y se plantó frente a Hassan.

—Lo siento —le dijo—, pero creo que voy a tener que ir sola con el delfín.

—¿Qué? —se asombró el andalusí—. ¿Es una broma? Yo estoy aquí para esto. Tengo mucha más experiencia que tú con este tipo de aparatos...

—Tengo que ir yo, y en ese aparato solo hay espacio para un humano.

—Éste es mi trabajo, Susana. No te preocupes, cuidare de Tik-Tik, y él de mí. Volveremos los dos sanos y salvos.

—No, Hassan, no se trata de eso...

En ese momento, sonó la voz de Okedo en los altavoces del hangar.

—Todo el mundo al puente —dijo—. Hemos recibido un mensaje de Marte.

Cuando la imagen del Papa Iacobus desapareció de la pantalla, los viajeros humanos de la Hoshikaze se volvieron hacia Susana. Ella se quedó en silencio y bajó los ojos, intimidada una vez más por el exceso de atención. Parecía buscar las palabras.

—Vamos a ver, Susana —le dijo el comandante Okedo—, además de informarnos

de la preocupante noticia de que han descubierto alienígenas introduciéndose en sus ciudades, Jacobo Kramer nos ha dicho que escuchemos lo que usted tiene que contar antes de descender a Júpiter. Muy bien, desembuche: ¿de qué va todo esto?

—Sí, Susana —dijo Hassan—. ¿Qué pasó en esa entrevista entre Kramer y tú? Has estado muy extraña desde entonces. ¿Y por qué quieres bajar al planeta?

—¿Pretende bajar usted en la Piccard? —le preguntó Okedo—. Eso es imposible, la sonda solo tiene espacio para un tripulante. Y usted no está cualificada.

Susana se llevó la mano al rostro y se frotó los ojos.

—Es muy difícil de explicar comandante. Hubiera sido mucho mejor que Kramer le hubiera dicho que quién debe descender al planeta soy yo.

—Después de tanto tiempo, usted sigue sin entender cómo funciona esto —dijo el comandante con aspereza—. Jacobo Kramer, o Iacobus I como le gusta que lo llamen ahora, no puede darme órdenes en mi propia nave. Me da igual que sea el Papa de Nuevo Vaticano o el Emperador de la Galaxia, desde Marte no puede decirme lo que tengo que hacer en mi nave. Si quiere ser usted la que descienda sola al planeta, va a tener que convencerme aquí y ahora. Así que adelante. Hable.

—Bien, lo que voy a decir no va a gustar a nadie... —Susana alzó la vista y miró a Heinrich—. Especialmente a usted, padre.

El viejo dominico alzó las cejas con sorpresa.

—¿Y por qué me iba a molestar a mí lo que va a decir, querida?

—Porque las cosas pueden no ser tan en blanco y negro como usted cree.

—Señorita —dijo Okedo frunciendo el ceño—, le confieso que estoy empezando a perder la paciencia con usted.

—Lo siento, comandante. Lo que tengo que decir me resulta difícil de creer incluso a mí, pero las pruebas que encontraron en Marte sobre cómo los genes de los alienígenas son capaces de registrar información. Cómo el ARN de esas criaturas reescribe su ADN como... como un archivo informático.

—Ya le dije que eso no es tan extraordinario como parece —dijo el dominico—. En la biología terrestre hay organismos capaces de hacer lo mismo.

—Precisamente, padre —replicó Susana mirándolo—. Desde que era niña he tenido sueños recurrentes. Imágenes de mundos extraños que se parecían mucho a la versión judeocristiana del paraíso. Jacobo Kramer iba más allá. Según me aseguró, ya de niño había visto en sus sueños la llanura de Elysium y las pirámides. Eso lo impulsó durante toda su vida a buscar ese lugar misterioso. Y lo encontró.

—Susana, todo el mundo tiene sueños extraños e intenta darles un significado —le dijo Fong—. Eso no prueba nada, tan solo el deseo de nuestra mente de racionalizar toda la información que recibe.

—Precisamente —asintió Susana—. Todo el mundo tiene esos sueños. Algunos los recuerdan y les dan importancia, y otros no. Pero todas las civilizaciones de la

Tierra levantaron mitos y religiones inspirados en ellos. Kramer estudió muchos rituales chamánicos que incluían la ingesta de drogas alucinógenas y el viaje de la mente a esos mundos soñados, y de un lado a otro del globo las visiones se parecían, tenían muchos puntos en común aunque pertenecieran a culturas tan diferentes como la azteca o la persa. Y eso solo podía tener una explicación para Kramer: esos sueños forman parte de nuestra memoria racial... —Levantó la mano para interrumpir al dominico cuando iba a protestar—. Sí, padre, yo tampoco creía en la memoria racial y así se lo dije a Jacobo Kramer. Pero ahora sabemos que los alienígenas tienen ese mecanismo para guardar información en el ADN. Como la que permitió crear esta nave y tantas otras cosas que Kramer encontró en los cristales de ADN marcianos.

—Marcianos, alienígenas —dijo el dominico—, pero no nosotros.

—Nosotros compartimos el ADN con esos seres. Por tanto provenimos del mismo sitio. Y usted sabe, padre, que solo alrededor del 1,5% del genoma humano es realmente útil, mientras que más del 90% consiste en «ADN basura», porque son secuencias que no generan proteínas. Pero como nuestro creador no debe ser ningún tonto, ese 90% está ahí por algún motivo especial. ¿No cree, padre?

—Espere —dijo el padre Heinrich enrojeciendo violentamente—. ¿Acaso está sugiriendo que nuestro Creador... ¡qué Dios! es la criatura de la Nube de Oort que desencadenó el Exterminio sobre la Tierra? ¿Es eso lo que está diciendo?

—Usted dijo que era el Maligno, padre —le recordó Susana—. Pero Kramer me contó cómo en todas las religiones de la Tierra está el recuerdo de los intentos de Dios de exterminar la vida. Desde entonces me he estado documentando sobre el tema.

Tomó aliento.

—Desde el Diluvio Universal en la Biblia y la historia de Noé, a las Escrituras védicas, los mayas, los aztecas, el pueblo de la Isla de Pascua, los griegos, los mapuche... una y otra vez la misma historia. Siempre. En pueblos de la Tierra separados en el espacio y en el tiempo, pero que comparten el recuerdo de que... Dios intentó destruir a la humanidad. Una y otra vez. Y en el ADN de cada una de nuestras células guardamos los archivos de todos esos recuerdos. Los de nuestra especie... y anteriores.

—¡Nada de eso tiene sentido! —dijo el dominico al borde de un colapso. Las venas de su cuello estaban hinchadas y amoratadas—. ¡Es la blasfemia más atroz, más execrable, más impía, más odiosa...!

—Ya basta, padre —dijo Okedo alzando una mano—. Susana, dejemos la religión a los sacerdotes. Mitología o realidad, nosotros estamos aquí por otro motivo, y usted aún no me ha explicado por qué debo dejarla bajar en solitario al planeta.

—Porque yo, al igual que el padre Jacobo, he sido consciente de esos sueños durante toda mi vida. En el caso de Kramer, esas imágenes lo impulsaron hacia la

arqueología. En mi caso a aprender la lengua de los delfines y el modo de comunicarme con criaturas no humanas. Kramer cree que eso no puede ser casual, y que yo estoy más preparada que ningún otro para enfrentarme a esa criatura y hablar con ella.

—¿Hablar con el monstruo que ha intentado exterminarnos? —dijo Hassan estupefacto—. ¡No tenemos ni la menor sombra de una oportunidad!

—La inacción no nos dará ni eso.

—¡Despierta, Chapo!

—¿Uh?

—¡Despierta!

Chapo Robles se despertó en una cama mojada y pegajosa. Qué noche tan húmeda. Tendría que poner un ventilador... De repente recordó dónde estaba.

Su robot seguía la marcha como un sonámbulo. Estirar pata, agarrar, flexionar, estirar la otra, buscar apoyo, soltar brazo, buscar apoyo... el robot realizaba aquellos movimientos en tanto que su portador dormía. La columna tenía tantas irregularidades en su superficie que no faltaban los asideros. Al menos de momento. A su alrededor, el pozo excavado en el corazón del Olympus Mons, descendía y descendía. Nada interesante a la vista, excepto la columna por la que descendían interminablemente, y los radios que la unían a las paredes de roca volcánica.

Los tres robots de combate llevaban muchas horas bajando y Chapo se sentía bastante molido. Era mucho tiempo metido en aquella cosa, entumecido por la falta de movimiento. Sentía que su piel iba a pudrirse por la humedad. Pero sabía que esa sensación solo existía en su cerebro, su piel estaba perfectamente oxigenada y nutrida por aquella cosa que la envolvía. Los científicos afirmaban que un hombre podría pasarse años metido en aquella cosa, sin ningún inconveniente para su organismo.

Y no había moros ni alienígenas en la costa.

—Me preocupa la falta de respuesta de los alienígenas —estaba diciendo Liz—. ¿Tan insignificantes nos ven, que no toman precauciones contra nosotros? ¿Es posible que no sepan que estamos aquí? ¿O lo saben y no les importa?

—Te aconsejo que dejes de darle vueltas a lo mismo o te acabarás rayando.

—¿O lo saben, y nos conducen a una trampa? —insistió Liz.

—Liz —dijo Chapo—, ¿por qué no intentas echar un sueñecito como yo?

—Buena idea —dijo la pelirroja—. Nosotros vigilaremos tu robot. Quedas oficialmente relevada y todo eso.

—¿Dormir aquí? Me parece que me será imposible. En realidad lo que me está volviendo loca es esta monotonía. Tendríamos que intentar algo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Jane.

—Que no tiene sentido que a estas alturas no hayamos encontrado nada. Quizá estamos en el lado contrario del asunto. ¿Y si lo interesante de la columna está dentro? Eso tendría lógica, ¿no?... Podríamos hacerle un agujero y comprobarlo. Aún en el caso de que estuviera hueca, sería más fácil bajar por dentro que por fuera.

—Puede ser peligroso —dudó Jane—. Habría que cortar el material, y... ¿no crees que eso haría sonar las alarmas?

—Puede que sí, aunque es un riesgo que debemos correr. Tal vez las alarmas no estén pensadas para cosas así, después de todo hay impactos accidentales de micrometeoritos y todo eso. Abramos un pequeño boquete y a ver qué pasa.

Chapo miró a su compañera; aquel robot con pinta de dinosaurio era muy poco expresivo, pero casi creyó advertir en su pose la actitud decidida de Liz.

—¿Por qué no? —dijo—. Intentémoslo. Con un par.

—¿Tú estás de acuerdo, Chapo? Bueno, pues entonces... —El robot de Jane asió con una garra el cañón de partículas e hizo algunos ajustes en los controles.

Chapo intentó clavar la garra de su robot en la superficie de la columna. El material era muy extraño, una costra negra, porosa, llena de grietas e irregularidades. Parecía piedra pómez o ladrillo compactado.

—Un disparo a baja intensidad —advirtió Jane—. Apartaos.

Así lo hicieron. Hubo un relampagueo azulado, como un arco de soldadura, y una pequeña explosión abrió un cráter en la superficie de la columna.

Chapo dirigió su mirada en todas direcciones, esperando ver... no sabía qué. Sin embargo, todo aparecía tan tranquilo como siempre.

—Fijaos en esto —señaló Jane. Los tres se acercaron, deslizándose de lado.

Había un cráter humeante de un metro de diámetro. Estaba lleno de... una serie de fibras del grosor de una muñeca humana, varias de ellas cortadas y quemadas por la descarga. A Chapo le recordaba una cuerda desgastada, mostrando el trenzado de fibras de cáñamo. En aquel momento presenciaron un espectáculo pasmoso. Una gelatina azulada transparente manaba del boquete. El líquido, muy viscoso, burbujeaba y emitía vapor en aquel cuasi-vacío. Muy poco a poco, la gelatina se espesaba y se volvía opaca, hasta convertirse en una costra sólida.

Jane tomó un pedazo con la garra. Todavía conservaba fluida la parte interior.

—Es increíble. Es... como... una cicatriz. Un sistema de autorreparación.

Chapo sintió incrementarse su sensación de extrañeza. De repente tuvo la impresión de ser una hormiga bajando por un tronco de pino. Aquella superficie le recordaba poderosamente a la corteza, muerta y agrietada. El pensamiento de atascarse en resina lo puso nervioso.

—Bien —observó Liz—, eso lo explica todo.

—¿Qué explica?

—Si tienen un sistema de reparación automática, ¿para qué instalar una alarma? Lo que implica que nadie aparecerá por aquí.

—Creo que Liz está en lo cierto —acordó Chapo—. La columna es demasiado larga para mantener una vigilancia permanente, a costa de numerosísimo personal.

—Aún no hemos visto al personal —les recordó Jane—, si es numerosísimo o escasísimo. Pero OK... Si no nos han detectado ya...

El cañón de partículas disparó por segunda vez, abriendo un boquete del tamaño

de la caja de un camión. El robot de Jane se introdujo por ella, blandiendo el cañón como un tiranosaurio fusilero.

—¡Oh, tíos! Entrad —dijo—. Esto es muy interesante.

Chapo pasó al infrarrojo. Los colores cambiaron, volviéndose extraños. Dio un paso dentro, cuidando dónde ponía las patas. Trató de asimilar lo que veía.

Después de todo no era un árbol. ¡Era un jodido bambú! La columna era hueca y su increíble solidez estaba en su diseño interior. Trató de hallarle un sentido a lo que observaba. Era como ver la torre Eiffel desde el interior. El hueco de la columna era atravesado por una serie innumerable de arbotantes curvos y vigas rectas, transversales o en diagonal. Según pudo advertir, tenían sección transversal en H o en X. Otras vigas eran verticales, extendiéndose de arriba abajo, formando grupos de seis. También observó que, cada pocos cientos de metros, había un voladizo o reborde anular que sobresalía de la pared del tubo hueco. Para continuar la semejanza con el bambú, eso sería los nudos de la caña, aunque en este caso no eran tabiques completos.

Los tres permanecieron un buen rato en silencio.

—Parece orgánico —susurró Liz—. Fijaos que no hay superficies planas. Todas son curvadas y se fusionan unas con otras sin soldaduras.

Jane estuvo de acuerdo. Tampoco, descubrió, aparecían tuercas o remaches en donde debía haberlos; aquella fabulosa estructura parecía haber crecido por sí misma.

—¿A qué vine el asombro? Es tan tecno-orgánico como nuestros robots. —Chapo miró a sus compañeros... o a sus robots, más bien. Bajo la visión infrarroja, presentaban un extraño moteado de rojos, amarillos, blancos, verdes y azules—. ¿A qué esperamos para seguir bajando?

—A nada. —El robot de Jane dio una zancada y se posó sobre una viga, las garras de las patas firmemente apretadas.

Liz y Chapo la siguieron. No era difícil; los brazos, largos como los de los gibones, facilitaban mucho el movimiento de braceo. Los pies se aferraban de modo automático. Su progresión fue más y más rápida.

A sus espaldas, el boquete se iba cubriendo de tejido cicatricial.

Al principio, Chapo pensaba en sí mismo y sus compañeros como en ninjas del Japón feudal, infiltrándose sigilosos en el alcázar de un poderoso daimio para abrir brecha, gateando en silencio sobre las vigas que cubrían el techo de la sala de banquetes. Ahora empezaba a sentir complejo de Tarzán. Aquel universo tubular extrañamente coloreado parecía una fantástica selva alienígena, y ellos sus moradores.

—¿Tenéis idea de a qué altura estamos? —preguntó en uno de los descansos. Ninguna de sus compañeras le respondió de inmediato.

—No puedo asegurarlo con certeza —dudó la pelirroja—, pero sospecho que

hace tiempo que hemos rebasado la base de la montaña.

—¿Adónde llevará esto? ¿Al infierno marciano? —bromeó Liz. Pero nadie rio.

No hablaron en un buen rato. Chapo movió débilmente brazos y piernas, como si estuviera en la cama. Se sentía como un paciente vendado y entubado en la UVI. No tenía hambre, su sangre estaba saturada de glucosa y otros nutrientes, pero su estómago seguía rugiendo cada hora y media, reclamando algo sólido. Aunque fuera un vaso de pozole... De vez en cuando, un tentáculo inquisitivo hormigueaba en su boca y le suministraba un poco de agua tibia e insípida.

—Shhhh... —chistó Jane.

—¿Qué ocurre? —preguntó Liz.

—Calla.

—¿Qué ocurre, Jane? —susurró Chapo repentinamente despierto y alerta.

La voz de la mujer era un susurro, aunque la oyó como si estuviera a su lado.

—No os mováis, creo que hay algo...

Chapo miró en todas direcciones a la vez, sin mover la cabeza, por supuesto. El robot parecía contagiado por su inquietud.

—¿Pero qué es? —La voz de Liz era áspera.

—Un... creo que es... sí, es un campo magnético.

—¿Campo magnético?

—Es uno de esos ideogramas. Ése que parece un pepino con sarampión.

¿Aquello? Chapo observó parpadear al icono mencionado. Los traductores apenas conocían algunos de los más elementales.

—¿Y qué significa?

—No lo sé.

Chapo, excitado, seguía buscando con la vista... lo que fuera. Los infrarrojos no tenían mucha definición. De repente le pareció ver algo.

—Allá arriba. ¿No veis una cosa que viene hacia aquí?

—¿Dónde?

—Allá. Un punto caliente. Más que la torre. —Hizo un signo con una garra.

—Ahora lo veo —dijo Jane.

—Y yo —confirmó Liz—. Se hace más grande. Parece como si...

—El campo magnético también está... —empezó a decir Jane.

—¡APARTAOS! —gritó Chapo.

Y de repente lo tuvieron encima.

Chapo apenas pudo ver aquel proyectil que pasó a su lado. Parecía un objeto largo, cilíndrico, tan grande como un trasatlántico. Se mantenía encajonado en uno de aquellos grupos de seis vigas longitudinales... cuya función era obvia ahora: una jaula de ascensor. Apenas tuvieron tiempo de pestañear y ya se había perdido de vista allá abajo. Ninguno de ellos pudo percibir detalles de su estructura.

—¿Habéis visto? —preguntó la pelirroja.

—Sí, aunque no estoy muy seguro.

—Iba a unas tres o cuatro veces la velocidad del sonido... —dijo Liz.

—Y si este aire tuviera la misma densidad que el de la Tierra —añadió Chapo—, la onda de choque nos habría convertido en algo parecido a sellos de correos. Esto demuestra que el lugar está en plena actividad. Si seguimos bajando, nos encontraremos con los alienígenas, y quizá no tengamos oportunidad de instalar las bombas.

—No podemos instalarlas ahora —dijo Liz—. No sabemos dónde estamos.

La cabina del piloto era una rara combinación de batiscafo y pecera. Tenía una forma esférica, dividida en dos compartimientos. En el superior se sentaba el piloto humano, metido en un tanque de agua antropomorfo. En la inferior, el delfín disfrutaba de un poco más de espacio donde estirarse. Tik-Tik pilotaría y Susana daría las órdenes.

—Atención a todos, habla Okedo. Iniciando maniobra de aproximación a la atmósfera. Todos a los asientos de aceleración. El observador de la sonda se situará en su puesto. Tiempo para el desacoplamiento, noventa y cinco minutos.

—Eso es para mí —dijo Susana. Estaba nerviosa. Se pasó la mano por la cabeza, alisándose su cabellera rebelde y roja.

—Bien... te deseo mucha suerte. Al final siempre te sales con la tuya. —Hassan le tendió torpemente la mano y ella lo abrazó.

—Sin rencores, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero ten mucho cuidado, por favor.

Susana se puso un mono de lona encima de la piel de neopreno, y se zambulló en el artefacto que había bautizado como «la doncella de Nuremberg» por su forma de figura humana sentada. George y Ed le sellaron el cuello y le colocaron el casco. Acto seguido, cerraron aquel traje y abrieron las válvulas de agua.

El líquido salpicó en grandes gotas en la ingravidez. Pronto, el agua llenaba la cámara y la mujer se encontró flotando como un feto, separada del agua por el traje de goma. Dentro de aquel dispositivo, podría soportar las tremendas aceleraciones de la entrada en la atmósfera y la doble gravedad de Júpiter.

El impulsor de la Hoshikaze destelló y la nave empezó la lenta caída que la llevaría al borde mismo de la atmósfera. Soltó un pequeño satélite que permanecería en órbita y actuaría como relé de comunicaciones, mientras lanzaban la sonda atmosférica.

En el casco se retrajeron las antenas y cualquier artefacto sensible.

—¿Altura? —preguntó Okedo. Los instrumentos indicaban un leve frenado por fricción.

—Novecientos kilómetros, comandante —comunicó Jin Shunji.

—¿Todo bien, Susana?

—Bien, comandante.

—Ochocientos kilómetros... setecientos kilómetros...

La visión a través de la pantalla mostraba un inmenso campo de nubes de color crema. Aquella era la parte más peligrosa para la nave, no diseñada para el vuelo atmosférico. Debían confiar en lo tenue de la atmósfera joviana a aquella altura y en la solidez de la tecnología de los antiguos marcianos.

Quinientos kilómetros... La Hoshikaze caía del cielo como una bala. A su fenomenal velocidad cósmica, si todo iba bien, rasaría únicamente las capas superiores, restando algo de su velocidad por fricción, en un arco colosal que les llevaría de nuevo al vacío. Si todo iba bien.

Cuatrocientos kilómetros... El silbido del viento sobre el casco ya empezaba a ser estremecedor... Trescientos kilómetros...

—¿Temperatura del casco?

—Dentro del límite.

—Aún aguantaremos. Fong, dime las condiciones atmosféricas.

—Presión, cero coma cero una atmósferas. Temperatura, ciento veinticinco grados bajo cero.

—Esto ya es demasiado denso —murmuró. Y en voz alta añadió—: Lo soltaremos a doscientos kilómetros, Susana, ¿de acuerdo?

—Espero que sí.

—¡Listos para lanzar!

—¡Doscientos kilómetros, comandante!

La mano de Okedo pulsó un botón. Los roblones explosivos que unían la sonda a la Hoshikaze estallaron y la sonda empezó a descender libremente.

—¡Ignición! ¡Jin, sácanos de aquí! —gritó el comandante.

La piloto encendió el motor de fusión y la Hoshikaze empezó a elevarse hacia la órbita, libre de la garra de gravedad del planeta gigante.

—¿Estás bien, Tik-Tik?

Para Susana y el delfín, el desacoplamiento significó una sacudida que les hubiera roto algún hueso, de no estar ambos flotando en agua.

—Bien —contestó.

El Piccard caía como un meteorito a través de la atmósfera de Júpiter, en tanto que el escudo ablativo se reducía a migajas candentes capa por capa, frenando su velocidad como una bala atravesando melaza. La deceleración era de 10 g, que en otras condiciones hubiera sido suficiente para aturdirlo. A pesar de todo, Susana notó como si algo le aplastara la frente.

Con la vista enturbiada, leyó los instrumentos. Habían descendido hasta 170 kilómetros. La presión había subido hasta 0,07 atmósferas y la temperatura había bajado a 163 bajo cero... Notó que la temperatura bajaba en lugar de subir. Eso significaba que se hallaba aún cruzando la estratosfera de Júpiter, así que no había que temer turbulencias. Lamentó no poder ver el cielo, pero eso no sería posible hasta desprenderse del escudo.

Pasaron por la marca de los 160 kilómetros. La presión ya era de 0,1 atmósfera y la temperatura había bajado hasta los 173 bajo cero.

150 kilómetros. La temperatura empezó a subir: 163 bajo cero.

140 kilómetros, 158 bajo cero...

130 kilómetros, 153 bajo cero...

—Prepárate que voy a abrir el paracaídas, Tik-Tik.

—Atento.

Susana sacó la mano por un manguito y apretó una palanca. Al instante se abrió un pequeño paracaídas, que tiró de otro mayor, que a su vez tiró de otro...

¡ZZUMMMMMMP!

Quedó un poco aturdida por el trompazo. La velocidad de la cápsula, hasta entonces cercana a tres veces la velocidad del sonido en la Tierra, quedó reducida a un nivel subsónico en apenas mil metros. La deceleración alcanzó las cincuenta gravedades durante unos veinte segundos, suficientes como para notarlo incluso en el agua.

El casi irrompible paracaídas de kevlar había cumplido su misión. ¡Cincuenta gravedades! ¡De haber estado en seco, sería como tener un elefante sobre su pecho! Un coche viajando a cien por hora, equipado con aquel paracaídas, hubiera frenado en tan solo un metro... dejando a su conductor convertido en una hamburguesa de dos metros, claro está.

El escudo ablativo se había desprendido y Susana observó afuera con emoción.

No había nada más que cielo y nubes.

Los tres robots descendían a gran velocidad, con movimientos tan maquinales como ir en bicicleta. Requerían poca atención, por lo que Chapo no dejaba de mirar y remirar en todas direcciones. De vez en cuando, un vehículo alienígena bajaba como una silenciosa flecha. Dejó de contarlos cuando su número sobrepasó los cincuenta.

—Me pregunto si no sería mejor tratar de subirnos a una de esas cosas —decía Liz, siempre impaciente. Chapo soltó un bufido.

—No digas pendejadas.

—No es ninguna estupidez —refunfuñó ella—. Yo sí que... ¡ay!

La pata del robot de Liz, que marchaba más adelantado, falló al intentar asirse. El robot braceó desesperadamente.

—¡Liz! —gritó Jane.

—No os preocupéis... me he cogido... ahora sí. Ya he recuperado el equilibrio.

Chapo intentó distinguirla en la tiniebla rojiza de los infrarrojos. Liz estaba avanzando colgado de los brazos. Finalmente hizo pie, cerca de la pared del tubo.

—¿Necesitas ayuda?

—Estoy bien... —de repente su voz se tensó—, un momento, aquí hay algo.

—¿Qué?

—No lo veo bien... se mueve. Es...

La criatura saltó de su escondite, y giró en el aire intentando escabullirse por entre las viguetas del ascensor. Chapo tuvo una breve visión del monstruo: color oscuro, entre marrón y negro; múltiples patas de movimientos arácnidos; y el inevitable aspecto repugnante de las cosas que invadieron la Zheng He. Súbitamente una larga llamarada surgió del robot de Liz, y comprendió que su amiga había disparado la ametralladora.

—¡¿Qué ha pasado?! —gritó Jane—. ¿Estás bien?

—¡Me he cargado a un alienígena escondido! —voceó Liz igualmente.

—¡Chingado! Me parece que ya nos han descubierto —dijo Chapo.

Y para confirmar sus temores... El infrarrojo le reveló muchas cosas tibias que emitían un apagado resplandor granate y trepaban hacia ellos. Al principio, Chapo apenas pudo distinguir sus formas. Eran algo agusanado, del tamaño aproximado a un ser humano. Pero cuando estuvieron más cerca de lo que jamás hubiera deseado, comprobó que eran una versión adaptada de los que les atacaron en la Zheng He: cuerpo de gusano y cabeza afechinada con una docena de ojillos... las semejanzas acababan aquí.

Las criaturas del Olympus Mons eran de un negro melánico, oscuras y brillantes como los élitros de un escarabajo. Tenían extremidades adecuadas a la gravedad

marciana y órganos manipuladores en forma de pinza para cubitos de hielo. Su morfología presentaba múltiples variantes, del tamaño de un niño de diez años al de un caballo, bípedas, cuadrúpedas y hexápodos. Sus armas parecían formar parte de su cuerpo: láseres de baja intensidad, lanzadores de proyectiles —parecían dispararse mediante explosivos químicos— y afiladas cuchillas y púas en sus miembros.

Un grupo descendía hacia ellos por una de aquellas vigas. Chapo apuntó y apretó mentalmente el gatillo. Sus armas resonaron como la camisa de un gigante al rasgarse y la llamarada lo cegó momentáneamente. La mayoría de los alienígenas fueron destrozados. Algunos huyeron a grandes saltos, ágiles como monos.

Jane y Liz disparaban contra los de abajo. El cañón de partículas hizo saltar las vigas, en cegadoras explosiones blancas.

—Tenemos que instalar las bombas y salir escopetados —se oyó a Jane.

«A buena hora se le ocurre», pensó Chapo. Estaba claro que no podrían hacerlo fácilmente ante... testigos. Vigilaba nerviosamente hacia lo alto, en busca de más alienígenas. Vio la mancha descendente de uno de los elevadores.

—Ahora verán esos cabrones —dijo Liz.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Chapo, que ya empezaba a temer sus reacciones exaltadas. Para una mujer chaparrita como Liz, manejar uno de aquellos grandes y poderosos robots debía de ser un subidón tremendo.

Todo sucedió tan rápidamente que Chapo se maravilló de haber podido captar tantos detalles. Liz disparó el cañón de partículas contra la jaula hexagonal del ascensor, en un punto situado más abajo, cortando dos de las vigas longitudinales con precisión. El elevador que bajaba justo entonces, pasó como un rayo... y descarriló.

El vehículo atravesó el entramado de vigas como una bala un cesto de paja, abriendo un amplio boquete, rozó contra la pared con una cascada de chispas blancoazuladas, rebotó, chocó con la pared opuesta... y se perdió de vista allá abajo, siempre golpeando, girando, rebotando, destrozándose y pulverizándose a cada choque.

—¡Eso les dará un buen dolor de cabeza! —dijo Liz, jubilosa.

Las ametralladoras de Chapo abrieron un ancho surco en las filas alienígenas. El cañón de partículas disparó sobre él, quemando y aniquilando a los restantes.

Parecía que no quedaban más... por el momento.

—¡No podremos contenerlos si siguen viniendo en oleadas como esa! —exclamó Jane—. ¿Está despejado el camino hacia abajo?

—Sí... eso creo —dijo Liz—. Deberíamos plantar las bombas aquí, y subir tan rápido como podamos.

—Vamos a separarnos ciento veinte grados cada uno —acordó Jane—: yo a la derecha y arriba, Chapo a la izquierda y abajo. Liz, tú las plantas aquí y luego vigila con esa pieza de artillería. Si aparecen más de esos bichos...

—Me los cargo. Descuida.

Captaron la idea. Si venían más alienígenas, Liz los atraería.

—Colocad las bombas escondidas... debajo del voladizo, tal vez, donde sea, pero que resulten difíciles de encontrar.

—Dejemos unas cuantas para que las encuentren —sugirió Chapo. Le disgustaba separarse de sus compañeras, aunque convino en que era el plan óptimo para acabar cuanto antes—. Tenemos de sobra.

—Buena idea. ¿OK?

—De acuerdo.

—Conforme.

Chapo se alejó en la selva surrealista, siempre saltando sobre las vigas. Trató de orientarse en aquel laberinto; no era fácil, muchas vigas estaban destrozadas por el impacto del elevador. Bueno, eso proporcionaría más escondites. Confiaba en que los alienígenas tuvieran demasiado que desescombrar. Se sentía fatigado y tenso. La atmósfera del robot era húmeda, pegajosa y maloliente como unos calcetines sudados. Poco tiempo atrás se lamentaba del aburrimiento... el largo y tedioso descenso le parecía ahora tan remoto como las vacaciones veraniegas del año anterior.

Calculó que estaba en el punto indicado. Soltó una de las pesadas esferas de su cintura y, manejando la pinza con sumo cuidado, activó la espoleta y programó la explosión, según el ciclo horario convenido. Las piezas tenían el tamaño adecuado; sin embargo, era tan difícil como enhebrar una aguja.

Adhirió la bomba bajo el saliente y comenzó a caminar de nuevo. Debía dispersar las bombas para dificultar su localización. Situó la siguiente entre un amasijo de vigas destrozadas. Siguió caminando. Empezaba a extrañarle la ausencia de enemigos. ¿Sería posible que los hubieran matado a todos? No, no iba a ser tan fácil.

¿Dónde poner la siguiente? Aquí, pegada a una de las vías del elevador. No había visto descender ninguno, quizás habían suspendido el tráfico. Estaba buscando un lugar para instalar la cuarta cuando los alienígenas cayeron sobre él.

Chapo pensó que era un fragmento de las vigas. Pero vio las patas y gritó por la sorpresa. Una criatura se arrastraba sobre la cabeza de su robot, como un horrible insecto o araña. Trató de sacudirla con una pinza, y casi se golpeó el escudo protector. Otras dos saltaron sobre él. Las aplastó contra la viga más cercana, golpeando su cabeza contra la misma, como un toro embistiendo. Más alienígenas surgieron de sus escondrijos, y sus ametralladoras rugieron barriéndolos. Otras aparecieron bajo él. Furioso, las aplastó con las patas. Parecían estar por todas partes... disparó de nuevo, las golpeó con pinzas y patas. Era una auténtica marabunta que lo estaba envolviendo.

—¡¡Chapo!!

—¡No vengáis! —gritó—. ¡Poneos a salvo! La mis...

Y una fuerte explosión lo hizo saltar por los aires. Su cabeza rebotó contra el acolchado viscoso que lo envolvía. Aturdido, trató de mirar a su alrededor; algo parecía funcionar mal... no podía interpretar nada de lo que veía... intentó agarrarse. De repente descubrió que no tenía brazo derecho... ¿o era el del robot? Estaba cayendo.

Un tremendo golpe lo sumió en la oscuridad.

Flotaban en un cielo azul oscuro sobre un manto de nubes color pergamino, que reflejaban la luz del distante sol. Sobre el Piccard podían advertirse algunos cirros de amoníaco, nubes altas y leves como plumas. El sol formaba un halo al refractarse su luz a través de los minúsculos cristales de amoníaco sólido.

El paracaídas del que colgaban hacía ahora el papel de un ala delta, llevándolos en un suave planeo hacia las nubes de abajo. Era hora de hinchar el dirigible. Susana presionó otra palanca. La complicada estructura se desplegó como un telescopio, al instante los calentadores empezaron a llenar las celdillas de gas con hidrógeno caliente.

Al reducirse la velocidad por la resistencia que presentaba el dirigible, el paracaídas colgó inerte. Susana vigilaba el altímetro y no respiró tranquila hasta que se mantuvo constante. Ahora flotaban apaciblemente en el cielo de Júpiter.

Con voz triunfal, anunció por la radio:

—Aquí Piccard. Hemos tomado tierra... bueno, hemos tomado aire.

El altavoz le llevó un alegre clamor.

—¡Enhorabuena, Piccard! Transmite señal de vídeo.

—Enterado... ahí va. —Leyó los instrumentos—. Estamos a diez mil metros sobre el techo de las nubes... Nuestra altura es de cinco mil kilómetros del núcleo de Júpiter... qué barbaridad, en la Tierra sería una órbita de satélite... La presión no es alta: 0,4 atmósferas; hace un frío que pela, de 153 bajo cero. Ahora conecto los sensores neurales de Tik-Tik. Es todo tuyo, amigo. Ahora, pilotas tú.

—Sí, Nadadora de Dos Colas —respondió el delfín.

A partir de ese momento, debía confiar en el innato sentido de las corrientes de los delfines, amplificado por los instrumentos. El Piccard soltó un poco de gas y la hélice principal empezó a voltear. Tik-Tik inclinó los timones horizontales y el dirigible empezó un lento picado, descendiendo en dirección a las nubes blanco-amarillentas de abajo. Susana notó que podía ver el movimiento de las sombras con el paso del tiempo. Júpiter tenía un día de solo nueve horas. Trescientos sesenta grados en nueve horas... hmmm... cosa de dos tercios de grado por minuto. O sea, el ancho de la luna llena cada medio minuto. No era raro que se percibiera a simple vista.

A medida que descendían, las nubes eran más claramente visibles. Susana había leído que eran nubes de cristales de amoníaco, muy similares a los cirros terrestres. Sobre sus cabezas se advertían pequeñas «colas de gato», como decían los marinos.

Eso le preocupó; la atmósfera del colosal planeta no es precisamente sosegada. Como confirmando sus temores, el delfín dijo:

—Siento turbulencias, Susana. Una corriente ascendente.

En efecto, la sonda estaba siendo zarandeada, subiendo y bajando varios metros cada vez. El ordenador traducía con precisión los conceptos del delfín.

—Eso es que descendemos en el centro de la zona. Dirígete un poco al norte.

—Bien.

El Piccard tomó un nuevo rumbo. Los vientos ascendían en tromba por el centro de la zona, dividiéndose en dos, al norte y al sur, en dirección a los bordes.

Al igual que en la Tierra, el aire caliente ascendía y los vapores disueltos se condensaban; tan solo que aquí los vapores eran de agua y amoníaco, en lugar de agua sola. Las corrientes de aire ascendente caliente y húmedo eran las responsables de la capa de nubes; un efecto comparable a los alisios en la Tierra. La fuerza de Coriolis, mucho más intensa en Júpiter, desviaba este movimiento al oeste y al este. Allí, en el borde ecuatorial de cada zona, los vientos soplaban hacia el oeste; en el borde opuesto hacia el este. Por ello, el Piccard fue arrastrado a gran velocidad.

Había vivido una experiencia similar durante unas vacaciones, años atrás en la Tierra... Estaba remontando un río en canoa. Como muchos antes que ella, le había parecido que la navegación fluvial sería más sencilla que la marítima. Ja.

Al poco tiempo, se sentía como una campeona de los cien metros lisos que tratara de recorrer un estrecho corredor atestado de gente.

La corriente era muy fuerte, demasiado para navegar a remo por el centro. Y en las márgenes se formaban remolinos, de los que sería muy difícil salir si la engullían. Debía estar muy alerta para advertirlos. Pero también debía aprovecharlos para que la empujaran río arriba, acercándose cautelosamente a ellos sin dejarse atrapar, rozando los bordes. Y, al mismo tiempo, cuidando de no encallar en un banco de arena o un tocón sumergido... Qué lejos estaba, en aquellos días, de suponer que repetiría la misma maniobra, en el mayor planeta del Sistema Solar.

—Piccard, estáis derivando al noreste.

—Sí, Okedo, lo sabemos. El centro de la zona es muy movido.

—Bien, tened cuidado.

Cuando el Piccard alcanzó la capa de nubes, se sumergió en ella. Susana contempló con suspicacia el marfileño puré que los rodeaba, que tendía a hacerse más y más oscuro.

—Confío en que sepas lo que haces —le advirtió Okedo desde la nave.

—Descuide.

Susana tocó un botón y quedó al descubierto un panel. Allí se quedarían pegadas cualquier clase de partículas atmosféricas, como moscas sobre papel adhesivo. Un tubo inhaló una mezcla de gases y cristales de amoníaco.

—Muestras recogidas. Sigue el rumbo, abajo y al norte.

—Bien. Creo que no tardaremos en salir de las nubes.

La luz ambiente empezó a aumentar; la calima se volvió de un blanco luminoso, y

se hallaron fuera de la zona, en la frontera con el cinturón adyacente...

Era una visión impresionante.

El Piccard se hallaba en un desfiladero de nubes. A la izquierda, los celajes de amoníaco blanco y amarillentos de los que habían salido. A la derecha, separada por una inmensa brecha de aire claro, un imponente murallón de cúmulos color castaño.

Las nubes se retorcían, se arremolinaban y se alejaban a ambos lados, ya que el Piccard flotaba justo donde los vientos son más fuertes, de cuatrocientos kilómetros hora. Naturalmente, no podían advertirlo; su aparato era arrastrado por el propio viento.

—¡Atención, Susana!

—¿Qué sucede, Okedo?

—Mejor será que os apartéis del camino que lleváis. Ante vosotros se está formando un huracán del tamaño de Rusia.

—¡Mierda!

Desde la órbita, la tripulación de la Hoshikaze pudo ver cómo nacía. La línea fronteriza entre el blanco y el pardo presentaba enormes ondulaciones. Un pseudópodo blanco se introducía en la banda marrón; como una ola al romper en la playa, se curvaba más y más, hasta que se separó en un vórtice blanco que giraba con lentitud.

Hassan lo reconoció; era un mecanismo idéntico al que genera los huracanes en la Tierra, justo en el Ecuador. Los conocía bien y los había temido como al diablo.

Júpiter tenía un eje con una inclinación de no mucho más de un grado. No poseía estaciones como la Tierra. Por otro lado, la principal fuente de calor era interna, ya que Júpiter emitía más calor del que recibía del Sol. Por ello, entre los polos y el ecuador no había apenas variaciones de temperatura, como las que en la Tierra provocan las borrascas de frente. Las bandas ecuatoriales del planeta eran rasgos estables, como los alisios en la Tierra o la zona de calma intertropical.

En pocas horas se hubo formado la gigantesca perturbación ciclónica. Tenía el aspecto de un pequeño remolino blanco, aunque era efecto del tamaño. Como todo en Júpiter, su escala era gigantesca, abarcando varios millares de kilómetros de radio. Allí, los vientos debían aullar a una pavorosa velocidad, que en la Tierra únicamente se alcanzaría en algunas corrientes en chorro de la estratosfera.

Y el minúsculo Piccard se dirigía directamente hacia ella...

Ideogramas verdes luminosos parpadeaban ¿quién eres? en torno a él como una ¿quién eres? orgía de luciérnagas abrió los ojos no podía recordar se sentía muy ¿quién eres? confuso desconcertado incierto empezó a recordar la misión ¿quién eres? aquel descenso inacabable la torre espacial las bom... realizó el equivalente mental de morderse la lengua no debo ni siquiera pensar en las ni siquiera pensar ¿quién eres? Ni siquiera pensar ¿quién eres? pero qué pesado que quién soy... nombre apellido edad lugar de nacimiento graduación número de serie ¿quién eres?

Poco a poco su cerebro empezó a aclararse.

Estaba en una cámara, iluminada por una luz pálida y difusa, como lunar. No podía apreciar el tamaño ni las distancias, aunque...

La cabeza del robot estaba salpicada de piltrafas y un repugnante líquido lechoso. Consternado, se dio cuenta de que faltaban las patas y el brazo izquierdo. Tampoco tenía las ametralladoras, ni tampoco las... Ni *siquiera pensar*.

—¿Quién eres? —dijo alguien, sobresaltándolo.

—Yo... —La voz de Chapo era un graznido bronco.

—Tú. ¿Quién eres?

—¿Y tú?

—Mentenúcleo. ¿Quién eres?

—¿Qué has dicho? Mente... ¿qué?

—Mentenúcleo. ¿Quién eres?

La voz le llegaba de su cabeza. No había ninguna criatura viviente, ni cualquier otro objeto en aquella habitación blanca.

—Yo... Chapo. Me llamo Chapo Robles.

—¿Quién eres?

—¡Ya te lo he dicho!

—Me has dicho cómo te llamas. ¿Quién eres?

—Soy... oh. Pues... un hombre, supongo.

—¿Supones que eres un hombre?

—No. Yo... soy un hombre. Un ser humano. Un Homo sapiens sapiens. Un descendiente de Adán y Eva.

—¿Es Adanyeva tu mentenúcleo?

—¿Cómo?

—¿Es Adanyeva tu mentenúcleo?

—No comprendo. ¿Te importaría formular tu pregunta de otro modo? —Mientras pudiera mantener el interrogatorio en ese nivel...

Hubo una pausa, como si el interrogador estuviera meditando.

—¿Cuánto tú está aquí y ahora?

—Que cuánto... ¿qué de qué?

—¿Cuánto tú está aquí y ahora?

—No entiendo ni una pinche palabra.

—¿Cuánto tú...?

—Espera, espera, espera. Empieza diciéndome quién chingados eres tú.

—Mentenúcleo.

—Eso ya me lo has dicho antes.

—Lo sé. ¿Quién eres?

—Yo... demontre, ya te lo he dicho. Un ser humano.

—¿Es Adanyeva tu mentenúcleo?

—Que si Adán y Eva... espera un momento. —Empezaba a entender. Aunque no sabía qué—. Lo de Adán y Eva... bueno, es una leyenda. O una alegoría más bien. Resulta que Charles Darwin...

—¿Es Charlesdarwin tu mentenúcleo?

—No. ¿Qué es una mentenúcleo?

Su interrogador pareció impacientarse por primera vez.

—¿Me tomas por un no-consciente?

—¡No, no, no! No era mi intención ofenderte. Es solo que... ¿dónde estás?

—Aquí.

—Con eso no me dices nada.

Silencio. Chapo intentó otra pregunta:

—¿Puedes venir a mi presencia?

—¿Por qué?

—Porque... solo por... no, olvida eso. ¿En qué punto exacto de la torre estás?

—Tu pregunta carece de sentido. No estoy en un lugar dado en un momento concreto.

—¿Eres un fantasma?

—No. Soy Mentenúcleo.

Chapo permaneció un momento en silencio, desconcertado. Le parecía estar interpretando una obra de teatro del absurdo, en la que él no se sabía sus líneas de diálogo.

—Has dicho que eres «Mentenúcleo». ¿A qué te refieres, eres una mentenúcleo o «la». Mentenúcleo?

—Tu pregunta carece de sentido. No hay distinción entre la singularidad en la multiplicidad y la pluralidad en la unidad, a excepción de las limitantes causales que implica el espaciotiempo.

«Más y más curioso —se dijo—. Chapo en el País de las Maravillas». Una vaga idea empezó a cosquillearle el fondo del cerebro.

—¿Tiene un perro la naturaleza de Buda? —preguntó, recordando el viejo koan. Sabía que el Zen le sería útil algún día.

Era el turno de su interrogador de sentirse desconcertado. Hubo un silencio.

—¿Qué es «Buda»?

—Un sabio maestro que vivió hace mucho. Era un príncipe que, al ver a...

—¿Qué es «perro»?

—Un animal. Una forma de vida de la Tierra. Ladra a los gatos, muerde a los carteros, le gustan los huesos...

—¿Y tiene la naturaleza de Buda?

—Ahí está la gracia de la pregunta. Tanto si dices sí como si dices no, cometes un error, y sigues envuelto en el velo de Maya, la ilusión de los sentidos.

«Ahora trágate eso», pensó Chapo.

—¿Es Buda tu mentenúcleo?

—¿Otra vez? Ya te lo he dicho. Ni sí ni no, y al mismo tiempo sí y no.

Su interrogador permaneció un buen rato callado.

—¿Quién eres?

Chapo resopló.

—Así no llegamos a ningún lado. A ver, explícame cuál es tu intención al hacerme esa pregunta. Quizá así aclaremos algo.

—Tú solo eres un manipulador. Quiero hablar con tu mentenúcleo.

—Bueno... —«¿Un “manipulador”?»—, pues no. Yo soy yo y punto.

Silencio.

—Estás mintiendo —dijo la voz—. Tú solo eres un manipulador y quiero hablar con tu mentenúcleo.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque no tengo, cabrón.

—¿No eres consciente?

—Claro que lo soy. ¿Lo eres tú, ya que estamos?

—Entonces estás mintiendo. Basta de diversión.

—¿Te parece que esto es divertido?

Silencio. Ésta vez se prolongó. Su interrogador parecía haberse cansado de él.

—¡Mi pobre amigo! —se lamentaba Liz—. ¡Tenemos que encontrarlo!

—Ya no podemos hacer nada por él...

—Porque La Misión Está Por Encima De Todo —completó Liz, masticando la frase con rencor—. ¡Pues será todo lo militar que quieras, pero es asqueroso!

—Porque no ha podido sobrevivir a esa explosión —dijo Jane—. Ni a la caída.

—Entonces recuperaremos su cuerpo. ¡No podemos dejarlo aquí!

—Sí podemos. Lo siento mucho, Liz, pero no es culpa nuestra que las cosas hayan sucedido así. Lo único que podemos hacer es intentar que su muerte no sea inútil.

Jane tampoco podía dejar de pensar en Chapo, a pesar de que era absurdo sentirse culpable por aquello. Pero la razón es así de irracional. Ella lo había enviado abajo.

Jane y Liz siguieron colocando las bombas, pero ya no lo hacían tan rápidamente como al principio. Vigilaban la aproximación de más alienígenas, y se ocultaban cuando veían moverse algo. Vieron pasar varias agrupaciones de monstruos. No las vieron; la inmensa estructura de la torre proporcionaba cientos de escondrijos. Y su camuflaje funcionaba bien, al parecer. Pero se vieron sorprendidas por algo insólito.

—Algo sube —dijo la pelirroja.

—¿Dónde?

—Allí. —Señaló con la garra hacia abajo.

Liz miró en aquella dirección y enfocó la visión. Era un objeto enorme, de las dimensiones de un elevador. Pero se movía mucho más lentamente.

—¿Qué puede ser?

—No lo sé.

En torno al cuerpo se agitaban las manchas infrarrojas de los alienígenas.

—¿Nos escondemos?

—Tardarán en llegar —dijo Jane, pensativa—. ¿Cuántas bombas te quedan?

—Dos.

—A mí tres. Creo que deberíamos colocarlas todas.

—Quizá sea mejor escondernos y esperar.

—¿Y si nos descubren?

Liz no dijo nada. Pero estaba lo bastante aterrada como para hacer estallar sus bombas manualmente. Jane debió de adivinar su pensamiento.

—Vamos a montarlas —dijo la chica—. Programa el detonador para dentro de diez horas... Es lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

—Eso es demasiado apurado para mi gusto —protestó Liz.

—No discutas y colócalo en diez horas.

—Hemos empleado diez horas en bajar... y ahora hay que subir.

—Tendremos tiempo de sobra. Obedece.

—Es una locura. Nos van a estallar en las narices.

A regañadientes, Liz programó las cargas. Luego, fijó su atención en la cosa. Ya estaba lo bastante cerca como para captar algunos detalles.

Era un cuerpo enorme, de forma casi elíptica, como un gran submarino. Liz pudo apreciar con claridad que estaba dividido en anillos, a semejanza de una gorda lombriz. De su superficie salían varias filas de patas que la recorrían a lo largo. Estas patas, muy pequeñas frente a la longitud total del monstruo, eran sin embargo muy

grandes en tamaño absoluto. Se aferraban con firmeza a las vigas, e iban empujando a la cosa lenta e imperturbablemente hacia arriba.

—Se oye un ruido raro —dijo Jane.

—Yo no oigo nada.

—Aprieta la cabeza a una viga.

Así lo hizo Liz. Oyó sonidos como de crepitaciones, desgarramientos, rechinos... Sorprendente. ¿Qué significarían?

Aguardaron llenas de recelo.

Susana recibió imágenes de la tormenta: aunque no parecía gran cosa desde el espacio, aquel monstruo hubiera barrido media Eurasia, allá en la Tierra. La tempestad crecía, alzándose sobre las nubes amarillentas y tomando un color bermejo; absorbía materia orgánica de las capas inferiores y la desparramaba sobre los cirros de amoníaco. Estaba claro que aquel movimiento era un proceso normal en Júpiter.

¿Sería lo bastante normal, como para que la insignificante navecilla terrestre sobreviviera a una de las peores cosas que Júpiter podía ofrecer? Recordó que la Gran Mancha Roja había existido durante al menos cuatro siglos.

Pero Júpiter le deparó otra sorpresa.

Había aprovechado para dormir las horas que faltaban para el encuentro. Su sueño duró casi un día joviano entero, del que la despertó un extraño golpeteo regular.

Se despejó de repente, alarmada. ¿Qué podía ser?

Las portillas estaban muy oscuras, apenas entraba una luz plomiza. Con mano temblorosa, encendió los focos exteriores. Y se echó a reír.

—Hoshikaze, aquí hay algo para vosotros —llamó—. Está lloviendo.

Gruesos goterones brillaban fugazmente como plata en el haz del proyector, en medio de una niebla espesa. El enorme globo impedía que se mojara la góndola, pero las tensas celdillas de gas tamborileaban bajo las gotas. El calor del mismo evaporaba la lluvia, formando aquella espesa neblina. Por precaución, subió la potencia del calentador de aire. Tomó una muestra del líquido. Era amoníaco con algo de agua disuelta, ácido sulfhídrico y una sopa diluida de moléculas orgánicas.

El Piccard avanzó a través del desfiladero de nubes. A ambos lados se alzaban las ciclópeas murallas de cúmulos, tan altas como el monte Everest de la Tierra, castaño a un lado, blanco al otro. Y frente a ellos, la tormenta.

Su abrumador tamaño empequeñecía la inmensa escala de Júpiter. Se alzaba hasta el cielo como un enorme hongo negro-escarlata, superando en altura los mantos de nubes de zona y cinturón. A su alrededor, las nubes eran hechas jirones y engullidas. Susana sintió un escalofrío. ¡Era... descomunal... titánico! Bueno, el paisaje de Júpiter te dejaba sin aliento y sin palabras.

—Echad una ojeada a esto —murmuró, enfocando una cámara hacia la tormenta. Oyó las exclamaciones de asombro de sus colegas, allá en la nave.

Y el Piccard corría hacia ella, a cuatrocientos veinte kilómetros por hora.

Tik-Tik decidió descender. Soltó más gas, inclinó los alerones y forzó la impulsión. Susana no podía hacer otra cosa que confiar en los instintos del animal, desarrollados por su milenaria adaptación a desplazarse ente corrientes marinas.

El barómetro bajaba...

Los nubarrones castaños se extendían ante ellos, como un inmenso acantilado de diez mil metros de alto. Tik-Tik pretendía descender bajo ellos, justo en el centro del cinturón, bajo aquellas nubes que recordaban un montón de coliflores marrones.

Observó nerviosamente en la dirección de la tormenta. Allí, en la lejanía, había una formación en forma de tronco de cono invertido, que se iba tiñendo de carmesí. Extraño, «¿de dónde saldría ese material?», se preguntó Susana. Era como una réplica en miniatura de la descomunal Mancha Roja.

Hacia abajo... no pudo ver bien. Era como una neblina muy oscura. Lenta, aunque tenazmente, el Piccard se dirigía en un picado suave hacia las nubes del cinturón.

Okedo caminaba en círculos nerviosos por el puente.

—¿Alguna novedad? —preguntó por enésima vez.

—Ninguna, comandante —dijo Fong levantando la vista de la pantalla de radar—. Parece que intentan ponerse a salvo hundiéndose. Quizá más abajo la atmósfera será más tranquila. Pero, la verdad, no tenemos ni idea de lo que hay bajo esas capas.

—Es inútil —decía Okedo—, la tormenta es demasiado grande. El Piccard no puede esquivarla de ningún modo. Los engullirá en unas horas.

—Entonces tenemos que sacarlos de ahí —exclamó Jin Shunji.

—No hay forma de...

—No podemos hacer nada —dijo Okedo—. Debemos confiar en que el delfín logrará salir adelante.

—¿Cruzarnos de brazos durante horas, mientras mi amiga lucha por su vida? —le preguntó Hassan—. Eso es algo que podría volverme loco.

—Puedes hacer algo más —dijo el padre Heinrich.

Hassan se volvió hacia el anciano dominico. No sabía desde cuándo estaba en el puente, no le había oído entrar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Puedes rezar.

Hassan sacudió la cabeza con una mueca cínica pintada en sus labios.

—¡Magnífica idea! —rio con amargura—. Pongámonos todos a rezar.

—Desde luego, no haría ningún mal —dijo Heinrich—. Yo puedo rezarle a Dios y tú a Alá. A fin de cuentas lo que importa es la fe, ¿no crees?

—Basta, padre —se llevó las manos a las sienes—, basta. Tengo un terrible dolor de cabeza y creo que mi presencia no es de utilidad aquí. Así que si me disculpa...

Hassan abandonó el puente y el dominico se acercó al puesto de Okedo.

—Comandante —dijo—. Si me permite un minuto, por favor...

Okedo se volvió hacia al padre Heinrich. Se apoyó contra el brazo de su silla de

mando con un gesto de infinito agotamiento.

—¿Qué quiere, padre? Yo soy sintoísta, así que no sé si mis rezos le servirán.

—Discúlpeme, no quiero molestarle... únicamente quisiera preguntarle algo...

—¿De qué se trata?

—Comandante, ¿usted cree también que la Humanidad fue... creada por esas criaturas de la nube de Oort? Como los monstruos que nos atacaron. Al igual que los antiguos marcianos...

—Eso no es asunto mío. No soy científico ni religioso. Mi cometido es completar la misión y regresar con todos los hombres y mujeres a mi cargo, sanos y salvos.

El religioso se tapó la cara con las manos. Temblaba. Su dignidad parecía estar agrietándose rápidamente.

—Usted no lo entiende —susurró—, estoy... asustado.

¡Asustado! Okedo miró incómodo a un lado y otro del puente. En ese momento tan solo deseaba librarse de aquel hombre y seguir con su trabajo.

—Vamos, vamos, tranquilícese. ¿Qué es lo que teme? Está razonablemente a salvo aquí. Es Susana la que se la está jugando ahora mismo.

—No temo nada externo, comandante. Los enemigos de la carne pueden ser combatidos sin dificultad... Pero los enemigos del alma surgen de nuestro interior, como gusanos devorando un cadáver. El cadáver de nuestra fe.

Okedo decidió cortar aquello.

—No entiendo a qué se refiere, y...

—Nos enseñan a ser adultos, a fingir que estamos por encima de las cosas, a que nada nos afecte... —Heinrich tenía los ojos brillantes por las lágrimas—. ¿Sabe?, hace años me dedicaba a la enseñanza y disfrutaba de la compañía de los niños. Revivía en ellos, una y otra vez, la inmensa sensación de sorpresa que me proporciona la Obra de Dios. Los ojos de los niños son puros, carecen de prejuicios, no se plantean preguntas demasiado complejas, solamente miran y se asombran ante lo que el Universo puede ofrecerles. Ahora nosotros somos como niños, estamos superados por la inmensa realidad que vamos descubriendo... Quizás el Universo no sea como habíamos imaginado...

—¿Y qué? Nos ajustaremos. Igual que nos hemos adaptado al casi exterminio de nuestra especie. ¿O cree que, con todo lo que nos queda por pasar, alguien va a tener tiempo de plantearse esos problemas filosóficos? El camino duro no ha hecho más que empezar. Pero saldremos adelante.

—Creo que se equivoca, comandante. Precisamente, es ahora cuando la gente común (no los sacerdotes o los científicos, hablo de la gente común) va a necesitar más que nunca de Dios. Del camino que nos trazó Jesús y que siguieron nuestros padres.

—Me parece perfecto. Pero no soy creyente de su religión y no es asunto mío.

El sacerdote lo sujetó del brazo cuando el comandante iba a girarse.

—¿Qué hace? ¡Suélteme!

—Sí es asunto suyo, Okedo. —La mano del dominico era como una garra—. Creyente o no, ¿se da cuenta de la responsabilidad que tiene usted ahora en sus manos?

—Suélteme, padre, o llamaré a Walter para que le inyecte un tranquilizante.

—¿Le negará a las futuras generaciones el calor de Dios?

Con un tirón brusco, el comandante Okedo se soltó. Se miró el brazo, los dedos del religioso habían quedado marcados en rojo.

—Usted tiene algún cable cruzado, Heinrich. Informaré de esto.

—¡Quizás esta nave no debería regresar jamás! —afirmó el sacerdote.

Se dio media vuelta y salió del puente.

Jin Shunji y Fong, que habían presenciado la escena, se quedaron mirando atónitos a su comandante. Okedo se arregló el uniforme.

—A ese tío vamos a tener que vigilarlo.

—Atención, Susana, te estás hundiendo demasiado —la avisó Fong desde la Hoshikaze.

Ella también se hallaba pensando lo mismo. El flujo de viento era descendente en el centro del cinturón, y los empujaba hacia abajo. Y había algo más que la preocupaba. El Piccard era un globo de aire caliente. Si la temperatura del aire aumentaba, su poder ascensional se vería mermado. Y si descendía, encontraría aire más y más caliente, con lo que... mejor no pensarlo.

El aparato colgaba ahora seis mil metros bajo las nubes pardas del cinturón, en un sándwich de aire medianamente claro. Bajo él, a unos diez mil metros, estaba la siguiente capa de nubes, esta de cristales de hielo. Y bajo ella, tal vez lo que estaban buscando... agua líquida. Se estimaba que la temperatura subiría por encima de cero bajo el siguiente estrato de nubes. Pero las presiones se acercarían ya a las diez atmósferas, y eso era como para pensarlo dos veces.

Y, más abajo, a presiones aún más altas y temperaturas sobre los cien grados, la atmósfera se iría convirtiendo en el océano gigante de hidrógeno que formaba la mayor parte del planeta, en el que la Tierra entera podría caer como una piedra en un estanque, con un ligero chapoteo...

Pero, por el momento, el Piccard seguía hundiéndose en las abullonadas nubes marrones. Pronto la luz quedó bloqueada, como bajo una negra nube de tormenta de la Tierra. Leyó los instrumentos. El barómetro se había estabilizado. Estaban a unos noventa y cinco kilómetros sobre la superficie, sea lo que fuera esta... la presión había subido a una atmósfera y media: no demasiado para el aparato. La temperatura exterior era de ochenta grados bajo cero. Lo que en Júpiter era casi primaveral.

Tik-Tik se sumergía en el mar gaseoso. Sentía sobre su piel el liviano peso de la columna de aire, su sonar recibía señales electrónicas convertidas en sonido, sus otolitos sentían los casi imperceptibles movimientos de su nave-cuerpo. Una débil corriente arriba-abajo, el flujo laminar este-oeste, un leve retorcimiento que era la débil mano de la tormenta. Podía hundirse más, pero todos sus nervios gritaban en contra. No luches contra el agua, es más fuerte que tus débiles músculos, le decía su instinto. Aprovecha su fuerza. Juega con las corrientes. Cabalga las olas.

Para salvarse de las profundidades, debía entrar en la tormenta.

—¿Que va a hacer qué? —exclamó Okedo desde el puente de la Hoshikaze.

—Es la única solución.

—Es una locura. Lo prohíbo.

—Comandante, usted no está aquí abajo —dijo Susana, educada pero firme—. Si nos quedamos más en este nivel, iremos descendiendo poco a poco. Las celdillas no pueden contener más gas caliente. Y al alcanzar cierta profundidad... bueno, no habrá forma de ascender de nuevo.

—Lo que proponéis es un suicidio rápido.

—Creemos que no. Tik-Tik y yo estamos de acuerdo en que podemos conseguirlo. Y si alcanzamos el ojo de la tormenta, estaremos más seguros que aquí fuera.

Abrió las válvulas y el Piccard prosiguió su descenso a niveles más bajos de la atmósfera. El plan era introducirse en la tormenta por abajo. Para ello, descendieron hasta los sesenta kilómetros. La presión alcanzaba allí las cuatro atmósferas y la temperatura solamente era de dieciocho grados bajo cero.

Poco a poco, el firmamento se fue cubriendo de opacas nubes rojo sangre.

Tik-Tik estuvo muy ocupado en esas horas.

Mientras, el Piccard chapoteaba entre las nubes rojas. Las corrientes lo hacían girar sobre un eje vertical, pese a que habían soltado a proa un ancla flotante aérea, una especie de cola de cometa que los mantendría proa al viento y ofreciendo una resistencia mínima. La presión disminuyó con rapidez y Susana soltó más gas. Pero las bajas presiones producían también una fuerte corriente ascendente, como esperaba.

El Piccard había comenzado a ascender cuando se produjo la catástrofe.

De repente fue sacudido por una fuerte racha de viento. El Piccard inició una frenética serie de giros que casi enloquecieron a Hassan. Tik-Tik emitió un chillido que parecía el desesperado aullar de una sirena.

Susana soltó el ancla aérea, pero el Piccard siguió girando, como un patito de goma en el torbellino de una bañera que se vacía. Sus giros eran ahora sobre su centro de gravedad, más cortos, más rápidos. Una centella saltó entre las nubes. Susana,

aturdida, contó uno, dos, tres... antes de recordar que aquello no le serviría de mucho. ¿Cuál era la velocidad del sonido en la atmósfera de Júpiter?

La voz de la Hoshikaze se llenó de estática.

—¡Piccard, resp... bzzz...!

—¡No os recibo bien, Hoshikaze!

Llegó el trueno; un trueno mucho menos bronco que el de una tormenta terrestre, si no más bien agudo, como un grito de dolor. Recordó sus inmersiones en atmósfera de oxihelio, en las que la voz humana se vuelve chillona.

—Vientos de... bzzz... sssss... no recibí...

—¡Yo tampoco os oigo!

—Rrrr... ¡contesta!, Pie... rrrr...

—¡Hoshikaze! ¡Hoshikaze, no os oigo!

—Oím... bzzz...

Era inútil. La atmósfera se había vuelto loca y el Piccard flotaba como una pluma arrastrada por un vendaval. El peor enemigo de un dirigible es el viento.

—¡Tenemos que salir de aquí, Tik-Tik! —gritó Susana—. Aunque era indudable que el delfín no necesitaba tales consejos.

Otro relámpago centelleó. De nuevo el trueno chillón... más cerca. Hubo un crujido metálico. Susana al oírlo sintió un estremecimiento. De nuevo un crujido. El altímetro indicaba que el Piccard perdía altura; indudablemente, había pérdida de gas.

Un nuevo crujido... y el Piccard se partió en dos.

Chapo no hacía otra cosa que yacer sobre su pringosa envoltura, encerrado en la cabeza de un robot, preguntándose cuánto sabrían ellos... o al menos aquel cretino de Mentenúcleo. Lo único bueno era que no le había preguntado sobre las bombas.

Ya había perdido su paranoico temor de no pensar en ellas. Estaba claro que Mentenúcleo no podía leer sus pensamientos. Solamente podía comunicarse con él a través de los sentidos de su traje. ¿Pero quién diablos sería? ¿El jefe de seguridad? ¿El del servicio de inteligencia? ¿Un embajador? ¿O el propio general en jefe? Por sus palabras, entre los alienígenas parecía no haber distinción de individuos. Mentenúcleo le había tratado como un ser humano trataría a un teléfono que funcionaba mal.

Quizás allí estaba la clave, y todos los supuestos acerca de su objetivo estaban equivocados. Recordó los vídeos de la exploración del núcleo del Arat que había enviado la Hoshikaze... Y de repente algo se iluminó en la mente de Chapo.

Comprendió qué era realmente aquella torre. No se trataba de una simple fortaleza para los troyanos. Era el alienígena en sí.

Toda ella era un único y gigantesco ser vivo dotado de conciencia, como la criatura que ocupaba el núcleo del Arat. Una conciencia que no residía en un solo lugar. Mentenúcleo pareció confuso cuando Chapo le preguntó dónde estaba. La torre podría ser como un gigantesco coral, una colonia de criaturas, con un sistema nervioso descentralizado, o quizás una red de cerebros interconectados. Quizá se alimentaría de la energía generada por la diferencia térmica entre cada uno de sus extremos, o de la radiación solar sobre el extremo negro que sobresalía como un pararrayos por encima del Olympus Mons. O quizá extraería energía directamente de la cámara magmática del volcán.

Sí, tenía sentido. De alguna forma lo tenía. Repentinamente sintió el impulso de escapar. No solo por salvar su vida, también para llevar esa información a los científicos de Nuevo Vaticano. Pero ¿cómo? Movié el brazo derecho del robot. Quizá podría arrastrarse. Pero no podía olvidar que estaba encerrado en aquella gigantesca torre. No sabía siquiera a qué altura. O profundidad, porque quizá estaba por debajo del nivel del suelo marciano. Miró desesperado los símbolos incomprensibles que parpadeaban a su alrededor. Chingados, seguro que esa información estaba justo allí. Pero ni modo.

¿Y qué había de las bombas? ¿Habían tenido suerte sus compañeras? ¿Habían encontrado los alienígenas las bombas ocultas? Caviló frenéticamente. Mentenúcleo no le preguntó sobre ellas. Eso significaba que o bien las habían encontrado o bien no. Espera, espera. Si las hubiera encontrado... o si hubiera encontrado algunas,

entonces le habría preguntado sobre ellas. Después de todo, Chapo llevaba varias consigo. Por tanto... Pero no. Quizá eso era lo que se buscaba de la hipotética mentenúcleo de Chapo. Y en ese caso, él no tenía modo alguno de averiguar lo que sabían los alienígenas.

Si Mentenúcleo volvía a interrogarle, no podía decirle: «Oye, no te esfuerces en buscar más, he sido yo quien ha puesto las bombas... a propósito, y únicamente por curiosidad, ¿las habéis encontrado todas?».

Suspiró. Había malgastado sus células grises y seguía como al principio. Bien, si la teoría del «teléfono estropeado» era cierta, Mentenúcleo no se dignaría volver a hablar con él. Lo que le dejaba tiempo para urdir un plan de escape. Comenzó a arrastrarse lenta y penosamente con el brazo derecho. Al menos, era una idea más útil que permanecer acostado rumiando su infortunio.

Las paredes eran de una sustancia blanca, elástica y fibrosa. Parecía seda de araña. El cubículo en que estaba podría contener cuatro o cinco cabezas de robot como la suya. La luz parecía surgir de todas partes, como si la difundieran las mismas paredes. No había nada más. Tanteó con la pinza. Creyó que podría rasgarla. Entonces podría escapar de la celda y, arrastrándose sobre un brazo y cuidando que no lo vieran, averiguar dónde estaba, buscar una manera de salir de la torre.

Todo ello, teniendo en cuenta que un par de docenas de bombas de hidrógeno podían estallarle bajo las narices en cualquier momento.

Podía tener éxito, pero solo si los alienígenas eran unos estúpidos integrales.

Bastante más arriba en la torre, Jane y Liz miraban fascinadas.

¡Aquella oruga gigante se estaba comiendo las vigas rotas!

Su extremo anterior estaba rodeado de media docena de bocas en forma de ranura, que mascaban, trituraban y tragaban todo lo que se le ponía por delante. Un ejército de monstruos, totalmente similares a los que les habían atacado, excepto que tenían patas aún más robustas, arrancaban vigas rotas y todo fragmento que pudieran encontrar, y con ellos atiborraban las glotonas fauces.

—Servicio de limpieza —adivinó Jane—. Me pregunto cuándo vendrá el de mantenimiento.

No tuvieron que aguardar mucho.

De la parte trasera de la cosa salían unos espaguetis blanquecinos, como monstruosas deyecciones. Pero no era exactamente eso. Conforme aquellas extrañas excreciones iban saliendo del cuerpo de la cosa, las obreras, si se podía decir así, las iban colocando reemplazando a las vigas. Al parecer, aquella sustancia se endurecía con rapidez. Tras ellas, el andamiaje de la torre quedaba reparado.

—Ésa masa es una macromolécula de polimerización ultrarrápida —dijo Liz—. Es como... una araña gigantesca.

—¿Qué?

—¡Segrega vigas como una araña su seda! ¿Comprendes?

—No del todo. Las arañas hacían la seda con la que antes se hacían camisas y corbatas, ¿verdad? —La pelirroja no estaba muy ducha en biología.

—No, esos eran los gusanos de seda.

—Gusanos, arañas, ¿qué diferencia hay?

—Pues... luego te lo explico.

Las dos presenciaron cómo la cosa reciclaba las vigas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Liz con acento sombrío.

—¿Hacer?

—Ésa cosa viene hacia aquí. Si salimos ahora de nuestros escondites, nos verán. Si dejamos que nos rebase, se colocará entre nosotras y la salida.

—Ya me he dado cuenta. No tenemos muchas opciones, ¿verdad?

—Pero podemos detener la cuenta atrás en cualquier momento.

—Ni hablar. —De un compartimiento situado en la cadera del robot, Jane sacó una esfera del tamaño de una naranja, y la hizo girar entre sus garras.

—¿Qué es eso?

—Un pequeño juguetito...

—¿Qué...?

—Una diminuta bomba atómica. Apenas medio megatón. Limpia y compacta, muy eficaz en situaciones difíciles.

—¿¡Apenas?! Tía, no hablarás en serio... ¡Estamos a menos de cien metros de esa cosa!

El robot de Jane se preparó para lanzar.

—Ponte a cubierto.

Liz se arrojó a un lado, al tiempo que la chica lanzaba la bomba.

La explosión fue casi simultánea. Destrozó a la gigantesca criatura, y lo que quedaba del entramado de vigas. Jane y Liz, cayeron girando, rodeados de escombros y restos orgánicos irreconocibles. Ambas lograron asirse a un saliente.

—¡Mira! —señaló Jane.

La explosión había abierto un gran boquete en la pared del túnel. Rayos de luz rojiza entraban cegadores, reflejándose en el polvo marciano.

—Imagino que ya habías previsto ese efecto —comentó Liz con sorna.

—Debo admitir que no —dijo la pelirroja con tranquilidad—, pero nos viene de perlas para asomarnos y ver dónde estamos.

—De acuerdo, vamos a echar un vistazo.

—No, ve tú. Yo no puedo moverme.

—¿Qué?

Entonces Liz se giró hacia arriba. El robot de su amiga estaba a unos metros, casi

oculto por un amasijo de escombros. Dio un respingo. El lateral de la cabeza-cabina estaba aplastado por una columna que se había derrumbado sobre él.

—No te asustes —le dijo Jane—. Estoy bien.

—¡No puedes estar bien! La cabeza de tu robot se ha cascado como un huevo.

—Pero yo estoy bien. Solo que no puedo moverme. Tengo una pierna atrapada.

—Te sacaré de ahí —dijo Liz extendiendo las garras y trepando hacia el robot.

—No, maldita sea. ¡No te acerques más! Todo el andamiaje a mi alrededor está a punto de desmoronarse. Si te aproximas solo un poco, nos hundiremos juntas.

—Entonces saldré del robot. Mi peso no afectará a los andamios.

La cabeza del robot de Liz se abrió como un gigantesco bivalvo. La muchacha salió fuera y se ajustó la máscara de oxígeno. Su cuerpo desnudo estaba cubierto por la capa de espuma polimérica que la protegía de la baja presión del aire marciano.

Se puso de puntillas sobre la cabeza del robot y saltó al travesero más cercano. Luego al siguiente, con los músculos vibrando, en una completa concentración. Movimiento a movimiento, avanzó de traviesa en traviesa, en medio de una tormenta de percepciones y reacciones, una y otra vez trataba de probar las presas óptimas en la fisura, averiguar la presión correcta de los dedos. No se atrevía a mirar más allá de las puntas de los dedos de sus pies, hacia el abismo sin fondo que antes se había tragado a Chapo.

Los segundos pasaban a toda velocidad. Sentía cada una de las fibras de sus músculos tensándose cada vez que sus dedos se agarraban a una fisura. Sentía los pies que se apoyaban en la pared rugosa y la impulsaban hacia arriba. Una laja se desprendió bajo su mano, resbaló y terminó golpeándose contra una repisa de bordes afilados. Inmediatamente se levantó y siguió escalando.

Por fin alcanzó la parte inferior del robot de su amiga. Dejó ir los pies, y con un balanceo elevó las piernas hacia el artefacto, enganchó un pie a la altura de la cintura de la máquina y luego se apoyó en la superficie rugosa de los hombros.

—Abre la cabina, Jane —jadeó—. ¿Puedes?

—Ten cuidado —dijo la vocecilla de su amiga desde el interior.

Ahora que no la oía a través de los sentidos del robot, su voz sonaba como si hablara desde un lugar remoto. La advertencia era justa y Liz se apartó. Una de las valvas de la cabeza de la máquina se abrió entonces con un crujido y con demasiada fuerza.

Todo el andamiaje se estremeció, y Liz pensó por un momento que su esfuerzo no había servido para nada y que las dos se iban de cabeza al abismo.

Afortunadamente no fue así. Los escombros se estabilizaron, y Liz pudo ver por fin a su amiga, con la máscara de respiración ya puesta y asomando entre la masa orgánica interior del robot, tendiendo una mano hacia ella.

—Ayúdame, tengo la pierna atrapada, pero como esto es viscoso, creo que saldrá

si tiras de mí. Tira sin miedo, no parece rota.

—De acuerdo.

Liz afianzó sus pies en los hombros del robot, agarró el brazo de Jane, y tiró con todas sus fuerzas. La pierna de su amiga surgió con un sonido viscoso y repugnante.

—¿Cuál es ahora el plan? —preguntó Jane—. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—¿Qué tal la pierna? ¿Crees que podrás bajar o debo cargarte?

—¿Cargarme? —Jane rio sin poder evitarlo—. Pero si peso el doble que tú, muchacha. Menudo optimismo el tuyo. No tengo problema con la rodilla, pero ¿cómo vamos a salir de aquí? Solo tenemos un robot.

—Pues tendremos que apretarnos un poco.

—¿Esas cosas pueden llevar a dos personas?

—Nadie me dijo que no pudieran. Vamos —apremió Liz—, el tiempo pasa.

Descendieron por las vigas retorcidas y carbonizadas, hasta el robot que las esperaba plantado cerca del enorme desgarrón que la explosión había abierto en la pared de la torre. Y entonces, algo saltó frente a ellas.

La criatura era enorme, ahora que la veían sin la protección de sus robots. Era uno de los guerreros que acompañaban a la masa gigante que había resultado despedazada. Había sobrevivido a la explosión y se interponía entre ellas y la máquina.

—¡Jesús...! —exclamó Liz.

No tuvo tiempo para reaccionar. Silenciosamente, la criatura saltó sobre Jane, arrastrándola hacia el abismo que se abría tras ella.

La muchacha se estrelló contra una maraña de cascotes, varios niveles más abajo. Imperturbable, el monstruo se alzó frente a ella.

Jane miró fijamente su horrendo rostro. Pese a la fatalidad, se sintió aliviada.

—Bueno, esto simplifica mucho las cosas. Espero que Liz tenga la suficiente cordura como para entrar en su robot y alejarse ya...

La criatura avanzó un paso hacia ella, y un lado de su cabeza voló esparciendo un repugnante líquido amarillento. Tras el negro cuerpo que se derrumbaba, encaramada en los cascotes, con su pistola aún humeante, Liz sonreía maliciosamente.

—Nunca salgo de casa sin una de estas... —dijo—. ¿Crees que podrás subir hasta aquí o tengo que bajar a por ti?

—Ya subo, pero ve entrando en el robot.

Jane trepó rápidamente por los escombros hacia el robot de su amiga. Las dos valvas de la cabeza estaban abiertas y Liz le hizo un gesto invitador desde dentro.

—Vamos, está frío y viscoso, como a ti te gusta.

Jane se acomodó a su lado y las valvas se cerraron, el robot se puso en marcha, aparentemente sin notar el peso extra. Jane había temido que la presencia de dos sistemas nerviosos en su interior cortocircuitaría el cerebro básico de la máquina.

Pero no fue así. Aquel robot era de Liz y simplemente ignoraba la presencia extra. En esas condiciones, Jane estaba ciega y sorda. Era una sensación extraña, como estar tendida en un ataúd encima de una babosa gigante. Por fortuna, podía oír a su amiga a su lado.

—Bueno, ahora echaré un vistazo afuera —dijo Liz.

—El tiempo pasa.

—Lo sé, lo sé. Será solo un momento.

El robot se encaramó al borde del enorme desgarrón y Liz jadeó:

—¡Por Dios!

—¿Qué, qué sucede? —suplicó Jane—. ¿Qué has visto?

—Luego te lo cuento. Ahora tenemos que salir de aquí.

La máquina empezó a trepar con la agilidad de un chimpancé atiborrado de esteroides.

Como un corcho saltando del cuello de una botella, el Piccard emergió al cielo despejado en el ojo del huracán. Flotaba en el centro de un grandioso embudo de nubes rojas, como si estuvieran en la arena de una plaza de toros.

La mitad posterior, conteniendo el módulo de regreso y el impulsor principal, se había hundido como una piedra. Libre de ese peso, la mitad anterior, incluida la góndola de mando, se había elevado. Las luces de la cabina se apagaron y luego se encendieron de nuevo, al entrar en acción las baterías de emergencia.

Lo que quedaba del Piccard giraba sin control como una peonza.

Las murallas nubosas se alzaban a su alrededor, mientras arriba relucía el sol en el cielo índigo. La navecilla se alzaba y se alzaba, en dirección al aire límpido de las alturas. Una válvula automática soltó gas para impedir que estallara.

«No es porque importe mucho», pensó Susana con melancolía. Inclinandose como pudo, logró divisar cómo la mitad de popa seguía hundiéndose hasta perderse de vista en el fondo del embudo.

—¿Nos... zzz, Pie... rrr... Contest... zzz...?

Contestó la llamada, y en la forma más neutral posible explicó su estado.

Pero la noticia debió helar el corazón a todos los que estaban en el puente de la Hoshikaze. Hubo un largo paréntesis de silencio, que finalmente Okedo rompió:

—Aguanta, Susana. Vamos a estudiar la manera de sacarte de ahí.

Ella entornó los ojos y no dijo nada. No hacía falta replicarle al comandante que no había posibilidad alguna de rescate. Disponían de otra nave igual, pero no podría llegar hasta el Piccard antes de que se hundiera a profundidades mortales. Y cuando descendiera un poco más, perderían el contacto por radio, y sería prácticamente imposible encontrarlo, en aquel mundo cincuenta veces mayor que la Tierra.

Contando, y era demasiado contar, que el pecio sobreviviera tanto tiempo.

El Piccard, o lo que quedaba de él, iniciaba su tercera vuelta a Júpiter. Susana había seguido con las transmisiones. No tanto para los próximos globonautas jovianos —si alguno era tan loco— como para tener algo que hacer. El delfín preguntó:

—Nadadora... ¿vamos a morir?

Susana tardó en contestar.

—Eso parece, Tik-Tik.

—Ah.

Ella hubiera dado algo por poseer esa serenidad. Pero, claro, escuchaba al delfín a través del ordenador. El programa traductor era incapaz de transmitir emociones.

—¿Qué pasará después?

Susana cerró los ojos.

—Nadie lo sabe. —«¿No tienes otra preguntita más difícil?», pensó.

—Nadadora...

—¿Sí?

—Tenemos compañía.

—¿Qué? —Se preguntó si el delfín, a pesar de su aparente desinterés, estaba a punto de enloquecer de terror.

—Suben hacia nosotros... muy rápidos.

—¡¿Qué?!

—Cosas grandes... que vienen...

Susana se inclinó de nuevo todo lo que pudo para mirar hacia abajo.

Como una flota de submarinos emergiendo, un centenar largo de cuerpos oscuros aparecieron entre las nubes. Soltó una exclamación de asombro. Eran como grandes cigarros oscuros, con pequeños timones de cola. Flotaban en el aire con despreocupada facilidad. Apresuradamente informó a la nave espacial:

—Atención allá arriba, si me oís: hay una flota de zepelines, volando tan campantes en la atmósfera de Júpiter.

De la nave le llegó:

—Rep... eso... Pic... ard.

—Tengo debajo de mí a un centenar o así de objetos más grandes que mi propio dirigible cuando estaba intacto. Medirán unos trescientos metros de largo.

La flota de zepelines, desparramada a ocho mil metros bajo el dirigible, ascendía poco a poco en grandes círculos. ¿Lo habrían visto? Por la forma en que volaban en torno al Piccard, desde luego que sí. Susana sentía como si le hubieran hecho un nudo en la laringe.

El profesor Piccard, el original, había descendido a las profundidades abisales llevando, sobre su batiscafo, un cañón lanza-arpones con carga de estricnina. Los calamares gigantes podían ser peligrosos, se imaginó. Pero ella no tenía ahora ni un tirachinas. Claro que, dadas las circunstancias, ¿por qué preocuparse?

Tik-Tik emitió un agudo chillido de dolor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Me duele... esas cosas... gritan... no les entiendo, pero...

—¡Tik-Tik...!

—Demasiado fuerte... van a taladrarme el cerebro...

El delfín volvió a gritar. Aquello parecía estar matándolo, pero Susana no podía escuchar nada por ninguno de los canales de radio. Desconectó a Tik-Tik del exterior.

—¿Estoy ciego?

—He anulado tu conexión con los oídos del Piccard.

—¿Por qué?

Chapo desgarró la tela de un zarpazo. La celda en la que estaba confinado colgaba entre las vigas, como un nido de procesionarias entre las ramas de un pino.

No había nadie a la vista.

La torre crujió. Chapo se sujetó con fuerza. ¡Estaba cayendo! Pronto, debía salir de allí. Tenía que salir de allí.

Se arrastró sobre una viga transversal, con el único brazo que le quedaba a su robot, en dirección a la pared. Arrastrarse... arrastrarse... un empujón... otro... el ascensor seguía bajando más y más rápido.

Hubo una explosión y una sacudida que le lanzó de nuevo al vacío. Se aferró con desesperación. Colgando de la zarpa, miró a todos lados... un momento.

Llegaba un poco de luz desde arriba. La explosión que había sentido debía haber abierto una brecha en la torre y entraba una luz escasa del exterior. La abertura tenía que estar situada a un centenar de metros sobre él, pero los sentidos del robot eran capaces de captarla. No lo pensó más. Se soltó.

La cabeza rebotó varias veces en su caída, el brazo se rompió, Chapo fue lanzado contra las acolchadas paredes de su encierro. Y de repente hubo luz.

Todo le daba vueltas, pero no podía pararse a descansar. Las atómicas que habían colocado iban a estallar tarde o temprano, transformando aquel lugar en un infierno de fuego radioactivo. Chapo abrió las valvas de la cabeza del robot y se ajustó la máscara de respiración. Saltó fuera y miró a su alrededor asombrado.

Era una caverna tan inmensa que por un momento pensó que había salido al exterior. Tenía forma de cuenco invertido, y el techo estaba tan alto que quedaba difuminado por las capas de polvo en suspensión. Las paredes tampoco se veían con nitidez. Estaban demasiado lejos, pero la luz entraba por una serie de túneles abiertos en ellas. Contó hasta diez, y supuso que eran los radios que sustentaban las paredes talladas en la roca, similares al pozo por el que había descendido, pero horizontales.

Miró hacia abajo y lo que presenció no era menos extraordinario. Estaba plantado sobre una montaña de icosaedros pegados entre sí con las mismas hebras blancas que lo habían encerrado. Unos eran grandes, otros pequeños y con la superficie más «tierna», como en diferentes fases de crecimiento. Además, de la cara de cada icosaedro surgía un tentáculo que lo conectaba con todos los demás, creando una red intrincada y palpitante que lo envolvía todo.

«Rizomorfos. Esto es el núcleo de su nido. Todo sale de aquí».

Sobre él colgaba la parte inferior de la torre por la que había bajado. Un túnel que conectaba ese punto con la caldera del volcán, veintisiete kilómetros por encima de su cabeza. Los arbotantes sujetando la torre en el centro del túnel se expandían a

partir de la abertura inferior, creando una cúpula radiada en torno a la palpitante pila de rizomorfos. «¿Mentenúcleo?».

Se acercó a la cabeza mutilada de su robot y activó las dos bombas de hidrógeno que le quedaban. Las programó para que estallaran por simpatía con las otras que habían colocado. Chapo no sabía cuánto tiempo le quedaba, pero no debía de ser mucho.

Miró alrededor. Aquellos túneles por los que entraba la luz eran sin duda una salida al exterior. Parecían al alcance de la mano. Una carrerita y saltaría a través de ellos mientras la bola de fuego atómico se formaba a cámara lenta detrás de él.

«Como en las películas —se rio—. En el universo real, el guionista es un hijoputa».

Pero la perspectiva lo engañaba. La base de Olympus Mons cubría una superficie mayor que la de Alemania. Y él estaba en el centro. Una carrera un poco larga. Récord olímpico si lo lograba, desnudo y descalzo, solo con aquella asquerosa baba solidificada pegada a su cuerpo. Lo malo es que no tenía aire ni para recorrer un centésimo de esa distancia. Además, se dio cuenta de que si veía los túneles de salida desde allí, era porque no estaban a ras del suelo, sino a kilómetros de altura.

En definitiva, nada que hacer. Se sentó sobre la cabeza del robot y lo palmeó amigablemente.

—Has sido un buen muchacho —le dijo.

Miró con aprensión las bombas atómicas. Estallarían y lo volatilizarían en una fracción de segundo. No podía esperar una muerte mejor. Ni siquiera lo notaría.

Pero no iba a tener tanta suerte.

Al menos un centenar de troyanos trepaban hacia él por la montaña de icosaedros. Eran del tipo negruzcos y forzudos, llenos de pinzas y garras. Agresivos.

—Hijos de la gran chingada —dijo Chapo con voz cansina—. ¿Es que no me podéis dejar en paz de una pinche vez?

Rebuscó en el interior de la cabeza del robot y encontró la pequeña pistola automática que guardaba allí. Cinco cargadores con quince cartuchos cada uno. No eran mucho, pero sí mejor que quedarse esperando cruzado de brazos.

La bulbosa cabeza del primer troyano asomó por el borde del rizomorfo y Chapo disparó arrancándole un buen pedazo del cráneo. El monstruo, con media cabeza volada y los gusanos de su interior escapando por el agujero, siguió avanzando como si nada. Chapo volvió a disparar. Ésta vez la criatura se derrumbó.

—¡Vamos! No me puedo permitir dos tiros a cada uno.

Pero el siguiente alienígena ya estaba sobre el borde de icosaedros. Disparó otra vez.

Y antes de que el segundo cayera, al menos una docena más habían rebasado el borde y se lanzaban a la vez contra él.

—Bueno, pues se acabó la sopa de fideos.

Chapo trepó sobre la cabeza del robot y empezó a disparar a diestro y siniestro.

Y entonces se levantó una cortina de fuego en torno a él, destrozando a los troyanos que estaban a punto de agarrarlo. Levantó la cabeza y vio pasar rasante al jumpjet con las insignias de Nuevo Vaticano que los había llevado hasta allí.

Se alejó para describir una amplia curva, y volvió a la carga. Sus dos ametralladoras manejadas por ordenador trituraron literalmente a los alienígenas, con tanta precisión que Chapo sentía cómo las balas calibre 12,7 mm pasaban a su lado.

El jumpjet se detuvo justo sobre él, y dejó caer algo parecido a una red de pesca gigante. Chapo se agarró a ella con todas sus fuerzas y lo izaron. En el momento en el que pisó la cabina de carga, las compuertas se cerraron y el jet aceleró con tal violencia que fue lanzado como un muñeco contra un montón de paquetes.

Un monitor sobre su cabeza mostraba imágenes del exterior del aparato. Volaban a toda velocidad por el interior de aquella caverna gigantesca. Unos dígitos en una esquina indicaban Match 2. De repente se metió por uno de los túneles que conducían al exterior, las paredes de roca pasaron a toda velocidad, y salieron al día marciano. La luz del sol destelló frente a ellos y la imagen cambió a las cámaras de popa del aparato.

Tras millones de años, el Olympus Mons entró en erupción de nuevo. Una columna de fuego salió por boca del túnel que acababan de abandonar, mientras un hongo nuclear se formó sobre la caldera del volcán y en un instante evaporó la columna negra. Allá abajo el suelo de Marte tembló y lanzó hacia lo alto piedras, polvo, arena, cascotes, derrubios como metralla.

Una nube de polvo rojo lo ocultó todo y el monitor quedó cegado.

—Nos hemos librado por un pelo del culo ¿eh, Chapo? —La voz era...

—¡Liz!... ¡Jane!

No había lugar para las palabras. Las dos mujeres corrieron a través de la bodega de carga y saltaron sobre él. Los tres se abrazaron, sin poder decir nada coherente.

Por el rabillo del ojo, vio que entre los paquetes estaba plantado un solo robot: el de Liz.

Cuando las dos se apartaron un poco, vio al padre Eduardo, que sonreía de oreja a oreja y le aplaudía como si Chapo fuera una estrella de la canción.

—Bravo, amigo —le dijo—, eres todo un héroe.

—¡Te dábamos por muerto! —gritó Liz.

—¡Y yo! ¿Cómo supisteis que...?

—Jane lanzó una bomba que abrió un boquete en la torre. Me asomé y estabas saliendo de la cabeza de tu robot, en medio de una muchedumbre de tus fans rizomorfos, en un lugar extrañísimo. Cuando llegamos a la caldera y nos rescataron, le dije a Eduardo dónde estabas. Ellos ya habían descubierto las entradas laterales...

—Pero no sabíamos lo que eran —dijo el jesuita—, la información de Liz nos permitió localizarte. Solo teníamos tiempo de una pasada antes de que estallaran las bombas. La Providencia bendita vela sobre ti, amigo mío.

—¿Cómo has sobrevivido? —le preguntó Jane—. Te vimos caer al abismo.

—Es una larga historia... —Chapo caminó tambaleante por la cabina. Se sentía mareado, se apoyó en los hombros de Jane y Liz—. Estoy bien, estoy bien.

—¿Seguro? —la pelirroja escrutó sus ojos.

—Sí. ¿Cómo ha ido todo? ¿Los hemos jodido?

—Y con un condón de papel de lija —exclamó Liz triunfante.

—Parece que por fin sabemos cómo derrotar a esas cosas —dijo el padre Eduardo.

El ceño de Chapo se frunció.

—Lo parece. Hemos vencido esta batalla. —Sacudió la cabeza—. O me he vuelto loco ahí dentro, o... Bueno, en cualquier caso, tengo mucho que contaros.

En su lujosa suite del Nergal Hotel de Marte, Santiago Groussen contemplaba las noticias del principal canal de Santa Marina. Estaba en una gran bañera redonda llena de espuma y con una preciosidad a cada lado. Teniendo en cuenta la atroz escasez de mujeres en Marte, aquello era un lujo sibarítico, no al alcance de cualquiera. Pero, qué diablos, por algo era el presidente del planeta. Su cargo le exigía mucho y se merecía alguna recompensa de vez en cuando.

Aunque le preocupaba la edad de Lilit, la más joven de las dos. Ella le había dicho que ya había cumplido los dieciséis, pero mirándola de cerca Santiago se inclinaba a pensar que mentía. Sabía lo quisquillosa que podía ser la opinión pública con esos temas, y como no tenía una preferencia especial —le gustaban de todos los colores y todas las edades—, prefería evitarlo.

—Oye, ¿tú tienes dieciséis de verdad? —le preguntó.

—Claro que sí, Jimmy. ¿Es que me ves poco desarrollada? —La muchacha sacó pecho. No eran muy grandes, pero estaban maravillosamente bien formados. Cónicos y apuntando hacia arriba. Los besó. «Al diablo con todo, qué más da su edad. Tampoco voy a ser más papista que Kramer».

Santiago se tumbó boca arriba y cruzó las manos sobre la nuca. La luz, tamizada por una cortina de lamas, dibujaba líneas paralelas en el techo. Un gran ventilador giraba con lentitud. Gabriela se acercó desde el otro lado de la bañera, celosa por la excesiva atención que le estaba dedicando a su compañera. Era una atractiva mulata de cuerpo exuberante y tetas enormes. Se las paseó por el rostro cuando atrapó el paquete de tabaco de una repisa. Encendió uno y se lo ofreció al presidente.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias, encanto. —Y volvió a concentrarse en Lilit.

Fastidiada, Gabriela tomó el remoto de la repisa y cambió de canal, en el momento en el que la imagen de una gran montaña aparecía en el monitor.

—¡Eh, déjalo donde estaba! —le gritó Santiago olvidándose por un rato de Lilit—. Justo estaba esperando eso y va y cambias. ¡Vuelve atrás!

—Perdona. —Gabriela pulsó el botón equivocado y apagó el aparato.

—¡Dame eso! —Santiago le arrebató el mando—. Eres una estúpida.

Encendió de nuevo y buscó el canal de noticias.

—... la acción militar efectuada contra la base de operaciones alienígena ha sido un entero éxito —decía la voz altisonante del locutor—. Se han detonado varias armas termonucleares sobre dicho punto, lo cual asegura la completa e inminente...

¡Hermosa visión! El Olympus Mons lanzando fuego por los cuatro costados. Dado el tamaño parecía que alguien había incendiado unas pocas latas de gasolina,

pero Santiago sabía que aquello era fuego atómico, a una escala increíblemente vasta.

—¡Sí! —masculló entre dientes—. Les hemos dado una patada en los mismísimos...

Se detuvo en seco. Dos personas vestidas de negro de pies a cabeza habían entrado en el baño de la suite. Durante un momento se sintió tan confundido que pensó que las chicas habían llamado al servicio de habitaciones. Pero no, aquellos tipos no llevaban el uniforme del hotel. No tenían pinta de venir a traerles un sándwich.

Uno de ellos, con cabeza rapada y recia mandíbula que le daban aspecto de boxeador, se acercó al televisor y lo apagó. El otro tenía cara avinagrada, con el pelo blanco, aunque parecía bastante joven. Fue él quien les dijo a las chicas:

—Salid de aquí.

Su seca voz sugería una lluvia de fuego y azufre. Ellas no se lo pensaron dos veces y salieron de la bañera precipitadamente. Gabriela cogió una toalla y se envolvió en ella. Lilit se tapaba el sexo lampiño con las manos. Descalzas, medio resbalando sobre el suelo húmedo, las dos corrieron hacia la puerta.

—Marchaos a vuestra casa y no pequéis más —les dijo el hombre del pelo blanco mientras pasaban a su lado.

—Pero qué atropello es este —exclamó Santiago desde la bañera.

Estaba ofendido y furioso por la irrupción de aquellos dos tipos, pero le era difícil mantener la dignidad desnudo en una bañera llena de espuma. Por muy presidente de Marte que fuera.

Los hombres de negro se plantaron frente a Santiago, con brazos severamente cruzados y ceños que parecían tallados en los arcos superciliares. El del pelo blanco alzó la mano e hizo la señal de la cruz en el aire. Solo entonces Santiago se dio cuenta de que sus cuellos blancos no eran de camisa, sino alzacuellos.

—Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...

El otro había sacado una enorme pistola y la apuntaba a Santiago. Era un revólver de caza mayor. Sus balas eran capaces de abatir a un alce de setecientos kilos.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? ¿Quién les envía? ¿No saben con quién están hablando? Soy el presidente de... ¡NOOOOOOOOOO!

¡BLAM! ¡BLAM! ¡BLAM! ¡BLAM! ¡BLAM!

Los disparos resonaron como cañonazos en aquel espacio cerrado. Santiago levantó las manos en un gesto de defensa tan instintivo como inútil; las balas de uranio empobrecido destrozaron carne, huesos, vísceras y bañera como si fueran de papel.

El olor de la pólvora sin humo impregnó el aire, mezclándose con los del gel de baño y la cálida humedad del cuarto. La bañera resquebrajada chorreaba agua mezclada con sangre y espuma.

—¿Shunji, no me puedes dar una idea de lo que está sucediendo ahí abajo?

—Lo siento, comandante. Hemos perdido todo contacto con el Piccard.

Las pantallas estaban en blanco; la radio solo emitía un débil crepitar, como si en algún lado se estuviera friendo tocino. Durante una hora la Hoshikaze intentó desesperadamente comunicar con el Piccard, sin ningún fruto.

Hassan había regresado al puente tan pronto como se produjo el desastre del dirigible. Su rostro era tan inexpresivo como el de una figura de cera, y sus ojos permanecían clavados en la pantalla en blanco.

—¿Cree que ha encontrado lo que vinimos a buscar? —preguntó Fong.

—Ha dicho que eran ballenas —musitó Hassan con un hilo de voz.

—Podría ser —dijo Okedo—. A menos que tenga alucinaciones... Siempre me ha parecido una mujer muy... de mente muy tranquila. Pero...

Se detuvo. Al parecer estaba pensando lo mismo que todos; si el Piccard había tenido una pérdida de aire... la hipoxia solía provocar alucinaciones de ese tipo.

—Debemos enviar el otro dirigible —afirmó Hassan.

—Sin contacto por radio sabes que es imposible. Lo sabes perfectamente.

—Si lo que ha visto Susana es real —dijo él con terca seguridad—, debemos intentar reestablecer el contacto con todos los medios a nuestro alcance. Yo lo pilotaré.

Exhaló el aliento. Sabía que podía encontrarla. En cualquier caso, estaba dispuesto a jugarse la vida por intentar salvar la de Susana; y esto sí que era nuevo para él.

Y Okedo sabía que valía la pena intentarlo. La información es oro.

Hassan respiró hondo mientras Walter Fernando se afanaba con las conexiones neurológicas. Con una máscara respiratoria en el rostro, flotaba desnudo boca abajo, con tubos de aire en nariz y boca. Múltiples fibrillas grises flotaban como un manojo de algas. Fernando las recogió formando un ramillete. Tenían un poco agradable aspecto de tentáculos de anémona. Sus extremos remataban en unos ensanchamientos, ligeramente adherentes. Walter palpó la cabeza del andalusí y pegó las fibras, una a una.

Debajo de él, Semi ocupaba el estrecho tanque destinado para el delfín. Su cuerpo fusiforme estaba sujeto por fibras tensoras que se hundían en su carne y se adherían a los huesos del cetáceo.

El Cousteau era un dirigible un poco distinto al Piccard. Más pequeño, pero en teoría más eficiente, pues permitía la conexión neuronal hombre-delfín-nave. Pertenecía a la generación de artilugios que habían incorporado los avances bio-

tecnológicos de los antiguos marcianos. Había sido ensayado con éxito en los recintos especialmente diseñados en Marte, pero como allí no disponían de un planeta del tamaño de Júpiter a mano, siempre quedaba la duda de cómo iba a funcionar el invento. Por ese motivo, Okedo no había permitido que Susana lo utilizara en la primera misión. Pensaba probarlo en una segunda bajada, pero ahora tendría que ser en una arriesgada misión de rescate.

—Bueno, Hassan —dijo Walter—, llegó el momento de la verdad.

El teniente abandonó el estrecho habitáculo y cerró todas las compuertas tras él. Hassan y el delfín se encontraron envueltos por la más absoluta oscuridad.

Por segunda vez, la Hoshikaze comenzaba la caída hacia Júpiter. La cerrazón color crema se aproximaba de nuevo. Okedo dijo:

—Estamos a algo más de cinco mil kilómetros de las capas altas de la atmósfera de Júpiter. Vamos a soltarte como a Susana. A los doscientos kilómetros.

—Bien, Okedo. —La voz de Hassan era apacible y relajada.

—Cinco mil kilómetros ahora, comandante —anunció Shunji, con voz tensa y exacta. Se sentaba muy derecha, con el firme propósito de poner todos sus sentidos en lo que estaba haciendo.

—Tranquilos —dijo el comandante—, esto ya lo hemos hecho una vez. La segunda tiene que salir aún mejor.

—¡Comandante! —exclamó Fong Shangou—. ¡Hay algo moviéndose por los conductos de refrigeración del motor!

—¡Qué! —Okedo se volvió hacia el ingeniero, desviando su atención del Cousteau—. ¿Está seguro?

—Sí, comandante. Los sensores de calor lo han detectado. Un punto caliente se mueve por un conducto de refrigeración del motor.

A diferencia de su antigua nave, la Zheng He, la Hoshikaze no necesitaba del costoso deuterio para funcionar. La nave llevaba grandes tanques esféricos llenos de agua, que primero era utilizada para refrigerar el motor, y luego para obtener hidrógeno para la fusión. ¿Cómo lo hacía? Misterio. El motor estaba sólidamente cerrado por una cápsula. Nadie había conseguido abrir uno de aquellos envases sin que estallara.

—Cuatro mil quinientos kilómetros...

—¿Alienígenas? —preguntó Okedo estremeciéndose a pesar de su impasibilidad oficial.

—No lo parece. La temperatura es similar a la de un cuerpo humano. Y para entrar en el conducto tiene que saber cómo cerrar el flujo de agua.

Las tuberías de refrigeración eran como espaguetis enrollados en la gran albóndiga que era la cápsula del motor de fusión. Un hombre o un alienígena podían

moverse por su interior si primero cortaban el agua de ese conducto en particular.

—Cuatro mil kilómetros, comandante —anunció Shunji.

—Tengo imagen termográfica del intruso... —añadió el ingeniero.

—Hágalo, Fong, pero me parece que ya sé de quién se trata —dijo Okedo, y al momento apareció en las pantallas la imagen de un cuerpo humano en falso color, indicando la temperatura.

—¿Qué demonios hace ahí ese hombre? —exclamó Fong.

—¿Hay megafonía en ese conducto? —le preguntó Okedo.

—En toda la nave, comandante. Y también micrófonos. Conecto...

Escucharon el ruido de un cuerpo al arrastrarse, y el jadeo de un hombre viejo mientras hacía un esfuerzo desacostumbrado.

—Heinrich, ¿qué se supone que está haciendo? —La voz de Okedo, resonando a su espalda, lo hizo volverse. El rostro en falso color tenía algo de máscara cadavérica.

—Tres mil quinientos kilómetros...

—Comandante... —La voz del dominico tenía la entonación de un niño pillado con la mano en la caja de galletas. Se enfrentó a la lente que lo observaba—. Espero que el descenso de Hassan continúe sin problemas. ¿No debería usted dedicarle toda su atención a él? Yo estoy bien.

—Se encuentra en un área restringida de la nave. Por favor, salga de ahí.

La máscara roja, amarilla y azul sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Me gustaría, comandante. La verdad es que es incómodo moverse por aquí. Hay que arrastrarse como un gusano... Pero me parece apropiado. ¿Qué somos sino pequeños gusanos desnudos? Nos avergonzaríamos de nosotros mismos, si no fuera por los disfraces que vamos colocando sobre nuestros hombros...

—¿Qué dice? Abandone ese lugar, inmediatamente.

—Tres mil kilómetros...

—Lo haré, comandante —aseguró el dominico—. No se preocupe por mí.

Okedo cambió de canal y conectó con la sala de los militares.

—Capitán, le necesito urgentemente a usted y a sus hombres. ¿Están listos?

Jesús Medina, que estaba tomando tranquilamente la papilla con sabor a cereales que era su desayuno, se puso en pie y se cuadró.

—Por supuesto, comandante. Siempre.

—Creo que el padre Heinrich se ha vuelto loco... Se ha metido en los conductos de refrigeración del motor, ¿pueden sacarlo de ahí?

—Comandante —dijo Fong señalando la imagen del religioso en la pantalla—, tenemos problemas. Fíjese en lo que Heinrich lleva en la mano.

—Dos mil quinientos kilómetros...

Amplió un recuadro de la imagen y Okedo dio un respingo. El objeto estaba mucho más frío que su cuerpo y se veía como una simple silueta azul oscuro. Parecía

una pistola larga y estrecha, pero tenía dos cables que salían de la empuñadura y se unían a una caja que Heinrich cargaba al hombro.

—¿Eso es un soplete de plasma?

—Es justo lo que parece, comandante.

—Hijo de puta —masculló Okedo en voz baja. Odiaba el lenguaje soez, pero esta vez no había podido contenerse. Conectó de nuevo con Medina y le dijo—: Capitán, usted y sus hombres vayan al acceso del conducto, junto al tanque de los delfines, pero no entren hasta que yo les dé la orden. Repito, no entren.

—De acuerdo, comandante.

—Dos mil kilómetros...

Okedo alzó los ojos hacia la pantalla. La imagen multicolor del dominico seguía arrastrándose lentamente.

—Heinrich, sabemos lo que intenta hacer. Y no voy a permitirlo.

—Verá comandante, yo nunca le he dado la espalda a un desafío. Muchos se extrañan que un sacerdote haya dedicado su vida a la paleontología. Muchos siguen pensando que la Iglesia se aferra a la vieja historia de Adán y Eva y no acepta la evolución. Pero eso no es cierto, claro. Para mí Darwin siempre es una oportunidad maravillosa. Y creo fervientemente que la mejora de las especies mediante la evolución, es la forma en la que Dios santifica este universo material...

—Heinrich, venga al puente y hablaremos de todo eso con calma.

El dominico siguió arrastrándose, indiferente a las palabras de Okedo.

—Verá, comandante, me embarqué en esta misión impulsado por las opiniones del padre Jacobo Kramer. Ése hombre que ahora dirige la Iglesia es un infame que ha renegado completamente de Dios. Ha encontrado un dios nuevo, un dios que no solo ha engendrado al Hombre, sino a varias civilizaciones anteriores a este. Un dios de crueldad y venganza, completamente ajeno al alma humana...

—Mil quinientos kilómetros...

—Pero yo no puedo admitir un Universo sin sentido, sin dirección. No puedo volver a mirar el cielo y pensar que todos esos astros me devuelven una mirada de indiferencia, quizá de impasible crueldad. Que esos caminos a la luz de la Ciencia, que tantas veces he recorrido con placer infinito, son en realidad senderos de estiércol...

Heinrich encendió el soplete de plasma, y su imagen calórica fue tragada por el destello cegador de la herramienta. Okedo parpadeó y ordenó bajar la intensidad de la imagen. Pero entonces el dominico ya no era visible, solo el punto incandescente con el que empezó a cortar las paredes del conducto.

—Padre Heinrich, deténgase. Le ordeno que se detenga ahora mismo.

—Fíjese bien en lo que le digo, comandante, porque creo que usted es un buen hombre. No es necesario ser cristiano para entrar en el reino de los cielos. Escúcheme

y verá cómo entiende lo que le digo...

—Lo entiendo perfectamente, Heinrich. Por favor, no me obligue a...

—Mil kilómetros...

—Dios es el Gran Arquitecto que ha creado esta maravillosa obra de arte y precisión matemática que es el Cosmos. Éste es un reflejo de las corrientes y flujos presentes en la mente de Dios. Yo soñaba con transponer mi imperfección como humano y llegar a rozar esa maravillosa presencia cósmica... Yo soñaba...

La punta de plasma estaba cortando como mantequilla las paredes del conducto. En el monitor podían ver los goterones de blanco resplandeciente caer y salpicar constelaciones de chispas. Muy pronto iba a alcanzar la cápsula del motor.

—Heinrich... se lo ruego, no me obligue a hacer esto —suplicó Okedo.

—Ochocientos kilómetros...

—Pero el Cosmos que propone Kramer no tiene sentido. Si fuera real, entonces la vida no significaría nada, y la propia evolución sería una farsa. Quizá usted piense, como muchos racionalistas, que un Universo tan inconmensurablemente grande, ¿por qué tendría que tener sentido para satisfacer las esperanzas de algo tan insignificante como es el Hombre?

—Comandante —dijo la voz de Jesús Medina—, pido permiso para entrar.

—Cuatrocientos kilómetros.

—No, capitán —dijo Okedo—. Quédese donde está.

—Y, dígame, si ese minúsculo ser considerara que no vale la pena vivir en un Universo semejante, ¿le importaría realmente a ese gran silencio cósmico...?

Okedo apoyó una mano en el hombro de Fong y dijo:

—Inunde el conducto... ¡No me mire! Límitese a obedecer la orden.

El ingeniero pulsó un comando y el agua entró a presión por el conducto. Chocó contra el frágil cuerpo del dominico, y lo arrastró con la fuerza de un tsunami. La batería del taladro de plasma estalló lanzando chispas y arcos eléctricos contra las cámaras infrarrojas, y todo quedó sumido en la oscuridad.

—¡Butsu! —exclamó Fong.

—Doscientos kilómetros —dijo Shunji.

El enorme volumen de la Hoshikaze empezó a ser sacudido por las turbulencias atmosféricas.

—Prepárese, Hassan —anunció Okedo.

En la oscuridad, envuelta en agua como un feto en el claustro materno, el andalusí aguardó la sacudida. La explosión del desacoplamiento apenas fue audible, dentro de su cobertura líquida. Como si hubiera caído en plancha desde un trampolín, sintió una formidable sacudida que cesó inmediatamente. El Cousteau caía hacia Júpiter como una piedra, al igual que lo había hecho su gemela.

—La entrada ha sido perfecta —informó.

—¿Todo bien, Hassan?

—El escudo resiste —respondió—. Su parte interna aún está templada.

—Magnífico.

—¿Ha pasado algo? —preguntó el andalusí con cautela—. Noté la voz de Shunji extraña mientras hacía la cuenta atrás... ¿Es que hay algún problema?

—Ninguno —aseguró Okedo—. Todo va según lo previsto, estamos repitiendo exactamente el plan de vuelo del Piccard. Atención, ahora es cuando abre el paracaídas.

—Allá vamos. —Hassan apretó mentalmente una palanca, le habían dicho que lo hiciera así, que no intentara nada más abstracto que eso. Imaginó el tablero de mandos de su antiguo mini-submarino, alargó la mano, y accionó la palanca roja.

El paracaídas del Cousteau se desplegó contra el muro de aire.

—Estamos ganando altura, Nadadora —anunció Tik-Tik.

—¿Estás seguro?

—Nos empujan hacia arriba.

Sí, no había duda, ascendían. El Piccard crujía como si fuera a ser aplastado como un huevo en cualquier momento. Al principio, pensó que era lo que pretendían los monstruos. Pero no, los estaban llevando con delicadeza hacia capas más altas. Aquello abría una posibilidad, tan débil y remota que pensar en ella era una locura. Pero un humano jamás acepta su propio final. Al menos al ascender recobrarían el contacto con la Hoshikaze. Eso ya era algo.

Ahora que las veía de cerca, se daba cuenta de que no eran exactamente ballenas. La reconstrucción del ordenador no incluía aquellas enormes placas de su piel, ni aquellos orificios a ambos lados de la cabeza, que latían abriéndose y cerrándose. Ni tampoco aquella boca circular, sin rastro de dientes o barbas. Ni aquellas filas de pequeñas aletas triangulares que recorrían sus lomos. Decididamente, no eran ballenas, solo una forma modelada por su funcionalidad.

La asombrosa formación empezó a crecer ante los ojos de Susana y el delfín. Las superballenas los empujaban directamente hacia ella.

Era un gran conjunto de esferas traslúcidas flotando sobre las nubes de Júpiter, un fantasmagórico racimo de uvas resplandecientes. La noche había caído; el brillante resplandor de Ganímedes y Europa rivalizaba con el de aquel estrafalario objeto. Susana se dio cuenta de que la agrupación era una fractal tetraédrica: de cada esfera salían tres ramas, rematadas a su vez por esferas de las que salían nuevos vástagos. Le recordaba una colonia de coral luminiscente, o una explosión congelada de fuegos artificiales.

Las esferas eran grandes, quizá de varios kilómetros de lado. Conforme se acercaban, distinguió más detalles. Eran figuras menores y enigmáticas, de propósito ignorado: unas copas o parábolas transparentes, que se contraían y oscilaban como impulsadas por un invisible oleaje; varillas articuladas y bifurcadas; globos erizados de pequeños tentáculos; bloques romboidales de láminas superpuestas, como radiadores o condensadores de placas orgánicas...

Susana miraba todo esto con los ojos de un niño en un almacén de juguetes.

Se acercaron a una de las burbujas; a través del muro resplandeciente, pudo atisbar algo de su contenido: plantas. Cada esfera era un invernadero, ocupado con lo que parecía una pequeña floresta. Bueno, ¿por qué no? Si aquellas criaturas

respiraban oxígeno, necesitaban renovarlo. Se preguntó cómo podrían entrar en aquellos glóbulos; no parecían haber escotillas ni cámaras de descompresión.

La cuestión fue resuelta sin problemas por la ballena que los guiaba. Simplemente pasó a través. El Piccard atravesó la pared impalpable y se halló flotando en aire. Susana soltó el aliento que había retenido. Le recordó el campo de fuerzas que mantenía bajo presión el hangar de la Hoshikaze. Quizá se trataba del mismo principio.

—Tik-Tik —dijo al delfín—. Mucho ojo con el hidrógeno de las celdillas. Si esta atmósfera es rica en oxígeno, podemos volar en pedacitos.

El dirigible aterrizó suavemente sobre una gruesa alfombra de césped de un verde parduzco, rodeada de gigantescas cosas parecidas a árboles surrealistas.

De todo lo que Susana podría haber imaginado, nada le habría sorprendido tanto como lo que ahora tenía ante sus ojos. En Júpiter, el Piccard estaba posado en un claro de una selva. La lujuriosa vegetación que los rodeaba era engañosa; la temperatura del exterior era gélida. Aquellas no eran plantas como las de la Tierra.

Los árboles eran de troncos achaparrados, gruesos y cortos, una adaptación a la gravedad, sin duda. Sus copas se elevaban hacia un cielo totalmente fuera de lugar. Las feroces tormentas, los relámpagos y los truenos, omnipresentes en el ámbito joviano, se habían esfumado al atravesar el campo de fuerza. Las centellas seguían fulgurando en el cielo, cubierto de titánicas nubes; ningún sonido les llegaba.

Las hojas de los árboles eran de un pardo verdoso. Se preguntó si contendrían clorofila. En todo caso, poseía algún pigmento pardo, como las algas de gran profundidad. Quizá fuese una exigencia de la fotosíntesis en un lugar tan lejano del Sol, donde era necesario aprovechar cada fotón. Otras eran plantas trepadoras. Una solución a la falta de luz. Pero con aquella gravedad no debía de ser una respuesta evolutiva sencilla. Se preguntó si las flores serían polinizadas por los insectos o por el viento. No advirtió criaturas voladoras de ninguna clase, pero eso no quería decir nada. Quizá los insectos polinizadores no volaban como consecuencia de la alta gravedad. Tampoco había herbívoros, o al menos, ninguno de tamaño visible.

Lo cierto era que no tenía ni idea de lo que podía ser aquel sitio. Un tiburón podría sentirse muy desconcertado dentro de un acuario. Pensar en acuarios le produjo un ligero repeluzno. Sus amos pueden decorarlos con conchas, figuras de galeones hundidos, o buzos... Apartó aquel pensamiento y miró más allá de las copas de los árboles.

El campo de fuerza era casi invisible, pero advirtió bandas irisadas que recorrían cadenciosamente su superficie. Halos de colores oscilando del azul cobalto a tonos de ámbar anaranjados y azafrán, hasta llegar al púrpura en un intrincado revoltijo de flujos de aire y ríos de colores que corrían por toda la piel de la esfera. Era un espectáculo mágico, hipnótico, con los ricos matices de las auroras boreales.

Reconoció de inmediato el efecto característico de la tensión superficial.

«La tensión superficial —recordó—, es la energía por unidad de área que se distribuye sobre la superficie de una interfase, y es proporcional al radio de la burbuja que se forma, multiplicado por la diferencia entre la presión interna y la presión externa de la burbuja...». Y de repente se echó a reír de sí misma a carcajadas.

—Oh, Susana, estás mal, muy mal, amiga mía. Solo a ti se te ocurriría, estando en un lugar como este, ponerte a pensar en fórmulas matemáticas.

Dejó de reír, asustada, ¿eso lo había dicho ella en voz alta o era otro quien había hablado? Alzó la vista. Una docena de superballenas flotaban como nubes en el cielo, más allá de las copas de los árboles y de la burbuja irisada. Inmóviles. Absortas.

—Tik-Tik... ¿Has hablado tú? —El delfín no respondió. Susana no le había oído emitir ningún sonido desde que atravesaron la burbuja—. ¡Tik-Tik!

El pánico se apoderó de ella. Sintió retortijones en el vientre mientras soltaba las sujeciones y golpeaba las paredes de su cabina con los puños: «¡Tik-Tik!».

Ninguna respuesta y aquel silencio no presagiaba nada bueno.

No había forma de llegar hasta al delfín desde donde estaba Susana. Tenía que salir fuera de la cabina para poder acceder al receptáculo de su amigo. Observó a su alrededor. Plantas significa oxígeno, ¿no? ¿Por qué encerrar aquella vegetación en un campo de fuerza si no? Para contener el oxígeno que liberaban las plantas... O al menos eso deseaba ella, porque había comprendido que no le quedaba más remedio que salir.

Pero puede haber algún gas letal, y microorganismos desconocidos...

«¿Qué más da? —pensó—. O me quedo aquí sentada y espero a que se me acabe el oxígeno, o salgo para ayudar a Tik-Tik y me asfixio rápidamente en un aire enrarecido».

Colocó la mano sobre el botón de abertura de la cabina. Era para casos de emergencia y contenía un pequeño explosivo para lanzarla lejos. Otro riesgo: si una chispa caía sobre el hidrógeno acumulado en el globo... Bueno, había visto la película del desastre del Hindenburg y tenía claro lo que iba a pasar a continuación.

Pero tenía que pensar en positivo. O no pensar, ni en positivo ni en negativo. Accionó el mecanismo de apertura, y con un estampido seco la compuerta salió disparada a una buena distancia.

En un campo de gravedad doble de la Tierra, cada movimiento era una tortura. Susana había logrado salir del tanque de agua y arrastrase hasta el borde de la cabina. Aspiró con precaución el aire. Estaba tan frío que le dolieron los senos nasales. Olía a metal... y a cordita. Bueno, eso era el explosivo. Aquella jungla estaba a una temperatura tan baja que su pituitaria tenía dificultades en captar olores. Pero al cabo de un instante identificó el aroma de aquel sitio. Olía muy extraño, una mezcla de creosota y estiércol. Y a algo más. Susana había respirado multitud de veces la

mezcla de oxígeno y helio, y tenía un sabor especial; los sonidos también se transmitían de un modo característico, todo sonaba más agudo, un poco más estridente. El ambiente era muy frío, casi tres grados centígrados bajo cero... No tenía tiempo para gozar del panorama. Debía esforzarse en sobrevivir. Rápidamente se despojó del empapado mono de lona. Se sujetó a unas correas y se descolgó fuera de la góndola... Sus pies tocaron el césped helado.

Estaba desnuda, chorreando agua y expuesta a una temperatura por debajo de cero. Tiritaba sin poder controlarse, convulsivamente. Le costó un gran esfuerzo arrodillarse junto a las portillas de la sección inferior de la góndola, y liberar los cierres metálicos que sellaban la portezuela de acceso a la cabina del delfín.

El cetáceo estaba en una postura extraña, colgaba de lado, aún sujeto por los arneses. Inmóvil. Su piel tenía un desagradable tono ceniza.

—¡Tik-Tik! —Golpeó la cabina con el puño, pero su amigo no se movió.

Se frotó el cuerpo con las manos. Empezaba a notarse entumecida. Agarró al delfín por el arnés y tiró de él con fuerza. No se movió ni un milímetro.

—¡Tik-Tik!

Volvió a intentarlo. Era como intentar mover un tronco de árbol petrificado.

Se dejó caer de rodillas; en realidad, apenas podía levantar sus propios miembros. Era como si cargase a otro sobre sus espaldas. El frío y la gravedad empezaban a apoderarse de sus músculos, sentía un extraño sopor. Pensó en salir de allí, en resguardarse en el cálido interior del Piccard. Los ojos se le cerraban.

Alzó la vista hacia las superballenas que flotaba sobre la cúpula. Parecían contemplar impasibles lo que estaba sucediendo. Susana las amenazó con el puño cerrado.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis hecho esto? —Los dientes le castañeaban.

Pensó que tenía que regresar a su cabina y encerrarse de nuevo, o moriría por congelación en los próximos minutos. «Pero ¿para qué? ¿Por qué alargar esto?».

Primero sintió la caricia de un ecosonar, unas pulsaciones rítmicas. Luego como unos jadeos silbantes, mezclados con los chasquidos, luego murmullos de baja frecuencia, como un hombre hablando en sueños. Y entonces... el dolor...

Susana se preguntó cómo su cerebro no había estallado en ese instante. Se llevó las manos a los oídos y gritó. La Metaliduína corría abundante por sus venas. Había ingerido una dosis triple antes de introducirse en el Piccard, y su sistema nervioso estaba hiperacelerado. Pero aun así, el ametrallado de información que recibió, colmó su cerebro y sus percepciones hasta el umbral del sufrimiento. Se sentía como en una alucinación. O como la primera vez que probó a zambullirse en el espacio virtual.

Volvía a ser aquella chiquilla de doce años, escuchando las canciones de las yubartas, con los ojos cerrados. Pero los sonidos de Júpiter eran absolutamente distintos, y

estaban creciendo brutalmente en intensidad... Intentó taparse los oídos, pero esto no era posible. Los estaba sintiendo directamente a través del aire contenido en la burbuja y no había forma de desconectarlos.

Aquellas gigantescas criaturas flotaban sobre ella y emitían inarmónicos retumbos que enturbiaban aún más su mente. Agobiada, sacudió la cabeza de un lado a otro. ¿Intentaban volverla loca? Aquellos sonidos penetrantes desgarraban sus oídos y su alma... Quería aislarse, evadirse de ellos, pero cada vez se introducían más, traspasando, rasgando, despedazando sus capas de conciencia, una tras otra...

Hasta que, repentinamente, cesó.

Y el horripilante estrépito se transformó en ritmo.

... el tiempo se arrastraba...

... una sensación de frescura, como cuando uno se sumerge en una piscina...

... la luz se volvió azulada. Las nubes habían adquirido un color extraño...

... se hundía en un pasadizo azul, recorriéndolo con rapidez...

Un centelleo de imágenes en la mente. El Cosmos desplegándose ante sus ojos.

Grandes nebulosas oscuras se retorcían, gigantescas superamebas entrelazándose en una danza macabra. Las ondas de materia interestelar las hacían comprimirse, con ocasionales destellos de supernovas, que enriquecían el medio interestelar con elementos pesados. Algunas nubes adquirirían una forma casi esférica, contrayéndose lentamente y girando. Poco a poco, la rotación les daba forma de disco, condensándose, hasta que el núcleo central resplandecía. Estaba presenciando el nacimiento de los sistemas solares. Aquellos debían ser los primeros momentos de la Galaxia, porque apenas había más que hidrógeno y helio...

Los colapsos gravitatorios de las nebulosas dejaban tras de sí una miríada de cuerpecillos helados. Los cometas formando tenues halos en torno a los soles, aún sin planetas. Pero algunos de aquellos bloques de hielo ya estaban ocupados.

Contempló uno de ellos. Las formas vivientes que hormigueaban sobre su superficie eran tan extrañas como las figuras de un calidoscopio. Había grandes octaedros escamosos, con ocho grandes brazos rematados en fuertes garras, recubiertos de pequeños tentáculos traslúcidos. Otras veces adoptaban una simetría cúbica o tetraédrica, como si la Naturaleza no pudiese escapar de la esclavitud del sólido platónico ni el número cuatro. En ocasiones, la forma era de una gran esfera recubierta de losetas, con más de un centenar de largos brazos que se ramificaban una y otra vez. Incluso vio una especie de balón de fútbol recubierto de hexágonos y pentágonos, una alucinación de un Buckminster Fuller atiborrado de LSD.

¿Por qué no? La múltiple simetría era adecuada para un ser que vive en el vacío. En ese entorno, todas las direcciones son equivalentes.

Las cosas bullían en el hielo del cometa y su punto de vista saltaba de una a otra, como si lo contemplara todo a través de sus ojos. Vio algo como un elipsoide

alargado, con una banda espiral de dientes de sierra recorriéndolo de un extremo a otro. A juzgar por sus movimientos de rotación, era un cavador del hielo. Otro era una grotesca cosa con un caparazón en forma de paraguas. Debajo de él surgían gruesos apéndices flexibles, como pseudópodos o pies de bivalvo, que palpaban y rascaban. Todas las formas dependían de la fuente de materias primas que era el hielo.

Comprendió que no lo veía en tiempo real. Las estrellas se movían lentamente en el cielo, las pocas nebulosas restantes cambiaban de forma como las nubes de la Tierra. Sin duda, el metabolismo de aquellas cosas era muy lento; la sangre circulaba por sus venas tan despacio como el hielo de un glaciar. Vio cómo algunas de aquellas criaturas «nadaban» en el hielo cometario. A su velocidad subjetiva, era un líquido y lo atravesaban como torpedos, unos pocos metros por año.

Periódicamente, las cosas emprendían viajes. Reunidas en una colonia, como una carabela portuguesa, en el centro de una gran membrana plateada que debía medir un par de miles de kilómetros. Sintió un escalofrío al pensar en miles y miles de aquellas criaturas, extendiéndose de un cometa a otro, de una estrella a otra, a través de la Galaxia. Su tecnología parecía depender de su control del ADN. Las criaturas creaban cuerpos artificiales para cumplir mil funciones. Algunos actuaban como ordenadores, otros como paneles solares de cientos de kilómetros de diámetro, otros transformaban sus cuerpos en motores de fusión, semejantes a las naves marcianas.

De repente se vio de pie sobre un cometa, contemplando el carrusel de estrellas sobre su cabeza. Se fijó en una más brillante. Era como admirar un volcán en erupción. Sentía algo indefinible: la excitación de estar rompiendo un tabú. Intriga, miedo, también fascinación. Los «planetas de fuego» estaban prohibidos. Ésta era casi la única regla de aquella extraña sociedad. Y ella, la criatura cuya mente ocupaba ahora, estaba a punto de quebrarla.

Comenzó a caer hacia el Sol. Caía y caía, como Alicia en el mundo del espejo; debía permanecer quieta para ir velozmente a otro lugar. A medida que el Sol se calentaba, se sentía rebullir, presa de una fiebre que la empujaba a salir de la parsimonia helada. Recordó los hirvientes planetas que solo había visto fugazmente, y supo que serían suyos.

Finalmente llegó a los grandes planetas gaseosos, estrellas fallidas. Desmenuzó los cometas con los que había caído desde Oort, para procurarse un hábitat donde pudiera cambiar, adaptarse a los pequeños mundos flamígeros que giraban abrazados al Sol.

Ya no conservaba la conciencia del yo. Era una colmena, una colonia de coral, un conglomerado de uno en muchos. Ella/Ellos flotaba/n enorme/s sobre los mundos cálidos, derramando gérmenes y esporas, que cayeron y germinaron y rebulleron en el fango primigenio. Se extendió como una mancha de aceite caliente. Disfrutó de la

gloria del calor, del vértigo de las generaciones sucediéndose como las mareas... Brevemente.

Cuando la paciencia de los dioses quedó colmada, su castigo fue fulminante. Aterrado hasta la médula, Taawatu contempló cómo sus mundos eran alcanzados por una espada de fuego. Los cielos, la tierra y el fuego se mezclaron y los océanos hirvieron y el aire ardió y sobre los mundos se derramó una ardiente esterilidad.

Sobre sus planetas, la Creación había terminado en llamas, humo y silencio...

Pero no se rindió. No podía permitirse pensar en la derrota. Había demasiado en juego; la pérdida completa del genoma, el exterminio... No podía aceptarlo.

Elaboró un plan, un plan de una escala tal que superaba los límites de la imaginación humana. Un plan que había necesitado eones para cumplirse, pero Taawatu estaba acostumbrado a pensar en esos términos.

Volvió su atención hacia la Tierra, un mundo tenebroso, con el cielo veteado por enormes tormentas reticuladas por los rayos, y de las que caían cataratas de agua. Gradualmente el cielo aclaró, y la resplandeciente luz lo invadió todo. Plantas grotescas, deformes, elevaban sus hojas al sol, y entre sus enmarañadas ramas y troncos bullían formas escamosas, húmedas, estúpidas, crueles...

Los monstruos cambiaban de forma, como arcilla en las manos de un escultor. Se irguieron sobre patas como torres, bramando su desafío, abriéndose paso entre la maraña de ramas y enredaderas. Las bestias peleaban y Taawatu también, pues ahora era/eran como ellas, todo escamas, mandíbulas, dientes, cuernos, espinas, placas.

Poco a poco, como en una sinfonía inaudible e inacabable que hacía danzar a todos los seres, los monstruos cambiaron, perdieron los rasgos bestiales, convirtiéndose en Pájaro, Perro, Buey, Lobo, Ciervo, Mono, Hombre. Los hombres crearon herramientas, edificios, barcos, leyes, imperios. Fueron campesinos, magos, poetas, esclavos, adivinos, pastores, astrólogos. Aumentaron en gran número, y con su peso abrumaban al planeta. Y su magia atrajo nuevamente la ira de los dioses de más allá del cielo, indignados con su Enemigo, a medida que sus hijos aprendían a controlar su mundo...

—¿Eres tú?

Susana jadeó. Luchó con todas sus fuerzas por recuperar el control, por regresar a su mundo. Su cabeza parecía palpar mansamente, unas manos suaves le estaban dando un masaje a sus pensamientos.

—¿Eres tú?

—¿Qué...?, ¿yo...?

La alucinación desapareció como una película bruscamente cortada. El contacto se retiró, como el tentáculo de un caracol al tocar algo desagradable. Al hacerlo, dejó tras de sí un espeso sentimiento de decepción, como el rastro plateado de una babosa.

Ésa inmensa decepción se apoderó del pecho de Susana, oprimiéndoselo como

una gigantesca mano. Sintió deseos de llorar, y se preguntó si aquello podía ser efecto de la sobredosis de la Metaliduina. Seguro que no.

Estaba en medio de una selva maravillosa, reluciente de luz y de color. Sobre ella se deslizaba una envoltura de nubes de colores saturados: amarillo, dorados, anaranjados, azafrán, formando un dibujo trenzado.

—¿Eres tú, Nadadora?

La mujer bajó la vista y se sintió desconcertada, ardiente y ruborizada. Porque había reconocido la voz. No la voz, porque no había un sonido real, sino una vibración en lo más profundo de su mente. Más bien, reconoció la «esencia» de esa voz, el alma que estaba detrás de ella... Y no lo podía creer.

—¿Tik-Tik?

—Prefiero Cuchillo-Plateado-deI-Mar-Encrespado. Lo de Tik-Tik siempre me ha parecido muy estúpido, pero no quería herir tus sentimientos, Nadadora...

—¿Cómo es posible?

El hombre que estaba frente a Susana era la encarnación más pura del prototipo de cuerpo viril perfecto, de elegancia sosegada, musculoso pero grácil, sin formas hercúleas ni amaneramientos. Lentamente, seguro de sí mismo, avanzaba hacia ella apartando las hojas de los helechos. Su cuerpo era totalmente lampiño, la piel brillaba al reflejar la luz que llegaba desde lo alto. Sus grandes ojos marrones estaban más separados de lo común, pero sin llegar a resultar desagradable. Su mirada tenía la capacidad de revelar los estados interiores del alma: el amor, la sensualidad, el deseo, la nostalgia.

—*No lo sé, Nadadora* —dijo mirándose las manos, que eran grandes como las del David—. *Solo sé que ahora puedo pensar con más claridad... y me gusta.*

Se detuvo junto a ella y extendió una mano hacia su cabello. Lo acarició.

—*Siempre me pregunté cómo se sentiría esto. Eso sí lo recuerdo.*

La abrazó con fuerza y ternura, le aseguró que ahora todo estaba bien.

Cielo de un azul profundamente amargo con sabores y olores extraños diferentes a los del mar deslizándose pegajoso a sus flancos las marejadas burbujeando hacen derivar imperceptiblemente al Cousteau.

—Aquí Cousteau... —informó Hassan mientras luchaba por ordenar su mente. Tenía la sensación que sus percepciones y las de Semi se estaban mezclando en algún rincón de aquella máquina orgánica que era el dirigible—. Paracaídas desprendido... Globo hinchado... Estoy flotando a... ciento quince kilómetros.

En lo alto colgaban finas guedejas blancas suaves como pelo de armiño, vendavales salados hendidos por tibios destellos azulencos chirriantes... Trató de hallar orden en aquel laberinto de imágenes/olores/sonidos/colores/ flujos. Aunque las sensaciones le llegaban filtradas por el cerebro de la Cousteau, el impacto sensorial era desconcertante.

Era tocar un piano diseñado para un pulpo.

Luchó por comprender aquel extraño mundo que se extendía bajo y sobre él, por ordenar los mensajes que bombardeaban su dolorido cerebro. Los compositores de música no hacen sonar más de tres notas a la vez; dicen que el oído humano no puede discriminar más que esas. Ahora, Hassan se sentía como si pudiera seguir una conversación entre dos personas, en una habitación llena de gente hablando...

Las corrientes atmosféricas eran un complejo diseño de muaré. Podía seguir individualmente cada remolino, cada aflujo de aire, cada racha. Podía concentrarse en el detalle, como una rutina fluyendo balsámicamente en un intrincado azul programa de ordenador. El detalle la conducía hacia estratos de una densidad cada vez mayor, solidificándose en torno a él como miel helada...

—Cousteau, ¿todo bien? —dijo por fin Okedo por la radio.

—Estoy bien. ¿Pueden darme el informe atmosférico?

—Tiene delante tres o cuatro huracanes; son pequeños, de apenas cien kilómetros de radio... —Describió las posiciones.

—Creo que percibo uno de ellos. No, espere, son dos. Puedo evitarlos.

—Hay una corriente que serpentea entre ellos —dijo Semi—. Puedo pasar.

—¿Está seguro? Nuestros instrumentos no la detectan.

—Seguro —dijo Hassan—. Confío totalmente en Semi.

—De acuerdo, adelante entonces. ¿Algún rastro de Susana?

—Nada. Me parece que tiene la radio apagada.

—Pero entonces...

—Seguiré buscando mientras me quede tiempo.

Las superballenas aparecieron en los oídos de Semi antes que ante los ojos de

Hassan. El delfín se quejó de que el tono de su sonido era demasiado alto, y Hassan simplemente imaginó un mando de radio que al girar iba disminuyendo de volumen.

—Gracias Hassan, así está mejor —dijo Semi.

El Cousteau estaba siendo arrastrado por la corriente de aire que Semi había detectado, entre una zona y un cinturón. Aquellos seres aparecieron como una esfera de puntos, allá adelante, sobre las abullonadas nubes pardas. Poco a poco, el Cousteau se fue acercando. Las superballenas se limitaron a abrir su formación para dejarle sitio.

—Estoy rodeado por esos zepelines vivientes de los que habló Susana —dijo Hassan—. No parece que hagan ningún gesto hostil.

—Tenga... cuidado —dijo Okedo, consciente de lo poco aplicable del consejo.

Aquellas criaturas voladoras se fueron colocando una tras otra debajo del Cousteau. De repente se elevaron y, con leves toques de sus aletas, lo impulsaron hacia el transparente aire de las alturas. Un golpecito tras otro, pero la cabina crujía y se estremecía hasta el último remache con cada uno de ellos.

—Me empujan... ¡Joder! Parece que me llevan hacia algún sitio...

—¿Siguen sin mostrarse agresivos? —preguntó Okedo.

—Bueno, son tan pacíficos como pueden serlo una docena de bichos de trescientos metros de largo arrastrándote a empujones... No es agradable, la verdad. Pero de momento no han intentado abrir la cabina ni nada de eso... Me pregunto si me... llevan a su jefe.

—Mantenga la radio abierta, Hassan, y no deje de informar.

Era lo único que podía hacer en ese momento.

El Cousteau atravesó el campo de fuerza y empezó a dar bandazos. La diferencia de presión entre un lado y otro del campo debía de ser monstruosa, pero Semi logró recuperar el control del dirigible sin demasiada dificultad.

—La atmósfera tiene un alto contenido en oxígeno —dijo Hassan en beneficio de la Hoshikaze—. Esto es increíble... Es una selva... ¡Una jungla flotando en medio de Júpiter! No, no me he vuelto loco... ¿Estáis recibiendo señal de vídeo?

—Las recibimos, Hassan —dijo Okedo—. Le confirmo que no está loco.

—Me pregunto sí... Si me han traído a mí hasta aquí... ¿habrán hecho lo mismo con el Piccard?... ¡Sí! ¡Ahí está, ya lo veo!... Susana, ¿me recibes?

El Piccard tenía una estampa deplorable visto desde el aire. Le faltaba la mitad del casco y los restos descansaban ladeados, enredados en una maraña de vegetación verde oscuro. Todo era tan extraño que Hassan decidió ignorarlo de momento. Concentró su atención en el pecio, ¿dónde estaba Susana?

Entonces la vio. Tumbada boca abajo a unos metros del Piccard, completamente desnuda en aquel ambiente gélido. Rezó por no haber llegado demasiado tarde.

—Oh, no, no, no... —Conectó los altavoces exteriores—: ¡Susana!

La mujer se movió un poco. ¡Estaba viva! Elevó la cabeza hacia el Cousteau y le saludó con la mano. Hassan sintió una oleada de afecto hacia aquella mujer imbatible.

Pero ¿cómo iba a sacarla de ahí?

—Lo siento, Susana, pero este aparato no puede posarse —le dijo por el altavoz a toda prisa. Ahora veía que la piel de su amiga tenía un desagradable tono gris amarillento. Hassan lo había visto en la gente que era rescatada de un naufragio en los mares árticos. Ése color indicaba que el cuerpo estaba entrando en hipotermia—. Susana, escúchame, no hay tiempo que perder. Te voy a lanzar un cabo. Sujétate a él.

Flotaba a cincuenta metros sobre su cabeza, estaba muy cerca y también muy lejos. Hassan hizo descender un cable rematado por un gancho. No estaba a su alcance y el Cousteau tuvo que bajar un poco más, hasta que casi rozó las copas de los árboles.

Susana estiró el brazo hacia él, lo intentó varias veces, y desistió agotada.

—No puedo... es imposible —gimió a punto de perder el conocimiento.

—Vamos, Susana —apremió Hassan—, no te rindas ahora.

—No me rindo, maldita sea... Es solo que... me tiembla todo el cuerpo... No puedo... No puedo sujetar el gancho... No puedo cerrar la mano... No...

La falta de coordinación de sus músculos era evidente. Por debajo de los 35 °C de temperatura corporal llegaba la confusión mental, la torpeza de movimientos, la desorientación y la pérdida de memoria. No tenía mucho tiempo.

—Vamos, maldita sea, Susana: ¡LUCHA! ¿Dónde coño está tu deseo de soportar lo insoportable? ¿Ahora que tienes un problema real te rindes? ¿Así de fácil?

—¿Eh? —Susana estaba tumbada boca arriba, sobre el musgo helado. Su espalda era un bloque de hielo. El cable colgaba sobre ella—. ¿Qué pasa?

—¡Susana, estás perdiendo el conocimiento! —La voz llegaba estruendosa desde arriba. Hassan había elevado al máximo los altavoces exteriores.

Susana no quería oír, solo deseaba descansar un poco, descansar...

—Debes levantarte... ponerte en pie —aullaban los altavoces, que añadieron casi sollozando—: ¡No puedo salir a ayudarte!

Todo era como una pesadilla. Con un esfuerzo sobrehumano logró levantarse, muy despacio, sacudió la cabeza obligándose a despejarse. Todo su pelo estaba apelmazado por el hielo. Miró hacia arriba. Sobre la maraña de vegetación, el Cousteau flotaba sobre su cabeza, rodeado por la incongruente luz de Júpiter. El gancho descendió un poco más hasta colocarse al alcance de su mano. Susana lo aferró con todas sus fuerzas. Apenas podía respirar. El aire frío quemaba sus pulmones, le dolían las costillas por el esfuerzo, y tenía un sabor metálico en la boca. Durante un instante pensó que iba a volver a desmayarse. Se aferró al cable para no caer.

—Hassan... —La vocecilla de Susana llegaba muy débil a los micrófonos del

Cousteau—. Súbebebeme... —Los dientes le castañeaban sin que pudiera controlarlos.

—No, caerías antes de recorrer un metro. Debes atarte.

—¿Q-qué...?

—Debes atarte. ¿Me oyes? ¡ÁTATE!

—Me est-t-tás destrozando los tímp-p-panos, claro que t-te oigo.

Un nuevo rugido cayó sobre ella.

—Átate la cuerda en torno a la cintura. ¡Vamos!

Torpemente, ella obedeció. Comprobó que la sujeción era sólida.

—List-t-to —dijo.

—¿Estás bien sujeta?

—Por lo que más quier-ra-ras, Has-s-san, me est-t-toy... Sá-acame de aquí.

—Muy bien, Susana, muy lentamente, voy a empezar recoger cable.

El primer tirón fue muy brusco. Luego el cable empezó a elevarla con más suavidad. El panorama dio vueltas locamente. Cerró los ojos con fuerza y al abrirlos estaba en el interior del Cousteau. La portezuela de carga se cerró.

Hassan la acomodó lo mejor que pudo. Aquello iba a ser duro. Ella tendría que soportar la aceleración del despegue sin un entorno líquido. Pero no había más remedio.

—Un poco más, cariño. Aguanta, y estaremos a salvo —le dijo.

Hubo un fuerte zarandeo cuando el aparato atravesó la burbuja de fuerza. Después, una violenta aceleración y una sensación de caída.

«Se ha desprendido del globo», adivinó Susana al borde de la inconsciencia.

El aparato se estremeció como si lo hubieran dejado caer desde gran altura, y sintió que la vibración del motor sacudía hasta el tuétano de sus huesos. Apenas podía respirar, su hígado presionando contra su diafragma...

La aceleración duró algo más de cinco minutos, y repentinamente, justo antes de que perdiera de nuevo el conocimiento, llegó la ingravidez.

Susana estaba en la enfermería de la Hoshikaze, sin otro acompañamiento que media docena de camas vacías y un pequeño televisor. Contemplaba un estúpido concurso, grabado años atrás, en el que las sufridas víctimas disfrazadas de elefantes tenían que atravesar algo como arenas movedizas. De vez en cuando salían unas chicas vestidas con muchas plumas. No logró enterarse de qué función cumplían en la marcha del programa. Tampoco es que aquella estupidez le importara demasiado.

—¿Cómo te encuentras hoy? —oyó decir a Hassan tras él. Alzó la vista, le alegraba tener compañía.

—Bastante bien, con ganas de levantarme. Me aburro.

—Me temo que tendrás que reunir algo de paciencia.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Sabes lo del padre Heinrich? —le preguntó Hassan, mirándola.

—Sí, Shunji me lo contó. Es terrible, ¿qué explicación puede tener un acto así por parte de alguien como Heinrich?

—No lo sé. La realidad resulta demasiado dura para algunos...

Susana miró desalentada la pantallita. Un individuo vestido de arlequín remaba en barca en una gigantesca cisterna de váter, diciendo algo sobre gérmenes. Lo apagó.

—Aún no te he dado las gracias por lo que hiciste por mí —dijo.

El andalusí acercó una silla y se sentó. Pensó en qué clase de experiencia habría vivido en Júpiter. Apenas habló de ella, pero debió de ser muy perturbadora.

—¿Cómo van los injertos? —le preguntó.

—Bien... creo. Walter dice que tardarán una semana en afianzarse —contestó ella levantando las manos vendadas.

El teniente había tenido también que reemplazar la piel congelada de sus pies, allí donde había permanecido en contacto con el suelo helado.

—¿Tienes idea de qué eran esas ballenas?

Susana permaneció un rato pensando, como escogiendo las palabras.

—¿Sabes lo que es un agnato?

—No.

—Un pez sin mandíbulas de la Era Primaria. Período Ordovícico. Habitaron los mares de la Tierra hace quinientos millones de años.

—Ah...

—Esas criaturas eran una versión gigantesca de los agnatos —dijo Susana—. Creo que existe una relación directa de esas criaturas con los vertebrados de la Tierra.

—¿Has dicho el... Ordo... qué?

Hassan no era un hombre culto, y aquella situación lo superaba ampliamente.

—En esa época, toda la vida se concentraba en el mar —le explicó Susana—. En tierra seca, no había ni un miserable hierbajo. Era un misterio sin resolver. Los vertebrados aparecieron hace unos quinientos millones de años. Súbitamente. Nunca encontramos los eslabones que los unían con el resto del árbol filogenético. La rama de los vertebrados se corta hacia el Ordovícico. Antes de los agnatos, no existía nada más parecido a nosotros que un erizo de mar...

Él tenía aspecto del que ha tragado un bocado que no puede deglutir.

—No sé si te estoy entendiendo bien, pero... ¿Crees que esas cosas que encontramos ahí abajo eran inteligentes?

—¿Qué piensas tú?

—Es difícil de precisar. Me ayudaron a encontrarte, sí, pero luego nos dejaron a Semi y a mí abandonados en ese lugar y se olvidaron de nosotros. No me pareció una actitud inteligente. Es únicamente una sensación, claro, me pareció que actuaban por instinto. Sin embargo, construyeron cosas como esas islas flotantes, por lo que deberían ser inteligentes... ¿Crees que la inteligencia se puede perder?

Susana meditó.

—En un medio como ese, quizá sí. La inteligencia es una respuesta a los desafíos del medio. Ésa isla flotante... podría ser otro tipo de máquina biológica. Quizá se reproducen y se mantienen sin ayuda alguna.

—En cualquier caso, inteligentes o no, es indudable que no sienten el más mínimo interés por nosotros. No han respondido a nuestros intentos de comunicación.

Susana suspiró y pulsó un botón del mando de su cama para colocarse un poco más vertical. Entonces enfrentó directamente la mirada de Hassan.

—Sí lo han hecho —dijo.

—¿Qué?

—Se comunicaron conmigo. Creo. Mientras estaba tendida en el césped.

—¿Estás segura?

—Eso es lo malo, que no puedo estarlo... fue una experiencia extraña, creo que ellos me hablaron, de alguna forma que no puedo recordar...

Hassan la miró interesado.

—¿Hablaron contigo?

—Es difícil de explicar... Eran como imágenes, sensaciones...

—¿Telepatía?

—No, no lo creo. Más bien un mensaje codificado en una multitud de canales. Como un poema en el que la temperatura, y el olor del ambiente, definieran algunas estrofas... No sé si me entiendes.

—La verdad es que no. Y, la verdad, suena muy extraño.

—Me hago cargo.

—¿Recuerdas algo en concreto?

—Vi como los... Primigenios ocupaban la nube de Oort en los tiempos en que el Sistema Solar aún estaba en proceso de formación.

—¿Primigenios?

—Los he llamado así. Son una forma de vida casi incomprensible para nosotros... —Susana cerró los ojos, y se esforzó en recordar—: Habitantes del frío y la oscuridad... Quizá nacieron en algún gran cuerpo cometario. Aquellas primeras criaturas evolucionaron, y con el tiempo desarrollaron la inteligencia. Viven dondequiera que haya cuerpos formados por hielo. Sus vidas son muy, muy largas y su metabolismo muy lento. Una de estas criaturas, o una familia de ellas, emigró al Sistema Solar exterior, crearon anillos de hielo en torno a los cuatro gigantes gaseosos, una reproducción exacta de su hábitat natural.

Observó a Hassan. El hombre absorbía sus palabras hasta la última sílaba.

—Ésta criatura —continuó ella—, podemos llamarle Taawatu, tal y como quería Kramer, se dedicó a experimentar. Gracias a su capacidad para alterar a voluntad su propio genoma, logró adaptarse a vivir en los planetas interiores... Taawatu había descubierto que la vida progresaba con rapidez en los mundos cálidos y con agua. Era natural, ya que disponían de energía solar en abundancia. Con ello, y con su increíble plasticidad adaptativa, no habría límite a sus posibilidades. En un plazo de pocos millones de años, se transformó en las criaturas que poblaron la antigua Tierra, Venus y Marte. Aquello preocupó a los otros Primigenios. Tienes que comprender que son seres de reacciones muy lentas, cuya vida se cifraba en millones de años, casi inmortales. A sus ojos, era una plaga. Una infección. Un cultivo microbiano que podía escapar a todo control. Taawatu se había transfigurado en millones de criaturas que se reproducían aprisa, muy aprisa, e iban llenando los mundos cercanos al Sol, extendiéndose incontrolables. Temieron que la fecunda vida de los planetas cálidos sería una amenaza futura para ellos. Y decidieron erradicar la plaga. La Tierra, Marte y Venus fueron... higienizados.

Hassan sentía una extraña sensación de irrealidad.

—Lo que cuentas exige una noche de tormenta y una buena chimenea encendida —dijo. Pero Susana no tenía cara de apreciar la ironía—. Continúa, por favor.

—Taawatu sobrevivió muy debilitado al castigo. Pasó revista a sus fuerzas. Venus estaba por completo arruinado. Marte, además, había perdido gran parte de su atmósfera. Pero la Tierra... era un caso especial. Los Primigenios no lograron esterilizarla por completo; sobrevivieron bacterias y otros organismos procariontes, que, abandonados por sí solos, evolucionaron en eucariontes... ¿me sigues?

—Con dificultad, pero creo que sí.

—Cuando Taawatu decidió actuar de nuevo, ya había otro ciclo de vida actuando, en los mares. Y Taawatu realizó su jugada maestra: fue a la Tierra y se fraccionó. Se dividió en miles de subindividuos...

—¿Los agnatos?

—Sí, de esta forma se instaló en la Tierra. Los subindividuos formaron un nuevo grupo de organismos: los vertebrados. Se transformó en un millón de formas diferentes, que se ajustaron a los nichos ecológicos de la Tierra. Jacobo Kramer pensaba que la Humanidad fue creada por Taawatu... Estaba equivocado, la realidad es más asombrosa aún: Nosotros somos Taawatu.

—Pero ¿para qué...? ¿Por qué hicieron algo así? Se dividieron, se convirtieron en todos los animales de la Tierra...

—Solo los vertebrados. Un refugio. Un asilo. O un camuflaje, si lo prefieres. Taawatu esperaba ocultarse, hasta alcanzar un número suficiente de individuos y ser poderoso de nuevo. ¡Y entonces sería su momento! Había dejado en Marte armas y tecnología, suficientes para continuar su guerra cuando las condiciones fueran favorables. Mientras tanto, en la Tierra, sus entidades se reprodujeron y se extendieron por los mares. Evolucionaron en otras formas. Pasaron a vivir a la tierra seca.

—Pero algo se perdió ¿no? Porque no recordamos nada de eso.

Susana agitó lentamente la cabeza.

—Es verdad. Algo falló. Quizá Taawatu formaba una única mente colmena, quizá los subindividuos perdieron el contacto unos con otros. No lo sé; el caso es que Taawatu se fragmentó mentalmente. Perdió la conciencia de ser Taawatu. Olvidó su objetivo, y la vida evolucionó libremente en la Tierra hasta llegar al Hombre. El más estúpido de los descendientes de Taawatu. Ciegamente, nos aventuramos al espacio. Y allí estuvo nuestro error. Nuestro inconsciente error. En el pasado, los Primigenios habían contemplado cómo los insectos y los peces subían a tierra, cómo esta se cubría de toscas plantas sin hojas, cómo los continentes se rasgaban y se abrían los océanos, cómo los parpadeos del Sol cubrían de hielo las superficies planetarias, cómo los peces convertían sus aletas en patas, sus escamas en plumas y pelo. Seres sin mente, nada que mereciera el interés de los Primigenios... Hasta que nosotros llamamos su atención.

—Provocando un nuevo y terrible ataque —completó Hassan.

—Ahí abajo habitan criaturas que son tal y como fue el Taawatu original. Han permanecido ahí silenciosos durante millones de años, ocultos en las nubes de Júpiter, esperando nuestra llegada... esperando para reunirse con nosotros, para fundirse, para volver a ser la enorme criatura que una vez fue... Creo que eso es justo lo que intentaron hacer conmigo, pero fracasaron. Nosotros ya no recordamos ser Taawatu. La enorme criatura está amnésica y a merced de sus enemigos...

Hassan suspiró.

—Una historia fascinante, pero será difícil de demostrar si no tenemos más pruebas que unas imágenes en tu mente mientras estabas al borde de la hipotermia.

—Sí, imagino que nadie se lo va a creer en Marte —asintió ella resignada—. Excepto Jacobo Kramer, claro. Pero él no necesita de ninguna prueba para creer. Él se apoyó en las rodillas y se puso en pie.

—Bueno, amiga, tengo cosas que hacer. Intentaré pasarme más tarde.

—De acuerdo, gracias por la compañía... y por todo.

El andalusí caminó unos pasos hacia la puerta de la enfermería. De repente se detuvo y se volvió hacia Susana. Parecía inseguro ante lo que tenía que decir.

—Susana, hay algo... Salió en las pruebas de sangre que te hizo Walter... —dudó—. La verdad es que no tiene importancia, es posible que se trate solo de un error... El teniente pensaba repetir las pruebas cuando te encontrases mejor... Aun así te dio una medicación y unos analgésicos que no afectasen al...

—Hassan —Susana lo miró fijamente—, ¿de qué estás hablando?

—Las pruebas de sangre detectaron que estabas embarazada. Ya sé que no es mío, porque no hemos hecho el amor desde hace... Así que no es asunto mío, pero... Lo extraño es que Walter dice que solo llevas un par de días embarazada...

»Más o menos desde el día en que bajaste a Júpiter.

Por el asfalto, agrietado y hundido en parte, surgían manojos de hierba formando intrincados dibujos. El comité de recepción los esperaba frente a las esclusas que comunicaban el pequeño reino de Churl el Tuerto con el resto de Santa Marina. En un amplio semicírculo se habían ido situando varios guardias armados, parapetados tras los grandes maceteros o simplemente tendidos en el suelo.

—Esto es un error —masculló Habib mirando con aprensión a un lado y a otro—. Se lo dije, jefe, que no debía confiar en Jacobo Kramer.

—Y no confío en ese cabrón más de lo que me fiaría de un alacrán bajo mi almohada —dijo Churl hablando por lo bajo—. Pero no se atreverá a hacer nada con todas esas cámaras de televisión grabándonos en directo. —Señaló hacia los reporteros que caminaban a su lado, él mismo había avisado a la prensa para que registraran hasta el último detalle de aquella reunión—. Hace mucho que calé a ese tío, y lo suyo no es atacar ante testigos. Prefiere el veneno o los asesinos a sueldo. Como hizo con mi hermano.

—Pero, jefe, ¿qué necesidad tiene de formar parte de esta pantomima?

Churl Groussen clavó su único ojo en su lugarteniente.

—Porque era mi hermano. Aunque fuera un majadero y un incapaz, era de mi sangre, y quiero estar presente en su entierro. Por eso he aceptado la invitación de Jacobo Kramer. La invitación de su asesino. Porque, además, quiero tenerlo frente a frente por una vez, y decirle a la cara a esa comadreja lo que pienso hacer con él... Pero basta de charla, Habib. Si tienes miedo te puedes dar la vuelta ahora mismo.

—Eso nunca, jefe.

—Bien. No esperaba menos.

Churl y su comitiva de hampones y periodistas avanzaron unos pasos hasta situarse frente a los hombres de Nuevo Vaticano. Un guardia cercano apuntaba justo al estómago del Tuerto.

—Venimos desarmados —dijo este alzando las manos.

No le hicieron mucho caso. Dos tipos se acercaron y dijeron: «Levantad las manos», sin fijarse en que tanto él como Habib ya las tenían levantadas. Ambos fueron cacheados de pies a cabeza. Y también registraron a los periodistas y comprobaron minuciosamente sus acreditaciones. Acto seguido, atravesaron las esclusas y montaron en un autobús escoltado por varias motocicletas de la policía. La comitiva se puso en marcha hacia la basílica de Santa Marina de Aguas Santas.

Durante el trayecto, varios guardias vaticanos los vigilaron con las armas listas.

—¿Podemos bajar los brazos? —preguntó Habib.

—No —dijo un guardia de mirada recelosa, con el rifle automático entre los

brazos.

—Tenga cuidado, que las carga el diablo. —Churl el Tuerto señaló el arma.

El tipo aferró su fusil, como si un sargento de Belcebú se hubiera presentado a revisarle el cargador.

Llegaron a su destino. La basílica de Santa Marina era el mayor edificio de ladrillos de Marte. Estaba construida como una fortaleza defensiva y dominaba la ciudad como demostración de poder de la Iglesia Católica. La gran mole del edificio culminaba en el extremo oeste con una imponente torre octogonal de setenta metros de altura, que casi rozaba la gran cúpula urbana. Estaba rodeada de viviendas de forma más o menos prismática, que encajaban una sobre otra como un juego de construcción. Pudieron ver ropas colgadas en los balconcitos, y gente asomada para ver pasar el convoy.

Churl, Habib y los periodistas bajaron del autobús y subieron las escalinatas. Fueron entregados a un grupo de jesuitas que esperaban junto a las puertas de entrada. En el interior, las paredes, bóvedas y capillas estaban ricamente pintadas y muchos de los pilares tenían esculturas de santos y santas. Olía a incienso y a cera.

Al fondo, frente al gran retablo que representaba el martirio de Santa Marina, el Papa Iacobus I esperaba de pie frente al púlpito, ataviado con una espléndida casulla ritual bordada con oro y piedras preciosas. Hizo un gesto invitando a que se acercaran, pero los jesuitas impidieron que Habib acompañase a su jefe.

Churl el Tuerto caminó en silencio por el centro de la basílica, entre las filas de bancos llenas de autoridades, que estaban pendientes de él. Cuando se acercó al Altar mayor, vio a un lado el lujoso féretro de caoba que contenía los restos de su hermano.

Alzó la vista hacia Jacobo Kramer, tan feo y contrahecho como sus acciones, y este le señaló uno de los bancos referenciales para que tomara asiento.

«¿Qué se propone?», se preguntó Churl. Había algo en la mirada de Jacobo que hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Quizá Habib había tenido razón después de todo y había cometido una estupidez acudiendo allí. Se tocó disimuladamente la daga oculta bajo la piel del antebrazo. Era un stiletto, un fino puñal que no abultaba más que un lápiz, usado en la Italia renacentista para defensa personal... o asesinato. «Si Jacobo pretende jugármela, se llevará una sorpresa. Lo arrastraré conmigo al infierno...».

Cuando se sentó, Iacobus I empezó a hablar.

—Nos hemos reunido aquí para rendir un último tributo a un gran hombre que supo conducirnos como un auténtico líder en los momentos más arduos por los que ha pasado la Humanidad. Sin la fuerza, la voluntad, la resolución, la capacidad para comunicar su mensaje de esperanza, del Presidente Santiago Groussen, es posible que no lo hubiéramos logrado. Pero hemos aquí, aunque el reto está muy lejos de haber terminado. La misión que Nos enviamos a Júpiter ha confirmado la terrible realidad

que sospechábamos. La guerra entre el Bien y el Mal, entre las Fuerzas de la Luz, y los Señores de la Oscuridad, prosigue. Hemos vencido algunas batallas, y eso nos da esperanza de futuro. Una luz al final del túnel. Pero no podemos bajar la guardia...

Kramer se volvió hacia Churl y le hizo un gesto de que se acercara al altar. Éste se removió incómodo en su silla y dudó sobre qué hacer.

—Por favor, Churl Groussen, ven a mi lado —dijo Jacobo Kramer.

El Tuerto entrecerró su ojo con sospecha. Había advertido que el jesuita manipulaba algo que estaba oculto debajo del púlpito. Comprendió que aquel hombre estaba completamente loco. «¿Será capaz de pretender asesinarme delante de todo el mundo, en el funeral de mi hermano?». Apoyó la mano derecha sobre el antebrazo en el que tenía escondido el estilete. «Bueno, que lo intente».

Se puso en pie y avanzó decidido hacia Jacobo. Se plantó frente a él, con su ojo lanzando chispas de odio: «¿Y ahora qué, asesino?», le susurró.

Iacobus I le sonrió malévolamente, y se volvió hacia el público que atestaba la basílica.

—Amigos supervivientes —dijo levantando la voz—, hermanos en Cristo, la especie humana está ahora en un momento crucial y no podemos flaquear. Necesitamos ser conducidos hacia la victoria por un líder que esté a la altura del instante en que vivimos. ¡Un hombre capaz de dirigirnos hacia la victoria contra los Huestes de las Tinieblas!

Entonces, el Papa sacó el objeto que estaba guardando, y Churl dio un paso atrás. A pesar de todo, no se lo esperaba... ¡Jacobo Kramer había sacado un hacha!

¿Qué pensaba hacer, cortarle la cabeza allí mismo? ¡O estaba loco o tenía unos cojones que jamás le habría supuesto! En cualquier caso, se preparó para sacar la daga.

Pero Iacobus I no lo amenazó con el hacha. Al contrario, parecía que se la estaba ofreciendo amablemente. Churl observó algo más, el mango del hacha estaba rodeado por un cilindro de varillas de madera, atadas con una cinta de cuero rojo.

No alargó la mano para aceptar lo que el Jacobo le ofrecía, y este añadió:

—Churl Groussen, tú eres ese hombre. Tú eres ese líder designado por Dios para conducir a la especie humana a la salvación. Por el poder que me ha sido conferido, yo, Iacobus I, como sucesor de Pedro, Vicario de Cristo y Cabeza visible de toda la Iglesia, en esta casa de Dios vivo, te nombro Cincinnatus. Dictador supremo de toda la Humanidad y nuestro general en la guerra contra los Ejércitos de la Oscuridad.

La mandíbula de Churl el Tuerto se descolgó por el asombro.

Estaba tan desconcertado que casi sin darse cuenta, aceptó el hacha y los haces de madera de las manos del Jacobo Kramer. Luego este le hizo volverse para saludar al público, no menos atónito que él por lo que acababa de suceder ante sus ojos.

Hubo un largo momento de silencio, roto por los aplausos de varias personas que

Kramer había dispuesto estratégicamente entre los asistentes a la ceremonia. Se pusieron de pie para aplaudir con más fuerza y el resto de la gente hizo lo mismo. Los aplausos arreciaron.

Churl Groussen levantó en el aire las «fasces» y las agitó con orgullo.

—¡Victoria! —gritó el Tuerto—. ¡Victoriaaaa!

Los asistentes enloquecieron de júbilo a sus pies.

Horas más tarde, Jacobo Kramer estaba de regreso en Nuevo Vaticano, en su celda situada en el vértice de la pirámide que llevaba su nombre. Exhausto, se dejó caer en su cama y se aflojó el rígido cuello de la casulla.

—Joder, menudo día —gimió mientras se quitaba las sandalias forradas de seda y oro, empujando un pie contra otro.

Fray Rafael Tresera estaba en la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándolo con expresión de disgusto, pero sin decir nada.

—De acuerdo, hermano, hable de una vez —le dijo Jacobo—. ¿Qué pasa?

—Creo que hoy Su Santidad ha cometido un error fatal —dijo el franciscano.

—¿De verdad? —dijo Jacobo con una sonrisa sardónica, cruzando las manos detrás de la cabeza—. Imagino que se refiere al nombramiento de Churl el Tuerto como dictador supremo de toda la humanidad. ¿Es eso?

—Sí, Santidad.

—Bueno, pues entérese de que no había más remedio. Íbamos de cabeza a una guerra civil, que es lo peor que nos podría pasar dadas las circunstancias. Teniendo en cuenta que nosotros, aunque seamos más, no disponemos del mismo espíritu combativo, el resultado final de esa guerra sería que el Tuerto se iba a hacer con el poder total.

—Así que Su Santidad se lo ha dado por las buenas.

—No, no se lo he dado yo. Se lo ha otorgado Dios Todopoderoso, y yo solo he sido su instrumento. Ahora, Churl el Tuerto tiene un cargo legitimado por la Iglesia y por mí. Si yo se lo he dado en nombre de Dios, y él lo ha aceptado como tal, del mismo modo Dios se lo puede quitar algún día... Ahora está en nuestras manos, aunque él aún no lo sepa. En cualquier caso, no seguirá atacando a la Iglesia a la que le debe su actual estatus.

—Entiendo la teoría, Santidad, pero Churl el Tuerto es un mafioso, un hombre corrupto, y ahora goza de poder absoluto para continuar con sus negocios en Marte.

—Cosa que estaba haciendo de todos modos —dijo Jacobo entrecerrando los ojos. Estaba realmente agotado—. Y, además, la verdad, ¿qué más da?

—Creo que no le entiendo, Santidad.

—Tú has leído igual que yo los informes que nos han ido llegando de la Hoshikaze. Podemos elegir creer o no en lo que Susana nos contó sobre sus visiones

en Júpiter. Pero una cosa ya es segura: es imposible defender Marte de futuros ataques. Un mundo como este es una trampa ciega para la vida y la inteligencia. En la nube de Oort, los Primigenios se extienden sobre un billón de mundos del tamaño de una montaña. En los planetas nos hacíamos como microbios en el fondo de un tubo de ensayo. Y es muy fácil destruir ese tubo.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —preguntó el franciscano con voz sombría.

—Emigrar.

—¿Puede ser más concreto, Santidad?

Jacobo tomó aire y suspiró, resignado a no descansar aún. Había pensado en hablar de todo esto más adelante con fray Rafael. Quizá la semana próxima, pero ante su insistencia no tenía más remedio que contárselo todo de una vez.

—No podemos hacer nada, porque un planeta es muy vulnerable. A partir de ahora, la humanidad está a merced de los Primigenios. Saben que estamos aquí y pueden atacarnos de nuevo. Quizá no inmediatamente, pero lo harán. En cambio, una humanidad dispersa en el cinturón de asteroides, por ejemplo, es un blanco más difícil. —Hizo una pausa—. Incluso, en el futuro, podemos pensar en devolverles el golpe.

Jacobo Kramer se levantó y observó por la portilla. El crepúsculo había caído, y a lo lejos brillaban las débiles luces en la cima de la pirámide de San Pedro.

—¿Me está diciendo, Santidad —dijo fray Rafael con una mueca burlona— que la humanidad debería emprender un largo éxodo por el desierto interplanetario a la espera de alcanzar una hipotética tierra prometida?

—Moisés tenía razón, después de todo. Más vale morir en pie que vivir arrodillado y todo eso —siguió Kramer—. Lo único cierto es que los Primigenios no descansarán hasta haber exterminado a Taawatu. Que, casualmente, somos nosotros.

¿Qué sentido tendría la vida lejos? Estamos unidos a los planetas, ellos forman parte de nuestra misma esencia como seres humanos.

—Si queremos sobrevivir, tendremos que adaptarnos. Ése es el supremo mandamiento de San Carlos Darwin.

—¿Sobrevivir como qué? Si tenemos que transformarnos en algo diferente, perder nuestra herencia y nuestra humanidad... Quizá no valga la pena el esfuerzo.

Jacobo seguía junto a la portilla, mirando las lejanas luces.

—Te envidio, fray Rafael, eres un hombre de fe. Yo, en cambio, ya me ves, soy un hombre de poder. Soy el pastor de todas estas ovejas —abrió los brazos como si quisiera cobijar bajo ellos el planeta entero—, y ya ni siquiera sé en qué creo. Pero a ti te seguirán, hermano. Tú llevarás la luz de la humanidad a través del helado desierto del espacio. Hay un largo y oscuro camino ahí fuera, y entre todos los que me rodean solo puedo confiar en ti para esta misión. Que Dios te bendiga, hermano Rafael.

El franciscano lo miró con suspicacia.

—Esto no será uno de sus «arabescos laterales», ¿verdad? No querrá deshacerse de mí...

—Oh, hermano Rafael, estoy muy dolido —dijo Kramer con falsa inocencia—. ¿Cómo puede pensar algo así?

2100 d. C.

Ona atravesó la cámara con un fluido movimiento, deslizándose por el interior de la nave ingrávida con la gracia inconsciente de un habitante de los mares. Liz la contempló entre admirada y orgullosa: su hija-hermana clónica, Ona, era una fiel copia de sí misma cuando tenía once años. Pero ella jamás había tenido semejante gracia en los movimientos. Las sutiles alteraciones promovidas por el ARN de Azul la habían transformado en una criatura del espacio, mucho más de lo que la propia Liz llegaría a ser nunca. Pero el camino continuaba y se preguntó a qué se parecería la humanidad del futuro. Cuando el medio cambia, los cambios en el ser vivo son siempre bien recibidos, pensó. Ona y Azul eran la Nueva Humanidad, los moradores del eterno mar del espacio.

Ona se detuvo a su lado, ¿cómo lo hacía? Liz no había visto que se asiera a nada. Acarició con ternura los cortos cabellos castaños de su hija-hermana. Era su propia imagen, hermanas gemelas con cincuenta años de diferencia. A aquella edad, recordaba Liz, todo era nuevo, y Ona vibraba de excitación. Dijo con voz aguda:

—¿Has visto ahí fuera, Liz? Hay hogares esperándonos.

Ambas se acercaron a las portillas. Liz contempló el asteroide carbonoso cubierto por una frondosa pelusa verde y plata. Árboles de muchos kilómetros de altura rodeaban al minúsculo mundo, tendiéndose en el vacío como un bosque de hadas.

Otro regalo de los extintos marcianos.

—Los baobabs lo han invadido —murmuró Liz con una risa ahogada.

—¿Cómo dices? —preguntó Ona.

—Recordaba un libro que leí a tu edad: El Principito.

—No lo conozco. ¿De quién es?

—De Antoine de Saint-Exupéry. Un preespacial. Un aviador terrestre.

—¿Un... aviador?

—Un hombre que pilotaba aviones. Ya sabes, aparatos para volar.

—¿Aviones? ¿Un hombre que volaba? —Ona hizo un gesto de horror—. ¿En un planeta?

—Sí, aviones —explicó Liz—. Aparatos con alas que aprovechaban el flujo de aire producido por un motor de hélice. El efecto Bernouilli...

—Ahhh. Eso. Ya recuerdo. —Se estremeció—. Volar sobre el suelo expuesto a caerse. ¡Por Taawatu, debía ser muy valiente!

—Lo eran, pero hoy en día es más seguro. Muchos marcianos viajan por aire.

—¡Los ajolotes están locos!

«Ajolote», pensó Liz con una sonrisa. Una palabra que sin duda había aprendido de su tío Chapo. Así es como la gente del espacio empezaba a llamar a los humanos que se negaban a abandonar los planetas. Un ajolote era una salamandra mexicana incapaz de adquirir pulmones. El ajolote permanecía toda su vida respirando por branquias, era un embrión que nunca se desarrollaría.

—Saint-Exupéry fue un pionero en otra época —le explicó Liz a su hija-hermana—. Si viviera hoy, sería piloto espacial.

—¿Qué decía en el libro sobre los... cómo se llaman, babosas?

—Baobabs. —Liz frunció el ceño, recordando—. Decía: «Eran las semillas de baobabs. El suelo del planeta estaba infestado. Y si un baobab no se arranca a tiempo, ya no es posible desembarazarse de él. Lo perfora con sus raíces». En el libro había un dibujo del autor que recuerdo muy bien: un asteroide rodeado por las raíces de tres gruesos árboles, creciendo en tres direcciones distintas.

Observó de nuevo por la portilla. Allí se habían convertido en realidad las fantasías del piloto escritor. O casi. Los árboles reales eran muy delgados en relación a su longitud. Saint-Exupéry había dibujado gruesos troncos, totalmente inútiles en la casi nula gravedad. ¿O había sido un efecto estético deliberado? A fin de cuentas, no debía ser tan ignorante; aunque en su época aún no habían llegado a la Luna, sabían lo bastante sobre los asteroides. En una gravedad terrestre, los verdaderos árboles asteroidales se habrían derrumbado como un manojo de espaguetis cocidos, aparte de que la savia no hubiera podido llegar al ápice. Allí crecían tan libres de peso como algas.

Desde lejos, el asteroide semejaba una patata de la que brotaran tallos. Las grandes hojas, del tamaño de una antena de radar, atrapaban eficientemente la débil luz solar, y producían enormes cúpulas esféricas repletas de aire, calor y luz.

—Tengo que buscar ese libro en el banco —dijo Ona manipulando su pad—. ¿Antoine de Saint qué...?

Las seis familias de colonos se reunieron en la cavidad central de la nave. Era la guardería, la sala de reuniones, y también la protección contra las tormentas solares: una gran cámara esférica de veinte metros de diámetro. Junto a la pared estaban los arneses de los que colgaban los más pequeños. Los niños mayores y los adolescentes se ocupaban de cuidarlos, mientras las familias se reunían en consejo.

Hassan y Rafael, aún vestidos con las pesadas armaduras de vacío, ocupaban el centro de la esfera de cuerpos. Parecían dos obesos caballeros medievales rodeados de ninfas y faunos; los demás asistentes estaban desnudos, excepto Gyon, que llevaba un complicado vestido de seda iridiscente. Liz la miró con disgusto. No podía soportar sus excentricidades y su aire de importancia; habían tenido sus roces y ahora procuraba evitarla todo lo posible. Cosa nada fácil en el espacio cerrado de la

comunidad.

—Los hábitats se encuentran en perfecto estado —informó Hassan con tono alegre—. Hemos entrado en una de las esferas. Media atmósfera de presión, veintisiete centígrados de temperatura. Atmósfera respirable.

—¿Y la habéis respirado? —preguntó Cyon.

—¡Por supuesto! —Fray Rafael se hizo el ofendido—. Nuestras narices corroboraron las lecturas de los instrumentos. Hermanos, ¡ya tenemos nuevos alojamientos!

Sus compañeros vitorearon y el grupo se fue diluyendo mientras cada uno regresaba a su trabajo. No había ociosos en las comunidades del espacio.

Hassan vio a Susana al fondo de la cámara, junto a la pared curva, y se impulsó hacia ella. La atrajo hacia sí y la besó con ternura. A sus ochenta años su deseo por ella seguía tan encendido como siempre. Y ella seguía tan distante como siempre. Pero a eso él sí se había acostumbrado con los años.

—¿Sabes algo de Azul? —le preguntó.

—Recibimos una comunicación hace dos horas. Está entrando en la órbita de Urano. Cree que encontrará buenos lugares para establecer más colonias.

Hassan miró a su alrededor. El asteroide que ahora ocupaban estaba saturado de niños. Y pronto vendrían más. La mayoría de los hombres y mujeres jóvenes que flotaban a su alrededor tenían el vientre abultado. Los hombres con el peritoneo genéticamente modificado concebían ahora a sus hijos igual que las mujeres. Ésa diferencia había desaparecido, como otras tantas cosas, entre la humanidad que habitaba en el espacio.

—Nos van a hacer falta —dijo Hassan con una sonrisa.

Azul desplegó sus sentidos. La nave, de la que ella formaba parte íntima, caía mansamente hacia Urano. El séptimo planeta del Sistema Solar, quizá la llave para desentrañar los oscuros detalles de la guerra entre los Primigenios y Taawatu.

Efectuó una ligera corrección en su trayectoria de acercamiento, con la misma facilidad con que un delfín daría un ágil coletazo. Decir que la nave era ella no era solo una forma de hablar. Tenía su ADN y estaba íntimamente relacionada con su cuerpo. Sus cámaras eran sus ojos, sus motores de fusión eran poderosas aletas con las que podía nadar en el vacío con la misma perfección que un delfín atravesando las aguas. Azul era el primer ser humano capaz de reescribir a voluntad su genoma, tal y como habían hecho los antiguos marcianos. Pero pronto habría muchos más.

Mientras se acercaba, sus sentidos realizaron interferometrías, espectrometrías y radiometrías infrarrojas, calculando el balance energético del mundo azul verdoso. Urano era decididamente extraño. El tercer planeta más grande del Sistema Solar tenía una rotación retrógrada, al igual que la de Venus, y su eje estaba inclinado casi 90° grados sobre el plano de su órbita, quizá como consecuencia de una colisión con

otro cuerpo planetario. ¿Pero qué podría ser tan grande para tumbar a un gigante así? Su campo magnético también era anómalo, ya que su eje no estaba centrado en el planeta.

Pero lo más sorprendente era que Urano, a pesar de verse a simple vista en el cielo de la Tierra, no había sido descubierto hasta 1781. ¿Cómo era posible?

Se dirigió hacia los anillos, preparándose para lanzar las sondas. Al contrario que los de Júpiter o Saturno, aquellos anillos eran extraordinariamente oscuros porque sus partículas estaban cubiertas de compuestos orgánicos. El misterioso anillo épsilon ya era claramente visible; era de un intenso color azul, muy diferente de los otros.

¿Taawatu? Quizá. En cualquier caso, algo que merecía la pena investigarse.

La enorme nave que Azul había bautizado como Nadadora, estaba diseñada para ser pilotada solo por un único ser humano: ella, la hija de Susana Sprintze, la mujer nacida en la Tierra y que había amado unos mares en los que ella jamás podría nadar. Pero Azul no podía extrañar lo que no había conocido. Se sentía libre y feliz nadando entre los mundos, a través del gran vacío del espacio.

La humanidad —o, al menos, una parte de ella— se instalaría en el cinturón de asteroides, en los anillos de los planetas gigantes, en pequeñas comunidades, muy separadas entre sí, donde evolucionarían adaptándose a su nuevo entorno, haciéndose prácticamente inmunes a los ataques de los Primigenios. Los delfines también sobrevivirían como mensajeros, viajando como ella continuamente entre aquellos diminutos mundos.

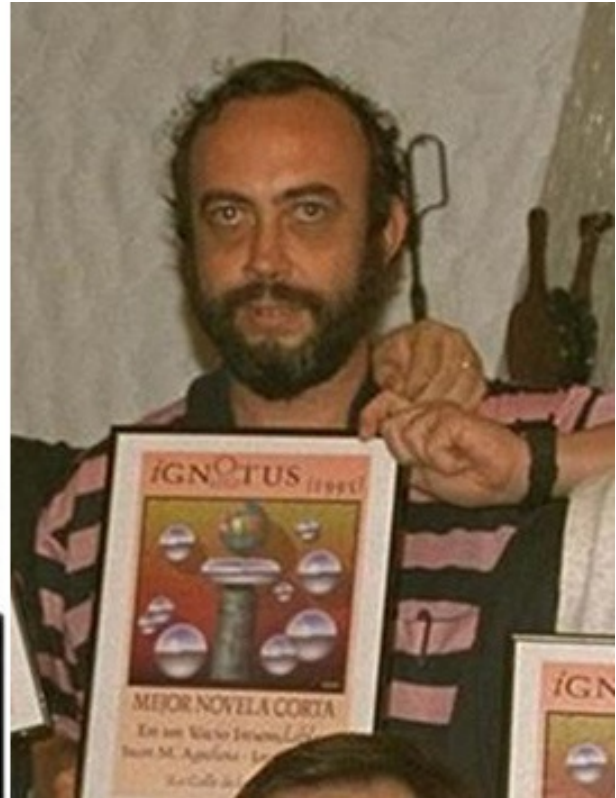
Pero esto era solo el principio.

Algún día, la humanidad construiría una gran esfera Dyson para albergar en ella toda la inmensidad de lo que una vez fue Taawatu. Entonces recordaría, volvería a ser lo que una vez fue, y esa sería la hora de su victoria final sobre los Primigenios.

La cola magnética de Urano la sacudió como una turbia marejada, y volvió a concentrar su atención en el planeta. La conductividad eléctrica de una extensa capa de hielo que rodeaba al núcleo rocoso era la fuente de aquel extraño campo magnético.

Urano era un gigante de hielo. De agua. Muy prometedor...

Sí, en aquellos anillos nacerían los nuevos hogares.



JAVIER REDAL. Nació en Valencia, allá por 1952. Es licenciado en Ciencias Biológicas y hoy por hoy es profesor de BUP/ESO y aquello.

Su principal afición es leer y escribir ci-fi, y navegar por Internet y Fidonet. Es un apasionado de Star Trek y, así, como quien no quiere la cosa, se ha convertido en uno de los mejores (si no el mejor) especialistas españoles en Babylon 5.

Según la Guía de Lectura de Miquel Barceló es, en colaboración con Juan Miguel Aguilera, uno de los primeros autores españoles en cuidar el aspecto científico de sus obras, al más puro estilo del hard anglosajón.

Aunque se dio a conocer a través de sus relatos cortos y artículos en Nueva Dimensión, el grueso de su obra lo componen las novelas que ha escrito en colaboración con Juan Miguel Aguilera. Así *Mundos en el abismo* (1988), *Hijos de la eternidad* (1989), y *El refugio* (1994) son ejemplos que demuestran que la literatura española es capaz de hacer ciencia ficción hard apartándose de los habituales modelos anglosajones y rigurosa en sus especulaciones científicas.

JUAN MIGUEL AGUILERA. Nació en Valencia en 1960. Es un escritor de ciencia ficción. Se formó como diseñador industrial, aunque destaca por su importancia dentro de la ciencia ficción española.

Sus primeras obras están escritas en colaboración con Javier Redal. Son historias enmarcadas en la ciencia ficción dura (hard) y ambientadas en *La Saga de Akasa-*

Puspa.

La recreación de mundos y ambientes es muy consistente y detallista. *Mundos en el abismo* y sus continuaciones *Hijos de la eternidad* y *Mundos y demonios* combinan una trama típica de Space Opera con elementos de ciencia ficción hard. *El refugio* muestra una gran influencia científica en biotecnología, bioquímica, comunicación entre especies o en evolución.

También ha colaborado con el conocido autor Rafael Marín Trechera.

En su obras en solitario deja en un plano secundario los detalles más estrictamente científicos y mezcla elementos de fantasía, en un género que él mismo califica de «historia especulativa».

También ha participado como guionista de la película *Náufragos* y en el cómic *Avatar*. Como ilustrador ha elaborado numerosas portadas para libros de ciencia ficción.

Ha recibido los premios Ignotus, Alberto Magno, Imaginales de la ciencia ficción francesa, Bob Morane de Bélgica, y Juli Verne.

Entre los años 2000 y 2002 fue el presidente de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror.